



IMOGEN  
ROBERTSON

*Una straordinaria storia vera*

Un'emozionante e spaventosa storia di un'indagine poliziesca  
che coinvolge una donna, il suo marito e il suo cane, e porta alla luce  
una verità che ha fatto il giro del mondo.

## Annotation

Sussex, 1780. Cuando un cadáver sin identificar aparece en las lindes de su propiedad, la curiosa Harriet Westerman no puede evitar implicarse en la resolución de este misterio. Para ello busca la ayuda de su huraño vecino, un anatomista de inteligencia notable pero escasas aptitudes sociales. Las pistas apuntan a la familia del conde de Sussex, a su joven segunda esposa y a su hijo alcohólico, excombatiente en la guerra de Independencia americana. Mientras tanto, en Londres, Alexander Adams es asesinado delante de sus dos hijos pequeños. Las deudas y la complicada historia de los pequeños los llevarán también a Sussex, donde se convierten en un elemento clave de la resolución del misterio. La presión sobre Harriet y Gabriel es grande, y el peso de los secretos del conde amenaza con sepultarlos a todos.

---

---



# **IMOGEN ROBERTSON**

***Los instrumentos del mal***

***Gabriel Crowther & Harriet  
Westerman N°1***

***La Factoría de Ideas***



# Sinopsis

Sussex, 1780. Cuando un cadáver sin identificar aparece en las lindes de su propiedad, la curiosa Harriet Westerman no puede evitar implicarse en la resolución de este misterio. Para ello busca la ayuda de su huraño vecino, un anatomista de inteligencia notable pero escasas aptitudes sociales. Las pistas apuntan a la familia del conde de Sussex, a su joven segunda esposa y a su hijo alcohólico, excombatiente en la guerra de Independencia americana. Mientras tanto, en Londres, Alexander Adams es asesinado delante de sus dos hijos pequeños. Las deudas y la complicada historia de los pequeños los llevarán también a Sussex, donde se convierten en un elemento clave de la

resolución del misterio. La presión sobre Harriet y Gabriel es grande, y el peso de los secretos del conde amenaza con sepultarlos a todos.

Título Original: *Instruments of darkness*

©2009, Robertson, Imogen

©2014, La Factoría de Ideas

ISBN: 9788490186510

Generado con: QualityEbook v0.75



Para la Familia

# Agradecimientos

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a las siguientes personas: Ross Taylor y Rachel Halliburton por sus cruciales consejos en los primeros borradores; los jueces del concurso «Mil Primeras Palabras de una Novela» del *Telegraph* por su aliento y por aquella fantástica comida; mis compañeros escritores Roddy Lumsden, Ahren Warner, Camellia Stafford, Amy Key, Heather Phillipson y Wayne Smith por enseñarme tanto sobre la cadencia, entre otras cosas; el personal de la magnífica Biblioteca Británica, donde llevé a cabo gran parte de mi investigación; Kath, Emma, Neel, Sam, Shona, Nat, David, Stephen, Duncan, Jonathan, Ned y mis padres por todo el apoyo moral necesario; Annette Green, a la que le gustó el libro lo suficiente como para venderlo; Jane Morpeth y Flora Rees, a las que les gustó lo suficiente como para comprarlo; y gracias en particular a Ed Stern y su familia por su amabilidad y demasiados favores como para

mencionarlos todos.

# Primera parte

*Viernes, 2 de junio de 1780, West Sussex,  
Inglaterra*

Gabriel Crowther abrió los ojos.

—¿Señor Crowther, señor?

La luz en la habitación era débil. Luz de la mañana.

—Sea quien sea, que se vaya —dijo.

Parpadeó. La doncella seguía allí.

—No quiere irse, señor. Es la señora Westerman, de Caveley Park. Dice que está decidida, señor. Y me dijo que le diera esto.

La doncella le tendió un trozo de papel, se había quedado tan lejos de la cama como le había sido posible, como si temiera que su señor la fuera a morder.

La intrusión no tenía nada de habitual. A Crowther no se le había dado nada mal ignorar a

sus vecinos desde que se había instalado en Hartswood, cerca de Pulborough, el verano anterior, y las visitas de estos habían ido declinando con rapidez desde entonces. Crowther no necesitaba compañía con la que pasar el tiempo y no tenía la menor intención de participar en las diversiones, meriendas y cenas de caridad de lo que pasaba por ser la sociedad en la región. El pueblo llano, en cambio, nunca había aspirado a relacionarse con él, pero tras un mes o dos de cuidadosa observación, muchas de las vecinas se dieron cuenta de que la manera más fácil de garantizar el buen comportamiento de un niño era amenazarlo con el señor Crowther y su gran cuchillo. Era estudiante de anatomía. Quería saber cómo vivían los cuerpos, qué testimonio dejaba la vida de un hombre en sus restos terrenales, y tenía el tiempo y los medios para investigar a placer.

Sus costumbres no tardaron en ser del dominio público. Para los instruidos, era un hombre de ciencia cuya maldición era una atroz falta de modales; para cualquier menor de diez años, era un médico del demonio que arrancaba las almas de

los cuerpos de los niños malos y se los comía.

La doncella seguía tendiéndole la nota, que, por cierto, temblaba un poco. Crowther se la quitó de golpe con un profundo gruñido y la abrió con un capirotazo. Estaba escrita en papel de carta (que habían cogido del escritorio que tenía abajo, notó), y la letra era de mujer, de una mujer instruida. La escritora no se había molestado en empezar con cumplidos ni con disculpas por la hora, se había limitado a plasmar una docena de palabras: *He encontrado un cuerpo en mis tierras. Le han cortado la garganta.*

Crowther le devolvió la nota a su doncella.

—Salude de mi parte a la señora Westerman y dígale que iré a verla en cuanto me haya vestido. Que me preparen el caballo y me lo traigan a la entrada.

La doncella se lo quedó mirando con la boca abierta.

—Hágalo ya, si es tan amable, señora.

*La noche anterior, tienda de música Adams,  
calle Tichfield, cerca de la plaza Soho, Londres*

Susan Adams pegó la oreja al suelo. El primer día de cada mes su padre ofrecía un pequeño concierto en su tienda para sus vecinos y amigos. Era un ritual que mantenía desde que había empezado a triunfar, aunque fuera de un modo modesto, con su negocio de grabar e imprimir partituras musicales, partituras que luego vendía, junto con colecciones de canciones y aires populares, a los aficionados a la música de todo Londres. Era una especie de ofrenda que hacía en agradecimiento por las siete habitaciones, taller y patio del que disfrutaban. Sus hijos construían sus propios rituales alrededor de los de su padre. Jonathan entraba en la habitación de Susan afirmando que deseaba oír mejor la música, y después siempre se quedaba dormido en la comodidad de la cama de su hermana mayor antes de que terminara la primera pieza.

—¿Susan? —rezongó—. Se supone que tú también tienes que estar en la cama. Puedes oír la música desde aquí, y se está mejor que en el suelo.

—Shh, Jonathan. Estoy escuchando. —La niña oyó un suspiro cuando su hermano se rindió y empezó a jugar con las sábanas. El aire seguía impregnado del calor del día de junio que se terminaba.

—Bueno, pues entonces cuéntame lo que está pasando. —Y bostezó.

Susan sonrió; uno de sus tirabuzones rubios le hizo cosquillas en el oído. Se lo colocó detrás de la oreja con la mano y pensó un momento.

—Ya han llegado el señor Paxton, el señor Whitaker y la señorita Harding. El señor Paxton tiene su violonchelo, el señor Whitaker va a tocar mi clavecín y la señorita Harding va a cantar. Están todos bebiendo ponche en la tienda.

—Yo ayudé a barrerla esta tarde.

Susan había observado los intentos de Jonathan de ayudar a la doncella, Jane, mientras esta ordenaba las partituras y las piezas de música con su padre. A ella no le parecía que el niño hubiera

ayudado mucho, pero bueno, solo tenía seis años y una persona mayor como ella, que tenía tres años más, debería darle el gusto de fingir creerlo. Aunque podía ser un poco pesado. Susan no hizo caso de la interrupción y continuó.

—Las sillas las han puesto en filas muy largas. La señora Service está sentada muy callada en una esquina, porque nunca compra música y tiene un vestido viejo. El señor y la señora Chase, de la calle Sutton, también están aquí, porque al señor Chase le encanta escuchar un poco de música cuando cierra su tienda. Y el señor Graves está aquí, por supuesto, con el ceño fruncido y frotándose los dedos para quitarse las manchas de tinta, porque se acaba de dar cuenta de lo sucios que los tiene.

Se oyó una risita adormilada en la cama, seguida por una pregunta.

—¿Está la señorita Chase?

—Pues claro. —Susan se levantó de un salto y se irguió muy recta, con un pie desnudo y no demasiado limpio estirado al frente—. Acaba de entrar, así.

La niña ladeó la cabeza, se colocó bien el chal sobre los estrechos hombros y se puso una mano en la cintura; con la otra se recogió el camisón como si fueran las amplias faldas de un vestido de noche y empezó a moverse entre las sillas imaginarias sonriendo a izquierda y derecha. La habitación pareció inundarse con la luz de las velas y las conversaciones.

Jonathan volvió a sentarse en la cama.

—¿Y el señor Graves la está mirando?

—Sí, desde su esquina.

Susan se subió de un brinco a una silla de respaldo alto que había junto a la chimenea vacía y se convirtió en una maraña de miembros, un joven que intentaba con todas sus fuerzas parecer cómodo y relajado, pero sin llegar a conseguirlo del todo. Abría la boca como si quisiera dirigirse a alguien, pero se contenía y volvía a examinarse las uñas.

Jonathan se echó a reír otra vez. Susan levantó una mano. En la habitación del piso inferior se oyó un sonido leve, el primer tono áspero y bajo del violonchelo del señor Paxton.

—Están empezando.

Susan saltó de la silla y volvió a agacharse, la oreja puesta en el hueco que quedaba entre dos tablones del suelo. Podía sentir la música de la sala inferior entrándole por las manos. Podía sentirla en los labios abiertos.

Crowther no le temía al silencio, pero la mañana parecía extrañamente desprovista de trinos para ser primeros de junio. Su visita ya había vuelto a subirse a su montura al salir de la casa, y lo aguardaba con su mozo de cuadra junto al bayo castaño de Crowther. No lo había saludado más que con un asentimiento de la cabeza y después había azuzado su caballo para que saliera del patio y se internara en el camino en cuanto el anatomista había cogido las riendas. La casa de Crowther era la primera de cierta importancia que se encontraba en el pueblo, así que en solo unos momentos estaban entre los campos y los setos.

A Crowther le sorprendió, e incluso le molestó

un poco, el silencio de la mujer. La miró de soslayo y observó su perfil. Era una mujer de treinta y pocos años, quizá, bien vestida, incluso con cierta suntuosidad. Jamás habría sido, ni siquiera en su primera juventud, una gran belleza. El rostro era un poco demasiado largo, y un poco demasiado estrecho. Aunque su porte y su figura cuidada sugerían buena salud y buenas costumbres. Las manos enguantadas se posaban con gesto fácil en las riendas y el cabello era de un color rojo oscuro, rizado bajo el borde del sombrero de amazona.

—¿Le gusta? —le preguntó ella—. Mi doncella Dido siempre se alegra cuando accedo a que me ricen el pelo. A mí me da la sensación de que se me mete por los ojos.

Crowther se sobresaltó y de inmediato miró al frente.

—Mis disculpas, señora. No pretendía observarla de esa manera.

La mujer se volvió hacia él y lo miró de frente por un momento, después sonrió. Crowther observó el verde oscuro de sus ojos y se

sorprendió preguntándose por un instante qué pensaría aquella mujer de él.

—No, la que lo siente soy yo, señor Crowther —dijo ella—. Y debo agradecerle que saliera tan temprano. He estado preguntándome qué podía decirle, y siento confesar que no se me ha ocurrido nada que parezca apropiado. Podría preguntarle qué tiempo cree que hará hoy y si está disfrutando de su estancia en Hartswood, pero no parece muy adecuado, dada la naturaleza de nuestra expedición. Así que, en lugar de eso, he esperado hasta tener la oportunidad de mostrarme grosera con usted.

Él estuvo a punto de sonreír.

—Quizá pueda contarme algo sobre su descubrimiento y explicarme por qué me ha llamado a mí en lugar de al agente de policía o al magistrado.

Ella aceptó la sugerencia con un asentimiento y alzó la barbilla mientras escogía con cuidado las palabras. Tenía una voz ligera.

—Bueno, de hecho mi lacayo ha ido a ver al corregidor, pero yo leí el artículo que publicó

usted la primavera pasada en el *Transactions of the Royal Society*; escribió, si lo recuerda, sobre las señales que pueden dejar los asesinos en sus víctimas, y cuando encontré el cuerpo pensé que usted podría leer su muerte igual que los gitanos leen las cartas. —Crowther la miró con auténtico asombro, la mujer frunció el ceño de repente y volvió a mirar el camino—. Solo porque me rice el pelo no significa que sea incapaz de leer, sabe.

Crowther no sabía muy bien si ofenderse por el tono de la mujer, o disculparse otra vez, así que no hizo ninguna de las dos cosas mientras salían del camino principal que llevaba a Balcombe y luego a Londres y entraban en un sendero más estrecho, que supuso que debía marcar el límite entre las tierras que pertenecían a Caveley Park y las de la gran propiedad de la mansión Thornleigh.

—El cuerpo está en el soto de la cima de la colina —dijo la mujer—. El mejor sendero para llegar hasta ahí cruza el bosque, así que debemos continuar a pie. Mi hombre se ocupará de los caballos.

Susan se dio cuenta por cómo respiraba su hermano que se había quedado dormido. La música terminó en un aplauso y una voz baja femenina empezó a presentar la siguiente pieza. Mientras Susan se esforzaba por oír, una tabla del suelo del pasillo, junto a su puerta, gimió de repente, sobresaltándola. Oyó a alguien hablando.

—Debería haber ido hace años, cuando murió Elizabeth. Me dijo que debería ir, que al pasado hay que mirarlo de frente para que no te persiga. Pero siempre había una razón para retrasarlo.

Era la voz de su padre. Al oír el nombre de su madre, el corazón de Susan se encogió un poco en su pecho y por un instante se perdió en una extraña confusión de dolor y consuelo. Su madre olía siempre a lavanda y tenía el cabello castaño muy suave. Había muerto una semana justa después de nacer Jonathan. La niña la había cogido de la mano hasta que su padre le había dicho que ya tenía que soltarla.

Respondió otra voz. Perteneecía al señor Graves

y a ella le resultaba casi tan conocida como la de su padre. La había oído casi todos los días en la tienda o a la mesa desde que aquel señor había llegado a Londres. Pero pocas veces lo había oído utilizar un tono tan bajo o serio como en ese momento. Susan pensó en el aspecto que tendría el rostro del amigo de su padre y el suyo se ladeó hacia abajo en una imitación inconsciente. El señor Graves no siempre llevaba el cuello de la camisa limpio, pero sus ojos grises siempre eran comprensivos, y aunque era tan delgado como un junco, todavía podía levantarla y darle vueltas por la tienda hasta que la niña casi se mareaba de risa. La señorita Chase había entrado una vez y los había encontrado jugando así. El señor Graves se había puesto muy rojo y la había dejado en el suelo con cierta brusquedad. A Susan no le parecía que a la señorita Chase le hubiera importado mucho lo que estaban haciendo, ni que hubiera notado que el cabello castaño del señor Graves se había revuelto bastante.

—Has hablado tan poco de tu vida antes de Londres, Alexander —decía en ese momento—.

¿Cómo puedo aconsejarte? ¿Por qué te ha preocupado tanto perder el anillo? ¿Era valioso? Yo jamás te lo he visto puesto.

—No tenía un gran valor para mí, o al menos eso creía. —Hubo una pausa—. Me sorprende que perderlo me haya causado tal disgusto. No ha sido más que un juguete para Jonathan durante años, le gustan el león y el dragón del sello; lo tengo guardado en mi escritorio y le dejo jugar con él cuando quiero que se quede callado y quieto, pero era lo último que me unía a mi antiguo hogar y ahora que ha desaparecido empiezo a preocuparme otra vez. Quizá les debo algo a las personas que dejé allí, o a los niños. Me he dicho que no es así, pero me incomoda.

Graves volvió a hablar.

—Tiene que haber alguna razón para que te hayas callado durante tanto tiempo. Piénsalo bien. Ahora eres feliz, y es un ente frágil y delicado, la felicidad. Jonathan no llorará mucho la pérdida de un anillo. ¿Por qué alterar tu vida por una baratija que en una semana el niño habrá olvidado? —Dudó un momento—. No atraigas ahora la atención

de los dioses, cuando todavía tienes tanto que perder.

—Tienes razón... —Su padre se detuvo de nuevo y suspiró. Susan supo por su voz que se estaría frotando la barbilla con la mano derecha y estaría repartiendo el peso de su cuerpo para no apoyarlo en la pierna mala—. Quizá el anillo aparezca en algún sitio y logre tranquilizarme. Haré que Jonathan vuelva a buscar en el taller por la mañana. Insistía en que no lo había cogido del escritorio sin mi permiso, sin embargo, y le indigna que yo piense que pueda haberlo hecho. — Susan oyó la sonrisa en su voz y volvió la vista hacia la cama donde dormía su hermano. El niño no había mencionado el anillo desde que había llorado tanto al ver que había desaparecido de su cajita, pero a Susan no le parecía que lo hubiera olvidado aún.

Un silencio y al poco la dama de abajo empezó a cantar. Susan se puso de pie y fue a abrir la puerta. Alexander y el señor Graves se sobresaltaron como truhanes culpables cuando la luz se derramó de la habitación de los niños por encima de los

hombros de la chiquilla y cayó sobre el rellano.

Graves le sonrió.

—¿Escuchando la música, Susan?

—Sí, pero ¿de qué estáis hablando? ¿Se va papá a algún sitio?

Su padre miró primero a su amigo y después a su hija, y se arrodilló.

—Ven aquí, hija mía, y dime algo. —La niña tomó la mano que le tendía su padre—. ¿Eres feliz así, Susan? ¿O preferirías tener una doncella, un carruaje, una gran casa y un centenar de vestidos bonitos?

Susan lo miró para ver si le estaba tomando el pelo, pero los ojos de su padre eran firmes y serios, el aliento le olía un poco a ponche. Se sentía confundida.

—Me gusta esta casa. Y tengo siete vestidos. —Oyó suspirar a su padre, pero al mismo tiempo la atrajo hacia sí, así que supuso que la respuesta lo había complacido.

—Bueno. Si tienes suficientes vestidos, no creo que necesite irme para nada. Y me alegro de que te guste esta casa. Espero que la compartamos

durante mucho tiempo.

Luego la soltó y continuó:

—Y ya que estás despierta, creo que se te puede permitir que te unas a nosotros abajo durante un rato. El señor Paxton va a ofrecernos su *Concerto*.

Durante el resto de su vida, Susan buscó esa música, o cualquiera que se la recordara, no solo por sus elegantes pasiones, sino por los recuerdos que le traía del largo salón a la luz de las velas, los perfiles y hombros de los primeros amigos y vecinos que había conocido, y la sensación del pecho de su padre alzándose y cayendo bajo su mano pequeña, su mejilla apretada contra los hilos plateados del chaleco de su padre.

## I.2

Era un día de verano particularmente espléndido, particularmente inglés, y el campo de Sussex estaba repleto de los agradables y frondosos colores de la estación. El prado donde desmontaron Harriet y Crowther resplandecía con ranúnculos altos y centaurea púrpura, y el viento matinal que agitaba la hierba era perezoso y jovial. De cualquier hombre o mujer civilizados se esperaba que se detuvieran un instante y contemplaran el paisaje y su lugar en él. Una buena estación para estar lejos de la ciudad, de su ajetreo y hedor. Allí la tierra se preparaba para ofrecer sus dones a sus señores y los subordinados de estos. Los cultivos crecían, los animales engordaban y la tierra servía a aquellos que la habían cuidado durante todo el año. Allí estaba Inglaterra en todo su esplendor, proporcionando recompensas para satisfacer el cuerpo y belleza para alimentar la mente y el alma.

La señora Westerman y Crowther, sin embargo,

se mostraron indiferentes al paisaje. Ninguno de los dos se detuvo para admirar la pintoresca hinchazón de los flancos del valle, ni para filosofar sobre la grandeza de la nación que les había dado vida. Desaparecieron en el bosque sin una sola mirada atrás. El mozo de cuadra desmontó y lo dispuso todo para llevar los caballos que habían dejado a su cuidado a sus establos, y quedó a discreción de las bestias admirar la vista y arrancar las flores salvajes con las mandíbulas satinadas.

El sendero terminaba en un claro tras unos treinta metros de pendiente irregular sobre la que se inclinaban las ramas de olmos y robles. El camino estaba seco (Crowther intentó recordar la última vez que había oído llover desde los confines de su estudio) y el aire estaba impregnado con los aromas del bosque que se desperezaba para engalanarse con su atavío estival. Ajo salvaje, rocío. Pensó que sería un lugar agradable para dar un paseo antes de dar comienzo a las obligaciones del día; sin duda por eso la señora Westerman se había encontrado en ese sendero.

Crowther se dio cuenta de que no había notado que el año ya estaba floreciendo y llegaba a su punto álgido. Habría podido decirle a cualquier hombre que preguntara que la fecha del día era el 2 de junio, por supuesto, porque había escrito la fecha del día anterior en su cuaderno cuando había empezado a trabajar, pero él nunca sentía el cambio de estación en los huesos, como afirmaba sentir buena parte de sus conciudadanos. Sabía que era invierno porque era el mejor momento para diseccionar, y que era verano porque era cuando los criados tendían a quejarse de los olores. En cuanto al mundo exterior con toda su grandeza, su corpulencia, sus multitudes, él le había dado la espalda para hurgar en los recipientes más pequeños de la vida. Llevaba años siendo fiel a los misterios que podía confinar a la superficie de su mesa. Y por tanto ya hacía meses que no alzaba los ojos. Pero empezó a notar el primer escozor del sudor bajo el algodón de su camisa, y sintió que el corazón comenzaba a esforzarse con el ascenso. Las sensaciones eran extrañas y novedosas. Se llevó la mano a la cara, donde el

sol se la acariciaba entre las hojas de los árboles.

La señora Westerman se detuvo y señaló con la fusta.

—Ahí. Unos diez metros por el camino que lleva a Thornleigh. Mi perra fue la primera en notar su presencia. —Sus ojos descendieron al sendero—. La llevé de vuelta a la casa antes de ir a verlo.

Crowther la miró. La voz era firme, el rostro estaba quizá un poco arrebolado, pero eso podría no ser más que consecuencia del ascenso. Crowther se encaminó en la dirección que le habían señalado y casi de inmediato oyó un pequeño suspiro y los pasos de la señora Westerman que lo seguían.

El cuerpo yacía junto al camino y se podría haber pensado que era un simple montón de ropa vieja, salvo por el brazo y la mano gris, cerosa, extendida en ángulo recto con respecto al bulto de una capa de color azul oscuro.

—¿Ha movido alguien el cuerpo? —preguntó.

—No. Es decir, me acerqué lo suficiente para ver que estaba muerto y comprobar cómo había sido, para lo cual le levanté la capa; luego lo cubrí

otra vez. Eso es todo.

Se había reunido un pequeño enjambre de moscas que se paseaba por los bordes del manto con el mismo primor que las empleadillas de los comercios por los jardines de Ranelagh; los insectos también se metían por los recovecos y ranuras que escondía la prenda para atender sus asuntos privados. Crowther se arrodilló, levantó el pliegue de tela que ocultaba la cara del cadáver y contempló los ojos muertos. Las moscas zumbaron con furia y él las apartó con la mano sin juzgarlas.

Había oído debatir siendo estudiante que, al morir, en la retina quedaba grabada la última imagen que habían visto los ojos. La idea lo había intrigado en aquella época y había hecho experimentos en su antiguo hogar con varios desafortunados perros y dos gatos antes de renunciar a la idea por completo por ser imposible. Las señales que el asesinato dejaba en el cuerpo eran más sutiles y al mismo tiempo más comunes, pero Crowther sí que creía que con frecuencia se podía leer la expresión de un cadáver humano. Algunos parecían descansar en

paz; otros, como el que tenía ante él, parecían solo sorprendidos y un tanto decepcionados. El cabello del hombre era el suyo natural. De color rubio oscuro, y denso. Crowther levantó el cuerpo un poco y palpó la tierra debajo del cadáver y la capa. Ambos secos. Y el cuerpo estaba rígido, aunque quizá no del todo. Las moscas se posaron de nuevo cuando dejó que la tierra volviera a sostener el peso del cuerpo una vez más.

—Había rocío en el cuerpo cuando lo encontré, y no estaba tan rígido como parece estarlo ahora —dijo Harriet.

Crowther asintió, pero no alzó la vista.

—Entonces imagino que murió anoche.

—Que lo asesinaron anoche —lo corrigió ella.

Así era, la herida que le atravesaba el cuello era inequívoca. Crowther volvió a espantar las moscas con la mano y se inclinó para examinar el corte: un único golpe violento que había seccionado por completo la arteria carótida y que había dejado al hombre con una boca más, una boca abierta. No habría sufrido mucho, le pareció a Crowther. El golpe se había asestado con la

fuerza suficiente como para casi partir el cuello, lo que había dejado el espeluznante blanco de las vértebras a la vista en la parte posterior de la herida. Una mancha oscura alrededor del cuello de la ropa mostraba que había seguido latiendo el corazón, durante un breve tiempo, nada más, para bombear la sangre por el cuerpo. Crowther paseó los ojos por el tronco del hombre. Vestía una camisa de aspecto bastante limpio y un chaleco bordado que estaba hecho de alguna tela exquisita; unas manchas negras lo moteaban en charcos oscuros y feos. Se imaginó al hombre sujeto y sostenido por detrás, el cuchillo haciendo su obra, después el chorro de sangre inundando el suelo con una fuerza vívida y definitiva. Miró a su alrededor. Sí, había marcas en los troncos de los árboles justo delante de él, y los últimos de los lirios del valle habían atrapado un poco de su sangre. Era como si se estuvieran desvaneciendo bajo su peso. Ese hombre yacía donde había caído.

Harriet siguió los movimientos de los ojos masculinos.

—Hay una leyenda cuya acción transcurrió no

lejos de aquí —dijo—. Un santo entabló batalla con un terrible dragón, y allí donde la sangre del santo tocó la tierra han ido brotando lirios del valle desde ese día hasta la fecha. —Harriet suspiró—. Aunque dudo que podamos echar la culpa de esta muerte a un duelo con un dragón, ¿no le parece, señor Crowther? No hubo ninguna pelea, creo. Un solo golpe, por detrás. Lo más probable es que ya estuviera muerto antes de caer.

A Crowther nunca le gustaba que lo apuraran mientras trabajaba, y el entusiasmo de la mujer le pareció un poco ofensivo. La castigó quedándose de pie, en silencio, y mirando a su alrededor, sobre todo detrás de donde yacía el cuerpo, donde se habría colocado un asesino. Los espinos le hicieron una reverencia y él metió la mano entre sus flores blancas para retirar unas cuantas hebras que vio colgando; sacó su pañuelo y las envolvió con él. Solo cuando las tuvo a salvo en su bolsillo hizo el esfuerzo de intentar responder.

—¿Y ha llegado a esa conclusión gracias a sus extensas lecturas, supongo, señora Westerman?

—Lo he irritado. Discúlpeme. —La franqueza de

la respuesta de la mujer lo avergonzó un poco. Se inclinó a toda prisa.

—En absoluto, señora. Sus conclusiones concuerdan con lo que veo aquí.

Harriet se quedó callada un momento, retorció la fusta entre los dedos, después habló en voz baja.

—Es duro, no le parece, señor Crowther, sacar conclusiones y no tener a nadie con quién comentarlas. Uno empieza a dudar de su criterio, o a confiar demasiado en él. No era mi intención apurarlo. Quizá deseo demostrarle que no soy tonta, y al intentar demostrarlo... me comporto como tal. —Lo miró a los ojos durante solo un instante y volvió a apartarlos—. Para responder a su pregunta, no leo tanto como me gustaría. Fue por casualidad como me encontré con su artículo. Pero quizá mi falta de remilgos le ofenda. Antes de que compráramos Caveley y naciera mi hijo Stephen, navegué tres años con mi esposo. He visto morir hombres en la guerra y en la paz, y serví como enfermera, así que he presenciado más de lo que quizá debería.

Crowther la miró sin ambages y la señora

Westerman se volvió, un poco avergonzada. *Bueno*, pensó Crowther mientras se inclinaba de nuevo sobre el cuerpo, *es una verdad universal que en presencia de un cadáver las personas con frecuencia dicen más de lo que pretenden*. Él tenía la sensación de que a consecuencia de ese fenómeno, algunas personas creían que un cadáver podía condenar a su asesino sangrando otra vez en su presencia. No, la verdad era más sencilla, las personas tenían la desagradable tendencia de correr a confesar ante un *memento mori* tan vívido.

Crowther empezó a pasar las manos por el cuerpo. Una de ellas se detuvo al palpar un bulto en el bolsillo del chaleco del cadáver, metió los largos dedos blancos entre los pliegues plateados de tela y sacó un anillo. Lo sintió pesado en la palma de la mano y cuando lo giró, vio un blasón grabado en el oro. Lo reconoció del carruaje que atravesaba el pueblo de vez en cuando, y también de las verjas del gran parque. Oyó que su compañera contenía el aliento y se levantó para dejar caer el objeto en la mano estirada de la

mujer. Esta cerró el puño a su alrededor y Crowther habría jurado que la oyó maldecir en voz muy baja.

—El escudo de armas de la mansión Thornleigh, por supuesto —dijo él con sequedad. Ella lo miró y apartó luego los ojos. Crowther alzó una ceja—. Debería haberlo preguntado antes, señora Westerman: ¿conoce a este hombre? ¿Es de Hartswood? ¿Vive en la mansión?

Mientras respondía, la señora Westerman se daba golpecitos en el vestido con la fusta. No apartó los ojos del cuerpo, y su tono era el de alguien sumido en sus propios pensamientos.

—Me es desconocido. Creo que si fuera de Thornleigh o del pueblo, lo conocería, pero... ¿Cuántos años cree que tiene este hombre, y a qué clase cree que pertenecía?

—Yo le calcularía entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años. En cuanto a su clase social... diría que no es pobre. Viste levita y capa, y tiene las manos bastante limpias y sin marcas. Puede verlo por sí misma. ¿Qué es lo que sabe usted, señora Westerman, que yo desconozco?

—Nada. Solo algo de historia local. Y la historia dice que el hijo mayor de lord Thornleigh dejó la protección de su familia hace unos quince años y que tendría ahora esa edad. Se llamaba Alexander, vizconde de Hardew. Es un hombre rubio, por el retrato que he visto.

Harriet dio un paso para alejarse del cuerpo y se volvió para mirar camino arriba, hacia las tierras de Thornleigh. Una brisa murmuró entre los árboles y tiró con suavidad del borde de la levita de Crowther, como si intentara hacerlo regresar a sus habitaciones y sus libros antes de que se dijera nada más, antes de que se cruzara alguna línea.

—Verá, señor —dijo la señora Westerman—. No puedo evitar preguntarme si este pobre hombre es el heredero de las grandes propiedades de mis vecinos, y si es así, por qué ha recibido una bienvenida a casa tan fría.

## I.3

Mientras Susan practicaba en la tienda la mañana después del concierto, se preguntaba si no se habría apresurado un poco al rechazar la doncella y el carruaje que su padre le había ofrecido la noche antes. El calor era opresivo: podía sentir el sudor que se le acumulaba bajo los brazos y en la nuca, y en Londres el calor metía el hedor de la ciudad por toda la casa. Quizá habría sido agradable conducir por el parque con un poni y un vestido bonito en lugar de repasar sus ejercicios en la tienda, con las partituras y las piezas de música que su padre imprimía y vendía apiladas a su alrededor.

Por lo general, la sala permanecía fresca incluso en verano, pues era un espacio largo y elegante que nada alteraba salvo su clavecín, el mostrador que recorría una pared y unos pequeños muestrarios de los últimos aires y temas dispuestos sobre unas mesas bajo los escaparates, pero ese año ya sentía el aire caliente en el pecho.

Los ejercicios que practicaba, su cuerpo se los sabía casi mejor que su mente. Susan podía observar sus dedos sobre las teclas y oír el tirón y la vibración del instrumento como si estuviera fuera de su propio cuerpo. La dejaba libre para pensar aunque pareciera estar ocupada, así que dejó que su mente vagara por la ciudad que había fuera.

Había visto carruajes suficientes pararse ante la tienda, y las damas que solían salir de ellos. No había visto a nadie de su edad en ellos, sin embargo. Las damas de los carruajes solían tener doncellas con ellas, o más damas, pero nunca niñas. Eran muy hermosas, pero todas parecían tener un aspecto más bien cansado, como si llevar esos pesados vestidos fuera muy trabajoso. Susan recordaba a una dama que había entrado una vez que ella estaba ante su instrumento y que había querido que tocara en una fiesta para sus amigas. La había llamado pequeña Mozart y se había extasiado. Eso era lo que había dicho, «¡Estoy extasiada!». Su vestido hacía mucho ruido y tenía algo rojo en la boca. Había acercado la cara

mucho a la de Susan y había afirmado que era «una cosita muy mona».

A Susan no le había gustado nada. Y a su padre tampoco. Se había mostrado relativamente firme con la dama y esta no había vuelto. Su padre le había dicho a Susan que si se encontraba con «esa mujer» en la calle, bajo ningún concepto debía ir a ninguna parte con ella. Susan se preguntó si era una de esas mujeres a las que llamaban de moral ligera. Sabía de tales mujeres por lo que se hablaba en la plaza cercana: dejaban que los hombres las besaran y les hicieran otras cosas a cambio de dinero, pero como había pensado que era algo que su padre no querría que ella supiera, no le había preguntado más. Había otras damas que le sonreían sin acercarse tanto y su padre con frecuencia le pedía que tocara alguna de las piezas de música que vendían para que las damas pudieran decir si les gustaba y querían llevársela para aprenderla. A ella todas esas damas le parecían solo medio vivas, sin embargo. Pensó lo horrible que debía de ser tener que caminar con tanta lentitud todo el rato. Susan se encontró con

que sus dedos estaban tocando la siguiente variación por voluntad propia.

—Todos necesitamos tiempo para pensar, Susan —dijo su padre con una sonrisa por encima del libro de cuentas que tenía sobre el mostrador—. Pero sé muy bien que no te has estado concentrando en absoluto en el último rato. Si deseas parar, puedes hacerlo. De otro modo, nunca olvides que has de buscar la música que hay bajo la mecánica.

Susan alzó la cabeza. Su padre se estaba apartando un mechón de cabello rubio de los ojos. La niña sonrió y con gesto avergonzado regresó al teclado e intentó recordar la música, la fuga del contrapunto que crecía bajo su mano. Alexander era un amante de la música. El patio trasero de su casa contenía la fuerza bruta de su empresa, el lugar donde se guardaban las placas de cobre sobre las que tallaban las notas de otros hombres, las prensas que las fijaban; y él había transmitido ese amor y ese oficio a su hija. Sí, a veces, cuando el metal desprendía un olor caliente y amargo y las manos infantiles eran reticentes y débiles sobre las

teclas, la música podía parecer una tirana, una abusona. La música se burlaba de ella, siempre parecía estar un poco más allá de lo que ella podía hacer, de lo que podía saber. Susan había visto a su papá muchas veces levantado hasta tarde, cansado, revisando las cuentas, y sospechaba que él sentía lo mismo. Pero la música se había convertido en su madre, y en la amada de su padre. Sus nueve años se los había pasado inmersa en música, nutriéndose de ella. No podía imaginarse ningún otro tipo de vida.

Un caballero entró por la puerta, los saludó a los dos con una pequeña inclinación y se volvió para curiosear entre las partituras abiertas sobre el mostrador. Susan lo volvió a mirar. Quizá no fuera un caballero, después de todo. Cuando su padre regresó con sus libros, el hombre lo estudió de forma furtiva con los ojos entrecerrados y expresión calculadora. Los dedos de la niña tropezaron y el hombre se dio cuenta y se volvió para mirarla. Tenía la piel de un tono amarillento. El hombre le sonrió y Susan vio que le faltaban los dientes delanteros. Justo en ese momento volvió a

sonar la campana y entró una mujer barriéndolo todo con una falda lo bastante amplia como para contener a tres damas, saludó en voz muy alta y le ofreció a Alexander la mano. El hombre amarillento se escabulló antes de que la puerta tuviera tiempo de cerrarse otra vez. Susan se estremeció. La sensación de opresión que el hombre había introducido en la habitación permaneció con ella buena parte del resto de la mañana, y por muchos esfuerzos que hizo, no consiguió concentrarse en lo que estaba haciendo.

Del hogar de la señora Westerman, Caveley Park, se reconocía que era una propiedad hermosa y bien gestionada que prosperaba bajo el cuidado de sus nuevos propietarios. Ciertamente, no tenía ninguna de las pretensiones de su vecino más cercano, la mansión Thornleigh, pero el comodoro Westerman era un comandante con gran talento y, lo que era todavía mejor, un hombre afortunado que además disfrutaba de cierta posición en su carrera, cosa que se notaba en el tamaño de la compra y en el cuidado con el que se habían llevado a cabo las reparaciones en la casa y las inversiones en la finca. Su mujer había adquirido la reputación de ser una gestora muy capaz de los intereses de su marido; en general, todo el mundo aprobaba sus disposiciones, e incluso otros en la zona las copiaban.

La intención de Harriet Westerman no había sido permanecer en tierra cuando se había comenzado a debatir la compra, pero varias circunstancias

habían hecho que su presencia en la propiedad fuera tanto lo más práctico como lo más necesario mientras su esposo continuaba en el extranjero, primero en el Canal de la Mancha y desde el año nuevo sirviendo a su soberano surcando las Indias Occidentales. Así pues, la señora Westerman había renunciado a la vida a bordo de un barco o en alguna base naval remota, cenando a veces con potentados y reyes, a veces con pescadores y los modestos oficiales de los destinos más incómodos que tenía su país por todo su creciente imperio; en su lugar se había adaptado a la vida más estable de la señora de una casa de campo.

La primera de esas circunstancias había sido darse cuenta de que una hacienda de ese tamaño necesitaría mucha más atención que la que permitirían las comunicaciones irregulares y no demasiado fiables que se podían enviar desde un barco de la Marina de Su Majestad. La segunda fue el nacimiento de su hijo, Stephen, que si bien ya parecía estar creciendo sano y fuerte, había sido un bebé débil y enfermizo, reticente a engordar mientras estuvo rodeado de aire marino.

El pequeño había nacido a bordo del barco de su padre mientras su madre luchaba contra vientos poco propios de la estación en su regreso a casa procedente de un destino en las Indias Orientales. Los Westerman ya habían perdido un hijo el año anterior, y el dolor de la pérdida del recién nacido era un pequeño punto candente entre ellos. El niño había nacido y muerto al otro lado del mundo, y solo había vivido el tiempo suficiente para que le pusieran nombre. Su cuerpecito estaba enterrado en el terreno de la iglesia de la Compañía de las Indias Orientales, en Calcuta. Harriet todavía podía ver a veces ese pequeño trozo de tierra extranjera bajo sus pies mientras recorría sus senderos de lavanda inglesa. Rara vez hablaba de esos días, ni siquiera con su hermana. Los Westerman estaban dispuestos a lo que fuera para evitar pasar por otro dolor semejante. Se había planteado la cuestión de que el niño permaneciera en tierra con alguna familia respetable, pero el capitán Westerman presentó argumentos suficientes que defendían las ventajas del cuidado de una madre.

La tercera consideración, y quizá esta última ya fuera suficiente por sí sola, era que el padre de la señora Westerman, un clérigo modesto del sudoeste de Inglaterra, viudo desde hacía unos años ya, no había conseguido recuperarse tras una caída de caballo y había muerto dejando a su hija pequeña, Rachel, sin protección, pobre y, con solo catorce años, sin apenas medios para abrirse camino en el mundo.

La señora Westerman regresó entonces a casa con su hijo y renunció a cualquier intención que pudiera haber tenido de hacerse a la mar otra vez. Se convirtió en administradora y protectora de las tierras del comodoro y le ofreció a su hermana un hogar permanente. La llegada de la señora Westerman y la señorita Trench se celebró en toda la vecindad, y Harriet se convirtió en un valioso miembro de la sociedad de la zona en cuanto su sentido común, sus sólidos principios y el valor de las tierras del comodoro comenzaron a ser de conocimiento público. Ciertamente era que podía ser un poco brusca, y un tanto inclinada al entusiasmo, incluso contradiciendo a sus vecinos más ancianos

si sentía que erraban en asuntos domésticos o políticos, pero esos pequeños pasos en falso se achacaban a sus extrañas experiencias siguiendo a su marido por el mundo, y se solían disculpar. En general, la opinión sobre la hermana era que suponía una buena influencia que refinaba la casa, y las matronas de la región la alentaban a considerarse como tal. Sin embargo, las desilusiones que había sufrido habían dado ocasión a algunas reflexiones tristes en el pasado y su futuro continuaba siendo incierto.

La señorita Rachel Trench había oído la conmoción de voces en el vestíbulo y los pequeños ladridos del galgo de su hermana mientras desayunaba su taza de chocolate y contemplaba el paisaje de bosques desde el salón, pero fue el gritito contenido de Dido, la doncella, lo que hizo que se levantara y abriera la puerta. La señora Heathcote la miró y ahuyentó a Dido hacia la cocina con la mano. William, el lacayo de la

casa, también la saludó con la mano, pero atravesó la puerta principal antes de que ella pudiera hablar con él y se tapó las orejas con el sombrero de camino al exterior. Rachel miró al ama de llaves. Parecía muy pálida y Rachel sintió que ella también empezaba a perder color ante la perspectiva de malas noticias.

—¿Qué ocurre, señora Heathcote? Mi hermana...

—La señora Westerman se encuentra bien, pero se ha hallado un cuerpo en el bosquecillo, señorita Rachel. Un hombre con la garganta cortada.

Rachel sintió que el mundo empezaba a dar vueltas a su alrededor y estiró una mano para apoyarse en el quicio de la puerta. En el vacío repentino que se hizo en su mente, oyó la voz de su cuñado. Rachel le había pedido en una ocasión, mientras cenaban una tarde, ciertos conocimientos útiles tras sus años de viajes. Él se había reído al contestarle.

—Si hay un terremoto, mi querida hermana, quédate bajo el marco de una puerta y espera a que acabe.

La señora Heathcote dio dos pasitos hacia ella y

la ocultó de la vista de la doncella, que ya se retiraba.

—Señorita, tranquilícese. Dicen que es un desconocido.

El ama de llaves puso una mano bajo el codo de la chica. Rachel asintió y, sin atreverse a mirar a la mujer a la cara, regresó de nuevo al salón.

—¿Dónde ha de llevarse el cuerpo? ¿Tiene algo en mente? —preguntó Crowther.

—He enviado una nota al hijo menor de la mansión Thornleigh, Hugh. De hecho, despaché a su hombre, señor Crowther, mientras esperaba a que usted se vistiera. Si este es de verdad Alexander, imagino que desearán que se traslade el cuerpo a la casa. Si no es así, podemos recibirlo en Caveley, mi casa, y esperar allí al corregidor.

Crowther decidió no decir lo que pensaba sobre las personas que daban órdenes a criados ajenos y se limitó a comentar otra cosa.

—Señora Westerman, sabrá que me he propuesto enterarme de lo menos posible de la vida de mis vecinos.

La mujer le sonrió de soslayo.

—¿Aparte de observar a los que pasan frente a su casa, quiere decir, señor? —Él la miró con el ceño fruncido mientras ella continuaba con un tono casi alegre—. No ha pasado desapercibida su costumbre de mirar pasar a sus vecinos desde la ventana de su estancia como si fueran especímenes de alguna exposición.

Crowther se sintió un poco expuesto, pero la señora Westerman tampoco quería tomarle el pelo, así que se puso seria.

—Supongo que le gustaría saber más sobre la familia Thornleigh, ¿no? Muy bien. Thornleigh no es la finca más rica de la región, pero sí una de las más grandes. —Harriet señaló el norte con su fusta—. Lord Thornleigh es el conde de Sussex y la extensión de las tierras refleja tan elevada posición. Suya es la tierra hasta el horizonte de ahí y son propietarios de algunas de las granjas que hay más allá. La casa en sí es magnífica, oculta a

los ojos de sus vecinos por estar en medio de un gran parque, y llena de tesoros antiguos y modernos. Una maravilla. Hace tiempo que no voy, pero el ama de llaves hace visitas guiadas para los curiosos y nos han dicho que el propio rey ha descansado allí. Tengo entendido que tienen una navaja que perteneció a Jaime I en un cajón, lista para mostrársela al que pida verla. —Su fusta indicó la colina que acababan de trepar—. Son propietarios de toda la tierra al oeste del pueblo, por supuesto. Es una gran propiedad, aunque sospecho que en los últimos tiempos la dirigen de un modo un tanto rácano.

—¿Lord Thornleigh sigue residiendo allí?

—Sí, con su segunda esposa. Pero él está muy enfermo. Tuvo un ataque de algún tipo poco después de que nosotros llegáramos a Caveley y no habla desde entonces. Pocas veces se le ve y nunca se le menciona. Creo que lo cuida su servidumbre en los pisos superiores del edificio. Hay tres hijos. Alexander, el mayor y el heredero del título, cuyo paradero se desconoce, y Hugh, a quién no tardará en conocer, son hijos de la

primera esposa de lord Thornleigh. Su segunda esposa también tiene un niño pequeño, Eustache.

—La he visto con él pasando en carruaje junto a mi casa.

—Sí. —Harriet hizo una pausa, como si no estuviera muy segura de lo que debía decir a continuación—. Hugh sirvió en el ejército en las Américas y resultó herido. Regresó hace casi cuatro años, cuando su padre se puso enfermo.

Crowther pensó en un caballero cuya presencia había observado en el pueblo; había estado buscando el libro que le había hecho compañía durante la cena una noche y desde el salón frontal, donde lo había encontrado, había visto a ese caballero encontrándose con unos amigos junto a la casa de postas, calle abajo, a poca distancia de la puerta de su casa. O, más bien, había oído un saludo a voces y se había vuelto para ver quiénes tenían razones para estar tan manifiestamente complacidos consigo mismos. Había visto a un caballero joven y fornido de perfil y Crowther había reconocido en sí mismo esa mezcla típica de envidia y desdén que los hombres de su edad

tendían a sentir al ver a los jóvenes, y estaba meditando sobre esa emoción en la penumbra de su casa vacía cuando el joven se volvió para saludar a otro... y Crowther vio que el lado derecho de su cara, desde el centro del pómulos hasta el nacimiento del pelo, lucía grandes cicatrices y tenía un ojo lechoso y muerto. Incluso en la oscuridad de aquellas primeras horas de la noche, la piel parecía recién desgarrada. Era como si algún diablo hubiera envidiado tanto el aspecto del joven que había forzado un intercambio parcial.

—Un mosquete se encasquilló y estalló —dijo casi para sí, y al captar la mirada de sorpresa de Harriet se explicó—: Lo he observado desde mi ventana delantera —le dijo con una sonrisa irónica—, y la herida es característica.

Casi de inmediato, Crowther oyó pasos que subían por el sendero que procedía de Thornleigh. Era el caballero en cuestión el que se acercaba con rapidez.

Debería, dados sus rasgos y constitución, haber sido atractivo, pero la herida era violenta, la

expresión desagradable y su forma de vestir un tanto desaliñada. A medida que la distancia se acortaba, Crowther aprovechó para estudiarlo como lo haría con un espécimen que tuviera sobre la mesa: venas rotas alrededor de la nariz, color subido y ojos ribeteados por un tono oscuro. Aquel hombre bebía. Una enfermedad hepática, con toda probabilidad ya avanzada. A Crowther no le extrañaría oler vino en su aliento ni siquiera a horas tan tempranas del día. Seguía sorprendiéndole cuántas de las grandes casas podían producir hijos que, en su opinión, nunca llegaban a ser caballeros.

El hombre comenzó a hablar con un tono de barítono ronco antes de haber llegado junto a ellos.

—Señora Westerman, ¿sabe cuántas veces en los años transcurridos desde que he regresado a casa me han pedido que identifique cadáveres de hombres que podrían ser mi hermano? Cuatro. Dos vagabundos que decidieron morir en Pulborough sin dejar ninguna dirección, un desgraciado que se ahogó en el Tar y reflató un mes más tarde cuando

ni su propia madre podría reconocerlo, y un cadáver en Ashwell que resultó ser moreno y veinte centímetros más bajo de lo que lo era Alexander cuando se fue de casa. Y ahora usted, señora, se dedica a registrar el campo para proporcionarme otro.

Crowther miró a su compañera. Por primera vez esa mañana la dama parecía un poco conmovida, y el anatomista creyó ver un leve temblor en su mano. Crowther se adelantó e hizo una reverencia lo bastante pronunciada como para sugerir sarcasmo.

—Bueno, por lo menos, señor, este caballero ha tenido la consideración de hacerse asesinar relativamente cerca de su casa. Así que las molestias se reducen al mínimo.

El joven se sobresaltó y se volvió para mirarlo; Crowther se dio cuenta de que se había colocado allí donde la visión dañada del señor Thornleigh quizá le hubiera impedido advertir su presencia y se preguntó si habría hablado de tal modo a una dama si no hubiera creído que estaba sola. Parecía un hombre fuerte, poderoso todavía a pesar de la

bebida. Acostumbrado a montar, con toda probabilidad, aunque la solidez juvenil ya estaba empezando a convertirse en grasa. Crowther imaginó el aspecto que tendría el musculoso antebrazo sin la piel. El joven se aclaró la garganta y tuvo la decencia de al menos parecer un poco avergonzado.

—Usted es nuestro filósofo natural, el señor Crowther, ¿no es cierto?

—Así es.

—Soy Hugh Thornleigh. —Se inclinó, sacudió la cabeza y dio la sensación de que se le bajaban un poco los humos—. Acepte mis disculpas, señora Westerman. Me he expresado de forma muy desabrida. Gracias por su nota y espero que la conmoción de encontrar a este desgraciado no haya sido demasiado grande. —Hizo otra pausa y carraspeó—. Espero que su familia esté bien.

A Crowther casi le cayó bien en ese momento. Quedaba un residuo de encanto bajo el mal humor, una agradable deferencia para con la señora Westerman. Era como si cuando había sacudida la cabeza, el gesto hubiera tirado una máscara y él

hubiera encontrado un yo mejor bajo la misma. Era un oso con levita. Una bestia... domesticada. A Crowther le recordó a su propio hermano.

La señora Westerman, sin embargo, seguía enfadada. Su voz adquirió un tono frío y cuando habló miró a través del joven en lugar de mirarlo a la cara.

—Estamos todos bien, señor Thornleigh. Aquí está el cuerpo. —Y apartó la capa de la cara del muerto con la punta de la fusta. Thornleigh contuvo el aliento un instante.

—Pensé que podría ser un indigente. Usted dijo que lo habían asesinado... —Thornleigh se acercó más—. ¿Se encontró algo en su persona? —Harriet dejó caer el anillo en la mano estirada del hombre y se apartó, poniéndose de nuevo el guante. Hugh se estremeció un poco cuando el objeto cayó en su palma y reflejó el sol. Después los volvió a mirar a toda prisa—. ¿Nada más?

—No hemos terminado de vaciarle los bolsillos, me temo —dijo Crowther—. ¿Me permite preguntar, señor, si conoce a este hombre?

Hugh contuvo el tono y recuperó la compostura.

—Estoy seguro de que no es Alexander, aunque este hombre es de su edad y tiene el mismo color de pelo. Le ruego de nuevo que me disculpe, señora. Lo que no sé es cómo consiguió el anillo, sin embargo. Eso sí que es sin duda de Alexander. Yo llevo uno muy parecido. —Extendió la mano izquierda y les mostró, brillando en el dedo medio, el gemelo del anillo que habían encontrado.

—¿Está usted seguro? —preguntó Harriet—. Creo que una vez dijo que no había visto a Alexander en muchos años.

—Lo vi por última vez en el sesenta y cinco, muy poco antes de que me uniese a mi regimiento. Pero estoy seguro. Si Alexander yaciese alguna vez ante mí, lo reconocería por muchos años que hubieran pasado. Este hombre no significa nada para mí. No es mi hermano. —Se volvió hacia Crowther—. Mi hermano se rompió la pierna cuando era niño en una caída, fue una fractura grave. Desde entonces siempre caminó con una ligera cojera. ¿Sería usted capaz de saber si este hombre sufría una lesión así si lo examinara más a fondo? Pero quizá le pido demasiado.

—La lesión se veía y estoy dispuesto a examinar el cuerpo mejor.

Hugh asintió con sequedad.

—Bueno, eso quizá sirva como confirmación para el juez de instrucción y sus hombres, y yo se lo agradezco mucho. Pero yo estoy seguro por completo de que este no es Alexander. Y doy gracias a Dios por ello.

La señora Westerman suspiró.

—Bueno, me alegro de oír eso. Creo que el cuerpo está en tierras de Caveley Park, así que haré que lleven a este pobre hombre a mi casa hasta que llegue el corregidor y averigüemos qué es lo que se ha de hacer... a menos que usted tenga alguna objeción, Thornleigh.

Hugh la miró más tiempo quizá del recomendable antes de hablar, y en ese intervalo Crowther vio que le cruzaba la cara una expresión de anhelo y vergüenza que le hizo pensar en un perro azotado. Crowther se encontró especulando. El vecino joven con cicatrices de batalla, el marido lejos, en el mar... Después sonrió para sí. Se estaba poniendo romántico.

—En absoluto, señora Crowther. ¿Puedo ayudarla en algo más?

—No. Los hombres de mi casa no tardarán en llegar y nosotros acompañaremos el cuerpo.

—Muy bien. —Y con no más que una inclinación dirigida a los dos, Hugh se volvió y bajó de nuevo la colina... tan rápido como pudo sin llegar a huir corriendo.

—Ese hombre bebe —dijo Crowther mientras observaba cómo el bosque se tragaba de nuevo la levita azul. Harriet se había apoyado en uno de los fresnos que había junto al camino.

—Sí, mucho me temo que sí. El administrador, Wicksteed, dirige la casa mientras él le hace compañía a la botella.

—Al final lo matará... y rápido, creo, si ya está en ese estado a una edad tan relativamente joven.

—Bien.

Crowther se giró para mirarla. Una mujer poco usual, desde luego, ¡pero cómo se le ocurría decir algo así! No se había dado cuenta de que todavía podía escandalizarle lo que dijera la hija de un caballero. Sus modales debían de seguir siendo

más civilizados de lo que él había pensado. La señora Westerman se limitó a continuar mirando el suelo que tenía delante y a dar golpecitos con su fusta. En solo unos momentos, Crowther oyó más pasos y vio que por el camino se acercaba el mozo de cuadra de Harriet con otro hombre. La dama suspiró y alzó los ojos.

—Mi pobre y pacífico bosquecillo. Esta mañana tiene tanto ajetreo como Cheapside<sup>1</sup>. —Se irguió y les dio a los hombres las órdenes pertinentes con tranquilidad y buen sentido, al cabo se giró hacia Crowther—. Venga a la casa conmigo, señor Crowther. Nos reuniremos con el corregidor y después examinaremos a este hombre con un poco más de atención.

Mientras sus sirvientes se preparaban para llevar el cuerpo a Caveley, Crowther notó que la mirada de la señora Westerman recorría el camino por el que Hugh había desaparecido. Su furia parecía haberse disipado y su rostro estaba lleno ya solo de pesar.

El miedo de estar a punto de oír que Hugh se había rebanado la garganta casi delante de su casa había dejado a Rachel pálida y nerviosa durante un rato, pero se había recuperado lo suficiente para recibir a su hermana y al señor Crowther cuando llegaron y servirles el té a los dos sin que le temblara la mano.

Había visto al señor Crowther una o dos veces por la calle y una vez en las ventanas de arriba de la casa del caballero, que estaba contemplando con fijeza el camino sin ser en apariencia consciente de nada de lo que tenía delante; y, como es natural, Rachel había oído los cotilleos que corrían sobre él, de boca de su doncella, cuando el anatomista había llegado al pueblo. Un hombre solitario y misterioso. Sin embargo, Rachel no había pensado demasiado en él durante el año que el caballero llevaba en Hartswood, su mente estaba demasiado ocupada con sus propias inquietudes, aunque se alegraba de tener la

oportunidad de estudiarlo más de cerca. Supuso que tendría unos cincuenta años, no usaba peluca, estaba muy pálido y lucía una delgadez casi dolorosa, pero su altura y la seguridad firme de su porte le daba una presencia que la joven no podía dejar de admirar. Ella esperaba la brusquedad que solía asociar con los hombres de carrera, pero los movimientos de aquel hombre eran fluidos y elegantes. Le pareció que había habido un tiempo en el que el anatomista había acostumbrado a socializar. Tenía unos rasgos agradables, aunque los labios eran finos, y su expresión era, si bien no cordial, tampoco del todo hostil. El caballero miró el salón con cortés curiosidad y la joven al final decidió que le caía bien.

Rachel había pensado con frecuencia que su hermana no era la más refinada de las anfitrionas, pero incluso a ella le sorprendió su falta absoluta de interés en entablar conversación con su invitado. Harriet tenía los ojos clavados en el otro lado de la habitación, había apoyado la barbilla en una mano y se daba golpecitos con los dedos en la mejilla. Rachel sintió que la obligación de ser

hospitalaria recaía sobre sus hombros; era joven y por tanto tendente a compensar las deficiencias que percibía en otros.

—Me alegro de conocerlo, señor Crowther. Es usted un hombre muy misterioso.

Crowther miró a la hermana de la señora Westerman y tuvo que esforzarse unos momentos para recordar su nombre.

—No soy una persona sociable, señorita Trench. Estoy seguro de que el que sale perdiendo soy yo.

Harriet lanzó un bufido irónico, y dijo:

—Oh, de eso no cabe la menor duda, señor Crowther. Mi hermana no tiene rival en el backgammon ni en el whist. Se ha perdido usted un buen número de veladas estimulantes al negarse a conocer a sus vecinos. —Había un desdén inconfundible en su voz y Rachel sintió que lo dirigía contra ella. Se sonrojó y se levantó con cierta precipitación.

—Tendrán que disculparme —dijo—. He de ir a hablar con la señora Heathcote sobre la cena.

Crowther apenas tuvo tiempo de inclinarse antes de que la joven dejara la habitación, y Harriet la

observó irse con el ceño fruncido.

—Maldita sea. La he disgustado. A veces soy una hermana muy insensible. Pero solo tiene dieciocho años, sabe, y es bastante remilgada para su edad.

Crowther no dijo nada, solo siguió observando a la señora Crowther por encima del borde de su muy elegante taza de té.

—Estoy intentando decidir qué es lo que se debe hacer, señor Crowther, y los intentos de Rachel por mantener una conversación social me estaban irritando.

Crowther decidió no hacer ningún comentario sobre el mal genio de su anfitriona, solo cambió de tema, a la vez que adoptaba un tono más apacible.

—¿Y cuál es su conclusión, señora Westerman? ¿Qué es lo que se debe hacer?

Harriet alzó los ojos y los clavó en la esquina de la habitación.

—Empezaré diciendo lo que creo que va a ocurrir ahora, y confío que me corrija si mis conclusiones no son las correctas. —El otro asintió—. Así pues. Primero llegará el corregidor

y nos dirá que se ha ido a buscar al juez de instrucción, y este se reunirá con su jurado en el Oso y la Corona mañana por la tarde. Nos pedirá nuestra opinión y accederá a que examinemos el cuerpo en busca de más indicios que nos descubran la identidad del hombre y la razón que lo ha traído aquí, además de comprobar que nuestro amigo desconocido no tiene una fractura en la pierna como la que debe tener Alexander. — Harriet iba descontando los puntos con los dedos —. No hallaremos nada concluyente que añadir a lo que ya sabemos. Mañana, el juez de instrucción nos escuchará como todo un caballero y el jurado concluirá que este desconocido fue asesinado por otros desconocidos por razones desconocidas y le pedirá a Dios que tenga misericordia de su alma. En un mundo ideal, alguien lo habrá visto viniendo de Londres y de allí, como es sabido, procede todo vicio y todo mal. Concluiremos por tanto que su castigo lo siguió desde la ciudad y ahí acabará todo. Aparte del hecho de que a usted lo vigilarán con mucho cuidado durante un día o dos después del entierro para comprobar que no saca el cuerpo

para experimentar con él según tiene por impía costumbre.

Crowther sonrió.

—Y no habrá más.

Se quedaron en silencio durante unos momentos.

—¿Cree usted, señor Crowther, que estaba en esos bosques por casualidad?

La pregunta se hizo con ligereza, pero Crowther respondió mirando a Harriet sin vacilación alguna.

—No. Creo que fue allí para encontrarse con alguien, y o bien esa persona, u otra que sabía del encuentro, lo atacó y lo mató.

—Y dado el punto de encuentro...

—Y dado el punto de encuentro, esperaba reunirse con alguien de Thornleigh o de Caveley. Me parece que usted cree lo mismo, pero dudo que sospeche de nadie de su casa. Aunque eso no nos ayuda necesariamente a comprender cuáles podrían ser las mejores medidas que podemos tomar.

La señora Westerman se levantó y se acercó adonde las puertaventanas daban al césped que se extendía en un lateral de la casa.

—Mi marido y yo fuimos un poco ingenuos, quizá, cuando compramos esta propiedad. No ha sido fácil dirigir una casa de este tamaño y cuidar de los intereses de mi esposo mientras está fuera. Lo hice al principio por mi marido y por mi hijo. —Se volvió con rapidez y sonrió a Crowther—. También tengo una hija... solo tiene seis meses. Se llama Anne. Nació el día antes de que su padre se embarcara rumbo a las Indias Occidentales. —Los rasgos femeninos se suavizaban un poco cuando hablaba de sus hijos. Crowther empezó a prepararse para escuchar un discurso más completo sobre los dones y gracias únicas de los retoños, pero la madre de los mismos cambió de tema—. Quizá, si pudiera hacer mi voluntad, abandonaría esta casa ahora mismo, pero puedo ser muy testaruda, señor Crowther. Ahora este es mi hogar, el pueblo es mi hogar y Thornleigh parece cernirse sobre todo ello como un gran cuervo negro. Hay algo en esa casa. Algo malo y podrido. Estoy segura.

Crowther dejó la taza en la mesa y alzó la vista para mirarla con cierto cansancio.

—Y ya lleva algún tiempo segura de ello, me atrevería a decir —respondió—, y ahora tiene toda la autoridad moral que puede proporcionarle un cadáver en sus tierras, así que puede permitirse la aventura de exponer ese mal. Que además le servirá para dedicarse a otra cosa que no sea la gestión de la finca. Oh, y puesto que según lo describió no hace mucho, Thornleigh está acurrucado en su propio valle, no creo que pueda permitirle que lo represente como un cuervo descollando sobre la vecindad. Quizá más bien como el dragón negro en su cueva.

Harriet pareció sorprendida.

—Me alegro de haber acudido a usted, señor Crowther. Es usted muy franco.

—Me sacó usted de mi cama antes del mediodía, ha mostrado una terrible falta de deferencia ante los lores locales y ha maldecido al menos una vez en mi presencia. No debería esperar que pierda el tiempo con las formas habituales de la cortesía.

Harriet lo miró, pero no había señal alguna de sonrisa que quitara peso a sus palabras.

—Lo prefiero así —respondió ella, y parecía

más satisfecha de lo que él había esperado—. Y es muy probable que tenga razón en lo que respecta a mis metáforas. Siempre he sido aficionada a los dragones, aunque no pienso calumniarlos comparándolos con Thornleigh. La mansión Thornleigh puede ser un nido de arañas maligno la próxima vez que sienta que la retórica se apodera de mí. —Crowther sí que se permitió sonreír un poco entonces y Harriet lo miró a la cara—. ¿No siente usted también curiosidad? ¿No desea saber por qué murió este hombre y por mano de quién? Esas hebras que recogió en el soto... Me pareció que esa acción indicaba que el enigma le interesa.

El anatomista suspiró y cambió de posición en su silla.

—Esto no es un juego de salón, señora. No se trata de solucionar un acertijo y recibir por ello el aplauso educado de los presentes. Se deben hacer preguntas impertinentes, y por muy justa que sea su causa, es muy poco probable que alguien se lo agradezca. Han sido muchos los hombres y mujeres buenos que se han negado a seguir ese camino y quizá usted debería pensar en seguir su

ejemplo. Yo, como norma, limito mi trabajo a los muertos porque los muertos dicen muchas más verdades, y con frecuencia son mejor compañía que los vivos. Hace ya muchos años que prefiero un perro muerto a una mano de cartas. —La sorpresa de Harriet derivó en otra carcajada mientras su compañero continuaba sin inmutarse—. Quizá la ayude a expulsar su nido de arañas, o dragones o cuervos, pero yo lo hago desde una posición de fuerza. Yo no tengo nada que perder.

—¿Y yo sí? ¿Se refiere usted a mi reputación? Ya es público que puedo ser demasiado franca, pero sí, es posible que le pueda hacer más daño a mi reputación si continúo con este asunto. Así sea. Debo hacer lo que creo que es lo más correcto si quiero mirar a mi familia a los ojos. Su ayuda sería inestimable, pero me pregunto cómo puedo pedírsela. Puede que usted no tenga nada que perder, pero no veo qué puede ganar con esto. Y no me engañaré pensando que ofrece sus servicios solo por el placer de mi compañía.

—Quizá debería. —Harriet alzó las cejas—. No, señora, no tengo intención de coquetear con usted,

pero usted habló antes del peligro de vivir aislado y cómo el criterio de uno puede deformarse de resultas. —Crowther bajó los ojos con tristeza y miró el diseño de la alfombra bajo sus zapatos negros—. Me temo que estoy lejos de llegar a un descubrimiento importante en mi actual trabajo, así que no me distrae de nada importante, y, como ya sabe por mi artículo, en ocasiones me permito interesarme por los marcadores que aparecen en un asesinato. No tengo nada mejor que hacer que ayudarla a buscarse la ruina.

—Sean cuales sean sus motivos, señor, tiene usted mi agradecimiento.

Se abrió la puerta y la doncella entró en la habitación.

—Señora, el corregidor está aquí.

—Muy bien, Dido.

El corregidor entró rebosante de energía y le lanzó una sonrisa radiante a Harriet con una expresión de placer tan sincera que su fuerza estuvo a punto de arrojar hacia atrás el delgado cuerpo de Crowther.

El corregidor Bridges era un hombre fornido,

quizá unos diez años mayor que Crowther, y jamás se le habría podido confundir con otra cosa que no fuera un caballero inglés, un pequeño terrateniente de la vieja escuela. Tenía la tez rubicunda y el contorno sólido de un hombre que disfruta del ejercicio vigoroso y las cenas ruidosas. De hecho, su personalidad parecía en general demasiado sólida e inmensa para los suaves confines del salón, parecía forzar las paredes y buscar entre los muebles el espacio necesario para extender tanta bonhomía como fuera posible. Crowther, con solo mirarlo, se sintió cansado de inmediato.

El corregidor se abalanzó hacia ellos con las manos estiradas.

—¡Mi querida señora Westerman, qué gran placer verla! ¡Un adorno para la mañana! ¡Y como siempre es usted la viva imagen de la salud! He de mirarla bien, querida mía. ¡Ya sabe que la señora Bridges no me dejará descansar hasta que me haya sonsacado cada detalle de su apariencia, además de todas las noticias! Y la señorita Rachel está muchísimo más bella este mes que el pasado, acabamos de intercambiar los buenos días en su

vestíbulo. No nos vemos con la frecuencia suficiente, querida mía. Yo lo lamento, y mi esposa lo lamenta, ¡y se encarga de decírmelo!

Harriet se adelantó con una sonrisa y estrechó la mano del corregidor con gran cordialidad.

—Estoy muy bien, como ve, señor. Puede usted llevar buenas nuevas de todos nosotros. ¡Stephen está precioso, la pequeña fuerte, y las últimas noticias del comodoro Westerman llenas de magníficos vientos y buenos oficiales! Es decir, habla bien de aquellos que tiene bajo su mando.

La atención del corregidor se aguzó un poco.

—¿Su esposo tiene alguna duda sobre Rodney, quizá? —Harriet no dijo nada—. Bueno, ya veremos, ya veremos. —El corregidor miró con curiosidad hacia Crowther, que se había escabullido en las escasas sombras que la habitación podía proporcionar, como si temiera que el corregidor se lo fuera a comer.

—Corregidor, este es el señor Crowther, ocupa la casa Laraby desde el verano pasado. Señor Crowther, nuestro juez y buen amigo, el corregidor Bridges.

Ambos se inclinaron y el rostro del corregidor se iluminó todavía más ante la perspectiva de tener un nuevo conocido.

—Es un honor, señor. He oído hablar de su reputación como hombre de ciencia y me alegro de conocerlo. Me alegro mucho. —Estudió con atención el rostro de Crowther por un instante. Después se volvió de nuevo hacia su anfitriona y en un momento se puso muy serio, con expresión preocupada—. Bueno, señora Westerman, hábleme de este triste asunto. Todo lo que sé es que se halló un cuerpo en sus bosques esta mañana.

Harriet procedió a compartir con él todo lo que sabían sobre cómo había muerto el hombre y la convicción de Hugh Thornleigh de que aquel no era su hermano. El rostro del corregidor fue poniéndose cada vez más serio y mientras su anfitriona continuaba, no pudo evitar exclamar algo por lo bajo.

—¡Oh, qué asunto más triste! ¡Qué espantoso!

Harriet terminó y el corregidor se quedó callado unos momentos.

—No sé qué hacer, señora Westerman —dijo al

cabo—. Podemos, por supuesto, inquirir en los pueblos para ver si se ha visto algún desconocido en las últimas dos noches, y si acaso haya podido suscitar alguna sospecha razonable. Me temo que esto está más allá de mi experiencia. Mi querida señora, somos viejos amigos, así que no tengo escrúpulos en confesar que esto me inquieta mucho. Se ha de investigar, desde luego. Lo del anillo es un factor difícil de entender; enturbia el asunto, lo enturbia de forma considerable. ¿La familia ha sabido algo del paradero de Alexander en los últimos años?

—Yo no he oído nada.

—Ha habido rumores —dijo el corregidor—, centrados sobre todo en Londres. No he oído que el asunto se comentara en la mansión. Bueno, hay que convocar al juez instructor y su jurado. ¿Me permite disponer de uno de sus muchachos para que me enseñe el lugar exacto? Y veré el cuerpo, por supuesto, y tomaré un par de notas. Un asunto muy triste, sin duda. —Se volvió hacia el anatomista—. ¿Y usted está dispuesto, señor, a hacer el examen necesario del cuerpo? Se lo

agradeceríamos mucho. —Crowther accedió con una inclinación.

El corregidor esbozó una sonrisa radiante.

—Claro, claro. Magnífico. Es usted un buen hombre.

—¿Y quién es el juez instructor? —preguntó Harriet.

Bridges se dirigió tanto a la chimenea como a sus compañeros y se rascó con gesto distraído bajo la peluca mientras hablaba.

—Oh, un hombrecillo muy desagradable de cerca de Grasserton. Asumió la responsabilidad para añadir lustre a su oficio de abogado. Celebrará su sesión mañana por la tarde en el Oso y la Corona, me imagino. Tendré que pedirle que asista, querida mía. Y sin duda, uno de los miembros del jurado lo escribirá todo para enviarlo a los periódicos de Londres, siempre lo hacen en estos tiempos. No sabe cómo lo siento.

Harriet posó la mano en la manga del corregidor.

—No importa, señor. ¿Podrá cenar con nosotros cuando hayamos terminado de examinar el cuerpo? —Si Harriet notó el destello que cruzó los ojos

del corregidor al oír la sugerencia de que ella iba a examinar el cuerpo con Crowther, no dio muestras de ello—. Creo que la señora Heathcote tiene intención que nos sentemos a la mesa a las cuatro. Si la señora Bridges puede prescindir de usted, por supuesto.

Al corregidor se le volvió a iluminar la cara de inmediato.

—¡Vaya! ¡Si obtengo nuevas detalladas suficientes de su persona y lo que ha estado haciendo, de buen grado prescindiré de mí buena parte de la velada! Iré a ver al juez instructor y me ocuparé de que se reúna un jurado.

Harriet tocó la campana y apareció Dido para acompañar al corregidor.

Este se volvió hacia Crowther.

—A su servicio, señor —dijo, y salió de la sala con una inclinación de cabeza.

## 1.6

Mientras el corregidor comenzaba a reunir los limitados recursos de la ley (él mismo, el juez instructor y un agente de policía elegido por los parroquianos de la zona por ser la persona que menos probabilidades tenía de crearles problemas), Harriet llevó a Crowther fuera de la casa hacia el lugar en el que estaba el cuerpo. Giraron entre una colección de cobertizos y tras pasar junto a los establos, en ese momento muy concurridos, Harriet condujo a su compañero hasta la esquina del patio y un edificio más pequeño que había albergado los caballos de Caveley Park en épocas anteriores. Era un gran espacio abierto, las paredes del norte y el sur divididas cada una en tres establos vacíos, y con una gran ventana sin cristales que daba al este y cuyas contraventanas estaban abiertas. Las vigas sin pulir se alzaban como fantasmas a la sombra de la pendiente del tejado y las losas de piedra del suelo estaban estampadas por la intensa luz del sol que entraba

por la ventana y la puerta. Motas de polvo y paja se removían por el aire. Algunos arreos sueltos seguían colgando de enormes clavos de hierro situados entre los establos y el aire sabía a lavanda y cuero viejo. En el espacio central había colocada una mesa larga, utilizada por lo general en el patio para las festividades y los convites durante la cosecha, supuso Crowther. En ese momento el cuerpo estaba tendido encima, cubierto como dictaba la decencia con una sábana blanca de lino. Parecía una ofrenda. Había paños y una palangana con un aguamanil sobre un banco bajo la ventana.

Crowther se llevó una mano a la frente y exhaló. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró la mirada de Harriet posada en él, la cabeza ladeada.

—Discúlpeme, pero parece muy cansado, señor Crowther.

—Lo estoy, señora Westerman. Tengo por costumbre trabajar por la noche y quedarme en la cama por la mañana cuando no estoy viendo a los muertos de la pequeña burguesía de la vecindad. —Entrelazó las manos y estiró los dedos para

hacerlos crujir, después continuó con tono práctico —. Bien, esta no será una disección completa. El tiempo no es el más adecuado, el cuerpo tienen que verlo los hombres del juez instructor por la mañana y creo que podemos estar seguros de cómo murió este hombre. Nos limitaremos a los detalles externos y examinaremos la pierna en busca de cualquier lesión antigua. —Harriet se irguió en toda su altura y asintió. Crowther sospechaba que estaba conteniendo el impulso de hacer un saludo militar.

El anatomista se había quitado la chaqueta y se estaba volviendo para colgarla en un clavo que había allí muy a propósito cuando observó que sus herramientas, envueltas en su suave rollo de cuero, estaban en el banco, junto al aguamanil y la palangana.

—¿Cómo han llegado aquí?

—William las recogió de manos de su gente cuando pasó por el pueblo de regreso aquí. Si usted no las hubiera necesitado, habrían sido devueltas antes de que usted pudiera advertir su falta.

—Su casa está muy bien dirigida.

—Tanto William como David estuvieron en el mar con mi marido y conmigo. El marido de la señora Heathcote sigue sirviendo con él. Yo no podría desear una familia mejor. Las doncellas siguen yendo y viniendo, pero en general creo que una mujer nunca ha tenido mejores sirvientes, ni más leales.

Crowther se volvió de nuevo hacia el cadáver mientras se preguntaba si la señorita Rachel Trench se habría embarcado alguna vez, y si no era así, qué pensaría de la familia que tenía reunida a su alrededor.

Había llegado el punto en el que Crowther esperaba que la señora Westerman lo dejara, pero la buena señora no se fue. En su lugar, se remangó el vestido y cogió un delantal para protegerse la falda. Al observar su mirada, Harriet le dedicó una pequeña sonrisa.

—Usted ha dicho que no sería un examen completo.

—Así es.

—Entonces creo que mi estómago podrá

soportarlo. —Se acercó al cuerpo y plegó la sábana de lino; algo le llamó la atención y se inclinó para examinar la mano.

Crowther había estudiado con algunos de los mejores cirujanos y profesores de anatomía de Europa. Eran hombres muy ocupados y prácticos, su curiosidad era su mejor rasgo y su relación con los muertos y los tratos necesarios con el inframundo de ladrones de cuerpos y resucitadores habían embotado su habilidad para las sutilezas y los cumplidos. Había visto un buen número de cuerpos despedazados y maltratados, el suelo resbaladizo por la sangre y el aire impregnado de efluvios humanos mientras una docena de hombres con pelucas empolvadas se daban empujones encima de un cadáver para examinar alguna peculiaridad que señalaban sus instructores. Pensó en ese momento que jamás se había encontrado con una visión tan escandalosa, ni tan extrañamente hermosa, como la de la señora Harriet Westerman cogiendo el puño rígido del cadáver entre sus blancas manos e inclinándose para examinar la carne muerta. El vacío gris, ceroso, del fallecido

junto al color delicado del rostro femenino y la inteligencia de sus ojos parecían una metáfora de la chispa divina. Si aquella mujer hubiera soplado sobre esa mano y le hubiera dado calor y vida, Crowther habría aceptado el milagro y habría creído.

—Está sujetando algo. ¿Tiene unas pinzas?

—Por supuesto.

Se las pasó y la observó cuando ella las metió entre los dedos del hombre. La mujer se mordía el labio cuando se concentraba.

—¡Ya está!

Le devolvió las pinzas con un gesto de muñeca; entre las delicadas puntas de plata, Crowther vio un trocito de papel. La esquina arrancada de una hoja.

—Tenía algo con él. Una nota o una carta que iba con el anillo, y se la quitaron —dijo Harriet de inmediato.

—Quizá. O quizá era una nota de su sastre.

La señora Westerman entrecerró los ojos.

—Dudo que alguien vaya a encontrarse con otra persona en los bosques, a oscuras, con una nota de

su sastre sujeta en la mano. Aunque comprendo lo que dice. Me apresuro demasiado. —Reclamó el trozo de papel, lo metió en su pañuelo bien doblado y lo dejó a un lado.

—Quizá se precipite usted un poco. Pero sus métodos son los que yo aconsejaría.

—Se le olvida que leí su artículo y lo observé esta mañana. Soy su discípula.

Crowther alzó las cejas un instante y volvió al cuerpo.

La capa no reveló más que un monedero con unos cuantos chelines; Crowther se preguntó dónde estarían, esperando su regreso, en vano, las otras posesiones de ese hombre, si es que tenía alguna. Las botas estaban bastante polvorientas, pero enteras. Las ropas que vestía eran de una calidad aceptable, aunque un poco gastadas por algunos sitios; solo la tela y el diseño del chaleco mostraban alguna pretensión de querer estar a la moda. ¿Fue su compra un pequeño capricho en una existencia de otro modo sobria? ¿Un intento de ser más refinado? Crowther frotó el material del chaleco entre el pulgar y el índice para percibir la

calidad de la tela. Podría haber sido suyo en una etapa de su vida.

—¿A qué distancia estamos de Pulborough? ¿La diligencia para allí? —preguntó, y Harriet alzó los ojos para mirarlo sorprendida—. No me ha hecho falta hacer el viaje desde mi llegada a Hartswood —explicó Crowther.

—Unos seis kilómetros. La diligencia a Londres pasa por allí los martes, y la que viene de Londres los jueves. Se está preguntando cómo llegó a nuestro pueblo.

—Así es. Pero es más probable que si vino de Londres, fuera en carruaje y luego a pie. Tiene el polvo del camino en los pies.

La señora Westerman se limitó a asentir, después cogió un paño, lo mojó y comenzó con gesto calmo a limpiar la sangre alrededor de la horrenda brecha del cuello. Crowther se la quedó mirando un segundo, luego humedeció un paño él también y empezó a hacer lo mismo desde el otro lado. El silencio se estiró varios minutos y Crowther poco a poco empezó a ser consciente de una sensación de reverencia, de humildad, en la cálida

habitación, una sensación que se abría camino por sus huesos. La reconoció de su propio taller; esa sensación de asombro que lo invadía cuando se concentraba en los cuerpos, esos recipientes a través de los cuales la vida, de forma tan fugaz, y con frecuencia con tal crueldad, volaba. La sensación era, él lo había reconocido mucho tiempo atrás, lo más cerca que estaría jamás de la religión.

Regresó a la ventana y dejó caer su paño en la palangana, observó durante un momento el agua que se teñía con un color rosado a su alrededor. Recordó las palabras de Harvey: «Todas las partes se alimentan, se abrigan y se avivan con sangre, que es cálida, perfecta, vaporosa, llena de espíritu...». Esa asombrosa sustancia que fluía por los corazones de todo hombre, fuera cual fuera su condición o naturaleza, ese símbolo de amor y muerte que se liberaba de las yemas de sus dedos. Pensó otra vez en las marcas oscuras de los troncos de los árboles del bosquecillo y se preguntó cuánto tiempo tardarían los niños de la zona en convertirlo en un pequeño santuario del

terror.

Regresó con el cuerpo, se agachó para examinar la herida de nuevo, y con un cuidado infinito colocó un dedo en los bordes de la piel.

—Señora Westerman. —Su voz sonó demasiado alta y antinatural en aquel espacio tras el largo silencio—. Si su estómago lo soporta, venga y mire de nuevo esta herida y dígame lo que ve.

Los ojos verdosos de la mujer buscaron algo en la cara de su compañero por un instante, después rodeó con lentitud el borde de la mesa, el paño ensangrentado todavía en las manos, y dirigió su atención justo al lugar que él indicaba, el rostro inclinado hacia el horror de la herida. Su voz, cuando habló, era serena.

—El corte es más profundo aquí, en el lado derecho. Así que si lo sorprendieron por detrás... —Frunció el ceño.

Crowther cogió un cuchillo del rollo de cuero que tenía detrás.

—¿Me permite?

—Por supuesto.

Se colocó detrás de ella y cogió el cuchillo con

la mano derecha.

—Usted está mirando al frente...

—Esperando a que la persona con la que me he citado aparezca en el claro...

—Yo me acerco por detrás. La cojo por el hombro... —Lo hizo, le colocó la mano izquierda en el hombro y con la derecha llevó el cuchillo delante del cuerpo de la mujer, sosteniéndolo a escasa distancia de la garganta femenina. A Crowther de repente se le secó la garganta y como si fuera desde una gran altura, se vio a sí mismo, a la mujer, al cuerpo.

—Entiendo —dijo Harriet—. La fuerza se hizo en el lado derecho de la herida cuando se completó el corte. Lo asesinó un hombre que utiliza por preferencia la diestra.

—Y que era más o menos de la misma altura, puesto que el corte va directo a las vértebras.

Harriet miró el cuchillo que seguía cerniéndose delante de ella.

—Mientras que si usted fuera a cortarme la garganta —le dijo—, la herida con toda probabilidad mostraría un ángulo hacia arriba,

dada su mayor altura.

Crowther se inclinó y se apartó con todo cuidado.

La señora Westerman se alejó un poco mientras Crowther buscaba pruebas de alguna fractura en los miembros inferiores del cadáver. El anatomista abrió la carne para exponer el hueso desde la rodilla al tobillo. Una vez más sintió que el sudor se le iba acumulando en el cuello. Los huesos de ambas piernas eran sólidos y estaban limpios. Harriet no habló mientras él trabajaba, se limitó a asentir cuando él le mostró que los huesos estaban intactos. Sintió la atención de la mujer mientras volvía a colocar la carne sobre la pierna y con una aguja curva que él mismo había diseñado cosía la piel con seda. Fue un trabajo esmerado y una parte de él esperaba que ella lo elogiara, pero cuando alzó la vista vio que la mente de su compañera ya estaba en otra parte.

—Fue un ataque cobarde —dijo Harriet.

—¿Cortarle a alguien la garganta por detrás, en plena noche? Sí, es cobardía... o desesperación. No creería usted que este era un asunto de honor, supongo.

—Es cierto, no lo creía, pero mientras usted le rebanaba las espinillas yo he estado pensando. El asesinato se cometió de forma rápida, sin ruido. No hay signos que sugieran que se hizo en el calor del momento, en una pelea o una discusión.

—Aunque es posible que se intercambiaran improperios y que el asesino regresara pasado un momento.

—Quizá. En cualquier caso, el asesinato se llevó a cabo y se llevaron la nota... la nota, pero no el anillo. No era difícil de encontrar y sugiere una conexión con la familia de la mansión Thornleigh. Si lo asesinaron con el objetivo de guardar un secreto, tal y como indica la herida, ¿por qué no llevarse el anillo y ocultar el cuerpo, al menos en un cierto grado?

Crowther se acercó al aguamanil y se encontró con que por un instante no supo cómo iba a lavarse las manos sin manchar la jarra. Harriet se acercó y

levantó la jarra para verter el agua sobre sus muñecas. Crowther se fue quitando la sangre de las uñas cortas, después cogió un paño limpio y empezó a secarse los dedos mientras alzaba la cabeza y miraba el techo en sombras. Harriet se apartó para volver a cubrir el cuerpo.

—Quizá interrumpieron al asesino —le dijo él.

—¿Alguien, aparte del asesino, llegó a la cita en cuestión? Eso sería interesante —caviló Harriet, luego continuó con un suspiro—. Ojalá supiéramos más de este hombre, Crowther. Ni rico ni pobre, ni alto ni bajo. Es un espacio en blanco.

—Tiene usted razón, señora Westerman. Pero las ropas nos indican algo. Son ellas las que me convencen de que este hombre no es Alexander Thornleigh...

—El honorable Alexander Thornleigh, vizconde de Hardew, por darle el título que le corresponde. Hay que dirigirse al hijo de un conde de la forma apropiada, incluso *in absentia*.

—Le agradezco la corrección —dijo Crowther, luego continuó—: Como iba diciendo, el contraste entre la capa y el chaleco me convencen más que

la solidez de los huesos de sus piernas, o incluso que la palabra de su hermano. Este es un hombre capaz de invertir una gran cantidad de dinero en un chaleco, pero no en su capa de viaje. Eso indica una persona que desea fingir en sociedad que tiene más dinero del que su capa nos dice que tiene, pero el señor Thornleigh, por lo que usted me dice, abandonó hace ya quince años una posición elevada y una gran fortuna.

Harriet miró a Crowther durante un buen rato mientras lo pensaba y alzó las manos.

—Para ser un hombre tan reacio a mirar a sus congéneres a los ojos, es usted un sutil estudiante de psicología —afirmó la dama, y su compañero se inclinó.

Se oyó un pequeño golpe en la puerta y Dido metió la cabeza por la abertura. Al ver que el cuerpo estaba cubierto, su expresión se hizo menos temerosa y entró lo suficiente en la habitación como para hacerles una pequeña reverencia.

—Discúlpeme, señora. El corregidor ha regresado del pueblo y la cocinera está lista para servir la cena.

—Entraremos de inmediato. —La doncella dejó caer la puerta tras ella. Harriet se volvió de nuevo hacia Crowther con una pequeña sonrisa.

—Bueno, parece que ya hemos tenido todos los tratos privados con este pobre infeliz que cabría esperar. Supongo que será mejor que informemos a las autoridades competentes. —Cuando ella se giró hacia la puerta, Crowther permaneció donde estaba y carraspeó.

—He hecho un examen del cuerpo, señora. Esa es toda la experiencia que puedo ofrecer a este caso. Así que debo preguntarle, ¿por qué me ha convertido en un aliado en esta resolución de enigmas que se trae entre manos?

Harriet lo miró.

—Porque creo que es por naturaleza un hombre lúcido; y es usted forastero, señor, un hombre al que no le importa la dinámica de la sociedad de este lugar. Eso lo convierte en muy importante para mí. Confío en usted para que mantenga nuestra honestidad. Ya ha sido muy grosero conmigo en varias ocasiones, así que cada vez estoy más convencida de que lo necesito. En esta vecindad

hay muy pocos hombres de mente independiente, libres de cargas e inteligentes, sobre todo cuando mi marido está navegando, así que quizá me he visto forzada por las circunstancias.

—¿Y su marido aprobaría sus acciones en este asunto, señora?

Ella miró al suelo.

—Es probable que no. Es mejor político que yo, y ya es lo bastante rico. —Crowther frunció el ceño y ella continuó—: Pero pasarán seis semanas antes de que se entere de esto, y otras seis antes de que cualquier regañina por su parte pueda llegar a Caveley. Puede limpiar las cubiertas de cualquier vergüenza que yo cause cuando regrese. Ya lo ha hecho en el pasado. ¿Eso le preocupa?

—No. Aunque quizá debería preocuparla a usted.

Harriet le dedicó una sonrisa afable, se giró y sin más comentarios echó a andar hacia la puerta.

—Padre —exclamó Susan mientras volvía a entrar corriendo en la tienda desde el saloncito familiar. Se detuvo de repente en la puerta al ver a Alexander junto al escaparate, mirando a la calle, y recordó un poco tarde que ya tenía nueve años y se suponía que tenía que dejar de ir de un lado de la casa a otro a la carrera como una golfilla callejera. Su padre se volvió cuando la oyó y aunque tenía el ceño fruncido, a Susan le pareció que no era tanto por ella como por sus propios pensamientos.

—¿Va todo bien, papá? ¿Quieres comer algo? ¡Jane y yo hemos hecho una empanada! —Después se puso seria—. ¿Sigues preocupado por tu anillo? Siento que no pudiéramos encontrarlo.

Alexander le sonrió.

—No. He decidido no echarlo de menos, y lo de la empanada suena de maravilla. —Volvió a mirar a la plaza—. Creo que todo va bien. Lord George Gordon ha agitado al pueblo de Londres. Creen

que concederles a los católicos el derecho a tener propiedades es una ofensa contra todos los protestantes ingleses y desean evitar que se apruebe el proyecto de ley que lo permite. El señor Graves acaba de pasar por aquí para decirme que están asediando el mismísimo Parlamento, pero la turba no debería preocuparnos aquí. ¿Jonathan echa de menos el anillo? Creo que él le tenía más aprecio que tú o yo.

Un recuerdo a medias se agitó en el fondo de la mente de Susan. El anillo apareció ante ella, el dibujo que tenía, y algo que Jonathan le había contado cuando había regresado de jugar unos días antes. Había dicho algo de un chaleco.

Susan acababa de abrir la boca para contárselo a su padre cuando su hermano entró saltando en la habitación.

—¡Abajo el papa! ¡Papa no! —gritaba mientras agitaba su pañuelo en el aire y se precipitaba corriendo hacia su padre. Alexander lo levantó por el aire.

—No hace falta preguntarte si has estado jugando fuera. Pero cuidado con lo que dices,

jovencito. Tus palabras ofenden a tus amigos y a ti no te honran. —Jonathan lo miró un poco confundido y estaba a punto de preguntar cuando su padre lo hizo callar. La chica de servicio había aparecido tras ellos con aspecto intranquilo.

—Señor, dicen que las multitudes están regresando de Westminster, y traen mala cara.

Jonathan abrió la boca para gritar otra vez, pero al observar la expresión de su padre, la cerró.

—¿Te preocupan los tuyos, Jane? —Alexander miró con gesto amable e interesado a la muchacha.

—Un poco, señor. Dicen que la multitud se dirige a las casas elegantes, pero nuestra religión es conocida por todos y allí solo está mi madre. Temo que se ponga nerviosa, señor.

—Bueno, debes acudir junto a ella. Y dale muchos recuerdos de nuestra parte.

Jane había empezado a desatarse el delantal en cuanto las primeras palabras salieron de la boca de su señor. Contestó, apresurada:

—¡Gracias, señor! Volveré en cuanto se tranquilicen las cosas. La señorita Susan y yo hemos hecho una empanada que puede servir de

cena, y hay queso en la vasija, y pan para más tarde.

—Nos arreglaremos. Ve a ver a tu familia, y regresa cuando puedas.

Susan miró a su alrededor no muy contenta. Jamás había visto a Jane tan nerviosa y no le gustaba el tono de la voz de su padre. Jane desapareció por la cocina y se fue; Alexander cruzó el espacio que los separaba y posó una mano en el hombro de su hija.

—No te apures, mi mujercita. Solo son personas tontas que hacen mucho ruido y se meten en líos para entretenerse. Aquí estamos a salvo. Ahora vamos a probar esa extraordinaria empanada que has hecho.

Crowther y Harriet estaban subiendo hacia las puertaventanas que daban al césped principal cuando oyeron el ruido seco de una bofetada y el grito de sorpresa de un niño. Crowther miró a Harriet, que se apresuró a salvar los últimos pasos

hasta la casa. El anatomista la siguió. Cuando entraron en la habitación, Crowther vio a Rachel, las mejillas encendidas, sujetando a un niño de unos cinco años por el brazo y agitándolo con vigor. Ya había una marca roja surgiendo en la mejilla del pequeño, que tenía un pincel en la mano libre. La voz de Rachel, mientras hablaba, estaba temblorosa y llena de calor.

—¡Stephen, niño malo! ¿Cómo has podido? —El niño vio entonces a Harriet en la puerta, se soltó de una sacudida, corrió hacia su madre y enterró la cara en sus faldas llorando con ganas. La señorita Trench vio a los dos adultos y se sobresaltó un poco. Luego extendió los brazos hacia Harriet a modo de súplica.

—Oh, Harry, lo siento. No era mi intención, pero es que ha pintado marcas negras por todo mi cuadro solo por maldad, ¡y estaba justo como yo lo quería!

Harriet se arrodilló para abrazar mejor al niño y, tras quitarle el peligroso pincel de la mano, se lo tendió sin decir nada a Crowther y acarició el pelo de su hijo. El llanto de este se calmó un poco. El

niño hundió la cara en el cuello de su madre y murmuró algo entre sollozos.

—¿Qué ocurre, Stephen? No te oigo —le preguntó Harriet en voz baja, todavía sin mirar a su hermana.

—Cuervos. Se olvidó de los cuervos —dijo Stephen, y luego alzó la voz en un gemido amargo—. ¡Estaba ayudando! —Volvió a meter la cara en el cuello de Harriet y se aferró con los puñitos decididos al cuello del traje de amazona de su madre.

Rachel parecía más afligida que nunca. Crowther permaneció entre las sombras de las colgaduras, como si las cortinas de Harriet pudieran protegerlo de algún modo de las emociones que volaban por la habitación como los fuegos de artificio chinos que se lanzaban en los jardines de Vauxhall. Bajó los ojos y miró el pincel sucio que tenía entre los dedos.

Harriet esperó hasta que el niño se tranquilizó un poco y le habló con dulzura.

—Quizá la tía Rachel no quería cuervos en su cuadro, Stephen. ¿Has pensado en eso? A ti no te

gustaría que ella pintara todos tus soldados de amarillo, ¿verdad? Aunque ella pensara que estarían más guapos así.

Los sollozos del niño se detuvieron de repente y se apartó de su madre mientras se planteaba esa horrible posibilidad. Negó con la cabeza. Ella le cogió la carita entre las manos, le sonrió y le dio un beso en la frente suave.

—Bueno, el daño no parece grave, jovencito. Pídele disculpas a tu tía y quizá ella no se venga pintando tus cosas.

Stephen le lanzó una mirada a Rachel y se acercó con cuidado a ella.

—Lo siento, tía. Creí que estaría mejor con cuervos. —Lo pensó un momento y luego estiró la mano. Rachel se arrodilló y se la estrechó con gran seriedad.

—No me di cuenta de que estabas ayudando, Stephen. Y siento mucho haberme enfadado tanto. ¿Podemos volver a ser amigos?

—¿Entonces no pintarás mis soldados de amarillo? Porque deberían llevar todos casacas rojas. —Su tía negó con la cabeza. Crowther se

sorprendió sonriendo un poco y se apartó de las cortinas. Stephen esbozó una gran sonrisa de alivio y se abalanzó a besar a su tía en la mejilla; cuando se revolvió para liberarse del abrazo de la chica y se giró, se sorprendió al ver a Crowther rondando cerca de la puerta detrás de su madre y retorciendo el pincel entre los dedos.

—¿Quién es usted, señor?

—Soy Gabriel Crowther.

El niño lo pensó un momento y abrió muchísimo los ojos.

—¿Come usted niños, señor?

Crowther se dobló por la cintura hasta colocar el delgado cuerpo en un punto en el que podía mirar al niño a los ojos.

—No con tanta frecuencia como me gustaría.

Stephen lo miró con una expresión de asombro y placer y se metió un puño en la boca. Luego le anunció al mundo en general que la señora Heathcote había hecho tarta y que a él le permitirían comerse las migas del molde, y al cabo salió corriendo de la habitación. Harriet se irguió y le sonrió a Crowther antes de volverse hacia su

hermana con una expresión más seria.

—Lo siento mucho, Harriet. No era mi intención, yo...

Harriet parecía irritada y alzó la mano.

—Esto no es propio de ti, Rachel.

La señorita Trench se ruborizó.

—Me he disgustado más de lo que creía. Hubo un momento, cuando oí lo del cuerpo, que pensé...

Harriet se llevó el canto de la mano a la frente y cruzó la habitación para coger a su hermana del brazo y llevarla a un sillón.

—Oh, Rachel, lo siento mucho. No se me ocurrió... Y después fui desagradable contigo. Debes de haber deseado mandarnos a todos al infierno.

Rachel negó con la cabeza.

—Fue una estupidez y solo se me pasó por la cabeza por un momento. —Levantó los ojos y miró a Crowther, que se había quedado atrás con gesto incómodo—. Siento que me haya visto desplegar tan mal genio, señor. Me siento avergonzada.

Su hermana se echó a reír.

—Oh, yo misma le he hecho por lo menos siete

comentarios escandalosos esta mañana, Rachel. ¿No es así, señor Crowther? Podría manchar nuestra reputación por toda la región si le placiese. Claro que, puesto que el señor Crowther apenas se mueve en círculos sociales, no puede dañar nuestra reputación más de lo que la dañamos nosotras mismas. Por favor, siéntese, señor.

Rachel miró a Crowther cuando se sentó y puso con cuidado el pincel en un jarrón que había en el aparador.

—Con todo, siento que presenciara mi mal comportamiento, señor. Confío en que intente no pensar mal de mí y cuento, como dice mi hermana, con su discreción.

Crowther sintió la calidez de los ojos y la voz de la joven como una bendición; al atractivo familiar ya presente en la hermana mayor se añadía auténtica elegancia femenina. El cabello de la muchacha era de un tono más meloso que el de su hermana, aunque el sol atrapaba el fuego que había en él y lo hacía brillar. Tenía los ojos del mismo color verde que los de Harriet. Un poco más suaves y quizá más anchos, pero la relación entre

ambas era obvia. La joven estaba un poco más delgada de lo que debería, pero le daba una delicadeza que Crowther ya había observado que era algo de lo que más bien carecía la señora Westerman. La joven todavía lucía en la piel esa suavidad fresca, intacta, de la juventud. Daba la sensación de que, de momento, no había sufrido los rigores de los elementos. Una vez más, no se la podía considerar una belleza extraordinaria, pero Crowther sintió que su viejo instinto de conocedor de mujeres se agitaba en su pecho.

—Hasta la muerte, señora.

Harriet alzó las cejas.

—Bueno, esperemos que eso no sea necesario, señor. —Crowther se removió un poco en su silla—. Bueno, Rachel, ¿podrías decirme si has escondido al corregidor Bridges en algún lugar de la casa?

Rachel lanzó por lo bajo una pequeña carcajada ahogada.

—Está en la biblioteca terminando de escribir sus cartas. Deberíamos sentarnos pronto a cenar o irritaremos a la cocinera y a la señora Heathcote.

Nuestra ama de llaves adora al corregidor y creo que la alacena entera va a aparecer en la mesa; nos lo hará pasar mal si algo se echa a perder. —Se volvió hacia Crowther y continuó—: ¿Se unirá a nosotros, señor? Cenamos de modo muy informal y está usted invitado.

Crowther sintió de algún modo, y sin demasiados motivos, que había quedado un poco en ridículo.

—Me temo que no, señorita Trench, aunque le agradezco la invitación. Yo ceno a una hora más tardía y en casa.

Harriet no se volvió hacia él, pero contestó de todos modos con un tono aburrido que sugería que tanto cumplido cortés le parecía fatigoso.

—Por favor, permítanos persuadirlo, señor Crowther. El corregidor cenará con toda seguridad con nosotras y me gustaría comentar un poco más sus impresiones sobre lo ocurrido.

El señor Crowther sintió la sonrisa alentadora de la señorita Trench sobre él e, inclinándose lo mejor que pudo, encaramado como estaba al borde de uno de los sillones pulcramente tapizados de

Harriet, aceptó la invitación.

—Se lo diré a la señora Heathcote —dijo Rachel, que le dedicó una pequeña reverencia cuando se levantó y salió apresurada de la habitación. Crowther oyó el roce rápido de sus zapatos sobre las losas del pasillo mientras la puerta todavía se seguía cerrando; iba corriendo como si todavía fuera una niña.

Harriet se levantó y se acercó a un elegante escritorio que había en un extremo del estrecho salón, donde empezó a revisar parte de la correspondencia que había en una ordenada pila. Crowther se dio cuenta de que aquella habitación debía de ser el lugar desde donde gestionaba la propiedad, además de donde pasaba sus ratos de ocio. Encajaba con la personalidad de aquella mujer, pensó él, era un sitio agradable y práctico, pero sin la profusión de adornos y filigranas que Crowther había encontrado opresivos en muchos aposentos femeninos. La habitación era larga y estaba bien iluminada gracias a la luz que entraba del jardín; el mobiliario era moderno y práctico, pero también mostraba gusto. Detrás del

escritorio, la pared estaba recubierta de volúmenes encuadernados en cuero marrón, y los pequeños objetos de arte que había sobre los aparadores y encima de la chimenea eran interesantes y estaban bien elegidos para los espacios que ocupaban. Era obvio que su marido había obtenido buenas gratificaciones, así como personal doméstico durante sus viajes, y que había puesto su riqueza en manos de una gestora cuidadosa. Harriet volvió a posar los papeles en el escritorio con un suspiro.

—Aquí no hay nada de importancia, creo. Bien, señor, ¿le parece que cenemos?

Por lo general, cuando sonaba la campana de la tienda mientras estaban a la mesa, Jane iba a la sala dedicada al público y avisaba al señor si se requería su atención. Puesto que la criada se había ido a casa de sus padres, Susan se levantó de un salto cuando oyeron desde el saloncito que tintineaba el brillante latón y salió disparada hacia

la tienda antes de que su padre pudiera dejar la servilleta en la mesa.

Se había olvidado del hombre de la cara amarilla. Este cerró la puerta de la tienda con cuidado tras él y bajó la persiana, después se volvió hacia ella con la misma sonrisa desagradable de esa mañana. La niña se detuvo de repente delante de él. El hombre dio un paso y se inclinó hacia ella.

—¿Y tú cómo te llamas, jovencita? —El aliento le olía como Shambles Lane, el sitio donde los carniceros arrojaban la carne que se había estropeado.

—Susan Adams. —La respuesta pareció divertir al hombre.

—¿Así que Adams? Qué detalle, todo un detalle. ¿Y está tu padre en casa, Susan Adams, y tu hermano pequeño?

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor?

Susan se volvió y vio a su padre, sin la levita y con una expresión severa en los ojos, entrando en la habitación. Se acercó a ella por detrás y la apartó con suavidad. La niña se escabulló detrás

de él, agradecida y encantada de que su padre no dejara de abrazarla por los hombros.

El hombre miró a su padre a los ojos con intensidad durante lo que pareció un buen rato. Después habló.

—Creo que sí, señor. Me han pedido que le entregara un mensaje de la mansión.

Susan vio moverse al hombre y oyó gruñir a su padre como hacía a veces cuando cogía un legajo de partituras. Alexander se apoyó de repente con fuerza en el hombro de su hija y esta tropezó bajo su peso; los dos aterrizaron con pesadez en el suelo. Susan consiguió sentarse con cierto esfuerzo y alzó los ojos con expresión confundida. El hombre continuaba de pie, sobre ellos, sonriendo. Sujetaba algo en la mano, algo que ella no había visto antes, rojo y húmedo. Oyó que a su padre le costaba respirar y jadeaba. Se volvió hacia él y vio que se apretaba con la mano un costado, donde lo habían golpeado, y que tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa. Susan volvió a alzar los ojos hacia el hombre en busca de una explicación. Él la miró también.

—Quédate ahí, niña. Pronto terminará todo.

Susan no podía moverse, pero su mano encontró la de su padre y sintió que este se la aferraba con fuerza. Jonathan, aburrido de estar solo tanto tiempo, entró sin prisas en la sala.

—¿Me puedo comer yo la corteza de la empanada si tú no la quieres, papá?

El hombre amarillo alzó la vista de inmediato y esbozó una sonrisa retorcida. Susan pensó que debía de ser muy viejo. Tenía la piel agrietada, como la porcelana mal restaurada. El sombrero que lucía encajado en la peluca estaba grasiento y brillaba en algunos sitios.

—¡Hola, chiquitín! Acércate un momento. — Había cierta urgencia en su voz. Susan intentó abrir la boca, su voz era un mero susurro.

—No, Jonathan.

—Bueno, tú no escuches a tu hermana mayor, que es muy mala, muchachito. Ven cuando tus mayores te lo piden.

Susan no veía a su hermano, solo podía mirar el destello que había en los ojos del hombre. Sin apartarlos del niño, el hombre amarillo limpió el

cuchillo en el interior de su abrigo. Susan sintió que el corazón le palpitaba como si fuera su último latido.

Justo entonces la campana de latón volvió a sonar y entró el señor Graves con su paso rápido habitual.

—¡Alexander! —dijo, muy alterado—. No te creerás el progreso de la turba. Están intentando... ¡Dios bendito! ¿Qué es esto?

El hombre amarillo lanzó un alarido de rabia y giró en redondo hacia la puerta. Susan vio que Graves se encaminaba hacia él y le impedía pasar; el brazo del hombre amarillo dibujó un ancho arco y el señor Graves se tambaleó hacia atrás y cayó sobre un costado. El hombre amarillo salió corriendo a la calle y la puerta traqueteó tras él. Jonathan empezó a chillar. Graves, herido, se puso de rodillas como pudo y se arrastró hacia Susan y Alexander.

—¡Dios bendito! ¡Dios bendito! ¡Alexander!

Susan bajó los ojos y miró a su padre, vio que una mancha roja y extraña florecía en su chaleco, justo donde había posado las manos entrelazadas;

hasta la corbata la tenía manchada, y eso que se la había puesto limpia esa mañana. Jane se quejaría del trabajo extra.

El señor Graves gimió y la miró.

—¿Susan? ¡Susan! ¡Escúchame! ¿Estás herida?

La cara del amigo de su padre tenía una brecha roja, larga y fina que le cruzaba la mejilla y lucía unas perlas de sangre como joyas ensartadas en un hilo. El señor Graves la cogió por los hombros y la sacudió.

—¿Estás herida, niña?

Susan lo miró, sorprendida. El señor Graves parecía estar muy, muy lejos. Jonathan estaba histérico. Susan tenía que hacer que se callara o despertaría a mamá, y mamá necesitaba descansar. Sacudió la cabeza. El señor Graves le sostuvo la mirada.

—Voy a buscar a un cirujano. Pasa el cerrojo cuando yo salga, y no le abras la puerta a nadie, solo a mí, ¿entiendes? ¡Solo a mí! —El joven se volvió hacia el lloroso niño—. Jonathan, ve a buscar agua para tu papá. —Después puso la mano en el hombro de Alexander—. No te muevas. ¡No!

Por el amor de Dios, no trates de hablar, hombre.

Alexander intentó levantar una mano. El aliento estertoroso formó unas palabras. Los dos hombres se miraron.

—Cuídalos, Graves.

—Te lo juro. Ahora... —El joven se levantó, puso a Susan en pie y la obligó a soltar la mano de su padre, cosa que hizo protestar a la niña con un gañido parecido al de un perro cuando le dan una patada. El joven volvió a cogerla por los hombros y la miró a los ojos—. Ven a la puerta, Susan —dijo—. Y pasa el cerrojo cuando yo salga. —La niña consiguió asentir—. Y recuerda: no debes volver a abrirle la puerta a nadie hasta que yo regrese. ¿Lo recordarás?

Susan asintió otra vez, Graves tiró de ella hacia la puerta y esperó fuera, los ojos inyectados de impaciencia hasta que oyó correrse el cerrojo, después bajó por la calle estrecha a toda velocidad.

Susan lo observó irse, casi preguntándose por qué corría tan rápido, luego se volvió hacia su padre. Se dejó caer en el suelo a su lado, le

levantó con cuidado la cabeza y la posó en sus rodillas. Intentó darle un poco del agua que Jonathan había traído de la mesa, sollozando cada vez que derramaba una gota con las prisas. Le resultó difícil, tenía las manos resbaladizas y rojas, pero le pareció que se había filtrado un poco entre los labios de su padre. Jonathan se acurrucó a su lado y Susan cambió un poco de posición para que pudiera acercarse más a ella. Cuando se movió, sintió ver que el rojo se había convertido en un charco y que su vestido y los calzones de Jonathan se habían empapado. Dejó el vaso de agua y con un cuidado infinito volvió a coger la mano de su padre. Jonathan cogió la otra. La respiración de Alexander se hizo más laboriosa todavía, y más lenta. Hizo un esfuerzo por abrir los ojos y tragó saliva.

—Susan...

La niña no se movió. Lo percibía todo como muy lejos, igual que antes de quedarse dormida. El mundo flotaba, cobraba vida y dejaba de existir a su alrededor. Acarició el pelo de su padre. Se le había descolocado al caer y su padre era un

hombre que pensaba que era muy importante ir bien arreglado.

—Susan... —La voz de su padre era muy profunda, como si no fuese suya—. Escucha... hay una caja negra de madera bajo el mostrador, oculta bajo las partituras de Bononcini. —Hizo una pausa y cerró los ojos otra vez. Su aliento se había convertido en pequeños jadeos. Susan siguió acariciándole el pelo. Alexander volvió a abrir los ojos y los clavó en los de su hija—. Debes llevarla contigo adonde quiera que vayas... Habla sobre lo que encuentres dentro con el señor Graves. —Una vez más cerró los ojos, una vez más aspiró una bocanada de aire. Le goteaba algo por la comisura de la boca, algo rojo y denso. Jonathan empezó a llorar otra vez y se tapó los ojos—. No me culpes, Susan...

La niña no dijo nada, solo siguió acariciándole el pelo. Tuvo el recuerdo entonces de ella acostada en la cama, enferma, cuando era muy pequeña. Recordaba el frescor de la mano de su madre acariciándole la frente y cantándole. Su padre jadeó de nuevo y lo recorrió un

estremecimiento; Susan sintió que le apretaba la mano con fuerza, de forma casi dolorosa, y luego la presión se relajó de repente. Jonathan tragó saliva y miró a su hermana.

—Shh, Jonathan. Papá necesita descansar. — Susan se humedeció los labios y sin dejar un solo momento de acariciar el pelo de su padre, empezó a cantar en voz quebrada y casi en susurros.

¿Quieres dormir ya, mi pequeño?

Pues el cielo se está oscureciendo.

¿Quieres dormir ya, mi dulce  
pequeño?

Pues el cielo se está oscureciendo.

Susan tuvo muy presente lo que había prometido y no dejó entrar a nadie en la tienda hasta que regresó el señor Graves al cuarto de hora con un cirujano jadeando y quejándose tras él. Cuando llegó, Graves tuvo que abrirse paso a empujones entre una multitud de ciudadanos preocupados que

se habían reunido en la puerta después de oír los gritos y ver a dos hombres salir corriendo. Se apretaban contra el vidrio de la ventana y miraban y exclamaban al ver la espalda recta de la niña que se había arrodillado con su hermano en el charco casi infinito de la sangre del padre, la niña que acariciaba el pelo de su padre y le cantaba nanas en voz queda.

La cena en Caveley Park fue sin duda grata, aunque Crowther habló muy poco y todos eran conscientes de que el cuerpo de un desconocido yacía en los establos.

Después de que se trajeran los varios platos a la mesa, las hermanas sirvieron a los invitados y a sí mismas. El roce del cuchillo en el plato y el consuelo de una buena comida bien preparada proporcionaron toda la base y contrapunto necesarios para las noticias y preguntas del corregidor, así como para las joviales respuestas de Harriet y Rachel.

Crowther dejó pasar buena parte de la velada sin mostrar demasiado interés ni hacer comentarios hasta que oyó a Harriet responder a alguna pregunta intrascendente hecha por el corregidor con una pregunta que sacó el tema de la mansión Thornleigh.

—Mi estimado señor, siento curiosidad por lo que nos pueda contar de lord Thornleigh. Sabemos

tan poco sobre él. ¿Qué pensaba usted de él, como hombre, antes de su enfermedad?

El corregidor no respondió de inmediato, solo apartó el plato un poco. Frunció los labios y por lo que pareció la primera vez esa tarde, se tomó un momento para pensar antes de hablar, y cuando habló, su tono fue serio y medido. Crowther vio que aparecía un hombre más sesudo para ocupar el lugar del corregidor, o más bien vio que la máscara que solía lucir se dejaba con cuidado a un lado. Crowther examinó a su compañero de mesa con un interés renovado.

—Bueno, me cuesta mucho decir algo de él que sea bueno.

Aspiró una lenta bocanada de aire y posó los ojos en su plato, todavía a medio consumir, aunque estaba claro que estaba viendo algo muy diferente.

—Lo conocí en la flor de la vida, aunque nuestra relación nunca fue estrecha; su rango y fortuna eran mucho mayores que los míos. Era un hombre muy orgulloso y el círculo que lo rodeaba a mí no me podía gustar. Despreciaban, me parecía a mí, a su prójimo. Entre el personal de la casa, las criaturas

buenas y honestas nunca parecían medrar, y aquellos de esta vecindad que yo menos motivos tenía para apreciar y de los que más razones tenía para dudar, siempre parecían progresar a su servicio más de lo que por sus virtudes podrían merecer. —El corregidor alzó los ojos de mala gana y su mirada se cruzó con la de la señora Westerman por un momento. Al cabo se aclaró la garganta como si quisiera deshacerse de un regusto desagradable—. Pero no son más que prejuicios ociosos y no debo hablar mal de alguien que ha sufrido tan gran desgracia.

Crowther habló entonces por primera vez desde que había comenzado la cena.

—Tengo entendido, señor, que lord Thornleigh sufrió una apoplejía hace unos años.

El corregidor asintió y encogió apenas los inmensos hombros.

—No soy un hombre versado en medicina, señor Crowther, pero sí, eso es lo que creo. Fue antes de cumplirse un año de su segundo matrimonio. Perdió casi toda capacidad de movimiento y todas sus habilidades para formar palabras. Pero vive.

Qué clase de existencia puede ser esa, no podría decirlo, pero el hecho es que vivir, vive. Quizá el Todopoderoso, en su infinita misericordia, está dándole tiempo para arrepentirse de los errores de su juventud, aunque los sirvientes dicen que, a todos los efectos, ahora es como un idiota.

—¿Tanto tiene de lo que arrepentirse? — preguntó Rachel con todo ligero.

El corregidor optó por fingir que no oía la pregunta; prefirió levantar la cabeza y quedarse mirando las esquinas del comedor.

—Supusimos que no sobreviviría mucho tiempo al ataque, pero aún continúa con vida. Cosa que habla bien de los cuidados que le están prestando, aunque a mí me parece un destino cruel, un destino que no le desearía yo a ningún hombre.

—Me perdonará, corregidor —dijo Crowther—, pero habla como si sospechara en él algún pecado mayor que el del orgullo.

—Quizá así sea. Pero esa sospecha debe permanecer entre mi Dios y yo en este momento. No difamaré a un hombre que no puede defenderse, ni tampoco compartiré de momento

historias desagradables con las damas. Sé, señora Westerman, que tiene usted el estómago de todo un guerrero, pero hay cosas que no quisiera que su hermana me oyera comentar.

Rachel bajó la vista hacia su plato y Harriet sonrió al corregidor mientras cubría con delicadeza la mano de su hermana con la suya.

—¿Cree usted que lloverá mañana? —preguntó con tono animado, y el corregidor adoptó el tema como propio. Nada más de importancia se debatió hasta que se retiraron las damas.

Una vez que se sirvieron los licores y permitieron irse a los sirvientes, Crowther abordó el tema de las sospechas del corregidor una vez más. El más maduro de los dos posó la copa delante de él y poco a poco sacudió la cabeza. Crowther observó con atención el perfil blando y rojo que presentaba el corregidor bajo los ojos entornados. Dejó que el silencio entre ellos se alargara hasta que formó una presión continua en la sala. El corregidor fruncía un poco el ceño y empezó a girar la delicada copa de Harriet con gesto distraído entre las salchichas que tenía por

dedos hasta que Crowther terminó por preguntarse si el frágil objeto estaría a salvo.

—La señora Westerman desea saber la verdad de lo que ha pasado aquí —explicó Crowther—. Está claro que sospecha que algo aciago ocurre en Thornleigh, y el asesinato tuvo lugar en sus tierras. No se dará por satisfecha con un simple «muerto a manos de personas desconocidas» en la pesquisa judicial. Ha solicitado mi asistencia y yo le he dado mi palabra de que la ayudaría.

Mientras Crowther hablaba, el corregidor dejó quieta la copa y su perfil se endureció con una expresión muy atenta. Crowther tuvo la sensación de que su compañero estaba escuchando no solo las palabras en sí, sino alguna corriente profunda, lo que las palabras llevaban con ellas. Le pareció que, de alguna forma, lo estaban juzgando.

—Bien, señor Crowther, se lo contaré entonces, puesto que me lo pide así —dijo el corregidor con pesar—. No tengo razón, sin embargo, para creer que pueda incumbir de algún modo a la muerte de ese pobre desgraciado. No puede decir usted que habla por esta familia sin que yo simpatice con

usted hasta cierto punto, aunque a veces siento que esta familia quizá estuviera mejor en algún otro lugar. A pesar de toda su experiencia en el ancho mundo, la señora Westerman sigue sin entender del todo la fuerza de las pequeñas hebras que nos unen a todos y que nos mantienen a todos en nuestro lugar en una sociedad como esta. Ni la entiende usted. Solo porque el cabeza de familia de los Thornleigh esté de algún modo en otra parte, eso no quita para que no siga teniendo un gran poder. Un reyezuelo inamovible en el condado. ¡Y la señora Westerman desea acercarse a golpear sus verjas y poner el grito en el cielo! Su esposo tiene sus contactos, por supuesto, pero no muchos. Yo le puedo contar mi historia, pero le aconsejo que la olvide. Retírese a su antiguo aislamiento y persuada a la señora Westerman para que se limite a las obligaciones que le corresponden. —Se frotó la barbilla con las manos—. Quizá mi historia pueda servir como parábola de que al final lo más inteligente es dejar la justicia en manos de Dios.

Alzó los ojos y miró a Crowther a la cara. Este se limitó a parpadear con lentitud sin apartar la

mirada del corregidor. Bridges tomó un trago de vino y, tras acomodarse mejor en su silla, comenzó a hablar.

—Así pues, cuando yo era joven, oh, hará ya unos cuarenta años, mucho antes de que naciera siquiera la señora Westerman o que lord Thornleigh se casara por primera vez, mataron a una muchachita en los límites del pueblo de Harden, a unos tres kilómetros al sur de aquí. Era una buena niña, muy apreciada en toda la zona, y la habían criado de forma respetable. Se organizaron batidas de búsqueda y en no mucho tiempo se encontró su cuerpo. Se llamaba Sarah Randle. Tenía doce años.

El corregidor hizo una pausa, se terminó la copa de vino y agradeció con un asentimiento cuando Crowther la volvió a llenar.

—Lamento decir que fui yo quien la encontró. Habría preferido vivir mi vida libre de esa imagen, pero el único servicio que le puedo prestar a la niña es recordar. Salí a caballo y me topé con una de las batidas de búsqueda cuando se acercaban a los bosques de las afueras de Harden.

Puesto que conocía a la niña, desmonté para unirme a ellos. Era una noche de primavera, sería por esta época del año, el aire era cálido y delicado, los caminos y campos estaban llenos de vida con el zumbido de la creación... todo parecía adquirir un sentido más perfecto de sí mismo. Una cosita tan pálida que era. La habían arrojado al suelo, a solo unos metros de los senderos más estrechos del bosque. Qué gran maldad parecía, que yaciera allí, rota y encorvada entre tal profusión, tanta vida antaño enérgica. Su rostro apenas mostraba marcas, pero tenía las ropas negras de sangre. Habían apuñalado su cuerpo en un ataque enloquecido. Trece heridas conté en el pecho y el estómago. La niña vestía sus ropas de fiesta, y estaban tan desgarradas y ensangrentadas a su alrededor... Atardecía cuando la encontramos, y el cielo estaba dorado y rojo, con magníficas nubes de un color púrpura profundo agotando la luz del día. Las dos imágenes están unidas en mi mente. El cuerpo roto de la niña y la gloria del sol hundiéndose por el oeste. Pobre inocente. No pudo haber sido una muerte fácil, ni rápida.

Crowther no confiaba en poder hablar. Se dio cuenta de que lo había cautivado un narrador de gran talento; había sentido los últimos rayos del sol en la espalda, había oído el rumor de la vida en los setos. Pero el corregidor continuó.

—El vientre de la niña estaba hinchado. No cabía duda de que estaba encinta.

—¿Nadie sabía quién podría ser el padre?

—Hubo chismorreos que hicieron daño a varios buenos hombres a lo largo de los meses siguientes, pero la niña había sido muy reservada. No había hecho confidencias, creo, a ninguna de sus amigas. Ni tampoco a la hermana que compartía su cama. El clamor de los vecinos la emprendió con un buhonero que estaba de paso, pero respondieron por él dos o tres de los vecinos más pudientes y la multitud se había fijado en él más por la pena que por la rabia. El hombre pudo escapar sin daño. El pueblo entero acudió al entierro, pero lord Thornleigh no asistió. Sin embargo, sí que pasó a caballo con uno de sus amigos mientras enterrábamos a la pobre pecadora. Los dos jinetes se reían de algo, yo alcé los ojos de mis plegarias

y capté su atención. La expresión que vi en su rostro es el único motivo que tengo para las sospechas que he albergado contra ese hombre. Provocó escalofríos en mi alma por aquel entonces, y el recuerdo de su mirada sigue provocándolos. Era triunfante, entusiasmada. Incluso salvaje.

Algún habitante de la casa pasó por el pasillo junto al comedor, sus zapatos rozando la alfombra y la piedra. Crowther tomó un buen trago de licor.

—¿Y nadie inquirió más sobre su relación con la niña? —preguntó.

—Creo que he dicho suficiente sobre su carácter para sugerir por qué nadie tuvo estómago suficiente para inquirir con más interés —dijo el corregidor—. La niña desde luego no tenía a ninguna señora Westerman que la defendiera, nadie de una ingenuidad tan obstinada. O si la tenía, quizá a esa persona le advirtieron pronto que se apartara, con argumentos suficientes, y aprendiese la lección. La señora Westerman quizá tenga que recorrer el mismo camino. —El corregidor parecía un tanto enfadado—. Ni Randle necesitaba

defensora, ni la necesita ese sujeto del bosque. Thornleigh ha perdido a su primogénito a manos del mundo y al segundo se lo lleva la bebida, él vive convertido en un idiota mientras que al tercero de sus hijos lo está educando una puta. — La voz del juez había casi enronquecido en las últimas palabras.

Crowther no se movió, se limitó a continuar contemplando las puntas de los dedos que había unido en una pirámide, el rostro impassible.

—¿Sarah Randle murió antes del primer matrimonio de Thornleigh, dice usted?

El corregidor volvió a alzar los ojos, como si le sorprendiera hallar que había estado hablando en voz alta, y además con otra persona. Se encogió de hombros y su voz recuperó algo parecido a su tono y modulación normal.

—Así es. Se pasó buena parte de los siguientes años en Londres y cuando regresó con nosotros lo hizo acompañado por una esposa. Y un asunto triste que fue ese, aunque la primera lady Thornleigh le dio dos hijos varones, como ya sabe, antes de su muerte. Tres niñas murieron antes de

cumplir los cuatro años.

—¿Y ella murió al dar a luz?

—No, una caída, solo tres años después de nacer Hugh. Me temo que la muerte de sus hijas la dejó... un poco nerviosa. Desde ese momento hasta el segundo matrimonio de Thornleigh no lo vimos mucho. Vivía sobre todo en la ciudad, solo venía a cazar con pequeños grupos y siempre era reacio a quedarse mucho tiempo. A los niños los criaron los sirvientes y después los enviaron a la escuela fuera de aquí. He de decir que parecían buenos hombres en su juventud, pese a todo.

El corregidor cambió de posición, incómodo en su silla.

—Le agradezco que haya examinado a ese pobre desgraciado, pero me gustaría que no se molestara usted más con este asunto. La señora Westerman, y no es mi intención faltarle al respeto, puede ser impulsiva y juzgar quizá con excesiva premura. Es la pena que paga por su prodigiosa energía, así que me alegro de que cuente con su consejo, dado que el comodoro Westerman está fuera, y puesto que suele actuar como su ancla en el devenir

general de las cosas, si he entendido el término de la forma correcta.

Crowther se inclinó un poco. El corregidor asintió tras interpretar el gesto según sus propios deseos.

—Si no contiene usted a la dama, deberá compartir su parte de culpa en lo que ocurra. Y, por supuesto, su asociación con la familia, ya intervenga o no, puede perjudicarlas. —El corregidor hizo una pausa al observar que la frente de Crowther se arrugaba con un ligero ceño. Su voz adoptó un matiz un poco más blando—. Debería quizá decirle, puesto que estamos siendo tan francos, que sé que su nombre no era Gabriel Crowther al nacer.

El silencio en la habitación fue como un golpe violento. Crowther se quedó muy quieto. La comisura de la gruesa boca roja del corregidor se crispó un poco.

—Soy lo que parezco, señor Crowther. Pero ha habido otros capítulos en mi carrera, y algunos de los hábitos que aprendí, los he conservado. Me encargo de saber un poco de las personas

destacadas de la zona, algo más que los chismorreos habituales. Pero no me dirigiré a usted por ningún otro nombre o rango que el que ha elegido usted. —Otra pequeña pausa—. Puedo asegurarle que mis pesquisas han sido discretas y que mi silencio sobre el tema es absoluto... de momento. Que yo sepa, al menos, nadie más en el condado sospecha que usted sea otra cosa que quien dice ser y lo que dice ser. No diré nada más, aparte de reiterarle mi solicitud de que intente contener a la señora Westerman, por el propio bien de la dama.

Crowther era consciente de poco más que el paso del aire por sus pulmones antes de volver a salir. Sus pensamientos se negaban a formar palabras. El corregidor respiró hondo y se rascó de nuevo la barba incipiente antes de continuar en idéntico tono bajo.

—Le tengo mucho aprecio a la familia de Caveley Park, y me gustaría tener la garantía de que cuentan con la protección y apoyo de un hombre de tanta inteligencia y habilidad como usted.

Cuando Crowther habló al fin, su voz le sonó como algo aparte, independiente de su voluntad.

—Como dice usted, quizá no haya ningún gran misterio, pero haré todo lo que pueda por apoyar a la familia.

El corregidor levantó el decantador de vino y llenó las copas de ambos. Esbozaba una calurosa sonrisa, como si pensara que Crowther era un sujeto excelente y una compañía encantadora. Su voz perdió el tono serio y se convirtió de nuevo en el sociable caballero rural que había parecido en un principio.

—Excelente, excelente. Y dígame, señor, ¿es suya la yegua que vi en los establos cuando me acerqué? ¿Caza usted? Me recuerda mucho a una potra que tuve siendo niño. Maravillosa saltadora, mi potra...

Crowther lo dejó hablar y siguió bebiendo su licor, aunque de repente le sabía a algo amargo y negro.

El señor Graves había prometido no dejar la casa y el señor y la señora Chase y su hija accedieron con gusto a dejarle velar a escasa distancia del cuarto de los niños, donde dormían los hermanos. Los había llevado a la casa de esa familia, viejos amigos de Alexander, en cuanto estuvo claro que nada se podía hacer por su amigo y antes de permitir que nadie viera su herida y la curara. Le escocía, pero el dolor no era nada comparado con la horrorizada palpitación que sentía en la garganta. Se preguntó si Susan llegaría a recuperarse alguna vez. La niña había permanecido pálida y silenciosa desde que la habían encontrado, aparte del momento en el que la había apartado del cuerpo de su padre otra vez y ella había dejado escapar un grito tan terrible que entre la multitud fueron varios los que se santiguaron. Se buscó al hombre amarillo, pero nadie sabía su nombre y con los desórdenes crecientes en la ciudad, no había un solo hombre

libre para inquirir más.

La señorita Verity Chase entró en la habitación con un vaso humeante.

—Por favor, beba un poco de esto, señor Graves. Es el reconstituyente de mi madre, en su mayor parte coñac, creo. Ella y algunos de nuestros vecinos han ido a ver a Alexander y a recoger ropa para los niños. Y debería saber que la criada de la familia, Jane, regresó acompañada de su madre en cuanto le llegó la noticia. Ellas cuidarán de la tienda. Pero ¿qué ocurrirá después, señor Graves? Los niños ahora son huérfanos. ¿Sabe de algún familiar que pudiera acogerlos? Si no es así, debemos esperar que su herencia pague alguna escuela, aunque si son pobres y carecen de parientes que luchen por ellos, sus vidas serán duras.

El señor Graves se pasó la mano por la cara y la señorita Chase se sintió como una auténtica tonta. Había dicho las primeras palabras que se le habían ocurrido y le había ofrecido nuevas preocupaciones que apilar sobre los horrores de los que ya era víctima. Observó cómo sujetaba el

vaso. Hasta las manos parecían de repente mucho más grandes.

—Yo no tengo mucho, nada salvo lo que puedo ganar con mi pluma. No es una perspectiva muy halagüeña, pero siempre tendré un lugar para ellos. Espero que usted también continúe siendo su amiga. —La chica asintió—. En cuanto a encontrar algún familiar... quizá sea difícil, pero se debe intentar.

Estiró las largas piernas y entonces notó con una pequeña palpitación de horror que un poco de la sangre de su amigo seguía siendo visible, seca y polvorienta, en sus zapatos. Se irguió una vez más y bebió a falta de algo que hacer o decir.

El coñac le golpeó el estómago y refulgió allí por un instante antes de que el frío y la oscuridad de su cuerpo lo extinguieran de nuevo. La presencia de la joven era un consuelo, sin embargo. En el pasado había sido un tormento y un placer, hallándose como se hallaba él entre las legiones de admiradores que suspiraban por ella; pero jamás lo había sentido así. Contempló por un momento el perfil femenino y luego volvió a posar

los ojos en el vaso que sostenía antes de continuar.

—Alexander me dijo que dejó a su familia cuando se casó por amor, pero que su familia es acaudalada, creo. Se preguntaba si había hecho lo correcto al aislar a sus hijos de su herencia, pero parecía alegrarse de haber abandonado la influencia de su casa. Dudo que Adams fuera su verdadero nombre.

La señorita Chase parecía conmovida y seria.

—¿Qué se ha de hacer, entonces?

Graves cambió de postura con incomodidad y miró por la habitación como si pudiera encontrar las respuestas pegadas a los atizadores o colgando del cordón de la campana.

—Iré a ver al magistrado y al juez instructor por la mañana para que nos permitan enterrarlo bajo el nombre que escogió. No hay otros parientes que vayan a preocuparse por él y los suyos si no lo hacemos nosotros.

—¿No tiene idea de por qué asesinaron a Alexander de ese modo?

La señorita Chase cogió su labor de la mesita que tenía a su lado mientras hacía la pregunta y

dejó pasar unos momentos. Notó que seguían temblándole demasiado las manos para el delicado trabajo que tenía delante, así que lo posó de nuevo en su regazo y trazó el patrón que comenzaba a surgir con la punta de un dedo. Graves frunció el ceño y la herida de su cara se crispó de forma dolorosa.

—No tengo ni idea. No creo que fuera por juego, ni por mujeres. —Alzó las manos en un gesto de desdichada frustración—. Quizá sepamos más cuando Susan decida hablar, si es que decide hacerlo. Pero yo no puedo interrogarla.

La voz del joven luchó para sacar las últimas palabras y sintió, más que oyó, la respuesta queda de la señorita Chase.

—Por supuesto.

El padre de la chica entró en la habitación e impidió con una gruesa mano el intento de Graves de levantarse.

—Ni se le ocurra levantarse, muchacho. He colocado una carriola en la habitación que hay junto a la de los niños. No es demasiado cómoda, pero me pareció que cuanto más cerca esté de esos

niños esta noche, más tranquilo descansará.

—¿Qué nuevas hay, padre? —preguntó Verity. El señor Chase pareció preocupado y se mordió la uña—. No se muerda el pulgar, querido señor.

Las palabras fueron automáticas, pero la hija se ruborizó al encontrarse reconviniéndolo esa noche. El señor Chase no pareció ofenderse por el comentario, sin embargo.

—Dicen que a lord Boston lo sacaron a rastras de su carruaje, pero nadie resultó lastimado más allá de ropas desgarradas y un orgullo herido. Aunque la mitad del Parlamento parece haber perdido la peluca. Todos los grandes legisladores de estas tierras forcejeando con las magníficas levitas hechas jirones y gimoteando como recién nacidos. —La idea lo divirtió y tuvo que esforzarse un momento por mantener la debida compostura, pero cuando sus pensamientos pasaron al siguiente tema, su tono se niveló—. Aparecieron tropas en la Cámara de los Comunes para conducirlos al exterior otra vez, pero no pueden actuar contra la multitud hasta que se apruebe la Ley Antidisturbios, y los magistrados

están ocultos o asediados. Una noche diabólica es esta, una noche diabólica.

Graves se removió y alzó los ojos para mirar la cara amplia del señor Chase.

—¿A quién informamos entonces de la muerte de Alexander? La autoridad competente... Hay que enterrarlo. Los niños.

La zarpa del señor Chase le dio unos suaves golpecitos en el hombro otra vez.

—Haga lo que pueda por la mañana, Graves. Pero si entiendo esto bien, la ley no le será de ninguna ayuda mientras duren los desórdenes. Cuidemos a los nuestros y démosle un entierro decente. Somos suficientes los que podemos jurar lo que se hizo cuando todo esto haya pasado y la ley pueda volverse de nuevo hacia nosotros.

Graves se acomodó en su silla.

—Gracias, señor, por permitirme quedarme cerca de los niños.

—Querido muchacho, como si fuera a mandarlo marchar con el rostro hecho pedazos y todo Londres, por lo que parece, listo para estallar en llamas. Y me alegré mucho de que acudiera a

nosotros. Habla de una confianza, muchacho, que yo valoro. Su alojamiento no es el más adecuado para una familia, imagino, y los niños no pueden quedarse en la tienda. No, debemos arreglárnoslas como podemos aquí, cuidar de los niños y vigilar a esos borrachos y pendencieros que se tambalean por la calle. —Vio una expresión de alarma en el rostro de su hija—. Briggs y Freeman han ido a recoger a tu madre para traerla a casa, querida, y a asegurarse de que el comercio de Alexander está protegido. He oído que la multitud asaltó una tienda de vinos propiedad de algún pobre católico, así que ahora están borrachos y ávidos de cualquier cosa que puedan aprovechar. Ha sido un día lúgubre, y quién sabe qué nos traerá la mañana.

Crowther dejó la casa tras acompañar a las damas un rato, en silencio, mientras el corregidor las entretenía. El anatomista era consciente de la situación que se vivía en América, y el papel del comodoro Westerman (crucial, al parecer) se había debatido en detalle, pero no había intentado prestar demasiada atención. Oyó, no obstante, el tono y la inflexión de la conversación y así se enteró de que el comodoro Westerman era un hombre amado y añorado por su familia.

Le llamó la atención un retrato que había a la derecha de la chimenea. El comodoro le pareció muy joven y de un vigor notable. Se preguntó por qué la señora Westerman tenía el cuadro allí, en el salón formal, en lugar de en la salita donde se ocupaba de la mayor parte de sus asuntos diarios. Quizá la dama no deseaba estar de forma constante bajo sus ojos. La observó con cierta frialdad a la luz de las velas, el aleteo de las manos al hablar, el reflejo rojo de sus cabellos cuando asentía con

entusiasmo a alguna obviedad del corregidor. Se preguntó cómo cambiarían sus modales si supiera de la conversación que acababan de sostener los hombres. La cordial recepción que le había deparado a Bridges en su casa le pareció de repente como la peor de las ingenuidades. ¿Cómo podría aquella mujer llegar al fondo de la calamidad de un asesinato si pensaba que ese hombre era amigo suyo? Pero él no iba a contenerla. El corregidor lo había enojado y al hacerlo, lo había unido con lazos muy estrechos al cuerpo del establo.

Tras haberse despedido temprano aduciendo un cansancio que ya no sentía, Crowther dejó que su caballo fuera al paso según su gusto y atravesó las modestas verjas de Caveley, después encaminó los pasos del animal de regreso al pueblo con la más ligera presión de las rodillas contra los flancos. La tarde comenzaba a oscurecer de mala gana, como si quisiera aferrarse al agradable sol de junio todo el tiempo que se lo permitieran.

Suponía que, hasta cierto punto, su sistema todavía se estaba recuperando de la repentina

conmoción de saber que otro hombre conocía el secreto de su identidad. El agudo escalofrío que se había extendido por sus huesos se había desvanecido, pero la inquietud permanecía con él. El muro que había construido entre él y su pasado, que había parecido tan sólido hacía apenas unas horas, se había debilitado y hecho poroso. Era cierto que el corregidor no tenía motivos para desenmascararlo, no de momento, en cualquier caso, pero si Bridges se pasaba la vida comerciando con información y ejerciendo la política, en algún momento quizá le compensara más desenmascarar a Crowther que guardarse lo que sabía. Y puesto que Crowther sabía que él no tenía intención de retirarse ni de persuadir a la señora Westerman para que se retirara, ese momento podría llegar de repente y a no mucho tardar.

Crowther estaba enfadado consigo mismo. Su segura existencia parecía de repente una farsa. Había estado construyendo su amor propio sobre una ilusión. Y si la verdad llegara a ser de conocimiento público entre los vecinos, ¿qué diría

entonces el mundo? ¿Condenarían a las mujeres de Caveley por haberle abierto su casa? Se subió la capa para guarecerse la cara y dejó continuar al paso a su caballo. No era probable, y tampoco le parecía que a la señora Westerman le fuera a importar mucho esa condena. Pero su esposo podría pensar de modo diferente, y lo que era peor, quizá la dama se compadeciera de él y él no estaba seguro de poder soportar su compasión. Volvería a convertirse en un simple bicho raro. La gente lo señalaría por la calle y les contaría la historia a sus vecinos. Lo avergonzarían, lo mancharían con relatos más horribles que cualquiera de los cuentos de hadas góticos que se relataban sobre él y su cuchillo de carnicero.

Jamás debería haber escrito ese artículo, pero lo habían halagado para que lo hiciera. Era orgulloso, ese era su gran defecto. Suspiró y pasó la mano por las crines negras de su caballo para sentir la textura basta de la criatura contra sus manos. Había adoptado la identidad de Gabriel Crowther más de veinte años atrás, había viajado con ella, estudiado con ella, mantenido

correspondencia y hecho negocios con ella, hasta que la sintió más suya que aquella con la que había nacido. Una semana después de morir su hermano se la había puesto como quien luce una nueva piel y había abandonado Inglaterra para estudiar anatomía en Alemania, convirtiendo así a los treinta años lo que había sido un interés casual de su juventud en la razón y ocupación de sus horas de vigilia. Había recorrido las salas de hospitales de ese país y de otros. Podía pagar, y lo había hecho, por el privilegio sin tener que preocuparse de juntas de evaluación ni de luchar por un puesto remunerado en un hospital. Desde el comienzo sus compañeros fingieron no verlo. Una vez que se dieron cuenta de que él no era ninguna amenaza para sus posibilidades de empleo, dejó de despertar interés. Y él se alegró, ya se sentía demasiado mayor y cansado para los entretenimientos y amistades de sus compañeros. Sus estudios lo llevaron luego a aulas de toda Europa, donde estudió los recipientes humanos, observó cómo los abrían y aprendió a hacer las mismas (y mejores) investigaciones con la carne.

No era aprensivo ni sentimental. Había hecho por sus maestros las tareas que le correspondían, había esperado para recoger los cuerpos de los recién colgados bajo la horca de la ciudad, cuerpos destinados a ser diseccionados y estudiados, y había utilizado lo que había aprendido para desarrollar sus propias teorías y líneas de investigación. Sus conocimientos se ganaron el respeto de sus profesores, aunque sus modales los distanciaron.

Tras diez años había regresado a Londres para estudiar con John Hunter, un hombre de gran talento y energía para quién él había hecho parte de su mejor trabajo, aunque en su momento se había negado a aceptar el mérito de ello. Recordó entonces, mientras los aromas primaverales subían flotando hasta él desde los setos, los extraños especímenes por los que Hunter pagaba una fortuna... y luego les aplicaba el cuchillo: un cocodrilo llevado hasta allí nada menos que desde la costa africana, transportado vivo en la bodega de un barco mercante; un león combado por la edad que Hunter había comprado a una feria de

fieras ambulante. Ambos habían compartido su hogar durante un tiempo. Crowther se había crecido bajo la influencia de la inquisitiva inteligencia de aquel hombre, de su tosco desprecio por los necios o los conocimientos no demostrados. Sus tierras siempre estaban llenas de las criaturas más extrañas de la creación divina. Como quizá lo estaban también sus aulas.

El propio Crowther se había sentido atraído una y otra vez a lo largo de los años por las marcas que la muerte violenta deja en un cuerpo. Había hecho observaciones y las había documentado, había entregado sus conclusiones al mundo en artículos anónimos, en conversaciones y en su correspondencia. Solo una vez había firmado un artículo con el nombre de Crowther, aquel que había caído en manos de su vecina. Sus comentarios habían sido generales, los detalles se referían solo a experimentos llevados a cabo sobre animales, pero cuando sus colegas lo habían alentado para que profundizara más en el tema, él había vacilado. Cuando alguien empezó a cuestionar su trabajo, él había preferido retirarse

en lugar de sacar sus teorías al mundo. Se preguntó si la señora Westerman había leído esas respuestas a su trabajo, las irónicas preguntas en cuanto a por qué el señor Crowther no aprovechaba las múltiples víctimas de asesinato que podía ofrecer Londres, y la última y dura línea que afirmaba que si algún día a un loco se le metía en la cabeza atacar a los perros callejeros de la ciudad, Crowther sin duda se convertiría en su ángel vengador. Su traslado a Hartswood y a la casa Laraby había sido un intento de distanciarse de esa rama de sus estudios; quería comenzar de nuevo y contribuir al conocimiento creciente de su época, algún descubrimiento pequeño pero útil de algún magnífico detalle. El intento, al parecer, había fracasado. El trabajo del último año no había ido demasiado bien y resultaba que tenía entre manos otro cadáver.

Crowther miró a su alrededor y contempló las siluetas profundas de las sombras del camino y, como un hechizo, articuló las viejas sílabas del nombre que había perdido. Conjuró la imagen de su padre, de sus tierras y su hermano. Vio los

rostros y los paisajes de su juventud y primeros años adultos y sintió que se apiñaban a su alrededor. Se había dicho a sí mismo que todo ello estaba perdido y olvidado, pero sabía que, en realidad, si era tan honesto consigo mismo como afirmaba ser, jamás lo habían abandonado ni un solo momento en todos esos años. Así que, más allá de su talento para observar y para empuñar un escalpelo, eso era todo lo que sabía de sí mismo: era un hombre que había visto cómo colgaban a su hermano por el asesinato del padre de ambos. Era un hombre que se había desasido, enfadado, inundado de amargura, de las manos de su hermano cuando este había proclamado su inocencia y le había rogado que lo ayudara. A esas muertes, a esa acción, su destino y su ser entero estaban atados. El resto no era más que jaeces y alardes.

Muy bien. La huida se demostraba al final imposible; debía darse la vuelta y mirar de nuevo al mundo a la cara. Suspiró y se miró las manos. Había estado retorciendo un lazo de las riendas con tal fuerza alrededor de los dedos que la sangre había huido y se le habían quedado rígidos y

doloridos. Se soltó y sintió la calidez de la circulación agujijoneándolo bajo la piel. Debía arriesgarse a vivir un poco más en el mundo y ver cómo respondía este.

Una sombra se liberó de repente de un seto unos metros por delante y se quedó a esperarlo en medio del camino. Crowther sintió que lo apartaban de sus pensamientos y lo devolvían al presente. Si el sujeto intentaba robarle y asesinarlo, tendría al menos que agradecerle que lo alejara de sus preocupaciones.

—¿Capitán Thornleigh? —La voz era un susurro ruidoso, impaciente y nervioso. Crowther no se apartó la capa, sintió que su miedo se atenuaba y despertaba su curiosidad, y en lugar de responder, se limitó a detener el caballo.

—Me ha dejado esperando, capitán. Mi criada se pondrá nerviosa si no regreso en toda la tarde. Siento de verdad que las cosas no salieran bien con Brook, pero debo saber lo que quiere que diga mañana. Yo no quisiera perjudicar a la mansión por nada del mundo, pero mi mente está inquieta, señor, muy inquieta.

El hombre se adelantó y vislumbró por primera vez la cara de Crowther. La suya empalideció.

—Perdone el error, señor. Pensé que venía usted de la mansión. Acepte mis disculpas por interrumpir su paseo. —Bajó la cabeza y se apartó del camino. Crowther no se movió, sin embargo, sino que continuó con los ojos fijos en la cara del hombre. Era amplia y de rasgos agradables. Un espécimen bien conservado de mediana edad y medios modestos. Crowther sintió que una leve luz de reconocimiento levantaba una chispa en su cerebro.

—Usted regenta la tienda de paños del pueblo.

El hombre volvió a alzar los ojos con cierta reticencia y una sonrisa no del todo convincente. No dejó de mirar a un lado y otro del camino mientras contestaba.

—Así es, señor, así es. Vendí los guantes que luce usted ahora, señor. Lo recuerdo bien, puesto que los caballeros por lo general vienen a comprar sus propios guantes, pero en su caso su doncella Betsy entró con un par antiguo y los dos procuramos hallar su reflejo en talla y calidad.

Espero que nos aplicáramos a su satisfacción, señor.

Crowther fue consciente de la pequeña reprimenda del tono. Ajá, así que había ofendido a ese hombrecito al no entrar en la tienda y debatir sobre cueros y tallas con él, ¿no? Tenían razón, la dinámica en los pueblos parecía tan compleja como la de las cortes reales de Europa. Levantó la mano y contempló el guante bajo la luz desvaída como si fuera la primera vez que lo veía en su vida. El hombre tenía buen ojo para reconocer su mercancía a esa hora y desde esa distancia. Al tendero no le gustó que lo mantuvieran en vilo.

—Espero que los encuentre cómodos, señor.

—Mucho, señor...

—Cartwright, señor, Joshua Cartwright. Está escrito sobre la puerta de mi tienda.

Crowther plegó las manos sobre las riendas y observó que los ojos del señor Joshua Cartwright brincaban de izquierda a derecha por el sendero.

—Así es, discúlpeme. ¿Está esperando al señor Hugh Thornleigh?

—Para mí es el capitán Thornleigh, señor.

Siempre lo será. Así es, aunque creo que me he equivocado de tarde, así que voy a regresar ya a casa, con su permiso. No me gusta dejar la tienda demasiado tiempo. Con la muerte de ese hombre, mi doncella se estará preocupando por mí y no quiero que salga en mi busca en la oscuridad, señor. No estaría bien.

—Desde luego —asintió Crowther al tiempo que esbozaba su sonrisa fría.

—Buenas noches, entonces, señor.

El tendero tropezó un poco al trepar la cerca bajo la mirada suspicaz aunque benigna de Crowther y emprendió el regreso al pueblo con zancadas afanosas a través de la resignada hierba del prado. A cada minuto se daba la vuelta como si tuviera la esperanza de que Crowther desapareciera sin más, aunque lo hizo sin que pareciera que aflojaba el paso, una maniobra impresionante en un terreno desigual como aquel. Crowther permaneció montado y quieto hasta que el tendero se perdió en la penumbra de las primeras cabañas, después se deslizó de su caballo y lo llevó tras el seto, tras eso retornó,

asumió la posición de Cartwright y se apoyó en la cerca baja. Esperaba no tener que esperar demasiado.

Tuvo suerte; la luna apenas había cambiado de posición en el cielo cuando Crowther oyó que alguien bajaba por el camino. Salió a su encuentro igual que había hecho el hombre que lo había sorprendido a él. Se acercaba una figura a caballo. Cuando habló, Crowther lo reconoció al instante como Hugh Thornleigh.

—¿Joshua? —Y cuando Crowther no dijo nada —: Bueno, ¿qué quieres de mí? De poco me ha servido tu ayuda, ni la de ese tal Carter Brook. No tenemos nada de lo que hablar. No me envíes más mensajes, pero dale a tu Hannah esta moneda al menos, que se compre un bálsamo para los pies doloridos. Debe de estar agotada con la cantidad de veces que la has enviado hoy trotando hasta la mansión. —La voz era pastosa y las palabras mal articuladas; una mano enguantada se estiró hacia él —. Bueno, venga, cógela, Cartwright.

Crowther se adelantó un poco y se bajó la capa.

—Puede usted guardarse su moneda esta noche,

señor Thornleigh. Joshua hubo de regresar a la tienda. Parecía bastante preocupado, sin embargo, por lo que debería decirle mañana al instructor.

Hugh se sobresaltó lo suficiente como para darle una sacudida a las riendas, su yegua relinchó y sacudió la cabeza a modo de protesta.

—¡Señor Crowther! Tiene usted un talento especial para aparecer por mi lado ciego. ¿Qué pretende, acechando así entre los arbustos?

—Hace una noche agradable. No tengo razón para apresurarme en llegar a casa.

—¡Vaya! Una simple coincidencia, ¿no? Y espantó usted a Joshua, ¿verdad? ¡Maldito sea, qué le importa a usted con quién decido encontrarme y dónde!

Crowther abrió mucho los ojos con expresión inocente y esperó a que Hugh calmara a su montura antes de responder.

—Creo que puede ser una cuestión de interés bastante más general en este momento, señor Thornleigh. ¿Quién es Carter Brook y de qué modo iba a serle de ayuda?

—De nuevo pregunto, ¿qué le puede importar a

usted? ¿Con qué derecho, señor, me interroga?

—Por el bien general, por supuesto.

Hugh bufó con desdén y Crowther se adelantó un poco más.

—Y puesto que me he pasado la mayor parte del día examinando el cuerpo de ese tal señor Brook, yo diría que mi curiosidad es por derecho, y natural en estas circunstancias.

—Excesiva, la llamo yo. Nunca hablé con el señor Brook —Thornleigh hizo una pausa y el tono de su voz se hizo más bajo—, aunque debía hacerlo anoche. Me impidieron llegar a la hora a la cita, pero sí que era mi intención encontrarme con él en el soto. Cuando pude llegar allí, no había nadie esperando, así que me quedé hasta que mi levita comenzó a cubrirse de rocío y entonces regresé a casa. Bien puede ser suya la garganta que cortaron, aunque puesto que nunca he visto al hombre, no podría decirlo con certeza. Pero sigo sin ver el motivo para responderle a usted sobre ese tema.

—Es posible que tenga que responder a un poder más alto que el mío.

—¿Usted religioso, Crowther? ¿Cómo encaja eso con el oficio de despedazar cuerpos y dejarlos mutilados?

Crowther alzó una ceja.

—Me refería al juez instructor.

—Mi intención siempre ha sido contárselo al instructor —dijo Hugh con tono irascible—. Cartwright no tiene razón para alborotarse. Pero sí, es probable que el cuerpo sea el de Carter Brook.

—¿Y también le contará al juez instructor el asunto que se traía con ese hombre, supongo?

—Se le empleó para hallar la dirección de mi hermano mayor. Esperaba que su empresa hubiera triunfado. El anillo parecería confirmarlo, pero fuera lo que fuera lo que sabía, ya no puede contarlo.

Crowther arrancó una de las flores blancas del seto que tenía al lado y clavó los ojos en la oscuridad.

—Sí, alguien evitó de forma harto eficaz que compartiera los secretos que pudiera poseer.

Hugh miró con gesto desdeñoso a su interlocutor.

—¿Sugiere que hay alguna relación entre ese recado y su muerte? —Se echó a reír. A Crowther le pareció que la similitud de ese ruido con el que había hecho su caballo momentos antes era prodigiosa—. No, Crowther, en eso sigue usted una pista falsa. Solo soy un hombre maldito por la peor suerte del mundo, y cualquier paso adelante que intento dar siempre vuelve a arrastrarme hacia atrás. Yo me atrevería a decir que algún otro asunto lo siguió desde Londres.

Crowther cayó en la cuenta de que le interesaban muy poco las conclusiones que Hugh decidiera sacar.

—¿Y por qué dispuso usted encontrarse con él por la noche, y lejos de su casa?

—Quizá esperaba que hiciera una noche agradable —dijo Hugh con tono burlón.

—¿Podría el tendero, el señor Cartwright, identificar el cuerpo?

—Creo que los dos se conocían. Joshua lo conoció en Londres y lo contrató en mi nombre. Le pediré que se lo explique todo al instructor.

Crowther asintió y empezó a alejarse para

regresar con su caballo. Hugh alzó la barbilla.

—Las mujeres de Caveley se han procurado su ayuda, he de suponer. —Crowther oyó el matiz crispado en la voz de Thornleigh—. Qué emocionante debe de ser para usted. Pero vaya con cuidado, señor. Es una familia desagradable, ambiciosa. Visítelas más de dos veces y se entonará por toda la región que pretende usted la mano de la menor. Y la mayor es una arpía, y una liberal de esas que defienden los derechos de las mujeres, todo el mundo lo sabe. Seguro que el comodoro está encantado de haberla arrumado en tierra y haberse ido solo. Quizá encuentre fuera alguna mujer que sepa cuál es su lugar y conozca sus obligaciones un poco mejor que la que tiene en casa.

Crowther se volvió de nuevo poco a poco hacia su interlocutor mientras se limpiaba de los dedos los restos de polen de la flor que había arrancado.

—He oído que muchos hombres desilusionados encuentran consuelo en el vino y la difamación. Es usted el ejemplo perfecto de ello. Me pregunto si su mala suerte hizo que se convirtiera en lo que es,

o fue su comportamiento lo que provocó que la mala suerte cayera sobre usted.

Lo peor de esas palabras, pronunciadas con tanta claridad en el aire vespertino, fue su falta de pasión. Un conde no habría hablado con más frialdad de un perro. Crowther continuó observando a Hugh y lo vio ofenderse por la réplica. Incluso en la oscuridad relativa podía ver la mejilla ilesa del joven ruborizarse de indignación.

—¿Desea que le pregunte el nombre de sus padrinos?

Crowther tuvo que sonreír. Eso era lo que pasaba cuando se abandonaba la sala de disección: sus secretos descubiertos, asesinatos, duelos, hijos desaparecidos y niñas muertas. Debería haber mantenido sus puertas trabadas con cerrojos más sólidos.

—Si desea usted batirse, desde luego que acudiré a la cita, Thornleigh. Aunque le advierto que mi mano siempre está firme al amanecer. Dudo que pueda usted decir lo mismo.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada por un

momento.

—Malditos sean sus ojos, Crowther —susurró Hugh, dio un tirón seco a la rienda de su caballo, se giró y partió al galope de regreso a Thornleigh.

Crowther llevó su caballo de nuevo al camino y montó con un gruñido de esfuerzo. Alzó los ojos y vio aparecer sobre él las primeras estrellas. *Bueno, pensó, debemos ir hacia donde nos llevan las señales. Igual que seguimos los senderos del cuerpo hasta sus fuentes y manantiales, así esta sangre derramada debe llevarnos al corazón del asunto.* Ya se había apartado del camino que le había aconsejado el corregidor. Lo siguiente era ver adónde lo llevaban sus pasos, y si la familia de Caveley tenía que pagar un coste por su curiosidad, que así fuera. La lección los haría más sabios, y la señora Westerman parecía impaciente por aprenderla. Crowther pensó otra vez en Hugh, en las cicatrices de su rostro y el ojo muerto, y se preguntó hasta qué punto el demonio lo había marcado como propio bajo esa piel desgarrada. La familia de Caveley había disfrutado de su compañía en un tiempo, y sin embargo la señora de

la casa parecía encantada de verlo matarse de botella en botella. Crowther azuzó su caballo para que apretara el paso.

*7 de abril de 1775, Boston, bahía de Massachusetts, América*

El capitán Hugh Thornleigh, del 5º, se acurrucó con torpeza sobre su escritorio y se quedó mirando la pared de su alojamiento mientras intentaba ordenar sus ideas.

No entendía muy bien las complejidades de la situación política de las colonias y le importaban todavía menos. Las sutilezas legales de los impuestos y los tés no le concernían. El ejército lo había atraído como carrera, no solo por las posibilidades de dar mayor gloria al nombre de sus ancestros y crearse una vida cómoda independiente de las propiedades familiares, sino también porque la institución sabía cómo utilizar

hombres de acción como él. Tenía la esperanza de llegar algún día a liderar ejércitos enteros en la batalla en lugar de simples compañías, pero esperaba también dejar los fundamentos y razones de esas batallas a otros hombres. Le importaba el bienestar de los que tenía bajo su mando y se le tenía por un comandante justo: siempre dispuesto a usar los puños, pero igual de dispuesto a reírse y quitarle el aliento a un hombre con una gran palmada en la espalda. Solo necesitaba una esposa a la que consentir y un hijo varón al que pudiera enseñar a disparar para darse por satisfecho. Con todo, esa carta a su padre había que escribirla. Empezó como sigue:

*Mi señor:*

*Ojalá tuviera mejores noticias para usted desde nuestra llegada a América. La ubicación de Boston es desde luego grata (buenos campos, verdes y ondulados, no muy diferentes de los nuestros), así que las provisiones son abundantes*

*y nuestros hombres continúan sanos y atentos, en su mayor parte, a sus obligaciones. Hay algunos caballeros en la ciudad con los que uno estaría encantado de cenar en cualquier parte del mundo, pero en este entorno se muestra una extraña falta de respeto por la clase y el rango. Es difícil transmitirlo. No es tanto la hosquedad de la chusma de Londres sino la costumbre más insidiosa de comportarse como si todos estuviéramos cortados por el mismo patrón, si sabe a lo que me refiero. A modo de ejemplo, si se come fuera del regimiento, un tipo puede servirle la comida y después sentarse a conversar como si los dos acabáramos de regresar juntos de los campos. Esta falta de conciencia sobre el rango y la posición de la que hace gala el pueblo ordinario debe de ser la raíz, creo yo, del ambiente de rebelión que se acerca como un contagio del área rural que nos rodea, y que reina incluso también dentro de la propia ciudad. El pueblo se está armando y aunque no son en absoluto soldados de verdad, y cualquiera salvo la mayor fuerza que puedan reclutar no tardaría*

*en ser despachada por los regimientos de su majestad, han comenzado a reunirse en gran número y con gesto lúgubre. Quizá tengamos que masacrar a un número respetable de ellos antes de que estén dispuestos a escabullirse de regreso a sus granjas. Es triste ver, no cabe duda, que los súbditos del rey se encuentran enfrentándose unos a otros en una situación así.*

Thornleigh hizo una pausa y volvió a quedarse mirando la pared con un gesto de preocupación hasta que una voz lo llamó desde su puerta.

—Thornleigh, suelta esa pluma. De todos modos, nadie es capaz de leer ni una sola palabra de lo que escribes. Se me ha ordenado que vaya a ver cómo se está gestionando el montaje del hospital. ¿Te vienes conmigo?

Hugh se volvió hacia la voz con una sonrisa fácil. Era su amigo Hawkshaw, tan ligero y delgado que parecía que lo habían juntado con trozos sueltos de cuerda. Thornleigh estiró el

cuerpo que había encorvado sobre la carta y colocó sobre ella la pluma con la delicadeza torpe de un oso intentando colocar unas rosas para un saloncito. Hawkshaw cruzó a toda prisa la habitación y se asomó por encima del hombro de su amigo para ver la página.

—¿Es que nunca fuiste a la escuela, Thornleigh? Mis maestros me habrían hecho jirones a latigazos por tener una letra tan horrible.

Hugh esbozó una gran sonrisa.

—El viejo Langosta Sucia me pegó en las manos hasta que me sangraron. Por raro que parezca, eso nunca me hizo escribir mejor. Iré al hospital contigo, aunque no puedo dejar que zarpe otro paquebote sin informar a mi padre. En el Parlamento le gusta presumir que tiene información de primera mano.

Hawkshaw hizo una mueca.

—¡Señor! ¡La política! Bueno, todavía puede que todo quede en nada. Debemos ser todo cortesía y pulcritud y mantener la pólvora seca. Entretanto, disfrutemos un poco del aire libre y contemplemos como viajeros todas estas bonitas

colinas verdes y sus caminos hasta que debamos vigilarlas como soldados.

—Yo no vine aquí para admirar sus paisajes.

Hawkshaw no respondió, sino que miró por la ventana las tranquilas calles de la ciudad. Los árboles plantados a intervalos regulares por las anchas y agradables calles le daban al lugar entero un aire de paz y solidez. Una mujer, con su doncella siguiéndola de cerca, pasó frente a él. La dama se ruborizó un poco al ver al oficial observándola y luego, con una sonrisa, volvió a posar los ojos en el camino que tenía delante.

—Ah, las bellas damas de la ciudad —murmuró—. Pero puede que me rebane la garganta en cuanto yazca conmigo, les venda mis pistolas a los minutemen<sup>2</sup> y se haga llamar hija de la libertad. — Se giró de nuevo hacia Thornleigh con una sonrisa torcida—. Que es por lo que yo siempre visito a las damas de esta ciudad vistiendo solo mi espada, para no tentar su fervor revolucionario. —Hugh se echó a reír—. Corre el rumor de que algunos quizá veamos algo de acción a no mucho tardar, Thornleigh. Se habla de una marcha sobre Concord

para aliviarlos de las armas que sospechamos que están reuniendo allí.

Hugh lanzó un bufido.

—Menuda acción. Cuando he robado manzanas de los huertos de mis vecinos ha corrido más riesgo mi integridad física. Estos rebeldes son unos cobardes y unos fanfarrones. En cuanto vean una compañía de soldados británicos en formación delante de ellos, nos entregarán todo lo que les pidamos.

—Ojalá yo tuviera tu confianza. Puede que no parezcan un ejército de momento, pero creo ver una determinación en su expresión que podría dar que pensar a cualquier soldado. Recuerda que algunos de ellos lucharon en las últimas guerras junto a nosotros. Los informes que se hicieron de ellos no eran tan malos.

—¿De qué les servirá la determinación contra balas, bayonetas y hombres bien adiestrados? La determinación no los hace a prueba de balas.

—Ni a nosotros nuestras casacas rojas.

—¡Son granjeros! ¡Cazadores! Si pueden volver a cargar más de una vez en un minuto, yo mismo

les compraré todo el té y los sellos que quieran.

—Si dan en el blanco cada vez que disparan— dijo Hawkshaw en voz baja—, no tendrán que preocuparse aunque disparen despacio.

El capitán Thornleigh no tenía por naturaleza una personalidad reflexiva, pero su amigo sí. De hecho, la amistad que había crecido entre los dos capitanes desde que habían trasladado a Thornleigh a ese regimiento había sorprendido a muchos en el mismo. Entre los oficiales los conocían como el Toro y el Lebré y si alguno de los dos hombres lo sabía, no parecía importarles demasiado.

Cuando dejaron la habitación, una brisa golpeó las contraventanas contra sus marcos y atrapó las cortinas entre ellas de modo que el golpeteo quedó amortiguado, como unos disparos que resonaran a través de una masa de agua.

El edificio que habían requisado para convertirlo en hospital era un antiguo almacén

situado en el muelle. Fue obvio que el cirujano vio su llegada como una especie de imposición y, tras saludarlos apenas, se volvió hacia sus enfermeras, ambas esposas de sargentos del regimiento, para seguir instruyéndolas sobre la preparación de vendas, y les pidió a los oficiales que dirigieran cualquier otra pregunta que pudieran tener a su ayudante.

El joven que indicó se levantó de su escritorio y se acercó a ellos. Era de constitución recia, moreno de piel, y se movía con cierta elegancia. A Hugh le recordó a los zorros de su hacienda. La impresión la reforzaban los pómulos altos del hombre y el juicio cauto que hizo de ellos, aparente en sus ojos oscuros.

—Soy Claver Wicksteed —se presentó—. Ustedes son los capitanes Thornleigh y Hawkshaw. ¿Los ha enviado el coronel aquí abajo para ver cómo nos va?

—Así es. —A Thornleigh le desconcertó un poco la actitud de aquel hombre. Wicksteed continuaba observándolo.

—Y bien, ¿cómo les va? —preguntó Hawkshaw

con toda intención—. ¿Tienen todo lo que necesitan? Usted es nuevo en este oficio de curar, ¿no es cierto?

—No sé si se podría llamar curar, señor, a lo que yo hago. El cirujano dijo que necesitaba más ayuda y aquí estoy. Él sierra y cose a la gente, yo ayudo a sujetarlos para que no se muevan y después escribo la solicitud de cuchillas y agujas. ¿Les gustaría visitar el sitio?

Los capitanes asintieron y Wicksteed se inclinó.

—Muy bien. Esta sala la hemos reservado para la cirugía. Como ven, se puede traer a los hombres directamente del muelle y pensamos que hay espacio para siete a la vez.

Hugh no pudo evitar tener la sensación de que el hombre se acercaba demasiado para su gusto. Era esbelto como Hawkshaw, pero sus movimientos parecían más sinuosos. Juntaba las manos cuando hablaba, aunque la derecha se iba flotando de vez en cuando para enfatizar algún punto de los preparativos hechos, solo para que la sujetara otra vez con firmeza la izquierda, como si fuera un animalito díscolo al que hubiera que controlar.

Parecía que estuviera agitando el aire entre ellas para convertirlo en algo más denso y difícil de respirar.

Recorrieron un amplio pasillo hasta llegar a un espacio grande; tuvieron que darse prisa para mantener el ritmo del paso vivo de Wicksteed.

—En esta zona principal pondremos la mayor parte de las camas y tenemos acumulado un almacén de paja. —De nuevo la mano derecha salió volando para describir en el aire una carreta llena—. El espacio es el más grande que hay sin divisiones en el edificio, y por supuesto creemos que los techos altos pueden proporcionar suficiente aire limpio, que es muy beneficioso en casos de enfermedad, según me han dicho.

—Es, desde luego, un espacio grande, Wicksteed. Espero que no tengamos ocasión de llenarlo —dijo Hawkshaw. Wicksteed lo miró con un parpadeo y se encogió de hombros.

—Como diga. Aunque en este momento somos uno de los dos únicos hospitales dignos de ese nombre que hay en la isla, y hay una gran cantidad de soldados, señor, corriendo por ahí. Y aunque

hemos sido muy afortunados de evitar grandes enfermedades hasta el momento, quién sabe lo que puede traer el verano.

—¿He de suponer, Wicksteed... —cuando Hugh empezó a hablar, el hombre giró el cuerpo entero para mirarlo— que a los prisioneros se les tratará en la cárcel de Boston?

—Así es. ¿Quién sabe si estos rebeldes son de los que se llevan sus heridos con ellos o nos los dejan para que nos ocupemos nosotros? Lo más probable es que haya lazos familiares entre muchos de ellos, y la sangre compartida puede hacer que un hombre lleve a la espalda a un camarada más allá de lo que debería, creo yo. La única familia que me ha llevado a mí a alguna parte ha sido el ejército, y todavía tengo que ver si me ha llevado a alguna parte de la que yo pueda sacar partido. Para los que dejen atrás es muy probable que ya sea innecesaria cualquier ayuda que podamos prestarles.

—¿Entonces le gusta su trabajo, Wicksteed? —preguntó Hawkshaw tras una pausa.

El hombre se encogió de hombros otra vez y se

apoyó en la pared.

—De momento, capitán Hawkshaw. Debemos aprovechar las oportunidades que se nos brindan.

Hugh estaba empezando a aburrirse.

—Todo está aquí en buenas manos, Hawkshaw. ¿Regresamos a informar?

—Estoy contigo, Thornleigh.

Los comentarios de Wicksteed sobre los lazos familiares habían irritado a Hugh y lo habían privado de su habitual buen humor. Estaba sulfurado, como si los dientes blancos y afilados del hombre lo hubieran mordido. De regreso a su alojamiento se encontró pensando en su hermano Alexander por primera vez en meses. Apenas se habían conocido, los habían enviado a centros diferentes para jóvenes caballeros poco después de que muriera la madre de ambos, pero Hugh siempre se había alegrado de verlo. Quizá fuera más intelectual que los amigos que prefería Hugh, pero se llevaban bastante bien cuando estaban juntos.

Al final, Alexander había crecido bajo la protección de una familia en lugar de en el

inhumano mundo de palizas y mala comida que se hacía pasar por educación entre las clases superiores. Había abandonado su escuela antes de cumplir los diez años y había declarado que viviría con un tal señor Ariston-Grey, en Chiswick. El hombre era todo un caballero además de músico. Al padre de Hugh y Alexander la idea le había parecido ridícula, pero enfrentado a la serena determinación de Alexander al final había cedido. O más bien había dejado de importarle el asunto y había dejado que su heredero hiciera su voluntad.

En esa casa, Alexander había conocido a su esposa. Había permanecido allí hasta cumplir la mayoría de edad y cuando se trasladó no se alejó más que hasta una calle vecina, sin hacer caso de las modas y costumbres de su propia clase, aunque su asignación era generosa e incondicional. Hugh lo había oído hablar de la dama una vez nada más, la última vez que los hermanos habían estado juntos en la mansión. Habían salido a caballo y habían llegado hasta los límites septentrionales de las tierras de Thornleigh, y mientras contemplaban

cómo jugaba la luz por la extensión que iba a heredar Alexander junto con el título de conde y toda la pompa que confiere una gran posición, solo le había contado a su hermano que había conocido a la mujer a la que iba a amar hasta el final de sus días y que tenía intención de casarse con ella. Hugh se había reído al principio, poco acostumbrado a que se utilizara entre jóvenes un lenguaje tan suave, pero la sonrisa serena, casi comprensiva, que su hermano le había ofrecido, había detenido en seco el sonido en su garganta y le había devuelto la seriedad.

—¿Es la persona adecuada? —preguntó.

—No. —Alexander sonrió—. Es perfecta... pero no la persona adecuada. Hablaré con lord Thornleigh, pero sospecho que me va a desheredar. Muy bien. Elizabeth ha heredado algo de dinero, yo he ahorrado la asignación que me ha pasado nuestro padre y mi educación hará posible que me gane la vida con más facilidad que muchos hombres de mi clase. Nos trasladaremos a Londres y veremos cómo nos arreglamos.

—¿Vas a trabajar? —preguntó Hugh, bastante

sorprendido.

—¡Sí! Mucha gente trabaja, sabes. Y yo prefiero tener el amor de Elizabeth y trabajar por ello que... —levantó una mano y la dejó dibujar el paisaje que tenían delante—... todo esto.

—¡Qué romántico!

Su hermano metió la mano en el bolsillo de la casaca y sacó una miniatura de una cajita de plata que abrió de un golpecito para enseñársela a su hermano. Reveló a una mujer de una belleza notable que sonreía al observador con sus grandes ojos azules.

—Yo estaba de pie detrás del artista cuando hizo los esbozos. Siempre me mira así. Dime, ¿no te parece que es una mujer que merece la pena?

Hugh le dio la espalda al pequeño retrato.

—¿Cómo podría una mujer merecer este sacrificio? —preguntó—. ¿Y qué piensas hacer cuando muera padre? ¿Vendrás a reclamar la propiedad entonces?

Alexander frunció el ceño.

—Es posible que tenga tentaciones de volver, pero no lo creo. Cuando muera lord Thornleigh,

puedes declararme muerto y convertirte en conde, en lo que a mí respecta.

—Gracias.

Su hermano intentó explicarlo.

—Sé que debes de pensar que es muy raro, Hugh, pero yo aquí jamás hallé felicidad, salvo en tu compañía, quizá. Con Elizabeth soy feliz cada día. Ese me parece un regalo mayor que toda la pompa y boato en el que se baña padre.

—Te deseo lo mejor —murmuró Hugh.

—Gracias. Y Hugh, si me necesitaras en los años venideros, hallarás una forma de encontrarme, estoy seguro. Hay lazos que nos unen, lazos de sangre que van más allá de los títulos y la tierra. Si no puedes liberarte, manda a buscarme y yo acudiré a ti de un modo u otro.

Alexander hizo chasquear la lengua, su caballo sacudió las crines y empezó a bajar la ladera de la colina.

# Segunda parte

## II.1

*Sábado, 3 de junio de 1780*

Las obligaciones de Harriet Westerman comenzaron temprano ese día. Su destino era una estrecha habitación en el pasillo del último piso de Caveley, donde sabía que desde el momento en que la luz del sol la despertaba, la señora Belinda Mortimer estaría trabajando. La señora Mortimer cosía para varias casas de la vecindad, pasaba de vez en cuando dos o tres días en cada una de ellas para ocuparse de la ropa blanca y de los vestidos de las damas, y también para coser las prendas de moda más delicadas u otras de uso general para la pequeña aristocracia. Las telas no eran baratas y lo que se podía volver a utilizar o alterar solo lo sustituían los menos previsores. La mujer no era ninguna chismosa, sin embargo, y Harriet sabía que no podría intimidarla para que confesara las

hazañas y fechorías de sus otros clientes. Después de todo, a nadie le gustaba tener una sirvienta de la que se sabía que hablaba de las intimidades de las familias que visitaba. Harriet se detuvo un instante para reflexionar sobre ello antes de abrir la puerta de la habitación reservada para uso de la señora Mortimer.

Salió casi una hora después sabiendo mucho más que al entrar, a pesar de la reticencia de Belinda y tras haber contratado un nuevo mozo de cuadras en la persona del sobrino de la costurera. Volvió a plegar el pañuelo de Crowther con las hebras que habían conservado y se lo metió en el bolsillo de la falda.

Harriet tardó todavía un rato en llegar al salón de desayunos, aunque no se detuvo a visitar a su hijo ni a su pequeña esa mañana. En su lugar, aprovechó el rato para reflexionar sobre todo aquello de lo que se había enterado y para pasear por el huerto de frutales que tenía al este de la

casa. Estaba orgullosa de los árboles que florecían bajo su cuidado, y le tranquilizaba estar entre ellos. El movimiento del viento en las hojas le recordaba al mar y cuando cerraba los ojos casi podía volver a oír los sonidos del viento y las olas que hacen que las maderas de un velero se muevan y giman, casi pudo incluso notar el sabor acre de la sal en el aire. Pero se encontraba tierra adentro, muy lejos de la costa.

Cuando entró en el vestíbulo le dijeron que había llegado Crowther y que ya estaba sentado a la mesa del desayuno bebiendo chocolate con su hermana. Harriet los encontró sentados muy juntos con el bloc de dibujos de Rachel abierto en la mesa entre los dos. Rachel alzó la vista cuando entró su hermana.

—Harriet, el señor Crowther ha estado examinando mis esbozos del gato de la señora Heathcote, ¡y piensa que tengo talento!

La joven tenía una expresión tan engreída como el gato en cuestión, un animal por el que Harriet jamás había sentido demasiado afecto.

—¡Pero dice que debo entender el entrelazado

de los músculos del animal para dibujarlo bien del todo, como Da Vinci! La próxima vez que tenga un gato muerto para diseccionar, ha prometido que puedo ir a mirar. ¿No es muy amable por su parte?

Harriet alzó las cejas.

—Encantador, bestezuela antinatural.

Rachel bajó de nuevo los ojos hacia el bloc de dibujo, empezó a pasar las páginas y se encogió un momento de hombros.

—Yo te sigo en todo. Y fuiste tú la que me dijiste que «no debemos temer al conocimiento».

Harriet cogió su café del aparador y se sentó.

—Estaba citando las palabras de alguien, «Aude sapere», y creo recordar que su final no fue muy agradable. Con todo, hay peores lemas que seguir en la vida.

Crowther alzó una ceja.

—Fue Horacio y creo que se retiró de asuntos más activos para administrar una hacienda. Muchos lo considerarían afortunado.

Harriet no dio señal de haberlo oído.

Se produjo un momento de silencio. Rachel miró de uno a otro y se levantó con un suspiro.

—Bueno, tendréis cosas que debatir, imagino. Así que os dejaré a solas. Harriet, ha llegado una nota del corregidor. La tienes junto al plato.

—Ya veo. Detalles de cuándo tendrá lugar la vista, supongo.

Alzó los ojos y contempló el rostro suave de su hermana. Rachel sería una buena administradora en el hogar de algún hombre acaudalado, y no buscaría ninguna otra satisfacción en su vida que conseguir la comodidad de aquellos a los que amaba. Harriet sintió una oleada de afecto por su hermana, pero le inquietó encontrar dentro de ese afecto un soplo de celos. Ella había tenido que asumir el papel para el que su hermana estaba hecha y se sentía agraviada en él. El mundo concedía sus dones, pero sus regalos envenenados con frecuencia también llegaban envueltos en bonitos embalajes.

Rachel dejó que la puerta se cerrara tras ella y Harriet se dio cuenta de que Crowther la observaba por encima del borde del periódico. La sorprendió mirándolo y devolvió su atención a los pequeños horrores y diversiones y que componían

el *Daily Advertiser* hasta que su anfitriona se sintió dispuesta a hablar con él.

—Parece que se ha convertido usted en su favorito —comentó Harriet.

Crowther alzó los ojos por un momento.

—Me siento honrado. Pero quizá piense en mí menos como un amigo cuando acuse de asesinato al hombre al que ama.

Harriet se quedó muy quieta.

—Aunque he de decir —continuó Crowther con la misma actitud que pudiera tener cualquier hombre al comentar el tiempo mientras volvía a plegar el periódico— que es un sujeto estúpido, bruto y desagradable. Anoche casi me reta a duelo.

Harriet se volvió tan a prisa, los labios abiertos de la sorpresa, que tiró la taza sobre la mesa. Parte del café salpicó el mantel.

—¡Oh, maldita sea! He estropeado otra de las mantelerías del comedor. —Se levantó de un salto e intentó limpiar la mancha con una servilleta. La mancha pareció extenderse y oscurecerse—. ¿A duelo, Crowther? ¿Se puede saber de qué está hablando? —Volvió a coger la

servilleta y la utilizó para esconder la mancha colocándola con cuidado mientras continuaba hablando—. Y en cuanto a los sentimientos que en algún momento Thornleigh pudiera haber alentado en mi hermana, le aseguro...

Crowther levantó la mano.

—Señora Westerman. Por favor, no deje que la asuste hasta el punto de intentar proteger la reputación o conducta de su hermana o la suya propia. Estoy convencido de que siempre han sido irreprochables.

Había una sequedad en el tono masculino que incomodó a Harriet. Intentó pensar en lo que el anatomista había visto de ellas el día interior. Una imagen horrenda de sí misma apareció ante sus ojos; sus peores rasgos exagerados con vivos colores, sus motivos mezquinos y viciados.

—¿Y ahora cree que deseo atacar a Thornleigh y la mansión en venganza porque dejó plantada a mi hermana?

La voz femenina era fría como el cristal. Crowther la miró con sorpresa. Harriet notó que se había anudado la corbata con descuido y que tenía

migas de pan en la manga. Por desgracia eso no la hizo sentirse mejor.

—No, señora —dijo él con suavidad—. No pienso eso, aunque es posible que Hugh se lo sugiera a sus vecinos en algún momento. — Suspiró y cambió de posición en la silla—. Señora Westerman, ambos sabemos que cualquier conversación que podamos tener sobre la relación entre su hermana y el señor Hugh Thornleigh es irregular, y soy muy consciente de que no soy ni confidente ni consejero de ustedes. Pero no saber esas cosas me deja en la oscuridad, más que nunca. El corregidor intentó persuadirme anoche para que la convenza de que no inquiete más en lo que concierne a la mansión Thornleigh. La petición me irritó. Pero el caballero promete que el asunto se pondrá desagradable, y si es usted demasiado educada para hablarme de Hugh Thornleigh por lo que en ello pueda sufrir su reputación, quizá el corregidor tenga razón y será mejor que se limite usted a administrar esta casa y nada más.

Había ido subiendo un poco el tono mientras hablaba. Harriet levantó la mano sin apartar la

vista de la servilleta y asintió.

—Sí que confío en usted —dijo sin más—. Y por alguna extraña razón, al parecer valoro su buena opinión. —Tironeó con los dedos del mantel—. No estoy segura de haberme comportado bien. Es ridículo, me gusta decirme a mí misma que no me importa lo que el mundo piense de mí. Pero me resulta desagradable hablar de estos temas.

—Dudo mucho, señora Westerman, que nada de lo que pueda decirme vaya a alterar la opinión que tengo de usted.

Crowther dijo esas palabras casi con ternura y cuando Harriet alzó la cabeza fue con una sonrisa y un leve sonrojo.

—¡Por Dios! Eso casi parece un desafío. Oh, muy bien. Seré tan franca como sepa. Y siento mi carácter mudable. —Puso los codos sobre la mesa y apoyó la mejilla en una mano. Mientras hablaba, los dedos de la otra tamborilearon un ritmo irregular sobre el mantel manchado.

—Hugh regresó de la guerra en América con la herida en la cara y el ojo como ya lo ha visto usted. Llevaba fuera desde antes de que nosotros

adquiriéramos Caveley, de hecho hasta dos meses antes no habíamos conocido a lady Thornleigh. La familia no se había dejado ver en absoluto hasta la enfermedad de lord Thornleigh. Creo que Hugh deseaba continuar sirviendo, puesto que la herida no impedía que siguiera siendo útil como soldado, pero cuando se enteró de la enfermedad de su padre y de que el paradero de Alexander todavía era una incógnita, pensó que su obligación era regresar a casa. Fue entonces cuando conoció a su madrastra, sabe. Era bailarina antes de convertirse en lady Thornleigh y solo un año o dos mayor que Hugh. Su relación no fue nunca cordial. Con todo, yo me alegré de que Hugh hubiera vuelto y se convirtió en un visitante habitual de esta casa.

La mirada de Harriet se perdió en el aire, a la izquierda, y Crowther esperó en silencio a que su anfitriona continuara.

—Hugh no era entonces como es ahora. Era un poco propenso a fanfarronear, quizá, y algo escandaloso, pero había sentido del humor en él y, según me pareció, una generosidad de espíritu que solo necesitaba que alguien la alentara. No bebía

mucho más que otros hombres y aunque la vida en la mansión no era perfecta, parecía contento de venir a sentarse aquí con nosotras, a intercambiar historias de guerra conmigo o a escuchar leer a Rachel. —Harriet sonrió por un instante—. Mi hermana tiene talento para leer, sabe. Sería una gran actriz.

Crowther le devolvió la sonrisa y se recostó en la silla con los dedos entrelazados a modo de pirámide delante de él, y así esperó una vez más a que la dama siguiera.

—Digo que parecía bastante satisfecho, pero seguía siendo un hombre desazonado. Hugh tenía ataques de mal humor de vez en cuando, dos veces se levantó en medio de una conversación con nosotras y salió de la casa sin decir ni una palabra. Nunca intenté razonar la causa de esas extrañas partidas. Estábamos sosteniendo la más aburrida de las conversaciones sobre tierras en ambas ocasiones.

Crowther estiró los dedos enfrente de él, al parecer absorto en la contemplación de sus cortas uñas, y cuando habló se dirigió al aire que tenía

delante de la nariz.

—Creo que usted sabe mejor que la mayoría, señora Westerman, que el tiempo que se pasa en el campo de batalla puede provocar reacciones extrañas en los espíritus de los más valientes de los hombres.

Harriet cogió una cucharilla de té que había encima del mantel y empezó darle vueltas entre los dedos.

—Eso fue lo que yo pensé. Así que no me preocupé demasiado y, cuando vi que crecía un afecto entre el señor Thornleigh y mi hermana, pensé que eso lo ayudaría. —Su sonrisa se crispó un poco—. De hecho, me felicité al ver que Rachel quedaría tan pronto acomodada y de una forma tan conveniente. Pensé que ya estaba todo prácticamente decidido y que él solo estaba esperando el siguiente permiso del comodoro para hacerle la corte a Rachel.

—¿Y entonces?

—Entonces las cosas comenzaron a cambiar. Fue hace unos dos años, así que dos años después de que regresara a Thornleigh. Comenzó a beber más,

su humor se hizo más lúgubre. A veces parecía incluso salvaje. —Crowther sintió el pesar de la mujer, la comprensión por aquel hombre que brotaba de ella—. Y un día llegó aquí por la tarde, muy borracho. Como loco, incluso. —Su boca formó una línea dura—. Hice que David y William lo echaran escaleras abajo. Hubo palabras llenas de amargura.

—¿Y su hermana?

—Sospecho que intentó hablar con él muy poco después y que él le dijo... cosas desagradables. Estuvo disgustadísima durante un tiempo.

Harriet dejó caer la frente sobre una mano y posó la cucharilla que tenía en la otra en la mesa con un crujido sordo.

—Fui una tonta. No debería haber dejado que Rachel se mostrara tan cordial, pero por aquí la sociedad es muy limitada y yo de verdad creía que él la amaba. Mi esposo me llama ingenua, y ha habido ocasiones en las que quizá yo no haya sido el activo en su carrera que debería haber sido.

—Una alianza con una familia tan encumbrada habría tenido sus ventajas.

—James es un magnífico comandante. Y en cuanto al señor Hugh Thornleigh, sí, estaba eso, pero también... —Empezó a hacer girar la cucharilla otra vez, observándola reflejar el sol que entraba a raudales en la habitación y arrojar los rayos por las paredes—... Crowther, yo disfrutaba de su compañía. Creo que los dos sentíamos que éramos criaturas que estábamos fuera de nuestra esfera natural. —Parecía resignada mientras dejaba que el reflejo de la luz planeara sobre el paisaje de estilo italiano que colgaba sobre la chimenea vacía—. Creo que ese asunto perjudicó un poco la reputación de nuestra familia. Pero entonces mi esposo regresó a casa para pasar unos meses en el verano y nos obligó a hacer acto de presencia en cada evento y reunión que se produjo en esos meses. Rachel es tan dulce y bondadosa que cualquiera que la conozca sabe que no es ninguna intrigante, mi esposo es un caballero hasta la médula, y el comportamiento de Hugh siguió siendo tan... Bueno, la gente empezó a hablar de la suerte que había tenido la pobre Rachel al salir de esa situación. Y yo me alegré.

Ese hombre nos había hecho muy desgraciadas.

Crowther esperó hasta que ella alzó los ojos y lo miró a la cara, y entonces le hizo la pregunta con tono amable:

—¿Cree usted que hay alguna conexión, alguna relación, entre el cambio de comportamiento de Hugh y los acontecimientos de ayer?

Harriet ladeó la cabeza.

—Rachel teme haber hecho algo malo, algo que hizo que Hugh dejara de amarla, y ojalá yo pudiera tranquilizarla sobre ese punto. No ha sido feliz desde entonces.

—¿Y qué hay de usted, señora Westerman? ¿A usted también le gustaría estar más tranquila sobre ese punto?

Harriet no respondió, solo asintió con tristeza. Crowther volvió a mirarse las puntas de los dedos.

—¿Ocurrió algo más de importancia por esa misma época?

—Llegó su nuevo administrador, Wicksteed. Le diré lo que pueda sobre él.

Crowther abandonó el estudio de sus uñas y se limpió algunas de las migas que tenía en la manga

y cuya presencia acababa de advertir.

—Muy bien. Admito que no son ustedes un par de brujas intrigantes. Pero antes de que me hable de ese administrador, ¿quiere que le hable yo de mi conversación con el corregidor y de mi encuentro con el señor Hugh Thornleigh anoche?

Harriet lanzó un grito de expectación a la vez que apuraba lo que le quedaba del café y, todavía atragantándose un poco, agitó la mano para pedirle a su invitado que continuara.

—Muy bien, así lo haré. Pero solo a condición de que deje de jugar usted con esa dichosa cucharilla.

Su anfitriona dejó el objeto de inmediato en la mesa y se sentó muy erguida. El vivo retrato de un público atento.

## II.2

A Alexander lo iban a enterrar en el camposanto de la iglesia de Saint Anne, a un kilómetro más o menos de su casa. Había cementerios mucho más bonitos, pero era allí donde descansaba su esposa y al señor Graves le pareció que Alexander no querría estar separado de ella. La primera obligación de Graves, sin embargo, fue ir a ver al magistrado de la parroquia y averiguar qué podía hacer la ley para perseguir al asesino de su amigo. La mañana acababa de empezar a desplegarse por la ciudad cuando se puso en camino tras dejar a los niños al cuidado de la señorita Chase. Susan seguía sin decir nada, pero su actitud era más vigilante que aturdida, y a Jonathan una y otra vez lo sorprendían oleadas repentinas de dolor que parecían levantar y dejar caer su cuerpecito a voluntad.

Graves no tardó mucho en toparse con señales de lo acontecido la noche antes. La destrucción de la iglesia católica de la plaza Golden lo

conmocionó. El terreno estaba salpicado de páginas arrancadas de los himnarios y los misales, las palabras chamuscadas, heridas, aleteando al viento. Los restos todavía humeantes de una hoguera se iban extinguendo en el centro de la plaza. Graves vio los tablones de los bancos y otros accesorios que cualquier iglesia contendría surgiendo en su interior como las costillas ennegrecidas de un animal sorprendido en un incendio forestal. Hizo una pequeña pausa y un hombre de aspecto anodino que cruzada la plaza se detuvo a su lado.

—Espantoso, ¿no cree, señor? ¿Es que no saben que es la misma Biblia que usamos nosotros? —Se frotó la barba incipiente de la barbilla y se acomodó mejor al hombro la bolsa de tela llena de objetos que llevaba—. ¿Cómo te puedes llamar defensor de la verdadera religión y después quemar una iglesia? Eso es lo que yo quiero saber.

Graves asintió con tristeza y se apartó, un poco alarmado. Otro hombre se había levantado, en apariencia de las cenizas negras y pegajosas del fuego, como un diablo salido de las ruinas de la

iglesia destruida para llevárselos a todos; se tambaleó hacia ellos, una escarapela azul y todavía húmeda le colgaba del sombrero y tenía la espalda negra del hollín del fuego, junto al que era de suponer que se había quedado dormido. Graves y su compañero continuaron donde estaban mientras el hombre cruzaba la plaza haciendo eses para acercarse a ellos tras confundirlos con admiradores de la obra de la turba. Los miró a los dos y después se inclinó hacia la cara de Graves con expresión lasciva y un gran guiño.

—¡Abajo el papa!

Graves retrocedió ante el hedor a alcohol rancio que emitía el aliento del hombre y le dio un empujón para apartarlo. El héroe protestante seguía demasiado ebrio para mantener el equilibrio y se tambaleó hacia atrás, tropezó con los restos de la cruz quemada que tenía a los pies y aterrizó con pesadez sobre el trasero.

El compañero de Graves se rió de buena gana y lo señaló con el dedo. El hombre hizo caso omiso de él, pero clavó un ojo colérico en Graves.

—¡Me las pagarás, católico malnacido! Te

volveré a ver y me las pagarás.

Pero no hizo movimiento alguno para ponerse en pie, así que Graves dio media vuelta sin molestarse en responder y siguió su camino. El viaje fue en vano, sin embargo. La casa del juez estaba asediada y la muchedumbre no quería dejarlo pasar. Algunos de los amotinados de la noche anterior habían sido arrestados e iban a ser interrogados y confinados en Newgate a la espera de juicio. Entre la multitud, Graves vio el destello de varias casacas rojas. Soldados en los escalones para proteger la verja.

—¡Es una cuestión de asesinato! —protestó—. ¡Debo hablar con el juez!

Algunos de los que tenía más cerca se volvieron el tiempo suficiente para mirarlo de arriba abajo.

—Será un asesinato si envían a esos prisioneros a la cárcel. Verdaderos héroes protestantes, todos y cada uno.

Graves intentó adelantarse y lo hizo retroceder de un empujón un hombre de aspecto brutal el doble de grande que él.

—Largo de aquí, muchacho. Tu asunto puede

esperar.

Graves hizo un intento más y el mismo hombre le retorció el brazo con fuerza contra la espalda y le susurró al oído con una intimidad que le resultó horrenda.

—¿Servirá mejor a tu asunto que esta multitud te haga mil pedazos? Largo de aquí, te digo.

Graves se escabulló, solo podía consolarse con lo que le había dicho el señor Chase la noche anterior, así que se fue a hacer los preparativos con el sacerdote de Saint Anne. El hombre se mostró pesaroso y amable, y confirmó la sabiduría de la decisión tomada, enterrar a Alexander y dirigirse al juez instructor cuando la ciudad volviera a estar en calma.

Graves regresó por un momento a su alojamiento (una habitación en una casa con no tan mala fama como sus vecinas en las inmediaciones de Seven Dials<sup>3</sup>) para cambiarse de ropa, en la que él al menos todavía podía ver restos de la sangre de su amigo. Mientras se cambiaba, se detuvo unos minutos ante el espejo polvoriento y lleno de marcas. Pensó que ya no parecía tan joven. Su

herida seguía fresca y lívida, por supuesto, pero el verdadero cambio era una pesadez en los ojos que no reconoció.

Owen Graves solo tenía veintiún años. Había llegado del campo tres años antes, procedente de la casa de su padre en los Cotswolds, decidido a ganarse la vida en Londres con su pluma. Su decisión había provocado una brecha en su familia, que luchaba por vivir como la pequeña aristocracia con los ingresos de un clérigo y tenía la esperanza de que su hijo progresara en el mundo de las leyes. Pero Graves era un romántico. Había luchado por comer y vestirse durante esos tres años con el fruto de lo que salía de su mente, y aunque su trabajo era admirado con frecuencia, todavía tenía que llegar a ser lucrativo de verdad.

Su mayor talento surgía cuando escribía sobre música, y solía ofrecer sus pequeñas crónicas a las varias editoriales que publicaban periódicos para entretener e informar a la capital, pero los editores se quejaban con frecuencia de que aunque escribía bien, tenía una desafortunada tendencia a escribir sobre la música en sí y lo que inspiraba en él en

lugar de hacer una lista de los personajes de moda que habían asistido a tal o cual concierto y describir el modo en que se habían vestido y comportado. Graves intentaba muchas veces combinar la necesidad con lo que él consideraba que era esencial afirmando que alguna favorita de la flor y nata se había sentido especialmente cautivada por una cierta melodía de una u otra pieza. El truco le funcionaba bastante bien, puesto que aquellas a las que él dotaba de tanta sensibilidad musical pocas veces querían contradecirlo, y así conseguía ir viviendo. Apenas.

Owen Graves amaba la música desde que era niño. Su madre tenía una hermosa voz de soprano, aunque había renunciado a su carrera como cantante para casarse con el hombre al que amaba y vivir en una incómoda pobreza. En la familia era una leyenda que el mismísimo señor Handel había dicho que su abandono de los escenarios era un desperdicio y una puñetera vergüenza. Su padre le contaba con orgullo la historia a cualquier nuevo conocido, pero Graves había notado que su madre siempre parecía estremecerse cuando se

mencionaba la anécdota.

Así fue que el señor Graves llegó a la ciudad y conoció a Alexander en uno de los primeros conciertos a los que asistió en la capital. Le había impresionado de tal modo la interpretación que no se había resistido a compartir su placer con el caballero que tenía al lado durante el entreacto. Eligió alabar una pieza que era una de las favoritas del hombre y este había sabido estimar su opinión.

Alexander, siendo como era mucho mayor que él, se había convertido en una especie de padre para él en esos primeros meses, alentando y aconsejando al joven incluso cuando el dolor por la pérdida de su esposa Elizabeth seguía en carne viva. A cambio, Graves le entregó su amor y lealtad, y compartió con él su entusiasmo y energía. La casa de Alexander se convirtió en su segundo hogar. Los hijos de aquel hombre eran como los hermanos pequeños que nunca había tenido; en su cháchara infantil, Graves había encontrado la forma de escapar de sus temores y fracasos, mientras que en Alexander había hallado

a un mentor que lo recompensaba con su confianza y su fe. Había llegado el momento de ganarse lo que con tanta generosidad le habían regalado.

Graves tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para dejar la casa otra vez. Antes de irse, movió las páginas sueltas de sus escritos por la mesa como un niño que hace girar ranúnculos en un estanque, y se preguntó, sin saber por qué, cuándo volvería a aquella habitación, y en qué clase de hombre se habría convertido la próxima vez que levantara el pestillo.

A Harriet, la perspectiva de ir a visitar a lady Thornleigh esa mañana no le parecía en absoluto atractiva. Iba a ser incómodo, y a ella nunca le había gustado ponerse en una posición en la que se pudiera cuestionar su comportamiento.

El propósito de la visita no terminaba de tenerlo claro ni siquiera ella. Sabía que quería que Crowther viera la mansión Thornleigh para ver si él percibía la misma aura de corrupción que ella

sentía, pero parecía un comienzo muy vago para cualquier investigación meticulosa de las circunstancias que habían llevado el cuerpo al bosquecillo de la colina. Fue lo que le dijo a Crowther cuando le propuso la visita y para ella fue un consuelo oír que a él le parecía lo más adecuado.

—En mi trabajo, señora Westerman —había dicho el anatomista—, con frecuencia debemos explorar de una forma general al principio, hasta que tenemos detalles concretos a los que aferrarnos. Usted tiene sospechas que están todavía fuera del alcance del lenguaje. Debemos mirar a nuestro alrededor con esas sensaciones en mente y ver si podemos poner algo de carne en los huesos de nuestro argumento. En cuanto a la visita en sí, quizá las familias de bien, llegados a este punto, se limitarán a suponer que está orgullosa de haberme sacado de mi aislamiento y me está luciendo como un leopardo con una cadena.

Harriet no podía concebir la comparación del enjuto y áspero Crowther con un leopardo, pero la imagen la hizo reír y eso le dio cierto valor.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que las familias habían hecho algo más que intercambiar cumplidos a través de sus sirvientes. Rachel sintió que era su obligación ir con ellos, y si bien Harriet se alegraba porque así salvaban las apariencias, se sentía casi cruel compartiendo con Crowther lo que le había sonsacado a la costurera por la mañana, comentarios que le hizo al anatomista mientras cruzaban en el carruaje la distancia que los separaba de las verjas principales de la mansión Thornleigh. Mientras hablaba, Harriet miraba el pálido perfil de su hermana de vez en cuando, pero Rachel parecía decidida solo a examinar el paisaje que pasaba ante su ventanilla y fingir, de momento al menos, que no los oía.

—La señora Mortimer al final se mostró bastante instructiva sobre los personajes clave de la mansión. Al último administrador de Thornleigh se le conocía por ser un hombre duro pero práctico. No era muy popular entre los arrendatarios, pero sí muy querido por su señor. Después, hace poco más de dos años, apareció Claver Wicksteed, dio

la impresión que de la nada, y Hugh anunció su intención de convertirlo en administrador. Al anterior administrador lo despacharon con lo suficiente para que pudiera comprarse una pequeña tienda y se fue en menos de una semana, con los abucheos de los arrendatarios resonándole en los oídos.

Crowther se volvió hacia ella, con una mano se sujetaba al borde de su asiento cuando el carruaje rebotaba un poco por los caminos secos.

—¿Es Wicksteed más apreciado?

—No, en absoluto, y la señora Mortimer me sugirió que la influencia que ejerce sobre su señor parece... insana.

Crowther la miró y alzó las cejas. El momento de la llegada de Wicksteed y el cambio en el comportamiento de Hugh no les pasó desapercibido.

—¿No fue más concreta? ¿Es que asume alguna obligación más que las habituales de un administrador? —preguntó el anatomista.

Harriet se encogió de hombros. A Crowther siempre le había parecido que el gesto era un poco

vulgar en las mujeres, pero estaba aprendiendo a permitirle a la señora Westerman bastantes más libertades.

—No, aunque, por supuesto, en una propiedad de este tamaño, las obligaciones son bastante considerables. Gestiona las rentas y se ocupa de las reparaciones, y ya nadie ve a Hugh ocupándose de los asuntos de la propiedad. Hubo un periodo en el que adoptó un papel más activo en la dirección de la hacienda, pero ese momento parece haber pasado. Todo lo lleva Wicksteed y pasa por Wicksteed, y al señor Thornleigh parece que le importa un bledo.

—Extraño entonces que no decidiera perderse en Londres.

Harriet asintió.

—Me sorprendió que no volviera a irse. No sé... parece inquieto, pero no ha visitado la capital desde que llegó Wicksteed. La señora Mortimer me dio a entender que es Wicksteed el que lleva la batuta en esa relación. Sospecho que eso va contra sus sentimientos de lo que es el orden apropiado de las cosas. Las únicas personas del pueblo que

hablarían bien de Wicksteed son unas pocas chicas jóvenes.

Crowther la miró con aire inquisitivo.

—No, no me refiero a ningún escándalo. Jamás se le ha visto cortejar a ninguna chica de la zona. Es solo que su aspecto le ha granjeado amigos, pero su forma de hacer negocios es retorcida. Sabe cuáles son los beneficios de hacer tratos en nombre de una propiedad como esa y aprovecha las ventajas al máximo. Creo que se complace en ello.

Crowther pareció pensativo.

—¿Así que he de suponer que Wicksteed y el señor Thornleigh se conocían de antes?

—Sí. Nos contó, poco después de que llegara Wicksteed, que habían servido juntos en los primeros días de la Revolución Americana, aunque antes de eso yo nunca oí que Hugh mencionara su nombre cuando nos hablaba de sus experiencias en América, y yo pensaba que solo un mes después de su vuelta a casa nosotras ya podíamos dar nombre a todos los hombres de su regimiento.

Rachel le dio la espalda a la ventanilla y miró a Crowther.

—Yo creo que los americanos tienen derecho a reclamar la independencia, ¿no le parece, señor Crowther? ¿Por qué no habrían de gobernarse solos? Pienso que es una gran vergüenza que mi hermano James tenga que servir en una guerra así.

Su hermana pareció molesta y se irguió en su asiento.

—Mi esposo cumple con su obligación, Rachel.

La más joven estiró una mano y dio unos golpecitos en la rodilla de su hermana como haría una madre para dar aliento a su hijo.

—Por supuesto, Harry. Y yo estoy muy orgullosa de él, y le va muy bien con el dinero de las gratificaciones por los barcos que aborda. Pero no me gustan sus órdenes.

Las dos mujeres irradiaban una certeza serena que Crowther encontraba divertida. Quizá la expresaran de formas diferentes, pero observó que las dos compartían una voluntad decidida. Se preguntó cómo habría sido el padre de aquellas dos hermanas.

—Es usted una defensora de la libertad, señorita Trench.

La joven premió a Crowther con una sonrisa.

—Sí. Y si tienes más cosas desagradables que decir sobre la familia Thornleigh, dílas ahora, Harry, porque ya estamos en el parque.

La mansión Thornleigh la había erigido el segundo conde unos doscientos años antes, pero a lo largo de las generaciones se habían hecho extensas mejoras para crear un edificio tan elegante como imponente. Su fachada amplia de piedra blanca estaba repleta de altas ventanas regulares que reflejaban los parques verdes y abiertos sobre los que se alzaba. Las alas del este y el oeste se extendían hasta el fondo a la misma altura que la fachada, lo que sugería una abundancia de aposentos. La mansión estaba diseñada para impresionar más que para acoger, y eso era lo que hacía. Desde los amplios céspedes a los estanques ornamentales que enmarcaban la entrada, desde la magnífica puerta que podría haberse tragado su carruaje entero hasta las innumerables chimeneas que hablaban de una

ciudad más que del hogar de una única familia, desde el blasón tallado sobre la puerta hasta las intrincadas florituras de piedra bajo cada ventana, todo ello era indicio de una riqueza y un poder tan asentado que jamás tendrían que preocuparse por algo tan pequeño como un simple ser que cruzase su umbral.

Enviaron sus saludos a lady Thornleigh desde el carruaje y se les invitó a pasar tan pronto como se podía esperar. Al entrar en el vestíbulo, las hermanas y la doncella que los guiaba hicieron una pausa de forma automática para que Crowther pudiera absorber la grandeza del lugar. Enormes óleos colgaban de las paredes de las escaleras principales que se alzaban delante de ellos y dibujaban una espiral sobre sus cabezas para llegar a los grandes salones del primer piso. Los cuadros eran sobre todo escenas bíblicas de batallas y sacrificios, bestias míticas con las que acababan héroes de una perfección física casi satírica, acompañados por una serie de ilustres personajes de la casa, todos exhibidos en retratos de cuerpo entero y rodeados por sus propios

indicadores de riqueza, civilización y dominio.

Desde el pie de las escaleras, Crowther podía alzar los ojos hasta la bóveda del techo, donde un tragaluz cóncavo permitía que entrara luz suficiente para poder admirar los magníficos frescos del techo. El cielo, el infierno y la familia de Thornleigh se apiñaban alrededor del Cristo niño, que se sentaba en los brazos de su madre juzgando a la creación entera desde su posición en el corazón de la mansión Thornleigh. No cabía duda de que los propietarios pensaban que ese era el lugar que Él hubiera elegido para sentarse a juzgar.

—El techo se pintó poco después de que el actual conde sucediera a su padre —dijo Harriet cuando notó adónde se dirigía la atención de su compañero—. Ese es el actual lord Thornleigh, junto al arcángel San Miguel.

Crowther miró adonde le indicaban. La pintura mostraba a un hombre atractivo, de rostro largo y ataviado con armiño, que hacía caso omiso del ángel y la espada llameante que empuñaba encima de él. Mientras alzaba las manos con gesto

piadoso hacia el Cristo niño, lord Thornleigh también miraba atrás y contemplaba los tormentos de los condenados, si no con placer, sí al menos con complacencia. La impresión que provocó en Crowther fue desagradable.

En ese momento fue obvio que la doncella pensaba que ya se habían detenido lo suficiente.

—Por aquí, señora. —Mientras la seguían escaleras arriba, Crowther contó para entretenerse los lacayos con librea que permanecían en posición de firmes entre las valiosas obras de arte junto a las que pasaban, pero se aburrió cuando llegó a cinco y apresuró el paso para no perder a las damas.

La salita a la que los acompañaron suponía tal agresión a los ojos que Crowther temió que pudiera dañarle la vista de forma permanente. La habitación era dorada, de forma exclusiva y abrumadora. La tela de las paredes estaba decorada con flores de lis doradas de terciopelo sobre un fondo más pálido, las cortinas estaban entreveradas e hiladas con pesado brocado dorado, el respaldo de cada silla, tallado con una

profusión de querubines, nubes y cuernos de la abundancia, era dorado; los retratos de las paredes estaban encuadrados en pesados marcos dorados; la repisa que había sobre la chimenea vacía estaba tachonada de baratijas de oro y en el centro tenía un reloj de unos cuarenta centímetros de alto con robustos pastores dorados de uno y otro sexo que, sobre colinas doradas, estaban preparados para dar los cuartos golpeando campanas doradas con unos pequeños martillos dorados.

La mujer que los aguardaba en el saloncito destacaba en todo ese esplendor como un único lirio en un altar incrustado de piedras preciosas. Era más o menos de la edad de Harriet y un poco más alta. Cuando entraron estaba apoyada entre las cortinas junto a una de las largas ventanas que daban al frente de la casa. Se volvió cuando la doncella los anunció y los miró durante unos instantes sin hablar. *Eso*, pensó Crowther para sí, *es la belleza*.

Lady Thornleigh tenía el pelo moreno, los ojos grandes y los labios carnosos, y el contorno de su cuerpo, que se insinuaba bajo los encajes ceñidos

y formales de su vestido, sugerían una figura digna de adorar. Era la modelo que todo artista querría para la Magdalena. Fluía de ella una sensualidad que conseguía vencer incluso el tufo del oro.

Crowther sintió que se le secaba un poco la boca y se preguntó si lady Thornleigh siempre recibía a sus visitas de pie y si comenzaba cada visita con ese momento de silencio para que pudieran admirarla y acostumbrarse a su presencia entre ellos.

—Les ha llevado una eternidad subir, señora Westerman, estoy segura de que los vi bajarse de su carruaje hace diez minutos.

Harriet se adelantó un poco más en la sala.

—No pudimos evitar hacer una pausa para que el señor Crowther viera los cuadros, mi señora.

—¡Agh! —Lady Thornleigh se estremeció—. Qué cosas más horribles, toda esa sangre que hay que ver al bajar cada día. Quise que los quitaran de ahí, pero mi hijo, Hugh, no lo consiente. Los llama «nuestro legado». Menudo legado, yo preferiría algo bastante más alegre. Yo ahora me tomo mi café en el salón de arriba para evitar tener

que verlos antes de desayunar. —Se volvió para mirar a Crowther. Lo recorrió con sus hermosos ojos y el anatomista se sintió tan desnudo e indefenso como un niño castigado.

—Lady Thornleigh, ¿me permite presentarle al señor Gabriel Crowther? —dijo Harriet—. Ha estado viviendo en la casa Laraby, en el pueblo.

Crowther se inclinó ante la dama y lady Thornleigh le correspondió con una pequeña reverencia. Sus movimientos eran perfectos y elegantes, pero hechos con el mínimo esfuerzo. Crowther recordó que su antigua profesión era bailarina. Pensó que ojalá la hubiera visto actuar.

—Sí, lo reconozco. Le enviamos nuestros saludos cuando llegó usted al pueblo.

—He sido esclavo de mis estudios, lady Thornleigh.

La dama lo miró de nuevo durante un instante con sonrisa burlona. La palabra «esclavo» pareció complacerla. Después interrumpió el momento con un barrido de sus faldas.

—Bueno, sentémonos. Señorita Trench, siempre es un placer verla, desde luego.

Cuando lady Thornleigh se molestó en pronunciar las cortesías de rigor, lo hizo con un aburrimiento tan mal disimulado que Crowther casi se echó a reír. Cuando se sentaron, la señora de la casa echó hacia atrás su hermosa cabeza y mandó llamar a su lacayo con los mismos gritos con los que una vendedora callejera anuncia sus caballas.

—¡Duncan! —La puerta dorada se abrió otra vez y un lacayo asomó la cabeza cubierta por una elaborada peluca empolvada.

—Té. —La cabeza asintió y desapareció. Lady Thornleigh se los quedó mirando otra vez por un momento—. Señor Crowther, ¿le gusta a usted mi salita? El conde la mandó hacer para mí a modo de halago cuando nos casamos. Dijo que era perfecta para mí. Yo me lo tomé entonces como una gran amabilidad por su parte, pero ahora me pregunto si no estaría haciendo un chiste.

Bostezó un poco tras la mano. En lo único en lo que pudo pensar Crowther fue en un gato. La naturaleza de la sonrisa que pendía de sus labios rojos lo hizo esperar no ser nunca el pájaro que

esa mujer elegía para divertirse. El anatomista hizo una pequeña reverencia. Harriet acomodó mejor sus faldas.

—Espero que el estado de lord Thornleigh continúe siendo bueno, mi señora.

La aludida echó hacia atrás la cabeza para admirar el techo dorado mientras contestaba.

—Oh, igual que siempre. Es tan tedioso, una se casa con un hombre por su ingenio y va este y lo pierde. —Fue mirando a cada uno de ellos con un lento parpadeo—. Como compañía era muy entretenido antes de que me casara con él, saben. Siempre tenía las cosas más inteligentes que decir sobre sus amigos y vecinos. Qué pena que no conociera a las damas de Caveley Park antes de caer enfermo. —Lady Thornleigh dejó ese pensamiento flotar en el aire por un momento y luego posó la mirada sobre Crowther—. Al principio nos instalamos en Londres, sabe. Solía pasear conmigo por los parques de Londres, y todas las duquesas viudas intentaban escapar para no saludarnos. Él las obligaba a ser corteses, por supuesto. Por entonces todo el mundo lo temía.

Ahora la gente solo lo compadece.

A nadie se le ocurrió una respuesta. Si a Lady Thornleigh le pareció incómodo el silencio, nadie lo notó. Se volvió para mirar a Rachel.

—Señorita Trench, debo agradecerle el preparado que nos envió. Huele de forma repugnante, tendrá que admitirlo, pero la enfermera me dice que ha aliviado las inflamaciones que lord Thornleigh tiene tendencia a sufrir en la piel.

—Durante la última enfermedad de mi padre, le proporcionó algún alivio —respondió Rachel sin alzar la voz.

Harriet miró a su hermana con gesto sorprendido. Lady Thornleigh lo notó y ladeó la cabeza con los ojos muy abiertos.

—¿No sabía usted que su hermana se ha convertido en boticaria, señora Westerman? Pues no tardará en oír que la mitad de Hartswood está enamorada de sus pomadas para la piel. —Se volvió de nuevo hacia Rachel y levantó la mano para agitar un dedo y reconvenirla—. Aunque debería cobrar usted un chelín entero, querida, es

un error venderla solo por seis peniques. La gente valora las cosas según lo que han pagado por ellas. Cóbrenles ese chelín y le dirán a todo el mundo que es una maravilla, ¿pues quién quiere parecer tonto gastando dinero en bobadas?

Tras ese momento de relativa animación, lady Thornleigh volvió a recostarse en su silla otra vez y observó la sorpresa continuada de Harriet con auténtico placer. Apartó los ojos de nuevo para examinar algo en el aire dorado.

—Es extraordinario lo poco que saben algunas personas sobre lo que ocurre en su propia casa. — Se llevó una mano a la cara y se mordió por un segundo el labio lleno mientras se tiraba de un tirabuzón oscuro—. Y ni siquiera es una gran casa.

Crowther sufrió un pequeño ataque de tos.

Luego llegó el ritual de servir el té. Crowther observó que Harriet parecía un poco perdida en presencia de la esposa del conde. La señora de Caveley Park sacó el tema del cuerpo del bosque casi con torpeza.

—¿No es extraño, lady Thornleigh, que se encontrara el anillo del vizconde de Hardew en el

cadáver?

Lady Thornleigh bostezó. Crowther pensó que hasta sus manos estaban excepcionalmente bien hechas cuando la vio llevarse una a la boca antes de responder. Siempre era una cuestión de simetría; la largura de los huesos de los dedos comparada con los que se entrelazaban para formar la palma, la proporción de grasa y músculos, y, por supuesto, la calidad y propiedades de la piel.

—No me cabe duda de que lo encontró en Londres, reconoció el escudo y venía a la casa a ver si podía obtener una gratificación de Hugh —dijo con un encogimiento de hombros—. Es lo que habría hecho yo.

Harriet frunció el ceño un instante y luego continuó con cierto esfuerzo.

—Qué extraño, también, no haber tenido noticias del vizconde de Hardew durante tanto tiempo, y ahora el anillo. Dejó la casa antes de que nosotras llegáramos a Caveley, según creo. Me parece que nunca he oído los detalles del caso.

—¿No los ha oído? Bueno, siempre pensé que

estaba usted por encima de tales sentimentalismos. Supongo que podemos pasar el rato contando otra vez la historia. Casi tiene su gracia si se piensa bien.

Lady Thornleigh hizo una pausa para coger uno de los delicados pastelitos que les habían traído con el té y lo mordisqueó con sus blancos diente-cillos. No la complació, así que lo dejó en la bandeja con una pequeña mueca de asco y cogió otro del plato para probarlo. La golosina esta vez fue de su gusto porque la conservó entre los cuidados dedos blancos mientras continuaba.

—Alexander se enamoró de una chica de la familia con la que se alojaba. Una familia de Chiswick con un nombre peculiar. Ah, sí, Ariston-Grey. A mí me suena un poquito francés. Músicos. Un padre viudo y su cachorra. Alexander estaba loco por la música, según me han dicho. El viejo murió sin dejar de tocar el violín para entretener a su familia, aunque estoy segura de que mi marido le pagó lo suficiente para mantener a Alexander durante todos esos años, así que no podía tener necesidad de enlazar melodías para otros.

—Quizá lo hacía por amor a la música, lady Thornleigh —sugirió Rachel.

—Si usted lo dice, señorita Trench. —Lady Thornleigh la miró un poco asombrada—. Yo solo tuve que ver con la música por mi profesión. Ningún carnicero despieza animales para su propio entretenimiento al final del día. ¿Por qué habría de tocar un violinista? —Rachel no supo responder, así que lady Thornleigh continuó—: Lo gracioso es que la dama resultó ser tan terriblemente virtuosa que él no podía tomarla sin casarse con ella. Mi esposo se enfadó muchísimo. Pensaba que Alexander se estaba comportando de una forma necia y ridícula y dijo que si no podía conseguir que una chica así fuera amable con él sin casarse, desde luego no era la persona adecuada para dirigir la propiedad, ya que le robarían a cada paso. Alexander era de los íntegros, a decir de todos, así que antes de lo que canta un gallo se había ido de esta casa y estaba listo para casarse con la chica con la miseria de dinero que dejó el violinista, y no se ha sabido más de ninguno de los dos desde entonces.

La dama comió un poco más de pastel.

—Digo que tuvo su gracia porque, por supuesto, todos pensaron que lord Thornleigh fue un poco atrevido cuando se casó conmigo, pero yo creo que fue la gazmoñería de Alexander y sus gimoteos sobre las virtudes de su futura esposa lo que provocó la ruptura entre padre e hijo, más que la naturaleza un tanto desigual del casamiento.

Se limpió las migas de la boca y esbozó una sonrisa felina.

—Tenemos tanto dinero que los hombres Thornleigh podrían casarse con pobretonas durante cinco generaciones y seguiría siendo todo pura sangre y hielo en julio. —Sus ojos oscuros resbalaron por la cara de Rachel—. Es decir, si de veras desearan hacerlo.

El resto de la visita no fue más que incómodas banalidades y un intento de comentar el tiempo que hizo bostezar a lady Thornleigh de tal modo que Crowther temió que se dislocara la elegante mandíbula. Los comentarios de la señora de la casa habían sido lo bastante desagradables como para esperarse un buen enfado por parte de Rachel

y Harriet cuando abandonaron la mansión, pero las dos se mostraron extrañamente compasivas. A Crowther le sorprendió mucho su generosidad.

—No hay nadie que quiera recibirla en la ciudad, ni siquiera cuando lord Thornleigh estaba bien, por mucho que ella hable de asustar duquesas —dijo Harriet cuando el carruaje emprendió la marcha.

—¿Pero por qué no amplió su círculo de amistades cuando su marido cayó enfermo? —comentó Crowther—. Yo habría pensado que todavía tendría amigos suficientes tras un año de matrimonio, todos impacientes por gastar el dinero de su marido.

Rachel le dio la espalda a la ventanilla y los miró mientras se alisaba las faldas.

—En realidad ella tiene muy poco dinero propio. Y debe residir allí donde se encuentre lord Thornleigh si quiere recibir algo. Las cláusulas del contrato de matrimonio eran muy estrictas. Cuando lord Thornleigh muera, ella será la tutora del hijo de ambos y se encargará de administrar el dinero del niño, aunque no se le ha asignado mucho de

forma directa. Lo que reciba el niño será a discreción del nuevo conde: Alexander, si se le puede hallar. Hugh tampoco tiene mucho a su nombre. Si yo fuera lady Thornleigh, creo que envolvería ese horrible reloj en una manta y saldría corriendo hacia Londres, pero me parece que es demasiado perezosa hasta para eso.

La señorita Trench se dio cuenta de que tanto Crowther como Harriet la estaban mirando con la boca abierta.

—Me lo contó el señor Thornleigh —dijo con aire de ligero desafío—. Y Harry, sí que te conté que estaba haciendo bálsamos para la piel con las viejas recetas de mamá. Solo que no me estabas escuchando. —Rachel hizo un mohín—. Te habrías dado cuenta cuando hicieras las cuentas del próximo trimestre. Resulta que he ganado cuatro libras.

Harriet estaba asombrada.

—Ha sorprendido de tal modo a su hermana que no sabe qué decir, señorita Trench. Todo un logro, diría yo.

Rachel se encontró con los ojos de Crowther y

esbozó una enorme sonrisa. El anatomista parpadeó con los ojos entornados sin apartarlos de su compañera.

—Bueno, si le interesan las inflamaciones de la piel, tengo algunos libros que puedo prestarle. No son las lecturas habituales que yo recomendaría a una señora, pero si lo encuentra interesante...

Rachel pareció encantada con la idea. Crowther miró por la ventana un momento para intentar evitar que la alegría de aquella sonrisa le descongelara los huesos hasta el punto de ablandárselos. Miró justo a tiempo para ver una figura de pie bajo el gran pórtico de la mansión. Era un hombre, delgado, pero, por lo que él veía, bien formado. No era Hugh Thornleigh, y tampoco tenía aspecto de criado. Tenía el pelo oscuro. El hombre observaba alejarse al carruaje sin moverse. Había una quietud en su postura que a Crowther le pareció extraña y un tanto amenazadora.

## II.3

—Dejad sitio a la señora, por favor. Eh, Joe, muévete y búscale una silla a la señora Westerman, ¿quieres? ¡He dicho que mováis el culo, por el amor de Dios! Discúlpeme usted, señora Westerman.

Habían trasladado el cuerpo desde los establos de Caveley a los de la posada durante el curso de la mañana. Los quince miembros del jurado, reunidos por el agente de policía entre los clientes del Oso y la Corona la tarde anterior, habían tenido la oportunidad de mirarlo, asomarse a los ojos del muerto y chasquear la lengua; hecho eso, los miembros del jurado, el juez instructor, los testigos y los espectadores se apiñaron en la sala baja y basta que había en la parte de atrás del Oso y la Corona.

Michaels, el posadero, se pasaba la vida diciendo que estaba a punto de ofrecer una serie de conciertos y bailes privados en aquel salón, pero Harriet sospechaba que era un almacén

demasiado práctico para la carne salada de cerdo y los sacos de patatas durante el invierno para ponerse a dar ningún concierto. Sin embargo, en toda la vecindad se mantenía la cortés ficción de que había músicos renombrados preparándose para hacer el viaje de un día desde Londres solo para entretenerlos, puesto que todo el mundo estaba de acuerdo en que con solo el rumor ya se realizaba la reputación de la zona.

Michaels era un hombre enorme que había nacido en la pobreza en las calles de Londres y gracias a su amor por los caballos, algo de buena suerte y una magnífica cabeza para los negocios, se había convertido a los cuarenta y tantos años en un hombre con propiedades y un negocio floreciente. Nadie sabía su nombre de pila, ni si lo tenía siquiera; ni sus hijos, ni sus amigos, ni siquiera su mujer se dirigían a él de ningún otro modo. Cada mañana se le podía encontrar en medio de la algarabía de su hogar (pues a sus retoños se les solían añadir primos y sobrinos de los que se pensaba que necesitaban de su generosidad y tosco amor), leyendo los periódicos

y bebiendo su cerveza ligera. Se decía que con frecuencia se acudía a él para que arbitrara en las disputas que acaecían en el pueblo y que de forma sistemática se había mostrado justo e incorruptible, cosa poco natural. A algunos de los aldeanos les preocupaba que el corregidor no aprobara ese modo de burlar su autoridad como magistrado de la zona, pero Harriet estaba convencida de que Bridges y Michaels tenían un acuerdo propio.

Ese día se alegró de contar con su ayuda mientras Michaels le abría paso entre la multitud y le buscaba una silla cerca de la mesa alrededor de la que se había reunido el jurado. Buena parte de los habitantes de la zona había acudido, aunque a la pequeña nobleza del condado, al parecer, no le había parecido que el asunto estuviera a su altura, o quizá todavía no se habían enterado de lo sucedido, pensó Harriet mientras miraba a su alrededor y se le ocurría que las tiendas del pueblo debían de estar casi todas cerradas esa tarde por falta del personal habitual, tanto propietarios como clientes. Crowther la seguía y

se colocó detrás de ella. Hubo unos cuantos murmullos entre la multitud cuando lo reconocieron, pero si el anatomista esperaba algún tipo de hostilidad, se equivocaba. Un hombre que creyó reconocer como el padre de su doncella le murmuró algo y se encontró con que le ofrecían a él también una silla y un asentimiento no falto de simpatía.

Miró a su alrededor. Al otro lado de la sala (que estaba dispuesta un poco como una iglesia, con los miembros del jurado interpretando el papel de la novia, el juez instructor el del novio, y los observadores sentados o de pie a lo largo de todo el espacio como si fueran familiares o amigos) observó la presencia de Hugh. Como era habitual en él, tenía un aspecto desarreglado y transmitía incomodidad. Crowther notó que se había colocado de modo que la mayor parte de la sala estaría oculta a sus ojos por la ceguera de su ojo derecho. A su izquierda, recostada un poco en la silla, estaba la misma figura ágil que Crowther había visto en los escalones de la mansión Thornleigh. Su tono de piel y pelo era muy

moreno, y los rasgos marcados. Crowther pensó que su aspecto era quizá excesivo para que la mayor parte de las mujeres lo encontraran atractivo de verdad. Tenía los pómulos demasiado altos, la barbilla quizá demasiado pronunciada. Debía de tener treinta y pocos años, una edad similar a la del señor Thornleigh, aunque estaba mucho mejor conservado. Le recordaba a esos dibujos satíricos de grandes actores que había visto en el *Illustrated News*. Incluso para un hombre tan moderado en sus movimientos como Crowther, la figura que había junto a Hugh parecía de una quietud extraña. Aunque en ese momento estaba moviendo los finos labios; estaba hablando con su señor, y por la inclinación del cuello, Crowther se dio cuenta de que Hugh estaba escuchando.

Crowther le lanzó una mirada inquisitiva a su compañera. Esta captó la intención y asintió una vez. Así que ese era Claver Wicksteed. Había cierto lustre en él, como si lo hubieran pulido. Crowther se preguntó si sus pupilas eran blancas sobre un iris tostado, como si lo hubieran

construido con un fino barniz de madreperla y arce. Aquel hombre tenía un porte hermoso, como un mueble ostentoso hecho en especial para los aposentos de una dama, pero Crowther dudaba de la destreza del artesano. La cara de Hugh lucía un ceño profundo y había clavado la mirada en el suelo polvoriento, a un lado de sus tobillos cruzados.

Crowther miró tras él y captó la sonrisa curiosa y el saludo con la cabeza del corregidor, que estaba charlando con dos hombres de mediana edad que probablemente fueran granjeros. Volvió los ojos de nuevo al frente y vio a Joshua Cartwright de pie con gesto desdichado junto a la ventana. No hablaba con nadie y no dejaba de pellizcarse los hilos de la manga, hasta el punto que Crowther temió que los puños terminaran pelados al final de la sesión.

El juez instructor miró a su alrededor, se levantó y acalló a la multitud. La petición de silencio fue recogida y trasladada hasta las puertas traseras, donde quedó reforzada por un gruñido de Michaels. Cesó el ruido y al juez pareció

complacerle el efecto.

Se solicitaron las pruebas y se hicieron preguntas. Harriet contó cómo había encontrado el cuerpo durante su paseo matinal, la inspiración que había tenido de ir a buscar a Crowther además de al corregidor y después mandar llamar a Hugh, y el convencimiento de este de que aquel cuerpo no era el de su hermano. El caballero en cuestión había cambiado de posición en su silla y había dado un cuarto de giro completo para poder mirarla mientras hablaba. Su expresión seguía siendo hosca.

El breve relato de Harriet se recibió con respeto. El portavoz del jurado le dio las gracias en nombre de todos por sus acciones y por tener la amabilidad de acudir a hablar con ellos. Crowther la observó mientras hablaba y notó que su porte se encogía de forma poco habitual en ella, notó una tendencia a alzar la vista y mirar al juez instructor y al portavoz por debajo de las largas pestañas que ocultaban el destello verde de sus ojos, una súplica muda a los caballeros para que la trataran con amabilidad. Estos respondieron encantados y

había un ambiente de viril consideración casi palpable en el aire cuando la dama se volvió a sentar. Hugh y Wicksteed eran los únicos, al parecer, que no sentían cierto placer protector al mirarla.

Cuando se sentó, Harriet le lanzó a Crowther una mirada de disculpa. El anatomista tuvo que admitir que la actuación de su compañera lo había impresionado, comprendía las ventajas que podía proporcionarle a la dama la fachada de una pequeña reticencia femenina entre tal compañía, pero le pareció que Harriet odiaba ser otra cosa que lo que su naturaleza le dictaba y la compadeció por encontrarlo necesario. Se preguntó si las mujeres serían capaces alguna vez de ser ellas mismas si caían en esos trucos, pero puesto que nunca había conocido los peligros a los que podría exponerse una mujer sincera, prefería no juzgar. Sus reflexiones se vieron interrumpidas por el juez instructor cuando este lo llamó por su nombre.

A Crowther también lo escucharon con todo respeto, aunque no llegó a ganarse el afecto de la

sala. Habló de la herida, de la hora probable de la muerte y de sus investigaciones para comprobar la solidez de los miembros inferiores del cuerpo. Tuvieron que detenerlo de vez en cuando para convertir su lenguaje erudito, repleto de latinismos, en algo más digerible para el jurado, y cuando reprodujo el comentario de Hugh de que Alexander tenía una pierna mal debido a una lesión de juventud, se quedó un poco sorprendido al oír los gritos de algunos de los hombres presentes en la sala que lo corroboraban.

—¡Cierto, cierto!

—¡Sí que es verdad, desde los siete años!

—¡Su caballo tropezó en la madriguera de la colina Blackmore!

—¡Le cayó encima! —exclamó una voz grave de barítono cerca de la puerta.

Era como si el pueblo hubiera acordado ser el coro del tribunal, y Crowther sintió una incómoda sensación de comunidad con los actores de Drury Lane.

Por el tono de las preguntas y la reacción a las respuestas, daba la sensación de que la sala

compartía la opinión de lady Thornleigh: aquel desconocido se había presentado entre ellos en busca de una recompensa por haber hallado el anillo, y lo había destruido algún asunto que lo había seguido desde la ciudad. Por tanto, no fue de extrañar que cuando el juez instructor llamó a Joshua Cartwright, lo hiciera con el aire de un mago que saca un conejo especialmente grande e impresionante de debajo de su camisa.

Lo cierto fue que, cuando habló, Joshua sí pareció un poco un conejo asustado y la multitud hubo de pedirle que hablara más alto de vez en cuando. Concordó que el cuerpo era el de un hombre que conocía, Carter Brook, al que había pedido en nombre de Hugh que intentara encontrar algún rastro de su hermano mayor, el vizconde de Hardew.

La sala se quedó asombrada y los susurros se alzaron y cayeron como un chaparrón pasajero. Se hicieron algunas preguntas sobre la familia de Brook y su entorno y Joshua compartió con el jurado, con la sala en general por lo menos, que por lo que él sabía, Brook no tenía familia.

Después se comprometió, como si quisiera disculparse por llevar semejante personaje a la vecindad, a escribir a la casera de Brook para avisarla de lo que había ocurrido e informarle de que era libre de disponer de las posesiones del fallecido y volver a alquilar la habitación. El juez instructor convino en que era lo más sensato y le ofreció a Cartwright la oportunidad de copiar las conclusiones al final del día, e incluir cualquier pasaje que creyera oportuno en la correspondencia.

El coro expresó su satisfacción con una serie de gruñidos y asentimientos que se extendieron desde los observadores hasta el jurado y vuelta otra vez, reforzados como las ondulaciones de un pequeño estanque. Cada vez más personas miraban, sin embargo, y miraban más tiempo, la nuca de Hugh, y hubo un suspiro general de alivio cuando este al fin apartó la silla de una patada y se puso en pie. Se dirigió en exclusiva al juez instructor, pero Crowther se dio cuenta por el acalorado perfil que presentaba que era muy consciente de todos los demás ojos de la sala.

—Quería saber dónde estaba mi hermano y asegurarle, fuera cual fuera su situación, que me gustaría verlo de nuevo. —La sala murmuró una especie de aprobación.

—Bien, bien —dijo el barítono desde la puerta.

—Ese es el bueno de nuestro capitán —dijo otra voz.

El juez instructor lanzó una mirada seria a los observadores, que optaron por callarse. Crowther, que no apartó los ojos de Hugh, vio que una punzada de dolor le cruzaba la cara al oír pronunciar en voz alta su graduación.

—Carter Brook me escribió diciendo que tenía información que darme y que prefería entregármela en persona. Le pedí que trajera alguna prueba de que era mi hermano, pues no sería la primera vez que me decepcionan con pistas falsas.

Fueran cuales fueran las faltas de Hugh, parecía que el pueblo todavía estaba predispuesto a dar su aprobación, y una vez más las voces anónimas de la multitud se alzaron en coro.

—Cierto, cierto.

—Cruel, muy cruel, perder a un hermano.

Una voz aflautada perdida entre las chaquetas del fondo metió baza de pronto.

—Pero una puñetera dejadez perder un hijo, me cago en la mar.

El rostro de Hugh adquirió un tono rojo más profundo, aunque él siguió sin girarse, y fue Michaels el que volvió la inmensa cabeza hacia el último que había hablado.

—Ya te he dicho antes que no abras la boca a no ser para beber, panadero. —Hubo una carcajada general—. Y cuida ese lenguaje, hay una señora en la sala.

Todo el mundo asintió.

El juez instructor esperó, la dignidad personificada, hasta que la sala volvió a prestar atención, y le hizo un gesto a Hugh para que continuara.

—No pude encontrarme con Brook a la hora acordada, puesto que el joven Thorpe quería verme; hablamos un rato sobre los cambios que está planeando introducir en el terreno que tiene alquilado. —La multitud gimió y se echó a reír; Crowther observó que había un joven que se

encogía contra la pared como si deseara convertirse en un ser inmaterial y traspasar los ladrillos al tiempo que se ruborizaba y se miraba los pies.

Harriet se inclinó hacia Crowther.

—Es un chico brillante —le susurró—, y tiene la cabeza llena de formas de sacarle provecho a la tierra. Pero no tiene ni idea de cuándo callarse. Creo que algunas de sus ideas han aumentado mis ingresos en unas diez libras al año, pero yo lo evito a menos que me sienta especialmente paciente.

Hugh esperó a que disminuyera el ruido.

—Así que llegué casi una hora tarde a reunirme con Brook.

—¡Pues se libró con poco! —dijo una voz al fondo; la mirada del joven Thorpe lo decía todo sobre la injusticia con la que lo trataban sus conciudadanos.

El juez instructor se volvió hacia la multitud.

—¿Me permiten recordarles, caballeros, que estamos debatiendo acerca de un asesinato?

Un buen número de pies cambiaron de postura y

la sala recobró un poco la solemnidad. El juez instructor se dirigió de nuevo a Hugh.

—Me gustaría saber, señor, por qué no invitó a ese hombre a que fuera a verlo a usted a su casa.

Hugh pareció un poco avergonzado y Crowther notó la mirada fija, sin parpadear, de Wicksteed en la espalda de su señor.

—Temía que la información que pudiera tener fuera delicada. Algo que requiriera que se manejara con cautela. —Hugh se aclaró la garganta—. Por mucha confianza que me inspiren mis sirvientes, no deseaba atraer la atención hacia mi búsqueda, ni hacia aquello de lo que pudiera enterarme antes de tener tiempo de considerar las implicaciones. —Fue interesante que no hubiera murmullos de aprobación o duda en la sala en ese momento, solo un silencio uniforme que sugería que los presentes todavía no se habían decantado.

—¿Y cuando llegó al lugar donde debían encontrarse...?

—Allí no había nadie. Esperé todo lo que pude, me fumé un puro y me fui a casa. No volví a saber nada del asunto hasta que me llegó recado de que

se había hallado un cuerpo.

El juez instructor y el jurado se quedaron muy serios. Hugh miró a su alrededor como si tuviera intención de sentarse. El juez levantó la mano.

—Solo una cosa más, señor. ¿El anillo que Brook traía con él era muy valioso?

Hugh pareció sorprenderse un poco.

—No sé decirle, señor. Es de oro y bastante pesado, supongo. Lo tengo aquí. —Tanteó en su bolsillo y se lo tiró al portavoz del jurado. El hombre lo cogió al vuelo y él y sus compañeros se inclinaron sobre el objeto y lo examinaron con gran cuidado.

—¿Tú qué dices, Wilton? —gritó Michaels desde el centro de la sala—. Tu tío tiene una platería en Pulborough, ¿no?

La multitud pareció aceptar que el parentesco en cuestión era suficiente para convertir a Wilton, un hombrecito de pelo grasiento, en un experto, así que le pasaron el anillo y todo el mundo esperó en silencio a que se pronunciara.

—Dos libras al menos —dijo Wilton con absoluta autoridad—. Incluso aunque le rasparan

el escudo de armas.

Todo el mundo asintió con aire de sabiduría y se le devolvió el anillo al juez instructor, que a su vez se lo entregó a Hugh con una elaborada reverencia.

No había una sala a la que el jurado pudiera retirarse a deliberar, así que se juntaron en la esquina más apartada de la sala durante un rato y todo el mundo acordó no mirarlos hasta que hubieran terminado. Les dieron la espalda y la multitud intentó hablar entre sí en voz lo más alta posible. Un niño, uno de los retoños de Michaels, supuso Crowther, se metió entre la multitud con un vaso de limonada para la señora Westerman, que se lo agradeció con una inmensa sonrisa que hizo sonrojar al jovencito. Cuando el gentío cambió de posición a su alrededor, Harriet aprovechó la oportunidad para estirar la mano y tocar al joven Thorpe en el brazo. El hombre se volvió hacia ella con aspecto todavía culpable y un tanto avergonzado.

—Thorpe, le he estado diciendo aquí al señor Crowther que sus ideas deben de haberle proporcionado a mi propiedad diez libras el año

pasado.

El joven se ruborizó de placer e irguió la espalda.

—Gracias por decirlo, señora Westerman. Siento haber retrasado al señor Thornleigh, pero Wicksteed —escupió más que dijo el nombre— me dijo que sería un buen momento para hablar con él. Sé que puedo dejarme llevar, pero lo que quería aclarar con el señor Hugh era... —Estaba a punto de embarcarse en lo que Crowther temía que fuera a ser una larguísima explicación cuando Harriet se llevó los dedos a los labios.

—Creo que el jurado ya ha decidido, Thorpe. Mire, el juez instructor y el portavoz están conversando.

El joven asintió y sonrió otra vez antes de alejarse y Harriet se volvió en su silla para mirar al frente otra vez. Crowther se inclinó hacia ella.

—¿Creí que había dicho que nadie consulta al señor Thornleigh sobre los asuntos de la propiedad?

—Y así es —asintió ella—. Pero el joven Thorpe puede ser muy persistente.

Crowther la miró y se preguntó cómo podía describir la expresión de la cara de su vecina. Se decidió por «engreída» y después prestó atención cuando el juez instructor comenzó a hablar.

—Mi agradecimiento a todos los que han hablado y nuestro agradecimiento al jurado también. Creemos que a este hombre lo mató alguien que planeaba robar el anillo y que con toda probabilidad siguió a Brook desde Londres y aprovechó al ver que se internaba en un lugar aislado. Creemos que el señor Hugh Thornleigh lo interrumpió, de modo que tuvo que huir antes de conseguir el anillo. El jurado desea decirle al señor Thornleigh que siente mucho que no llegara a recibir ninguna noticia de su hermano de labios de Brook.

Hubo un murmullo bajo de asentimiento en la sala; el jurado pareció de repente un poco cohibido.

—Tengo nuestras conclusiones aquí, y si todos estamos de acuerdo, las redactaré y podrán firmarlas, caballeros. No me molestaré en leer el juramento otra vez, todos lo oyeron de sobra la

primera vez, ¿no es cierto?

El jurado asintió de diversas formas para descartar una nueva lectura del juramento. El juez instructor miró por la sala para comprobar que tenía la atención de todos y sostuvo un documento en alto, se lo acercó y alejó varias veces hasta que pudo enfocar lo bien y empezó a leer.

—«Nosotros, el jurado, hallamos lo siguiente, que una persona desconocida, al no tener a Dios ante sus ojos, sino que seducido e inducido por la instigación del diablo, en los bosques de Caveley Park y en la noche del primero de junio del año de Nuestro Señor 1780, le asestó a Carter Brook, un desconocido en esta parroquia, un golpe violento y fatal en el cuello con un instrumento punzante que le provocó al susodicho Carter Brook la muerte al instante en ese mismo lugar, y los dichos miembros del jurado, tras el ya mencionado juramento, dicen aún más que la dicha persona desconocida, tras haber cometido la dicha felonía y asesinato en la manera ya mencionada, huyó en la noche atentando contra la paz de nuestro dicho señor el rey, su corona y su dignidad».

El jurado entero asintió con toda solemnidad y hubo un suspiro satisfecho de común acuerdo por toda la sala.

—Bien dicho —dijo el barítono junto a la puerta.

—Casi tan bien como en la iglesia —dijo otra voz.

El juez instructor estaba un poco colorado y tras dejar el papel en la mesa, le dedicó una sonrisa desde su silla a Michaels, situado al fondo de la multitud.

—Este trabajo da sed, Michaels. ¿Está el bar abierto?

—Siempre hay una copa para los servidores del rey, amigo mío. Y eso también va por los miembros del jurado. El resto os pagáis lo vuestro.

La sala empezó a vaciarse muy rápido.

## II.4

Se reunió una buena multitud alrededor de la tumba abierta. La noticia de la muerte de Alexander y su entierro había viajado de un extremo a otro de la ciudad, a juzgar por la variedad de rostros que se veían en la multitud. Incluso en semejantes tiempos de disturbios y discordia, el vecino hablaba con el vecino y las palabras salían volando con la brisa hasta que daba la impresión que uno inhalaba las últimas noticias con el aire mismo. Alexander Adams había hecho buenos amigos durante los años que había pasado en Londres, y los había mantenido. Casi todos los intérpretes de Drury Lane asistieron al entierro. Graves los observó amontonarse a un paso o dos de distancia, como si las largas horas pasadas acurrucados bajo el escenario de ese teatro hubieran hecho que para ellos fuera natural apiñarse incluso cuando desaparecían las paredes que los rodeaban.

También estaban allí varios compositores que

habían confiado en Alexander para que grabase e imprimiese sus obras. El señor Paxton se acercó e intentó hablar con Susan, pero las palabras murieron en su garganta y lo único que pudo hacer fue poner una mano, por un instante, en el hombro de la niña, antes de darse la vuelta a toda prisa y alejarse entre las tumbas con el bastón pulido resplandeciendo bajo el sol.

Hacía calor y el ambiente era pesado. Los rodeaban las señales de los disturbios de la noche anterior y, aunque las calles estaban tranquilas, había tensión en el aire, un ambiente inquieto en las calles. Un hombre dormía atravesado en la cuneta cuando llegaron al camposanto y los portadores del féretro tuvieron que rodearlo. Lucía una sobrepelliz atada alrededor del sombrero y, sumido en su sueño de borracho, acunaba un fragmento arrancado de alguna piel como si fuera su único y gran amor. El agente de policía de la zona, viejo y sucio, y atento a no llamar la atención de aquellos que podrían exigir su ayuda para defender sus propiedades de la turba, se coló entre los dolientes. No hacía más que murmurar por lo

bajo la misma cantinela, «Pobre señor Adams, pobre señor Adams. En qué tiempos vivimos», hasta que Graves, temiendo que para Susan resultara un dolor añadido, lo avergonzó con una mirada ceñuda que lo hizo callar.

Susan seguía sin decir nada, pero a Graves le parecía, y esperaba, que la niña estuviera volviendo poco a poco a ser ella misma. Le había tendido la mano sin pensar cuando recibieron el cuerpo a la puerta de la tienda y sin pensar tampoco, la niña la había cogido. Jonathan había cogido la otra mano de su hermana y no estaba dispuesto a moverse a no ser que sintiera a la señorita Chase junto a él, así que, rígidos e incómodos por las calles estrechas, el cuarteto había caminado tras el ataúd como dolientes principales.

Cualquier pregunta sobre la muerte la respondía la información que la multitud entera tenía, y Graves sintió cada par de ojos trazando la herida de su rostro cuando creían que no los veía. Se preguntó si le quedaría cicatriz. La herida no era profunda y la señorita Chase tenía buen cuidado en

recordarle que la mantuviera limpia, aunque él se preguntaba con frecuencia si el agua de Londres podía contribuir en algo a esa supuesta limpieza.

El sacerdote los esperaba junto a la tumba. El sol estaba en su punto más alto y el clérigo estaba sufriendo de forma visible bajo el calor. Hinchó las mejillas y el sudor le brotó de la peluca y corrió entre los cañones del rostro enrojecido, pero le sonrió a Susan y dobló las ancianas rodillas para dirigirse a Jonathan y susurrarles a los dos unas palabras sobre cómo se desarrollaría la ceremonia y decirles que su papá estaba cómodo en el cielo. Después ocupó su lugar junto a la tumba y carraspeó.

Antes de que empezara a hablar, sin embargo, dos carruajes que lucían los escudos del conde de Cumberland y del vizconde Carnathly se acercaron a las verjas. La multitud lo advirtió y hubo murmullos. Susan no alzó la vista. Ambos lores eran entusiastas de la música y Graves sabía que Alexander había mantenido correspondencia con los dos y les había enviado con regularidad muestras de nuevas obras. Era un magnífico detalle

por su parte que hubieran enviado sus carruajes para hacer guardia ante las verjas.

Graves vio que Susan al final se volvía para mirarlos sin demasiada emoción. Jonathan se quedó observando a los caballos con los ojos muy abiertos. Eran unas bestias espléndidas. Graves esperó que permanecieran allí lo suficiente para que el niño pudiera acercarse y hablar con los cocheros. El joven daría cualquier cosa por poner otras imágenes en esa mente tierna que todavía se estaba formando, cualquier cosa diferente a lo que había presenciado el día anterior. Graves tenía la sensación de estar observándolo todo desde una gran distancia y a gran altura. Veía a los hombres y mujeres reunidos que seguían con gesto solemne e incómodo el funeral, y el modo en que la mano de Susan se contrajo alrededor de la suya cuando la primera palada de tierra resbaló por la tapa del ataúd. Observó también la presencia de un conocido, un gacetillero de poca monta que redactaba noticias para el *Daily Advertiser* y que los acechaba desde el fondo de la multitud. Tenía un aspecto tan hambriento y cansado como el del

propio Graves, que no pudo condenarlo mientras interrogaba en voz baja a uno de los vecinos de Alexander. Había que alimentar las hojas informativas y satisfacer la curiosidad de la nación. El tipo alzó la vista y captó la atención de Graves, al que dedicó una mirada inquisitiva, pero el joven negó con la cabeza y con un asentimiento el otro volvió a retirarse.

El sacerdote llegó a los «amenes» y la multitud empezó a alejarse de la tumba y dejar solo al sacristán para que llenara el agujero a su espalda. Graves no se movió, dejando que Susan se quedara cuanto quisiera. Se dio cuenta de que los pensamientos de la señorita Chase seguían un patrón parecido al suyo con respecto a Jonathan. En cuanto la multitud comenzó a disolverse, la joven se lo llevó con discreción hacia los caballos. Graves observó cómo lo saludaban los cocheros. Subieron al pequeño al pescante y le permitieron sujetar las riendas, después lo bajaron de nuevo para que pudiera acariciar el morro del par de caballos delantero del conde de Cumberland. Graves bajó los ojos, miró a Susan y

vio que la niña también estaba observando a su hermano. Tenía los ojos y las mejillas mojadas por las lágrimas y Graves no pudo evitar atraerla con suavidad hacia sí. La niña lloró un ratito más en su levita y después, tras un gran y estremecido suspiro, abrió los labios.

—¿Señor Graves?

—¿Sí, Susan?

—Hay una caja en la tienda. Papá me dijo que la buscara y que la guardara yo. Me temo que se me olvidó. —La voz de la pequeña era un susurro tan seco que Graves apenas podía oírla—. ¿Podemos ir a buscarla? Recuerdo dónde está escondida. Me lo dijo papá.

—Por supuesto, Susan.

Se abrieron paso entre los últimos asistentes, cada uno de los cuales le dio el pésame a la niña con un murmullo y la saludó quitándose el sombrero, hasta que llegaron junto a la señorita Chase y, mientras Graves le contaba a la joven la misión encomendada, Susan se acercó a su hermano. Los adultos observaron negociar a los niños, Jonathan miró a su alrededor con los ojos

muy abiertos, alarmado ante cualquier separación, pero pareció tranquilizarse bajo las caricias y susurros de su hermana. Vieron a la niña hacer una pausa como si esperara una respuesta y observaron que Jonathan asentía con lentitud. Después, Susan se giró y regresó con ellos.

—Estoy lista, señor Graves. ¿Podemos ir ahora? —dijo con una serenidad que estuvo a punto de romperles el corazón a los mayores.

El señor Graves asintió con una inclinación de cabeza y le ofreció el brazo.

La señora Westerman, Crowther y Rachel fueron los únicos asistentes al entierro de Carter Brook. Cuando llegaron al camposanto, el sacristán y sus hombres ya estaban metiendo el ataúd en la tumba abierta. Mientras ellos cruzaban el espacio que separaba el sendero que llevaba a la puerta de la iglesia del cementerio, se produjo una breve conversación entre los hombres y el más joven, apenas un niño en realidad, dejó la pala en el suelo y echó a correr hacia la sacristía. Crowther esbozó una sonrisa débil cuando el chico regresó un momento más tarde con el vicario pisándole los talones, colocándose el cuello e intentando dar la sensación de que su intención había sido siempre estar allí.

Crowther miró por un momento a la señorita Trench. En realidad había sido ella la que había insistido en que fueran. La extraña y sinuosa corriente que llevaba las noticias entre las casas, entre el chico del sacristán y el del carnicero, y

que después se abría camino hasta Caveley Park junto con la ternera para los guisos, hizo que Rachel supiera que el entierro iba a tener lugar esa tarde antes de que Harriet y Crowther pensaran siquiera en ello. Cuando regresaron de la vista, se encontraron la cena ya en la mesa y a una Rachel decidida a meterles prisa, ya que debían regresar al pueblo antes de una hora. Harriet había protestado.

—¡Rachel, debemos tener un momento de paz! Y un poco de tiempo para hablar sobre lo que ha pasado. —Miró con los ojos muy abiertos a su hermana desde el pequeño sofá en el que se había dejado caer—. Seguro que ese es el mejor servicio que le podemos prestar al señor Brook, descubrir por qué murió y a manos de quién. Tú no creerás que fue un desafortunado robo, ¿verdad?

La esbelta y delgada figura de su hermana centelleó con toda la convicción moral que solo pueden dar los dieciocho años.

—No. Ojalá pudiera creerlo, pero no. Pero puedes reflexionar más tarde, o mañana, Harriet. Y usted también, señor Crowther. A ese pobre

hombre solo lo van a enterrar una vez, y creo que alguien debería estar allí para dar fe. ¿Te gustaría que te metieran bajo tierra sola y sin nadie que te llorara?

—Dudo mucho que me fuera a importar llegado el momento. —Harriet vio que había perdido la discusión y abandonó todo intento de ser dulce y razonable. Se cruzó de brazos y hundió la barbilla en el pecho—. Y además, ¿cómo vamos a llorarlo nosotros? Yo a ese hombre solo lo conocí cuando ya estaba frío.

Rachel apretó las manos y pareció a punto de dar una patada furiosa en el suelo.

—Harry, es lo que se debe hacer, y lo sabes. Estás dando fe de su muerte, ¿no? Muy bien, pues ven a dar fe de su funeral. No sé qué clase de hombre era, pero era una criatura de Dios y como tal merece que el resto le prestemos esta mínima atención.

Harriet no se movió, excepto, observó Crowther, para arrugar la nariz ante la mención de Dios. Rachel entrecerró los ojos.

—Si no vienes, le pediré al señor Crowther que

me lleve a mí sola. Total, Harry, si te vas a pasar toda la tarde pensando en la muerte, no sé por qué no puedes hacerlo en la paz de un camposanto.

Eso al menos hizo reír a su hermana, y la decisión quedó tomada. Antes de que la cena tuviera tiempo de asentarse en los estómagos, partieron rumbo al pueblo de nuevo, esa vez a pie, puesto que a Harriet le pareció que con el carruaje, además de sus personas, llegaría demasiada pompa para una visita tan discreta como la que pretendían.

Al ver al sacerdote bajar a trompicones hasta la tumba, Harriet se alegró de que su hermana la hubiera obligado a ir; además, sí que era un buen lugar para pensar en la muerte. No le había sorprendido el veredicto del juez instructor, aunque se preguntó cuántos de los aldeanos se lo habían creído. Había sido la conclusión más conveniente; bastante verosímil si uno podía tragarse que había por ahí ladrones persiguiéndose unos a otros con toda la calma del mundo a lo largo de un día entero de viaje por un simple anillo. Por un momento se planteó creérselo ella

también. Así podría adoptar la sonrisa engreída de la dueña de una casa solariega, jugar con su bebé y ver solo lo que tenía delante de las narices, como su hermana. Enseguida frunció el ceño, sabía que esa caracterización era incierta e injusta, y se enfadó consigo misma por permitírsela. El sacerdote captó la expresión, pareció confuso por un momento y comprobó su libro de rezos para asegurarse de que la temperamental señora Westerman no lo había pillado en un renuncio. Más tranquilo al comprobar que no era así, continuó leyendo.

Harriet alzó los ojos y miró a su hermana. No era una mujer engreída en absoluto, y sabía más que Harriet de las presiones y secretos de la vida en el campo. El problema con Rachel era que era buena de verdad, lo que le daba una paciencia y una certidumbre moral que su hermana unas veces envidiaba y otras encontraba casi insoportable. Cuando terminaron las plegarias, Rachel le tendió la mano al sacerdote con una sonrisa que hizo que el buen hombre se hinchara con un orgullo hasta cómico. Harriet y Crowther hicieron las

reverencias de rigor y el grupito regresó al camino de Caveley, cada uno sumido en unos pensamientos que los llevaban con rumbos diferentes.

No habían andado mucho cuando vieron la figura de un hombre por delante de ellos. La tarde todavía ofrecía luz suficiente para que vieran, antes de acercarse mucho más, que se trataba de Hugh Thornleigh. Crowther sintió más que vio la ligera vacilación en los pasos de Rachel y por el rabillo del ojo observó que la joven levantaba la barbilla con gesto decidido. Qué tortura debía de ser, pensó, tener que vivir siempre en presencia de un amor frustrado. Se preguntó por qué Harriet no se había llevado a su hermana de allí. Pero quizá había sido decisión de Rachel enfrentarse a sus demonios a diario. No era lo que Crowther recomendaría para la tranquilidad de espíritu, por mucho que la aliviaran su religión y su incansable laboriosidad.

Hugh fue consciente entonces de la presencia del grupo y se giró. Los cuatro intercambiaron corteses inclinaciones.

—He venido al entierro de Brook —les dijo Hugh—. Pensé que alguien debería venir y Cartwright no quería. No le hace gracia que lo asocien con esa clase de tipos. Luego los vi a ustedes y me pareció que no les molestaría mi presencia. Ha sido muy amable por su parte asistir. Muy propio de su carácter. Bueno. Buenas noches.

A nadie le cupo duda que esas palabras estaban destinadas a Rachel, pero todos fingieron por cortesía que los comentarios se habían hecho en general. Harriet se aclaró la garganta como si quisiera hablar, aunque no tenía ni idea de lo que se podía decir en un momento así, cuando la salvó un grito que llegó de la pendiente que tenían detrás, al borde del parque de la mansión Thornleigh. Un niño bajaba corriendo la ladera hacia ellos, la tosca chaqueta volando tras él y los pies resbalando por la hierba alta.

—¡Señor Thornleigh, señor Thornleigh, venga rápido, señor!

—¿Qué ocurre?

El niño se detuvo con un tropezón junto a ellos. Estaba muy pálido.

—¡La enfermera Bray! ¡En la cabaña de la bruja!

Se volvió y subió corriendo por donde había llegado. Crowther miró a Harriet. Esta ya se estaba recogiendo las faldas para salir detrás del muchacho.

—Es la cabaña de un antiguo guardabosques, al borde de la arboleda —dijo sin extenderse más.

La señora Westerman empezó a subir la ladera con Crowther, Rachel y Hugh detrás. Tras los árboles, en la cima de la elevación, Crowther pudo ver la desvencijada casucha. Sin duda era propia de una bruja, si por esos derroteros corría tu imaginación. Tenía las paredes y el techo llenos de agujeros creados por ramas de árboles, y la mampostería restante estaba recubierta de hiedra. La puerta era amplia y estaba entreabierta, colgando con horrenda determinación del último gozne. Por mutuo acuerdo, el grupo se detuvo al socaire de la pared. El niño señaló al interior de la puerta, la palidez de su piel hacía que la suciedad de su rostro destacara todavía más. Parecía una alegoría sentimental de lo pastoral y pintoresco. Se adelantaron un poco, Hugh

encabezando la marcha, los ojos esforzándose por encontrarles sentido a los patrones que dibujaban la luz y la oscuridad en el interior. Rachel chilló de repente y se precipitó a los brazos de Harriet. Esta la acunó, miró más allá de la cabeza de su hermana y sus ojos, muy abiertos, se adentraron en las profundidades. Los dos hombres hicieron una pausa como si los hubiera sorprendido el retroceso de una gran ola.

El cuerpo de una mujer colgaba de una de las vigas bajas que recorrían el techo sobre sus cabezas. El tono de la cara era oscuro, la lengua le sobresalía entre los dientes. Los pies rozaban el aire a solo unos milímetros del suelo de piedra y con un crujido de la madera y el cáñamo, el cuerpo se meció un poco con la brisa perezosa del atardecer. El movimiento la colocó de cara a los vivos. Harriet conocía aquella cara, por distorsionada que estuviese. La enfermera Bray formaba parte del servicio de Thornleigh; había llegado como un regalo del cielo poco después de que cayera enfermo lord Thornleigh y ella lo había cuidado desde entonces. Harriet se volvió un poco

para darle la espalda, y sin dejar de ocultar el cadáver a la vista de Rachel. Cerró los ojos, los apretó con fuerza y esperó a que se ralentizaran los latidos de su corazón.

—Debemos bajarla. ¿Ese barril resistirá? —Era la voz de Crowther.

Se oyó el martilleo hueco de la bota de un caballero sobre la madera cuando alguien le dio una patada al barril para probar su resistencia, después el arañazo de la madera sobre la piedra cuando lo arrastraron por el suelo.

—Señor Thornleigh, ¿lleva usted cuchillo?

Hubo una pausa, el ruido seco de una hoja al abrirse y el horrendo serrar de la soga. Harriet recordó los sonidos de la enfermería durante la batalla; bajo las maldiciones, los gemidos y las explosiones, parecía que uno siempre podía oír el chirrido de la sierra del cirujano sobre el hueso. Hubo un chasquido cuando la cuerda cedió, el gruñido de esfuerzo de Hugh cuando aguantó el peso y un suspiro cuando colocó el cuerpo en el suelo.

—¿Está muerta? —Era la voz de Hugh.

—Oh, sí. —La respuesta seca de Crowther.

Harriet abrió los ojos. Crowther estaba arrodillado junto al cuerpo y Hugh continuaba de pie, a un lado.

—¡Maldita sea!

La maldición de Hugh resonó por la ruina vacía y como el disparo de un arma espantó a los cuervos que dormían posados en los bosques, a su alrededor. Salieron volando de sus nidos con gritos coléricos que resonaron entre los árboles. Rachel se estremeció y se deshizo del abrazo de su hermana. Mantuvo los ojos bien apartados de donde yacía el cuerpo y se dirigió con la espalda muy recta a la puerta. Harriet se volvió para observar cómo hablaba con el muchacho.

—¿Cómo te llamas?

—Jack.

—Debemos quedarnos fuera, Jack. —Le tendió la mano y el niño entrelazó los dedos sucios en el guante negro y dejó que la joven lo guiara fuera, bajo la luz que comenzaba a desaparecer.

Harriet apoyó la espalda contra el muro mal enlucido y observó a Crowther mientras trataba de

tranquilizarse. El anatomista recorría con los ojos el cuerpo, como si estuviera leyendo un texto. Levantó la mano para mover los pliegues de capa y cuerda que cubrían el cuello de la enfermera y alzó los ojos para mirar a Harriet. Ella comprendió al instante lo que le quería decir.

—Señor Thornleigh, ¿podría ser tan amable de ir a buscar a su gente? En cualquier caso, no cabe duda que este cuerpo es asunto suyo.

Hugh le lanzó una mirada colérica y salió a grandes zancadas por la puerta. En cuanto Harriet oyó que desaparecían sus pasos, cruzó el espacio abierto y se agachó enfrente de Crowther, que la miró.

—Pues sí, ponerlo furioso ha hecho que se fuera antes. Pero me temo que ahora caminará mucho más rápido.

Ella le respondió con una breve sonrisa y señaló la puerta; en el exterior esperaban Rachel y el muchacho, así que Harriet se llevó un dedo a los labios. Crowther asintió.

El anatomista volvió a mirar el cuerpo y levantó la muñeca derecha de la enfermera con un aire

serio. Estaba profundamente amoratada allí donde la arteria radial se enterraba bajo la carne suave, en la parte inferior de la muñeca, y moteada de sangre bajo la piel, a los lados, allí donde los huesos del brazo estaban conectados a los delicados huesos de la mano. El cuerpo se movía con facilidad, no llevaba muerta más de un par de horas. Harriet se quitó los guantes y se los guardó en el vestido; tras haber visto lo que había notado su compañero, cogió la mano izquierda de la enfermera. Ahí los cardenales eran más crudos en la parte superior de la muñeca. Harriet se llevó la muñeca casi hasta los ojos y pasó la yema de un dedo por las impresiones. Levantó algo con la uña y se lo mostró a Crowther. Este lo miró. Una fibra. Harriet volvió a dejar la mano con suavidad, estiró los brazos por encima del cuerpo y los cruzó, uno encima del otro, por las muñecas.

—Cuerda —articuló sin ruido.

Crowther sintió que un escalofrío le atravesaba el estómago a pesar de la calidez de la tarde. Miró con atención otra vez la mano derecha de la enfermera y flexionó los dedos muertos como

jugaría un hombre ocioso con la mano de su amada en el sofá de un salón. La fallecida tenía una uña rota y tres estaban llenas de piel y algo de sangre. Alzó la vista para comprobar que Harriet lo estaba observando y comprendía lo que veía. Harriet había apretado la mandíbula y su cuerpo estaba muy atento. Crowther dejó la mano y, como si de una sola mente se tratara, los dos alzaron los ojos hacia la cara, horriblemente distorsionada.

—Cortaré la cuerda del cuello —dijo Crowther en voz muy baja; lo hizo y reveló entonces el horrendo púrpura allí donde la soga le había apretado la garganta hasta asfixiarla.

El anatomista palpó con los largos dedos las vértebras de la parte posterior del cuello. No estaban rotas. La enfermera había muerto por falta de aire. No era una muerte dulce. Crowther recordó las tareas ocasionales encomendadas por sus profesores, cuando tenía que esperar bajo la horca con la esperanza de poder reclamar el cuerpo para diseccionarlo; contaba con la ayuda de ciertos sobornos y la asistencia de unos cuantos hombres contratados para contener a la chusma. En

esos colgamientos había podido observar muertes rápidas y muertes lentas. Si la caída no rompía el cuello del desgraciado, a veces sus amigos se precipitaban bajo el patíbulo, se colgaban de sus piernas y tiraban con todo su peso para que la agonía final llegara tan rápido como se pudiera conseguir. Crowther había visto madres que se colgaban de los pies de sus hijos; matarlos rápido era el último servicio que podían prestarles. El ruido era de lo más desagradable; el esfuerzo del aire gorgoteando en vano por el conducto cerrado de la garganta, el susurro de las piernas pataleando como en un espectáculo de marionetas, el baile en el aire. Se preguntó si alguien había tirado de las piernas de la enfermera para acortarle la agonía.

Harriet, con mucha suavidad, comenzó a palpar la parte posterior de la cabeza de la enfermera. Recordó que había hecho lo mismo por un alferez de su marido durante la última travesía juntos. El cirujano acababa de amputar la pierna del muchacho por debajo de la rodilla, pero fue la astilla que Harriet encontró incrustada en la parte posterior del cráneo, y oculta bajo el denso

cabello negro, lo que había acabado con él. Al tiempo que el recuerdo burbujeaba y volvía a posarse en su mente, sintió un cambio en la textura del cuero cabelludo de la enfermera, una masa en la parte posterior del cráneo. Harriet levantó la mano, sucia de una sangre que todavía no se había secado del todo, y se la mostró a Crowther. Él también palpó el lugar del cuero cabelludo y después pasó la mano con ligereza por el resto del cuerpo, pero no encontró nada importante.

Crowther se levantó y examinó la viga del techo, y el trozo de cuerda que colgaba de ella, con aspecto inocente. Harriet se colocó a su lado mientras intentaba limpiarse la mano con su pañuelo, que era un objeto demasiado delicado para esa tarea. Crowther oyó su suave maldición y le tendió el suyo sin hacer ningún comentario. Harriet se quitó la sangre de la palma de la mano y se volvió a poner los guantes antes de devolverle el pañuelo con una sacudida pesarosa de la cabeza. Cuando habló, el tono bajo de su voz hizo caer en la cuenta a Crowther que su compañera todavía era muy consciente de los que podrían

estar escuchando fuera.

—No sabría decir dónde estaba el barril cuando entramos.

Crowther se preguntó si todavía debería sorprenderse de ver que los pensamientos de ambos tendían a recorrer el mismo camino en esas circunstancias.

—Yo estaba intentando recordar. Por allí. —Indicó el muro de la izquierda—. Y estaba de lado, así que podría haber rodado hasta allí cuando la enfermera Bray le dio la patada.

Harriet lo miró con una ceja levantada.

—No, señora Westerman, no me he vuelto loco. A esta mujer la asesinaron. Pero estoy pensando cómo podría tergiversarlo un jurado para convertirlo en suicidio.

—¿Harry? —Era Rachel, que permanecía junto a la puerta e intentaba encontrar a su hermana en la penumbra sin tener que ver el cuerpo. Crowther vio que Harriet le echaba un vistazo rápido a su guante y se lo subía un poco más por la muñeca antes de responder.

—¿Sí, Rachel?

—Aquí fuera hay algo. Alguien ha encendido un fuego y todavía está caliente. Parece haber algo dentro...

Antes de que Rachel tuviera la posibilidad de completar la frase, Harriet y Crowther ya estaban pasando junto a ella a toda prisa. La joven señaló un punto en el bosque, un poco más allá del muchacho, Jack, y algo desviado del sendero que pasaba junto a la cabaña en ruinas. Había un montón fresco de cenizas en la tierra desnuda del suelo, contenía varios fragmentos carbonizados de leña y la sospechosa ceniza pálida del papel quemado. Crowther bajó la palma de la mano. Apenas había una traza de calor, pero allí estaba. Harriet revolvió con suavidad la ceniza con una ramita.

—No veo nada escrito —dijo.

Crowther hurgó más en la ceniza con el cuchillo de Hugh y se encontró en la punta un trozo un poco más grande que había sobrevivido a las llamas. Ambos lados estaban escritos; parecía la esquina inferior de una hoja de papel.

—Cartas, estoy seguro. —Señaló otro trozo

donde se podía leer la palabra «mansión». Harriet no respondió. Estaba mirando las manos del anatomista con una expresión de horror. Los ojos del hombre siguieron los suyos. El cuchillo que sostenía tenía unas manchas oscuras. Se sobresaltó.

—¿De Hugh? —siseó ella.

Crowther asintió. Rachel los llamó.

—¿Habéis encontrado algo, Harriet?

La señora Westerman se levantó a toda prisa y bloqueó de la vista de su hermana el lento examen que hacía Crowther del cuchillo.

—Cartas. Pero están todas quemadas.

Jack alzó la vista de la pequeña sección de suelo del bosque que había estado estudiando.

—La enfermera Bray siempre se ponía muy contenta al recibir cartas —dijo.

Harriet sintió la emoción agitarse en su garganta. Se acercó con mucho cuidado al chico y se arrodilló a su lado.

—¿Quién era la persona que le escribía cartas, Jack?

El chico pareció un poco intimidado y alzó la

vista para mirar a Rachel. Esta bajó la cabeza y le sonrió, y eso pareció dar valor al muchachito.

—Alguien de Londres. Pero ella era muy reservada con eso. Otros pensaban que era un poco estirada, sobre todo después de que llegara una carta. Decíamos que no estimaba conveniente saber de nosotros durante un día o dos después de que llegara una carta, y nunca dijo lo que había en ellas. Pero el resto del tiempo era agradable. A veces compraba dulces en su día libre, y los compartía con todos. —El labio del niño tembló de repente—. Ahora no tendré que cuidar yo de su señoría, ¿verdad? ¿Ahora que está muerta? No me gusta su señoría.

Rachel se agachó y rodeó con un brazo los hombros delgadísimos del niño.

—¿Por qué no te gusta, Jack?

El niño la miró a la cara con los ojos muy abiertos.

—Hace ruidos horribles, señorita. Así.

Jack gimió de repente, dejó la boca abierta, se le cayó la cabeza hacia delante y empezó a mecerse de un lado a otro. Harriet retrocedió un poco.

Las libró de tener que responder el sonido de unas pisadas en el camino. Hugh se acercaba flanqueado por dos de los criados que servían en sus terrenos. Uno llevaba una manta de caballo al hombro. Harriet se levantó y se volvió para mirar a Crowther. Este seguía junto al fuego con el cuchillo de Hugh en la mano.

El señor Thornleigh indicó a sus hombres que fueran a la cabaña y se acercó a Crowther y las señoras. El anatomista se dirigió a él.

—¿Caza usted, señor? ¿Ha cobrado muchas piezas en los últimos tiempos?

Su voz era muy fría.

—Sí, cazo. Y sí, he cobrado bastantes piezas.

Crowther le tendió el cuchillo. Thornleigh dio un paso para cogerlo y justo cuando fue a sujetar el mango, vio la hoja y aspiró una repentina bocanada de aire.

—¿Qué ha estado haciendo con él? ¡Yo nunca dejo el cuchillo sucio!

—Quizá —dijo Crowther con una precisión seca— su mente estaba en otras cosas. Yo no he hecho nada con el cuchillo, aparte de cortar la cuerda

que sujetaba a la enfermera Bray. Lo que hay en la hoja es sangre. Pero me parece probable que la sangre tenga uno o dos días.

Hugh se puso muy blanco. La palidez hacía que el contorno colérico de su cicatriz adquiriera un tono rojo mucho más violento.

—Algún conejo o liebre, supongo. Debo de haberme olvidado de limpiarlo.

Crowther lo miró a los ojos.

—Alguna criatura inocente, estoy seguro.

Hugh apretó los puños y Crowther, por su parte, sintió que relajaba los músculos para esquivar o encajar un golpe, pero el hijo del conde se controló.

—Me ocuparé de la enfermera Bray. Les agradecería que abandonaran mis tierras.

Crowther hizo una profunda reverencia. Harriet cogió con cuidado el brazo de su hermana. Podía sentirlo temblar bajo el suyo y se volvió para mirar a su vecino.

—Las tierras de su padre, creo, señor Thornleigh. ¿Acaso no las tiene usted solo en fideicomiso con la esperanza de que regrese su

hermano?

Hugh se inclinó sin contestar y, con Crowther tras ellas, las dos hermanas comenzaron a alejarse con porte digno. Harriet podía sentir los ojos airados de Thornleigh en ellos mientras se iban.

—Harry, significa esto que creéis que Hugh... —  
La voz de su hermana era un susurro profundo. Harriet apretó el brazo de Rachel con fuerza y la calló con un siseo.

## II.6

Giraron por la calle Holland y el camino se estrechó. Sus pasos se ralentizaron y Graves no supo muy bien si era suya la reticencia que los contenía o era la de la niña. Las calles estaba muy tranquilas para ser sábado; había pocos vendedores ambulantes y los que había pregonaban sus mercancías casi en voz baja. No parecía sano, como si algo fuera mal, pero si era por el ambiente de la calle o por la densa oscuridad que Graves llevaba con él, no sabría decirlo. Había suficientes personas mirando por las ventanas, o de pie en la puerta, sin embargo, para que su llegada no pasara desapercibida.

Los aprendices y sirvientes de las casas cercanas a la de Alexander aparecieron en las puertas cuando pasaron. La cocinera del fabricante de pelucas se acercó a ellos y metió un pañuelo con pan de jengibre en la mano de Susan «para el pequeño señor Adams». Susan la miró sin expresión y aceptó el paquete con un pequeño

asentimiento. Había crecido temiendo a esa mujer, enorme y siempre cubierta de harina, desde aquella vez que la habían sorprendido probándose una de las pelucas para la judicatura que hacía la tienda y había sentenciado a los otros niños de la calle a terribles castigos. La niña le dio las gracias y la cocinera se volvió para secarse los ojos con el delantal.

Consiguieron dar solo unos pasos más antes de que a Susan la detuviera una mano fina y vacilante sobre su hombro. El rostro delgado, como el de un pájaro, de la señora Service, se inclinaba hacia ella. Los huesos del cuello le sobresalían y sus muñecas no eran más gruesas que las de Susan. Era viuda y se moría de hambre en una pobreza refinada, en una única habitación que tenía enfrente de la tienda. La gente le llevaba pequeñas labores de costura de vez en cuando, aunque de todos era conocido que no era demasiado diestra, y el trabajo se lo llevaban más por caridad que por otra cosa. Susan pensaba que la señora Service lo sabía y la compadecía por ello. Siempre tenía la ventana abierta cuando Susan practicaba. A veces

la niña la veía asomándose un poco a la ventana, esforzándose por oír por encima de los sonidos de la calle. Susan intentaba entonces tocar más alto, cosa imposible, por supuesto, pero en su corazón enviaba la música hasta los oídos de su público.

Un poco aturdida, la señora Service le tendió un pequeño camafeo de frutas y flores.

—Quería darte esto en el funeral —le dijo a toda prisa—, pero había tanta gente. —Sus ojos cansados miraron a Graves, a Susan, y después al suelo otra vez—. Tu padre lo admiró una vez. Me complacería mucho saber que lo tienes tú y que quizá te lo pongas de vez en cuando. Me ha gustado mucho oírte tocar. —Su voz se quebró un poco.

Susan cogió el broche.

—Es muy bonito.

La señora Service empezó a llorar y les dio la espalda.

Jane los esperaba en la puerta de la tienda y le

tendió los brazos a la niña. Susan lanzó un pequeño sollozo, se desprendió de la mano del señor Graves y echó a correr para enterrarse en el delantal de la criadita. Graves se apresuró tras ella y observó el interior de la sala con tanta discreción como pudo. Jane comprendió lo que buscaba y asintió. Los tablones del suelo estaban fregados y blancos. Susan se irguió, apretó la mano de Jane con la suya y entró en la tienda por delante de los adultos.

—¿Qué va a pasar, señor Graves? —preguntó la joven doncella.

Él miró el polvo y el barro que llevaba en los zapatos y se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Espero que haya un testamento. ¿Se te debe algo?

Jane desechó la idea con un ademán.

—Se me pagó hace dos días, señor. El señor Adams era siempre de lo más puntual.

Jane seguía siendo muy joven, apenas había dejado atrás la adolescencia, pero había en ella aire de sentido común y buena voluntad que hizo que Graves recuperara un poco la esperanza. Era

una chica muy delgada, pero erguida y fibrosa.

—¿Puedes echarle un ojo a la tienda y la casa durante un tiempo? —preguntó Graves—. ¿Hasta qué acordemos lo que se ha de hacer?

Jane se lo pensó un momento y, tras decidirse, se limpió las manos con el delantal y lo miró a los ojos.

—Me he estado preguntando si iba a pedírmelo y qué respuesta debería darle, así que aquí la tiene. Será un placer. ¿Pero cree usted que podría traerme a mi madre conmigo? No me gusta estar aquí sin nadie, y tampoco quiero dejarla a ella sola ahora mismo. —Se llevó la mano a la cabeza para sugerir las escarapelas azules que llevaban los amotinados del día anterior, los que habían quemado la capilla católica de la calle Duke y la plaza Golden—. A ella le parece bien —añadió Jane—. Está visitando a una amiga que vive en la plaza Soho hasta que yo le mande recado.

—Quizá deberíamos preguntarle a Susan.

Pero cuando entraron en la tienda, Susan no estaba por ninguna parte. Una repentina punzada de alarma se atravesó en la garganta de Graves, que

gritó el nombre de la niña quizá un poco más alto de lo estrictamente necesario. La pequeña se levantó de un salto de detrás del mostrador.

—Estoy aquí. —Susan vio el alivio en la cara del joven y pareció cohibirse un poco—. ¿Me ayuda? Pesa mucho.

Graves fue a reunirse con ella. Susan había quitado un fajo de partituras y había descubierto una caja negra de madera lo bastante grande para acoger un manuscrito sin doblar. También era profunda, y Graves se sintió gruñir por el esfuerzo cuando la fue a colocar encima del mostrador. La posó y luego le dijo a Susan lo que había sugerido Jane.

—Solo si le parece bien, señorita —se apresuró a añadir la chica—. Si usted cree que es lo mejor.

Susan se mordió el labio y asintió muy deprisa. El pasador que la señorita Chase le había puesto en el pelo para sujetarlo se tambaleó un poco.

—Sí, por favor. Es muy amable por parte de tu madre acceder a venir.

A la niña empezó a temblarle el labio y Jane rodeó el mostrador para llegar a su lado.

—¡Oh, señorita! Mírese el pelo. Se ha estado tirando de los tirabuzones otra vez, y sabe que a su padre le gusta que esté usted bien peinada.

Levantó la mano para colocar bien los rizos de Susan y la ternura del gesto fue demasiado para la chiquilla. Empezó a deshacerse en sollozos y, puesto que le pareció que era mejor dejarlas a las dos un rato, Graves salió al saloncito.

Los restos de la cena, interrumpida de forma tan horrible, ya los habían recogido, y el espacio estaba tan ordenado y limpio como de costumbre. Graves hizo una pausa, como si la simple fuerza de voluntad pudiera hacer volver el tiempo atrás y Alexander estuviera a punto de entrar y pedirle que cenara con la familia. Charlarían y Alexander se burlaría un poco de él por la admiración muda que le profesaba a la señorita Chase, y después Graves le preguntaría por las noticias de la tienda. Al cabo mirarían alguna nueva partitura que hubiera llegado a manos de Alexander y la velada iría evaporándose sin pensar.

Graves exhaló un gran suspiro y miró por la habitación sin una sola idea clara en la cabeza;

entonces vio el escritorio de Alexander abierto en la esquina y se acercó a él, se preguntaba de forma vaga si podría encontrar allí alguna prueba de la existencia de un testamento, o alguna inspiración sobre cómo asumir las responsabilidades que le había legado su amigo.

Todo en el escritorio estaba pulcro y ordenado. La visión lo deprimió al compararla con los papeles raídos y esparcidos por la mesita de su desvencijada habitación. La mecha de la lámpara que había sobre la mesa estaba recortada con esmero y el escritorio contenía una práctica serie de casillas donde se podían guardar facturas y recibos, además de clasificar la correspondencia. La cajita en la que Alexander guardaba su anillo seguía allí, todavía vacía, observó Graves cuando la abrió con un toquecito de la uña.

Se sentó con gesto triste y manoseó el borde del secante, convencido de que era incapaz de asumir las tareas que le estaban encomendando. Había una hoja de papel bajo el secante. La sacó y vio las primeras palabras de una carta comenzada el día del último concierto. Tenía el nombre y la

dirección de la tienda en la parte superior y la fecha del 31 de mayo de 1870 escrita con la letra firme y segura que Graves sabía que era la de su amigo. Comenzaba así:

Ahí Alexander se había interrumpido. Graves sintió que se le encogía el corazón. Recordó la conversación que había sostenido con Alexander esa noche, la extraña insinuación que le había hecho a su hija y la nueva resolución que había tomado de vivir la vida que había elegido en lugar de intentar reconciliarse con su familia. Graves se mordió el labio. Si lo hubiera aconsejado de modo diferente, igual hubiera terminado la carta. Debería haber interrogado a su amigo más antes de darle consejo. Su respuesta quizá había estado demasiado influida por su propio orgullo. Después de todo, él también había dejado su casa y quizá había alentado a Alexander a no acercarse a su hermano para reforzar su propia decisión. Recordó el peso y el tamaño de la caja negra de la tienda,

pensó en el cuidado con el que se había ocultado, lejos de los asuntos comerciales, ordenados con toda pulcritud, que Alexander guardaba en aquella sala más pública. Quizá allí hubiese respuestas, y algo que lo ayudase.

Se levantó a toda prisa, pero al volverse hacia la puerta de la tienda, le llamó la atención un movimiento en la ventana que daba al patio trasero. Se le paralizó el corazón. Esa cara. Esa cara amarilla de gesto lascivo que había destellado en su mente casi a cada momento desde que había visto a su amigo moribundo en las tablas del suelo, delante de él. Estaba allí, mirándolo por la ventana. Se echó un paso hacia atrás. Los dos hombres se quedaron mirándose un momento a través del cristal, cada uno prendido de la mirada del otro; entonces Graves lanzó un rugido de rabia y cargó hacia la puerta de la cocina que daba al patio. El hombre amarillo se había dado la vuelta y atravesaba corriendo el pasaje trasero que daba a la calle Tichfield.

—¡Asesino! ¡Homicida! ¡Ese! ¡Ese! —chilló Graves tras él, y se abalanzó en su persecución.

La calle cobró vida, como si, al pasar como un rayo, el hombre transmitiera una energía que despertaba a la gente. Más gritos en la calle, las casas mismas parecieron inclinarse hacia delante. Más hombres en su persecución; una mujer se encogió contra la pared con un chillido cuando el hombre amarillo pasó a toda velocidad junto a ella y se metió con un giro por Little Angel; tropezó en el barro, pero se irguió y siguió corriendo antes de que Graves pudiera hacer algo más que rozarle el borde de la levita sucia. Pero el hombre se había equivocado al torcer por allí. Los londinenses que miraban con cautela a su alrededor en busca de las escenas de los disturbios de la noche anterior podían ver acercarse la persecución y oír los gritos de «¡Asesino!» cuando los desesperados hombres se precipitaban hacia ellos. El hombre amarillo le quitó una cesta a una vendedora callejera de cintura estrecha y se la arrojó a sus perseguidores. La carga de empanadas calientes rodó por el suelo y, aunque fue suficiente para hacer tropezar a uno de los hombres, el resto siguió adelante con Graves en cabeza, los

pulmones estallándole. La vendedora callejera gritó y escupió al hombre amarillo, pero este la apartó de un empujón y siguió corriendo. Aunque no llegó muy lejos, nada lejos. Giró de repente por la calle Chapel, esparciendo personas y mercancías, pero un cochero gordo, al oír el griterío que se estaba formando tras él, se arrojó sobre él por el flanco derecho y el hombre amarillo cayó entre la suciedad y los desechos de la calle con toda la corpulencia del cochero comprimiéndolo contra el suelo. La multitud descendió sobre él, le abrió los brazos y alguien le sacó una navaja del bolsillo. El hombre amarillo forcejeó; un solo hombre no podría haberlo contenido, pero con veinte sujetándolo y presionando contra él, tenía la batalla perdida. Graves se detuvo delante de él y, sin detenerse siquiera a llenarse los pulmones, asestó un puñetazo que aterrizó bajo la barbilla del hombre amarillo y dejó que la multitud cargara con su peso cuando se derrumbó sin sentido entre ellos.

—Un golpe elegante —oyó Graves que alguien decía entre la multitud. Un hombre de espaldas

anchas se adelantó y le puso una mano en el hombro cuando volvió a levantar el puño—. Pero no lo mates o tendremos que llevarte a ti también. ¿Quién es?

—Mató a Alexander Adams —jadeó Graves.

Hubo murmullos y exclamaciones entre la muchedumbre. El hombretón asintió con gesto sobrio.

—¿Qué magistrado está más cerca?

—¡Addington! ¡Addington! —gritó la multitud.

Apareció una carretilla con un joven para empujarla y subieron al hombre amarillo a ella con un trozo de cuerda alrededor de las muñecas y otro alrededor de los tobillos. La cabeza le colgaba como la de un monigote listo para la hoguera y la multitud comenzó el desfile hasta la casa del magistrado para exigir que se hiciera justicia.

El cerebro de Graves estaba obstruido por el cansancio mientras regresaba a la casa de los Chase. Había ido enviando recado a Susan y la

señorita Chase durante toda la tarde para contarles que se había apresado al hombre y al poco, que sin más ceremonias, basándose en el testimonio que él había proporcionado y para deleite de la multitud que lo acompañaba, el hombre amarillo había sido enviado a Newgate a aguardar el juicio que se celebraría en el tribunal penal de Old Bailey en algún momento de la semana siguiente.

Una vez recuperado el sentido y tras darse cuenta de que su posición era desesperada, el hombre amarillo había adoptado una actitud hosca. Se había negado a hablar a no ser para maldecir e invocar toda venganza imaginable contra Graves y los niños, pero no quiso dar ni su nombre ni razón alguna para su ataque contra Alexander. La multitud lo había abucheado y el magistrado, con aspecto agotado e inquieto, se había limitado a asentir al testimonio de Graves y había enviado al hombre amarillo a prisión con unos guardias menos de media hora después de que hubiera llegado a su casa de Covent Garden.

La multitud que había ido con Graves parecía decidida a convertirlo en héroe, y le costó no poco

zafarse de ellos y sus felicitaciones. Podría haberse emborrachado como una cuba con las invitaciones que recibió, pero lo obsesionaba pensar que Susan y la señorita Chase estaban esperándolo con la caja negra entre las dos. Con todo, cuando pasó por Seven Dials fue consciente de que había empezado a hacerse famoso. Sus vecinos se acercaron para darle palmadas en la espalda, o para asentir y sonreírle con intención. Las piernas le dolían después de dar caza al hombre amarillo y tenía los nudillos magullados. No pensó en detenerse en su habitación otra vez, solo se limitó a pasar al lado de camino a la calle Sutton para reunirse con la familia Chase. Cuando una sombra se agitó a su lado, estuvo a punto de sonreír y rechazar con un modesto gesto de la mano las nuevas felicitaciones.

—¡Está hecho usted todo un héroe conquistador, señor Graves!

Graves sintió que se le caía el alma a los pies. Conocía aquella voz y aquel no iba a ser un encuentro agradable. La sombra se desprendió del muro. Un hombre alto, de aspecto marchito y con

los dientes verdes le sonrió como el cocodrilo que Graves había visto en una exposición en Vauxhall el año anterior.

—Señor Molloy. Buenas tardes.

—¿A que lo son? Solo una cosa podría hacerlas más agradables todavía... —Hizo una pausa y atrajo a Graves de nuevo a las sombras por un momento cuando un grupo de hombres con escarapelas azules en el sombrero y las caras sucias de hollín pasaron en tromba junto a ellos. Tras lo cual soltó el brazo de Graves y continuó como si no hubiera pasado nada—... y es mi dinero.

—No tengo dinero.

—Entonces no debería haberse comprado usted esa bonita levita, ni los zapatos nuevos. El sastre me ha vendido su cuenta y a mí me va a pagar o lo veré en la cárcel de Marshalsea el lunes por la noche.

La sonrisa no se le despegó un momento de la cara mientras hablaba. Graves levantó los brazos.

—¡Por el amor de Dios, tenga compasión! ¡Han asesinado a mi amigo y sus hijos han quedado a mi

cuidado! Durante unos días no podré ocuparme de este asunto.

—Sí, ya he oído hablar de sus aventuras, hijo. Es la comidilla de la parroquia... encomiable, sin duda. Le aprecio por lo que hizo, y siento mucho su pérdida, pero la compasión no hace rico a un hombre, sabe. Y yo tengo el capricho de ser un hombre rico. Por cierto, Adams tenía un bonito negocio en esa tienda, ¿no es cierto?

Graves se irguió más todavía.

—¿Cree que iba a robársela a sus hijos? ¿Qué clase de criatura es usted?

Molloy se rió a carcajadas hasta que tuvo que parar para respirar y escupir en el suelo.

—Con que criatura, ¿eh? Bueno, al menos yo he pagado la levita con la que me paseo. —Graves se ruborizó—. Veinte chelines es a lo que asciende la deuda. No desearía avergonzarlo pidiéndoselo al señor Chase mientras está usted bajo su techo, echándoles un ojo a sus pequeños pupilos.

Graves sintió que empalidecía.

—¡Cómo que veinte chelines! No puede llegar a la mitad de eso lo que adeudo.

—Ah, los escritoruelos como usted jamás entenderán cómo funciona el interés, ¿verdad? — Molloy sacudió la cabeza con tristeza ante lo que pasaba por un hombre con estudios en esos tiempos—. Bueno, quizá consiga usted una pequeña recompensa, si es que está demasiado ocupado corriendo por las calles para practicar su oficio. Eso es asunto suyo. Usted solo asegúrese de que tengo el dinero en la mano el lunes antes de la hora de la cena, y yo me quitaré el sombrero ante usted como todo un amigo. Retrásese y antes de lo que canta un gallo se verá encerrado en la prisión.

Graves sintió que se le hundían los hombros.

—Se lo pondré fácil, Graves. No me alejaré demasiado de la calle Sutton durante el próximo par de días. Así sabrá cómo encontrarme.

Molloy se llevó una mano al ala del sombrero y pareció desaparecer otra vez en las sombras sin un solo sonido. Graves se quedó hundido por un instante, después irguió la espalda y continuó su camino hacia la casa del señor Chase.

*18 de abril de 1775, Boston, bahía de Massachusetts, América*

Fue una cuestión de mala suerte, y por supuesto todo el mundo sabía que el capitán Devaille era un necio, nadie en el regimiento podía entender por qué no había pedido el traslado a otro sitio cuando los habían enviado a América, pero no habría hablado como lo había hecho si hubiera sabido que Hugh estaba lo suficientemente cerca como para oírlo. Thornleigh se había parado un momento ante la puerta del comedor de oficiales para quitarse parte del polvo de Boston de los zapatos, así que Hawkshaw se había adelantado unos pasos y estaba saludando a sus compañeros y pidiendo noticias y vino de Burdeos a gritos, todo en el mismo aliento.

El capitán Devaille oyó su voz y empezó a hablar sin volverse.

—¡Hawkshaw! Tú eres íntimo de Thornleigh, ¿no? ¿Cómo lleva la noticia de que el conde de Sussex se haya casado con su puta? ¡Menuda madre la que le espera en casa!

Se hizo un horrible silencio, Devaille se volvió de repente en la silla y maldijo cuando vio los hombros anchos de Hugh formar una sombra en la puerta. Se levantó, tieso como un palo y muy pálido. Apretó las manos a los lados.

—Thornleigh. M-mis disculpas —tartamudeó Devaille—. Yo... Me escribió mi padre, la carta llegó no hace ni una hora.

Hugh se adelantó un paso con una rabia asesina en el rostro. Hawkshaw se interpuso y miró a Devaille.

—Hemos salido a montar. No hemos visto la correspondencia todavía, pero no cabe duda de que hay algún error.

Devaille parecía a punto de ponerse a vomitar; fue incapaz de mirar los ojos negros de Hugh, todavía clavados en él por encima del hombro de Hawkshaw.

—Sin duda, Hawkshaw. Por supuesto.

—Algún otro conde de Sussex, es de suponer — dijo otra voz alargando las palabras.

Hawkshaw miró con furia en la dirección de la que provenía. Un teniente maduro, Gregson, que con su bien cortada casaca parecía haber confundido el comedor de oficiales con el saloncito de una duquesa, le sonrió con dulzura. Hawkshaw se volvió hacia Hugh.

—Vamos, Thornleigh. Ven conmigo. Veamos qué noticias de Inglaterra tenemos.

Pero Hugh dio medio paso más, en apariencia sin escuchar a su amigo. La silla de Devaille arañó el suelo de piedra cuando retrocedió por delante del otro.

—Maldita sea, Hugh —suspiró Hawkshaw—. Ya habrá tiempo de matar y que nos maten mañana.

—Oh, lo de mañana será como robar mantequilla de la mesa de los niños —canturreó la voz de Gregson otra vez—. Una pequeña marcha a paso vivo por el campo, volamos algo de pólvora que los rebeldes hayan juntado por ahí, y volvemos corriendo a casa.

Hawkshaw se volvió hacia él.

—Es usted muy franco con los planes de nuestro ejército, señor.

Gregson levantó la mano como si quisiera repeler con suavidad la irritación de Hawkshaw.

—Estamos entre amigos, ¿no es cierto?

Antes de que Hawkshaw pudiera responder, Hugh se había dado la vuelta y salía en tromba por la puerta, que traqueteó un poco tras él. Hawkshaw se frotó la cara y se dejó caer en una silla. No tardaron en ponerle delante vino y comida.

—Gracias, Hawkshaw —dijo Devaille por lo bajo.

—Eres un puto idiota, Devaille —respondió el otro sin demasiada acritud—. Y si luchas con tan poco cuidado como hablas, no me vas a molestar mucho más tiempo.

Y empezó a comer.

A medida que la tarde iba cayendo, el ambiente en el campamento se fue cargando más con la promesa de la lucha inminente.

Los comentarios de Devaille se fueron confirmando, primero por medio de otro oficial, que había recibido cartas de su casa que contenían algunos chismorreos, y luego en un párrafo de un ejemplar de la publicación *Gentleman's Magazine* que ya tenía un mes y que iba de mano en mano por el comedor. A Hawkshaw se la pasaron abierta por la página que todos miraban y con un golpecito de un pulgar en el párrafo central.

*Parece que no hay nadie, ni siquiera entre los personajes de más alcurnia de nuestra tierra, que sea inmune a las terribles pasiones y persuasiones de la gran belleza. El titular de uno de los condados más antiguos e inmaculados de Inglaterra, lord T\_\_ de la mansión T\_\_ de Sussex, ha ido contra los deseos de todos sus amigos y no ha mucho que se ha casado con la señorita Jemima B\_\_, también conocida por su nombre profesional, «La Gloriosa Jemima», cuando honra al público de Covent Garden con*

*sus interpretaciones de diferentes danzas de todo el mundo. De la dama en cuestión se sabe que es amiga de varios miembros más de la aristocracia, si bien no de sus esposas. Por mucho que nos duela, no podemos soslayar que el vizconde de H\_\_, hijo y heredero de lord T\_\_, fue expulsado hace unos diez años de su familia por amar de forma honorable y desear casarse con una joven dama, humilde pero hermosa y de carácter intachable, y se ha abierto camino en el más absoluto anonimato desde entonces.*

Hawkshaw arrojó el periódico al suelo, salió fuera y siguió andando sin rumbo fijo hasta que se encontró al borde del campamento. El cielo comenzaba a desangrarse de su luz. Pensó en el enfrentamiento del día siguiente. Podía sentir que empezaba a circular por sus venas la calma antinatural que siempre experimentaba antes y durante la batalla. Le sonrió, como si saludara a un viejo amigo. Oyó unos pasos tras él, era Gregson,

que seguramente también estaba buscando algo de paz. El otro se acercó con un asentimiento y le ofreció a Hawkshaw un cigarro de un estuche de cuero que llevaba en el bolsillo del pecho. Hawkshaw dudó un segundo, pero lo cogió y se lo agradeció con gesto formal antes de encenderlo e inhalar el denso humo gris que le rodó por la boca.

—¿Ha visto a Thornleigh desde que se enteró?  
—preguntó el teniente.

Hawkshaw negó con la cabeza.

—Decidí que era mejor dejarlo con sus propios pensamientos. Lo cierto es que recibió unas cartas de casa. Es de suponer que habrá algo del conde. Pero ya conoce a Thornleigh. No querrá hablar de su familia con ninguno de nosotros.

Oyeron una rama que crujía tras ellos.

—¿Quién anda ahí? —les preguntó Gregson a las sombras de un pequeño grupo de árboles bajos y tupidos que había a un par de metros de distancia —. ¡Salga para que lo veamos!

Un hombre delgado de mediana edad salió a la luz. Llevaba leña bajo el brazo.

—Disculpe, señor. Soy Shapin. Ayudo en las

cocinas.

El hombre sostuvo la leña delante de él como si ofreciera sus papeles para que los inspeccionaran. Iba vestido con los tejidos bastos de los agricultores y los jornaleros. Tenía la espalda un poco encorvada y en el cuello resplandecía una cicatriz larga y pálida bajo un bronceado de otro modo intenso. Su acento tenía un deje americano, pero todavía se podía oír a la madre patria por debajo, como el aroma de una mujer aferrándose a un pañuelo aunque su dueña ya hiciera tiempo que se hubiera ido.

—¿Qué estás haciendo escabulléndote entre las sombras, Shapin?

Este pareció pensar que aquella era una pregunta bastante tonta dadas las circunstancias, e hizo traquetear los palos que llevaba.

—Recoger ramitas, señor. Entonces oí el nombre de Thornleigh y me llamó la atención. ¿Uno de los hijos del conde de Sussex está sirviendo aquí? ¿Es el señor Alexander o el señor Hugh? —Los miró con expectación. Los dos oficiales intercambiaron una mirada y Hawkshaw se encogió de hombros.

—El honorable Hugh Thornleigh es capitán de granaderos en mi regimiento.

Shapin pareció complacido.

—¡Me alegro mucho! Yo serví a la familia en Inglaterra, sabe. Conocí al señor Hugh cuando solo era un niño, antes de que muriera su madre. —Una idea repentina pareció cruzar la mente de Shapin, que se ruborizó y apretó los palos contra el pecho —. Debo regresar. Haré falta en las cocinas.

Se alejó otra vez en dirección al campamento antes de que los oficiales tuvieran oportunidad de hablar con él de nuevo. Lo observaron irse a la carrera.

—¿Cree que podría ser un espía, Hawkshaw?

—Bueno, si lo es, se le da bastante mal.

Los caballeros volvieron a concentrarse en sus puros y en debatir la batalla venidera.

Una vez cumplidas sus obligaciones, Hawkshaw seguía sin poder sosegar, y aunque sabía que debería estar descansando para prepararse para la

marcha nocturna que tenía por delante, había decidido hacerle una visita a Shapin en la cocina. Tenía el plan, no muy definido todavía, de presentárselo a Hugh para intentar sacarlo de ese mal humor en el que lo había sumido la noticia de la boda de su padre. Su visita no cayó muy bien. Cuando preguntó por el hombre, el intendente lo maldijo.

—¿Así que fue usted el que espantó a Shapin, eh, capitán?

—No veo cómo he podido ponerlo nervioso.

—Bueno, pues alguien lo puso. —El hombre escupió en el suelo de tierra—. Entró aquí todo blanco y se quedó mirando a su alrededor como si hubiera perdido la chaveta, y luego va y tira la leña y sale de aquí pitando como si lo persiguiera el mismo demonio.

—Afirmó conocer a la familia del capitán Thornleigh, en Sussex.

Uno de los leales a la monarquía que pasaba por allí lo oyó y se echó a reír.

—Pues seguro que fue eso. Lo deportaron por robarle a esa familia, vino aquí como sirviente

obligado hace sus buenos veinte años. Yo siempre me he preguntado por qué andaba por nuestro campamento. Bien sabe Dios que no tiene ninguna razón para amar Inglaterra. Seguro que pensó que el capitán Thornleigh había venido hasta aquí solo para colgarlo.

Hawkshaw se volvió hacia el hombre.

—¿Por robo, dice?

—Sí, eso es lo que he oído. Y ojalá dejaran ustedes de mandarnos aquí a sus delincuentes. Ya tenemos gente de sobra a la que habría que colgar, muchas gracias. —El hombre hizo una pausa y se frotó la barbilla—. Claro que, poco después de llegar, una vez intentó ahorrarnos la carga de tener que cuidarlo. —Se pasó un dedo por la garganta y Hawkshaw recordó la cicatriz—. Al final resultó que no se le daba mejor que robar. Lo remendaron y lo pusieron otra vez a trabajar.

—¿No intentó regresar a casa cuando finalizó su periodo de deportación?

—Dudo que tuviera motivos por los que volver. Muchos de ellos se desaniman, o dejan de pensar en volver después de diez años.

Hawkshaw frunció el ceño.

—¿Adónde cree usted que ha ido?

—Seguramente se ha planteado a quién le debe lealtad y se ha pasado a los rebeldes. La próxima vez que lo vea, estará agitando el trabuco de alguna abuela y lo estará apuntando a usted con él.

Hawkshaw asintió y salió sin prisas del edificio.

# Tercera parte

## **III.1**

*Domingo, 4 de junio de 1780*

A Crowther le sorprendió lo rápido que empezó a agradarle la vida y el ambiente en Caveley Park. Ese día el ama de llaves le sonrió cuando le abrió la puerta, luego lo acompañaron al salón para aguardar allí el regreso de la iglesia de las damas. Miró por la ventana y vio al niño lanzándose por el césped del jardín imitando el vuelo de los cuervos bajo la atenta mirada de la niñera, que acunaba al bebé de la familia en los brazos. Cuando Crowther era niño, el servicio religioso de los domingos era una cita ineludible, hasta que aprendió cuándo tenía que desaparecer y ocultarse. Tenía que ser en un momento lo bastante próximo a la hora de marcharse su familia como para hacer imposible una búsqueda meticulosa. Y a ese chiquillo se le entregaba toda esa libertad y aire

fresco como si fuesen suyos por derecho. Se preguntó si Stephen seguiría los pasos de su padre en el mar. Unos cuantos años más de juegos y luego una vida de salitre y guardias en cubierta.

Crowther continuó observando hasta que el niño levantó la cabeza y, al verlo, saludó. La doncella, con la atención fija en Stephen hasta ese momento, se volvió también y alzó la mano con una sonrisa. Crowther le devolvió la sonrisa, subió la mano con un pequeño aleteo y la dejó caer cuando el niño salió disparado. Una emoción extraña le constreñía el pecho. Carraspeó y se volvió hacia la habitación. No tuvo que esperar mucho antes de oír cierto frenesí en la puerta y los saludos a gritos de Stephen que anunciaban que Harriet y Rachel habían vuelto.

La señora Westerman entró como un vendaval en la sala, los ojos brillantes de alegría y su hijo bailoteando tras sus talones. Rachel la seguía con paso más comedido. Crowther se levantó, pero un ademán lo hizo recuperar su asiento mientras la señora Westerman se quitaba el sombrero, lo dejaba caer en la mesa y se derrumbaba en uno de

los canapés. Rachel recogió el sombrero de su hermana y agitó las cintas para que quedaran rectas antes de quitarse el suyo.

—¡Crowther! Me alegro de verlo aquí. Temíamos por nuestra reputación, pero nos hemos convertido en auténticos faros morales. ¡Señora Heathcote!

La susodicha metió la cabeza en la habitación. Esbozaba una amplísima sonrisa.

—¿Va a querer café, señora?

—Exacto. ¿Qué la ha hecho reír, señora? ¿Le ha estado contando David el papel principal que hemos tenido en el sermón de hoy? ¿No es para usted un honor estar trabajando para semejante dechado de virtudes?

La señora Heathcote sonrió otra vez.

—Desde luego que es un honor, señora. —Se volvió hacia Rachel—. ¿Me los llevo, señorita? —Y se alejó con los sombreros de las damas.

Crowther esperó y cuando Harriet lo miró, alzó una ceja. Ella estalló en carcajadas y se arregló las faldas del vestido, después se sentó a Stephen en las rodillas y le revolvió el pelo.

—Oh, es una auténtica tontería. El vicario decidió que el texto de hoy sería el del buen samaritano y nos puso a Rachel, a usted y a mí como ejemplos por asistir... ¿cómo lo dijo? Ah, sí, a «los últimos rituales solitarios de una vida dilapidada». He notado que se excede un poco con las aliteraciones para provocar según qué efectos. Alguien debería hablar con él.

Harriet empezó a quitarse los guantes mientras hablaba. A Stephen le permitieron ayudar y corrió peligro constante de caerse de su atalaya, tan vigorosos fueron sus esfuerzos al tironear de los dedos de su madre. Crowther pensó por un instante en la sangre de la enfermera Bray que había manchado aquella palma.

—Cuánta tontería. Él ni siquiera habría estado allí si no hubiéramos llegado nosotros, y a nosotros mi hermana tuvo que intimidarnos como una diablesa. Rachel es la única que puede pensar en este asunto sin ruborizarse.

Rachel había intentado ponerse seria durante el discurso sin lograrlo pero, al oír las últimas palabras, su semblante adquirió un gesto más

solemne.

—Y el señor Thornleigh. Él sí que iba a ir.

Crowther miró a Harriet. Esta arrugó la nariz hacia él. El anatomista no supo qué pensar del gesto. Harriet le dio a su hijo un inmenso abrazo, lo puso en el suelo, lo sostuvo a cierta distancia y le rodeó la cara suave con las manos.

—Tienes el pelo hecho un desastre, jovencito. Muy bien, ya nos has visto lo suficiente. Vete a ensuciarte como es debido hasta que te llamen para cenar.

El niño le sonrió a su madre y se fue otra vez al jardín. Rachel se volvió hacia Crowther.

—Sé lo del cuchillo, señor Crowther. El modo en que estaba manchado, quiero decir. Obligué a Harriet a que me lo dijera antes de irme a la cama anoche.

Harriet se inclinó hacia delante con los codos en las rodillas y apoyó la barbilla en la mano.

—Me temo que insistió muchísimo, y me preguntó si podía escucharnos debatir cómo están las cosas esta mañana. Accedí, si a usted no le parece mal.

Crowther sintió los ojos de las mujeres puestos en él y cambió de posición, incómodo, en la silla.

—Con el mayor de los respetos, señorita Trench, la señora Westerman es una mujer casada y con gran experiencia. Mientras que usted, hay elementos, conjeturas que podríamos hacer, que no serán apropiadas para...

—¡No soy una niña, señor Crowther! —dijo Rachel.

La puerta se abrió en el mismo momento en que lo dijo y la señora Heathcote entró sin ruido con el café.

—Pues, señorita, lo parecerá usted todavía menos si aprende a dominar su genio, si no le importa que se lo diga. —El ama de llaves colocó la bandeja junto a Harriet y se volvió hacia Crowther—. Son buenas chicas, las hermanas Trench, señor Crowther. Pero por cómo se ponen a veces, cualquiera diría que no tienen ni idea de cómo comportarse en una casa decente. Con todo, quizá maduren con la edad.

La buena señora se volvió sin esperar respuesta y salió con aire majestuoso del saloncito con la

cabeza muy alta. Crowther se la quedó mirando con auténtico asombro. Las dos mujeres se quedaron un poco cariacontecidas un momento, pero al ver la expresión de Crowther, se echaron a reír. Harriet empezó a servir el café.

—Me temo, señor Crowther, que soy el ama y señora de esta casa solo con el permiso de la señora Heathcote. Y me parece que es muy capaz de quitármelo todo si cree que me estoy portando mal. Piensa que necesitamos una madre, puesto que perdimos a la nuestra cuando Rachel era solo una niña, y ahora ella suple ese papel.

Rachel cogió la taza llena de café de manos de su hermana y se la pasó a Crowther.

—Su marido es igual. James dice que es capitán solo mientras Heathcote piense que lo está haciendo como es debido. Cuando están los dos en casa, vivimos aterrorizados.

Crowther sonrió y tomó un sorbo de café; después, al ser consciente de que Rachel todavía lo miraba con firmeza, suspiró.

—Preferiría que no nos oyera, señorita Trench, porque es posible, como ya he dicho, que

tengamos cosas desagradables que decir y no deseo disgustarla de ningún modo. —Rachel se ruborizó un poco y se mordió el labio mientras Crowther continuaba—. Sin embargo, lo que imaginamos que se está diciendo suele ser peor que lo que se está diciendo en realidad, así que si usted se ha ganado a su hermana, yo no puedo poner objeciones.

Rachel cogió su taza de café y se acomodó con expresión satisfecha.

—Gracias. Bueno —miró a uno y luego al otro—, explicadlo todo desde el principio.

Colocaron la caja en medio de la mesa. Susan, Graves y la señorita Chase se sentaron alrededor y contemplaron sus suaves laterales negros con suspicacia. Jonathan y la señora Chase, que había cruzado tranquilamente sus brazos sobre el amplio estómago, permanecían a un lado. La familia acababa de regresar de la iglesia y había llegado el momento que habían considerado más oportuno

para examinar sus secretos. La señora Chase los miró a todos y luego se dirigió al niño, que permanecía a su lado.

—¿Vamos a ayudar a la cocina, Jonathan? Y más tarde tengo una caja entera de cintas que hay que ordenar. ¿Dejamos a esta gente con sus papeles?

El pequeño se puso serio, lo pensó un instante, asintió y dejó que se lo llevaran de la habitación. La puerta se cerró tras ellos.

—¿Y bien, Susan?

Graves intentó sonreírle. Ella alzó los ojos y lo miró.

—¿Quién es ese hombre de fuera, señor Graves? No pareció usted muy contento de verlo.

—Se llama Molloy. Tengo algún negocio con él, pero no tiene nada que ver con tu padre, Susan, te lo prometo.

La niña asintió y acercó la caja hacia ella con cierto esfuerzo; al cabo levantó la tapa.

Eran sobre todo papeles, pero encima de ellos había dos paquetitos envueltos en trozos de cuero suave. Susan sacó el primero y se lo pasó sin decir nada a Graves. Este lo cogió y la niña lo observó

muy atenta mientras él lo desenvolvía. Era el retrato en miniatura de la madre de Susan que Graves recordaba que Alexander le había enseñado una vez. Había una versión más grande de ese mismo retrato colgada en el saloncito de la casa de Alexander, estaba allí para velar por ellos, pero había una delicadeza en ese retratito que faltaba en la versión más grande. Se lo volvió a pasar a Susan y la niña lo sostuvo en la palma de la mano.

—Creo que Jonathan y yo ahora estamos bastante solos en el mundo, ¿no es verdad?

Graves sintió que le ardía la garganta, pero asintió poco a poco.

—Pero usted y la señorita Chase nos ayudarán, ¿verdad, señor Graves?

—Siempre.

Susan se secó los ojos con la punta de los dedos y sacó el otro paquetito, que de nuevo entregó a Graves. Él la sacudió con suavidad y cayó en su mano una elegante alianza de oro. El anillito relucía con un diminuto nido de zafiros. Graves tuvo la sensación de que estaba caliente.

—De tu madre, creo, Susan.

La niña lo cogió y tocó los brillantes con las yemas de los dedos, entonces le empezaron a temblar los hombros y la señorita Chase puso una mano en el brazo de la niña.

—¿Qué ocurre, Susan? ¿Te duele verlo?

La niña miró con cara de espanto a uno y otro adulto.

—¡No sé qué hacer con él! ¿Debo ponérmelo? Creo que me va a quedar muy grande. ¡Y si se me cayera en la calle!

Susan enterró la cabeza en el hombro de la señorita Chase y se echó a llorar con tal tristeza que Graves casi se asustó por ella. Miró a la señorita Chase y abrió la boca con la esperanza de encontrar algo útil que decir, pero ella sacudió la cabeza de modo casi imperceptible y acunó y acalló a la pequeña hasta que sus sollozos comenzaron a calmarse. Después, con una mano se palpó el cuello y sacó una sencilla cadena de oro que le colgaba bajo el canesú.

—Susan, cielo, tengo una idea. Creo que estaría muy bien que te pusieras el anillo de tu madre.

Vamos a colgarlo de esta vieja cadena mía.

Susan alzó la cabeza, no muy segura, pero esperanzada.

—Pero es suya —dijo.

La señorita Chase la miró muy seria.

—Es un regalo que te hago. Mira, el cierre es muy sólido. —Susan manipuló el pequeño mecanismo y se mordió el labio—. Ahora podemos poner tu anillo en la cadena —así lo hizo— y colgártelo alrededor del cuello.

Susan dejó que le pasaran la cadenita por la cabeza y levantó el anillo para que reflejara la luz.

—Ya está —dijo la señorita Chase al tiempo que se echaba hacia atrás—. Puedes llevarla bajo el canesú, como hacía yo, así siempre tendrás la alianza cerca del corazón y tan segura como si estuviera en el Banco de Inglaterra.

Susan sonrió, un poco cohibida, y se guardó la cadena. Graves la observó, sus sentimientos como admirador de la mujer y protector de la niña se precipitaban por su pecho como acróbatas agitando banderolas. Susan se acurrucó otra vez en el abrazo de la señorita Chase y las dos miraron la

caja, la gran pila de papeles que contenía hizo que Susan se encogiera contra el brazo de la señorita Chase. Sin soltar a la niña, la señorita Chase estiró un brazo, cerró la tapa negra y ocultó de nuevo los papeles. Graves se removió un poco, como si quisiera protestar, pero se encontró con la mirada imperativa de los ojos de su amiga.

—Ya basta por ahora. Podemos mirar los papeles más tarde. No se irán a ninguna parte y creo que Susan y yo deberíamos dar un paseo por la plaza.

Graves oyó suspirar a Susan de alivio y optó por guardar silencio.

## III.2

Harriet tomó un sorbo de su café y empezó a dar golpecitos impacientes con el pie en la alfombra. Crowther se preguntó cómo se las había arreglado para contener su energía en el espacio relativamente pequeño de uno de los barcos de su majestad. Incluso en el campo daba la sensación de que nunca tenía espacio suficiente para moverse. Mientras ella ordenaba sus pensamientos para hablar con su hermana, Crowther reflexionó. Quizá no era el espacio físico lo que la limitaba, sino las delicadas presiones de las expectativas y la costumbre que entrelazaban el mundo que los rodeaba con cuerdas y nudos apretados. Invisibles y hechos de un material tan resbaladizo y delicado como la seda, pero fuertes y tensos a pesar de todo. La dama se adelantó en su silla y empezó a hablar.

—Muy bien. Según parece, Hugh le pidió a Joshua Cartwright que encontrara a alguien para que buscara a Alexander, el heredero de

Thornleigh y de su título. Contrataron a ese hombre, Carter Brook, y es obvio que encontró algo, lo sabemos por el anillo de Alexander que llevaba, pero cuando fue a reunirse con Hugh en el bosque, lo atacaron y asesinaron antes de que pudiera decirle nada a Hugh.

—Eso dice el señor Thornleigh —murmuró Crowther sin dejar de mirar a Rachel. Pensó que la chica debía de estar preparada para ello, puesto que la insinuación de que el hombre que una vez había amado pudiera ser un mentiroso y un asesino no provocó ninguna reacción.

En su lugar, la joven se dirigió con calma a su hermana.

—Entonces encontrar, o evitar que se encuentre a Alexander, es lo que está en el fondo de todo este asunto, ¿no?

—Sí. —Harriet ladeó un poco la cabeza para mirar por la ventana mientras hablaba—. Toda la riqueza de la propiedad y el título depende de que se encuentre a Alexander, como sabéis. Aunque, por supuesto, si no se le puede hallar, o se averigua que está muerto, o se le declara muerto

tras llevar a cabo las investigaciones pertinentes, entonces Hugh lo hereda todo. De momento es solo de común acuerdo que dirija él la propiedad.

Crowther se aclaró la garganta.

—Me he preguntado por qué la familia no ha tomado medidas ya para que se declare muerto al vizconde de Hardew. Su ausencia se prolonga desde hace mucho, y no parece que se haya sabido nada de él.

Harriet se encogió de hombros.

—El lord actual sigue vivo, por decirlo así. Quizá por eso la familia no cree que el caso sea urgente. Ya ha sobrevivido cinco años en esa vida a medias.

—¿Hugh no le parece lo bastante ambicioso para asumir el título?

—¡En absoluto! ¿A usted sí, Crowther?

—No. Por lo que he visto de él, creo que solo desea repartir su tiempo entre la caza y la botella. Pero podría estar muy equivocado. Algo lo desquicia, le amarga la vida. Es posible que sea el hecho de tener la responsabilidad de la riqueza de la familia, pero no el poder de disfrutarla. Eso

quizá le haga desear el regreso de Alexander, como dice, o quizá lo que desee es que el heredero perdido se vaya al infierno.

La atención de Crowther y Harriet se había concentrado entre ellos durante el intercambio. Cuando Rachel habló, con tono sereno y firme, los dos se volvieron hacia ella un poco sorprendidos de encontrarse con que eran tres en la conversación.

—Supongamos que todo lo que dijeron Hugh y el señor Cartwright delante del juez instructor era verdad y que Hugh solo actuó movido por el bien de su familia y no el suyo propio... ¿entonces por qué Hugh no dio instrucciones a su administrador, Wicksteed, para que intentara averiguar algo de su hermano? Desde que llegó, Hugh ha dejado todos los asuntos importantes de la propiedad a su cuidado.

—Solo puedo concluir que Hugh quería reunir información y actuar en consecuencia, pero en secreto, como insinuó en la vista —respondió Crowther—. Me sorprendió, y me extrañó en no escasa medida, cuando achacó tanto secreto a un

deseo de proteger los sentimientos de lady Thornleigh. A menos que pensara que pudiera ser más dura en su trato y actitud hacia Alexander si este estuviera en una situación difícil o —hizo una pausa antes de continuar— escandalosa de algún tipo. Y sin embargo, los comentarios de su madrastra sobre alarmar duquesas no sugieren que le fuera a importar mucho si la situación de Alexander fuera... irregular. Y si está vivo, ella depende tanto de su buena voluntad como Hugh. Si no más.

Rachel asintió. Crowther se recostó en su sillón con los dedos tocándose las puntas delante del pecho y continuó.

—¿Entonces de quién quería ocultar el asunto? ¿Wicksteed es más leal a Hugh debido a su relación en el ejército, o lady Thornleigh ha adquirido influencia sobre él? ¿Y qué tiene Hugh que temer de cualquiera de ellos? ¿Qué dice nuestra costurera, señora Westerman?

Harriet hizo una mueca.

—En la mansión se chismorrea que Wicksteed ayuda mucho a lady Thornleigh, y fuera cual fuera

su relación anterior, nadie en la mansión cree que Wicksteed sea una de las personas favoritas de Hugh.

—Debe de sentirse muy sola en esa gran casa —murmuró Rachel.

—¿Y —Crowther se inclinó hacia delante— Hugh teme a lady Thornleigh de algún modo?

—Él tolera la presencia de la mujer de su padre a regañadientes y no piensa en absoluto en ella, creo —respondió Harriet—. Al menos esa era la sensación que yo tenía cuando estábamos en buenos términos. —La dama hizo una pausa y pareció un poco cohibida—. Pero he pensado con frecuencia que hay algo misterioso en su relación con Claver Wicksteed. Ese hombre parece ejercer un gran poder en la casa, y yo siempre he tenido la impresión de que inquieta a Hugh. No se me ocurre por qué Hugh puso a un hombre que al parecer le desagrada tanto en una posición de tanto poder en su casa.

—Así que Wicksteed es un hombre, suponemos, de orígenes relativamente oscuros, y sean cuales sean los talentos o méritos que posea, no hay nada

en su vida anterior, que nosotros sepamos, que sugiera que está cualificado para ser quien ostenta el poder en una de las casas más ricas del condado... y sin embargo lo es. —Crowther se rascó la barbilla—. Tenemos que ver qué podemos averiguar sobre ese hombre. Si tiene alguna influencia secreta sobre Hugh, no es probable que quiera ver el regreso del heredero legítimo de la mansión Thornleigh. Wicksteed no va a tener ese mismo poder sobre el heredero, Alexander, si se le encuentra y se le incita a volver a casa.

Harriet se quedó mirando el fondo de su taza de café como si quisiera leer el porvenir en él.

—Eso tiene cierto sentido —asintió.

—¿Pero cuál es la naturaleza del poder que Wicksteed tiene sobre Hugh? ¿Existe en realidad? ¿No podría ser solo que Hugh cree que es un buen gestor, aunque él no le tenga demasiado aprecio? —dijo Rachel, no muy convencida.

Crowther la miró muy serio.

—Debemos sospechar de todo, y no creer nada hasta que tengamos prueba de ello.

—Esa parece una filosofía inmoral, señor

Crowther. —Rachel le sonrió y él le devolvió la sonrisa.

Harriet había empezado otra vez a tamborilear con los dedos sobre la tela del sofá.

—La señora Mortimer no sabe la influencia que pudiera tener Wicksteed sobre Hugh, y si Belinda Mortimer no lo sabe, puedo garantizaros que nadie más en esa casa lo entiende tampoco. Y creo que la señora Mortimer me ha contado todo lo que sabe.

—Vi a su sobrino llegar muy contento a los establos —dijo Rachel.

Harriet le sonrió.

—Bueno, digamos que pienso gastarme todo lo que has ganado con las pomadas para la piel en darle empleo, y en comprarles a él y a James botas nuevas.

—Si Hugh es inocente —dijo Rachel con un suspiro—, ¿cree usted, señor Crowther, que quizá Wicksteed habría matado a Brook para evitar que Hugh descubriera dónde está Alexander?

—Quizá. A mí me parece que Wicksteed ha luchado mucho por todo lo que tiene. Y es de todos

sabido que cuando un hombre ha tenido que ganarse a pulso una posición o dinero, detesta renunciar a ello.

Rachel clavó los ojos con tristeza en la nada y empezó a retorcer una esquina de su vestido con la mano derecha antes de hablar en voz muy baja.

—Al contrario que Alexander, que se limitó a alejarse de todo sin más.

Crowther sintió un cosquilleo en la nuca y su propia voz, cuando habló, le pareció muy lejana.

—Aquello con lo que nos criamos, si abunda, solemos valorarlo mucho menos, por regla general.

Cada uno de ellos se quedó mirando en silencio diferentes partes del follaje tejido con pericia en las alfombras del comedor. Harriet fue la primera en moverse.

—Está usted lleno de epigramas hoy, Crowther. Deberíamos reunirlos todos en un libro para edificación del pueblo. —El anatomista le dedicó una pequeña reverencia desde su silla—. Debemos ir a ver al señor Thornleigh —continuó Harriet y añadió mirando a su hermana—: Tú no, cielo, solo

Crowther y yo.

—Dudo mucho que haga otra cosa que no sea mandarnos al infierno, y me extrañaría que nos contara lo que Wicksteed sabe de él, si es que hay algo.

—Pues que nos mande al infierno. Pero si es inocente, debemos intentar ayudarlo.

—¿Y la enfermera? ¿Por qué la asesinaron a ella? —Rachel alzó la cabeza y los miró—. Presumo que no fue por su propia mano por lo que murió.

—La asesinaron —asintió Crowther con gravedad—. No me cabe ninguna duda.

Harriet se levantó y empezó a pasearse por el salón entre Crowther y su hermana. Rachel la seguía con los ojos, Crowther unió las manos como si fuese a rezar y continuó mirando al suelo y escuchando hablar a las hermanas.

—¿Pero qué parte podría haber tenido ella en este asunto? —se preguntó Harriet en voz alta.

—Quizá ella sí conocía la influencia que tenía Wicksteed sobre Hugh —respondió Rachel.

Harriet interrumpió sus paseos y se volvió hacia

su hermana.

—Quizá eso era lo que contenían esas cartas, ¿pero cómo podía saberlo ella, cuya relación con la casa fue muy corta, mientras que la señora Mortimer, que ha estado allí con regularidad desde antes de que nacieran Hugh y Alexander, no lo sabe?

Crowther sintió que el aire a su alrededor cambiaba; un espacio, listo para un nuevo pensamiento, pareció abrirse en el centro de su mente. Los jirones de alguna inspiración flotaron a su alrededor. Ojalá pudiera entrelazarlos en su cerebro... Había algo ahí, algo que ansiaba tomar forma.

—¿Cuándo llegó la enfermera de lord Thornleigh a la mansión? —preguntó.

Harriet se volvió hacia él con un encogimiento de hombros.

—Lleva en la zona más tiempo que nosotras. — Se giró de repente hacia su hermana—. ¿No llegó, casi por casualidad, un mes o dos después de que lord Thornleigh se pusiera enfermo?

Rachel asintió.

—Sí, resultó que estaba de camino hacia Brighton, donde vivía su hermana, cuando oyó hablar de lord Thornleigh. Ella había tenido mucha experiencia con estas enfermedades en el pasado, trabajando de enfermera, ya sabe, así que decidió acercarse desde Pulborough y ofrecer sus servicios. La casa entera estuvo encantada de recibirla.

Las dos mujeres miraron a Crowther con curiosidad, conscientes de la tensión que encerraba el cuerpo estrecho del anatomista. Al tiempo que los pensamientos de este iban tomando cuerpo y entrelazándose como una cuerda en su mente, se avergonzó al darse cuenta de que hallaba gran satisfacción en la atención de los dos pares de ojos femeninos, y cuando volvió a hablar, no le faltó cierto aire de actor declamando en el escenario.

—Por supuesto. Las misteriosas cartas de Londres. La llegada de lo más oportuna, luego su asesinato. ¡Ya lo tengo! —Alzó la vista del suelo, los ojos de un azul casi antinatural en el pálido rostro—. La envió Alexander.

### III.3

Harriet comió a toda prisa y Crowther apenas comió. En cuanto los sirvientes los dejaron a los tres solos, la revelación de que Alexander podría haber enviado a la enfermera Bray a Thornleigh se retomó, y las mujeres parecieron listas para aceptarla como hecho consumado.

—No tenemos pruebas —dijo Crowther con tono cansado, y por tercera vez.

—Tendrá que haber una vista mañana para investigar esa muerte —respondió Harriet un poco enfadada—. Quizá la enfermera Bray tenía amigos en la mansión de los que no sabemos nada todavía. Es posible que ellos puedan informarnos.

—Espero por su bien, si existen, que no sepan la dirección de Alexander —suspiró Rachel—. Tenerla parece muy peligroso.

Crowther y Harriet la miraron, aplacados de repente.

—Si yo fuera vosotros —continuó—, antes de ir a la mansión y exigir que Hugh nos cuente si está

bajo el influjo secreto de su administrador, iría a ver lo que podéis sacarle al señor Cartwright. Es el único que sabemos que conoció a Carter Brook cuando vivía, después de todo. El hecho de que se supiera que conocía a Brook lo hizo muy desdichado, quizá no dijo todo lo que sabía de él.

Crowther asintió.

—Tiene usted mucha razón, señorita Trench. Ese quizá sea el mejor camino que podemos tomar.

Rachel se sirvió un poco más de pescado y le sonrió con cierto descaro a Harriet.

—Es muy probable que no desee veros. Así que yo sugeriría un largo paseo bajo este calor casi veraniego hasta el pueblo y un ataque repentino de debilidad justo delante de su tienda, Harriet.

—Este país —comentó Crowther cuando vio sonreír a Harriet— perdió un gran general cuando nació usted mujer, señorita Trench.

—Toda mujer debe pensar como un general de vez en cuando, creo —respondió ella con una ligera inclinación—. Y le alegrará saber que el país también perdió a una gran actriz cuando a mi hermana la criaron para ser una respetable mujer

casada.

Harriet imitó la reverencia de su hermana con una sonrisita un poco torcida.

—No estoy segura de estar comportándome como una respetable mujer casada ahora mismo, Rachel.

Su hermana abrió los ojos solo un poco más.

—¡Oh, Harry, no he dicho que fueras una mujer respetable, solo que te criaron como tal!

Crowther se preguntó si la señora Westerman estaba a punto de arrojar su servilleta y sospechó que a la señorita Trench solo la salvó que se abriera la puerta y entrara la señora Heathcote para retirar los platos.

La señorita Trench no había exagerado las habilidades de su hermana. Crowther vio cómo se preparaba la señora Westerman, cogiendo aire en pequeños suspiros superficiales mientras se acercaban a las contraventanas de la tienda de Cartwright, pero cuando apoyó su peso en él, justo

cuando Crowther podía alcanzar el llamador de la puerta, el anatomista no podría haber distinguido entre un ataque de debilidad genuino y los síntomas que Harriet mostraba. Solo esperaba que su propia interpretación estuviera a la altura de la de su compañera. Dio dos golpes rápidos y urgentes con el llamador en la puerta y en cuanto la abrió la doncella con cara en forma de corazón, la chica que se ponía nerviosa cuando la dejaban sola, Crowther medio guió, medio acarreó a la señora Westerman al interior antes de que la criadita pudiera hacer mucho más que abrir y cerrar la boca. Crowther empujó la primera puerta que vio, que conducía a un modesto saloncito, y sostuvo a Harriet hasta sentarla en un sillón.

La doncella los miró, bastante nerviosa.

—El señor Cartwright se disculpa —dijo con firmeza—, pero está demasiado ocupado con el negocio hoy y no puede recibir visitantes.

Crowther adoptó un ceño severo y se volvió de golpe en redondo.

—Querida muchacha, ¿acaso supones que la señora Westerman o yo tenemos por costumbre

hacer visitas sociales de este modo? —La niña alzó la barbilla—. La señora Westerman se ha indispuerto debido al calor y necesita un lugar donde descansar. Tu señor se puede ir al diablo en lo que a mí respecta.

Harriet alzó la cabeza, la cara todavía arrebolada y la respiración aún forzada, los ojos húmedos y en ellos una súplica.

—Solo necesito un vaso de agua y un momento para recuperarme, Hannah. Encontramos a la enfermera Bray ayer, sabes... Empecé a pensar en ese pobre rostro y...

A Crowther le fascinó ver un gran lagrimón corriéndole por la mejilla. Sin pensarlo siquiera cogió la muñeca femenina con una mano y el reloj con la otra y empezó a tomarle el pulso. Hannah se adelantó con un pequeño suspiro y los hombros tensos.

—Por supuesto que le traeré un poco de agua. Usted quédese ahí, señora. —La chica le lanzó una mirada amarga a Crowther y se dio la vuelta lo bastante rápido como para hacer susurrar sus faldas. La puerta traqueteó tras ella al golpearse el

cerrojo y la jamba.

El pulso de la señora Westerman era tan firme y regular como podría desear cualquier hombre. Crowther levantó los ojos de su reloj y captó la mirada de su compañera. Esta le guiñó un ojo. Oyeron una conversación en murmullos en el pasillo y la puerta se abrió para franquearle la entrada al propio señor de la casa, que traía el agua e inclinaba hacia delante el torso al caminar como si le pareciera peligroso llevar la cabeza más alta que cualquiera de sus invitados.

—¡Querida señora Westerman! ¡Siento tanto que no se encuentre bien!

Le ofreció el vaso y Harriet lo cogió con mano temblorosa.

—¡Señor Cartwright, cuánto siento molestarle!  
—Un rápido aleteo de pestañas y el otro desechó las disculpas con un chasquido de la lengua—. Ya conoce al señor Crowther, supongo. Señor Crowther, este es el señor Cartwright.

Crowther se irguió todo lo que pudo y miró al otro con altanería.

—¡Ah, sí! El hombre de los guantes.

Cartwright esbozó una sonrisa un poco enfermiza.

—Eso es, señor. Como ya he tenido ocasión de comentarle, el nombre está sobre la puerta. Pero, por favor, siéntese. —Dio un paso atrás y volvió a abrir la puerta del pasillo—. ¡Hannah! Trae un poco de esa limonada, si tienes la bondad.

Harriet levantó una mano.

—Le estamos molestando mucho, señor.

—¡En absoluto, en absoluto, señora Westerman!

Crowther se acomodó con un suspiro aburrido bastante convincente y se hizo un momento de silencio mientras los dos hombres observaban a la señora Westerman tomar un sorbo de agua y luego, como si el esfuerzo de sujetarlo fuera excesivo, colocar el vaso en la mesa que tenía al lado.

—Así que fue usted el que encontró al desafortunado señor Brook para que se ocupase de los recados del señor Thornleigh, señor Cartwright —dijo mucho más animada—. ¿Y cómo fue eso?

El hombrecito se puso rígido y la miró con aire confundido. Hannah volvió a entrar con la

limonada y tres vasos vacíos. Harriet pareció recostarse otra vez un poco en su sillón y cogió el suyo con un débil «gracias», pero en cuanto Hannah salió de la habitación, de nuevo su estado pareció mejorar y observó al señor Cartwright con actitud serena y amigable. El dueño de la tienda la miró a ella y luego al anatomista y su piel adquirió un ligero brillo. A Crowther le recordó a un anfibio acorralado.

—Hay un café que visito cuando voy a hacer compras a Londres. Había visto a Brook alguna vez allí. Es posible que, en mis tratos con el capitán Thornleigh, le haya mencionado a algunos de los tipos que había conocido en Londres. — Pareció comprender la importancia de dar la sensación de sentirse un poco más cómodo, así que se recostó en su sillón y cruzó las piernas. Crowther notó por primera vez que su anfitrión vestía unos pantalones con un tono amarillo de lo más singular.

—A veces, para diversión de mis amigos, tengo por costumbre componer pequeños esbozos del carácter de algunos de aquellos con los que me

tropiezo en la gran ciudad. Siempre espero tener algo nuevo para el capitán Thornleigh cuando lo veo.

Harriet le dedicó una inmensa sonrisa.

—¡Qué gran cosa es tener talento para divertir!  
—Cartwright levantó la mano como si quisiera desechar el elogio y se puso un poco colorado—. ¿Así que él sabía que usted quizá podría encontrarle a alguien?

—Supongo, aunque insistí en que no podía responder por el carácter de Brook y aconsejé al capitán Thornleigh muy encarecidamente que no diera adelantos de dinero sin alguna prueba fehaciente.

Crowther unió los dedos y dejó que su mirada vagara con lentitud sobre Cartwright hasta que estuvo seguro de que el hombre era consciente del escrutinio y se inquietaba bajo él.

—¿Por qué se refiere usted al señor Thornleigh siempre por su título militar, señor Cartwright?

El hombrecito se enfurruñó otra vez.

—En otro tiempo tuve esposa e hijo, señor Crowther. También una hija, aunque ahora está

fuera de aquí, casada ya, gracias al Señor. Perdí tanto a mi esposa como a mi hijo durante los primeros años de la Revolución Americana. A mi hijo lo mataron en Boston y mi esposa se puso enferma y murió menos de un mes después de que llegara la noticia. El capitán Thornleigh conocía a mi chico de toda la vida. Lo llevó él mismo a hombros hasta el campamento y le sostuvo la mano mientras moría.

Crowther pensó otra vez en las máscaras que la gente tenía por costumbre ponerse, fundidas con la piel como cosméticos para el espectáculo del día a día. Cuán más interesante era la gente cuando el dolor o la reflexión les limpiaban la cara de grasa y pintura.

—Lo primero que hizo el capitán Thornleigh cuando regresó fue venir a verme, antes de ir siquiera a su propia casa a quitarse la casaca. Vino aquí para decirme que mi Tom había muerto como un hombre, algo que enorgullecería a cualquier padre.

—Fue muy amable por su parte, Joshua —dijo Harriet en voz baja.

El hombre sorbió un poco por la nariz y asintió.

—Y también me tiene presente, incluso después de tantos años. Esta mañana me trajo una botella de algo de la mansión con sus disculpas por involucrarme en este asunto. A veces puede ser mordaz y brusco, pero sigue siendo una buena alma. Y si me pidiera cualquier favor en el mundo, yo lo haría. No hay mucho que se pueda hacer para agradecerle a un hombre que estuviera allí cuando murió mi chico, y que se ocupara de que no muriera solo. Nuestro Tom no habría estado tan asustado, no con el capitán Thornleigh allí. Así que si me pide que encuentre a alguien que sea meticuloso y astuto en sus pesquisas, iré caminando hasta el fin de la tierra para hacerlo.

Crowther dejó que se le deshiciera el hielo que tenía en la voz.

—¿Así que su hijo también conocía a Claver Wickstead? —dijo.

El señor Cartwright se tranquilizó y alzó la vista con un ligero temblor por la sorpresa.

—Lo conocía, sí... aunque Tom solo lo mencionó una vez en sus cartas. El señor Wickstead no caía

muy bien, creo. Tom pensaba que era un espía. Escribió que los muchachos desconfiaban de él porque siempre estaba escribiendo cosas en sus libritos de cuero. Todavía lo hace. Lo he visto más de una vez y de dos, se pasa el rato escribiendo con el vaso al lado en el Oso y la Corona. Aunque ahora sale menos de la mansión, menos que al principio. Incluso al capitán Thornleigh lo hemos visto menos estos últimos meses. —Cartwright frunció el ceño—. Y no es que Wicksteed se molestara jamás en decirme nada sobre Tom. Lo más seguro es que ni se haya dado cuenta del parentesco. Solo se preocupa de sí mismo y de su posición.

Su voz era amarga. Harriet tomó un sorbo de su limonada.

—Parece que el señor Thornleigh confía más en usted que en su propio administrador, a juzgar por la solicitud que le hizo a usted con respecto a Brook.

El señor Cartwright se rascó un poco bajo la oreja mientras lo pensaba.

—Oh, no sé si podría decir eso, señora

Westerman. Lo más probable es que el capitán Thornleigh solo recordara que yo había mencionado a Brook, o a un hombre parecido, en alguna conversación.

Harriet asintió.

Crowther ladeó la cabeza.

—¿Vio usted a Brook cuando este iba a encontrarse con el señor Thornleigh?

Cartwright se sobresaltó.

—¿Lo vio? Señor Cartwright, por favor cuéntenoslo —dijo Harriet con impaciencia.

El hombre miró a su alrededor con gran nerviosismo.

—¿Qué puede importar eso? El juez instructor dijo que había sido un ladrón llegado de Londres el que lo mató. Déjelo así.

—¿Y la enfermera Bray?

—Fue un suicidio, según dicen. Sin lugar a dudas. No cabe duda de que estaba deprimida por estar siempre en compañía de lord Thornleigh, y si deseó quemar sus papeles antes de dar un paso tan desesperado, ¿por qué no habría de hacerlo?

—Señor Cartwright, sea lo que sea lo que se

diga, le puedo decir con tanta seguridad como que estoy aquí sentada que a la pobre señora la asesinaron —lo informó Harriet—. Y tiene que estar relacionado con la muerte de Brook, ¿comprende? Es muy probable que tenga usted razón cuando dice que cualquier encuentro que tuviera usted con Brook justo antes de su muerte carece de importancia, pero, por favor, cuéntenos lo que pueda. Ojalá me equivoque, pero no puedo dormir tranquila en mi cama, o pensar en mi niño, mi hermana o mi bebé mientras juega, no puedo conservar la serenidad mientras sospecho que puede haber asuntos más oscuros teniendo lugar en nuestra comunidad. Usted es un buen hombre, y es padre. Usted sentiría lo mismo, ¿no?

Apelar a Cartwright como padre y protector fue una maniobra inteligente. El hombre se miró las rodillas y suspiró, después pareció decidirse y habló.

—Es cierto que vi a Brook cuando iba hacia el pueblo, y hablé con él.

—¿Y observó usted a alguien en el camino tras él? —preguntó Crowther.

—No, señor. —Cartwright los miró con tristeza —. Me temo que no.

Crowther casi lo sintió él también.

—¿Y qué sucedió durante su encuentro?

—Me detuvo a la entrada del pueblo para agradecerme que le consiguiera este trabajo. Parecía muy satisfecho consigo mismo. — Cartwright hizo una pausa y miró a su alrededor con aire culpable—. Me enseñó el anillo, dijo que lo había cogido mientras la familia estaba fuera visitando a unos vecinos. Lo que demuestra que es posible que se jactara de ello en alguna otra parte, y ante el hombre menos indicado, ¿no es cierto?

Harriet habló entonces en voz muy baja, como si estuviera extrayendo un hilo de alguna tela muy delicada.

—¿Le contó cómo consiguió el anillo?

Cartwright volvió a contemplarse la rodilla y tosió un poco antes de responder.

—Dijo que lo birló del escritorio que tenía el hombre en su salón... Alexander.

Crowther sintió que la lengua le pesaba en la boca y que la tenía pastosa.

—¿Y le dijo dónde estaba Alexander?

Cartwright parecía presa de una angustia profunda.

—Lo tenía escrito en un trozo de papel — murmuró.

Harriet alzó la vista de repente y miró a Cartwright a los ojos.

—Lo agitó en el aire mientras hablaba del dinero que le iban a dar por él —continuó Cartwright—. Mejor que un billete de banco, dijo. He intentado con todas mis fuerzas recordarlo. Le dije al capitán Thornleigh que lo he intentado, pero no recuerdo nada. Calle Meadow, quizá... no estoy seguro.

Crowther sintió que el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho. Harriet se humedeció los labios.

—¿Algo más, Joshua? ¿Dijo algo más sobre Alexander?

—Solo que le había costado horrores encontrarlo. Otro nombre, otra posición. Dijo que pensaba que ningún otro hombre en Londres podría haberlo hecho, y que fue casi por pura suerte. Dijo

que fue lo que yo había mencionado, que Alexander estaba loco por la música, y que decidió seguir ese camino primero. Y yo le había contado todo lo que sabía de Alexander, su aspecto, lo de la pierna mala y demás. Fue eso y un niño que se encontró por casualidad lo que lo llevó al lugar adecuado. También se creía muy listo por llevarse un dibujo del blasón Thornleigh con él. —Levantó la cabeza y los miró otra vez—. Estaba haciéndose tarde, así que se fue. Jamás he visto a un hombre tan satisfecho consigo mismo.

—¿Iba a pie? —preguntó Crowther.

—Sí. Debíó de coger la diligencia hasta Pulborough. —El hombrecito alzó los ojos y los miró de nuevo—. No sabía qué decir en la vista. No me preguntaron nada. Se lo conté al señor Hugh después, aunque me pareció una crueldad, y Wicksteed no se despegó de su lado. No pareció más que añadir sal a la herida. Ojalá pudiera ver el papel en mi mente con más claridad.

Crowther parpadeó poco a poco por encima de las puntas de los dedos que había unido en una pirámide.

—La mente es un misterio, señor Cartwright. Intente no luchar contra ella demasiado. Mientras va haciendo su trabajo diario, deje que el encuentro con Brook se repita en su imaginación de vez en cuando. Bien podría saber usted más de lo que cree.

Cartwright lo miró esperanzado.

—¿Eso cree usted, señor?

—No sería la primera vez que ocurre.

—Sería un gran consuelo ayudar al capitán. Haré lo que dice.

Lo dejaron poco después con los debidos cumplidos y cortesías. Crowther se volvió y vio al pañero sumido en sus pensamientos en la puerta de la calle tras acompañarlos. Tenía los ojos saltones clavados en el suelo y movía los labios con suavidad mientras intentaba recuperar esos filamentos perdidos en su memoria, lo único, al parecer, que seguía atando a Alexander a Hartswood.

## III.4

La señora Westerman iba sumida en sus pensamientos por el sendero de regreso a Caveley. Crowther miró a su alrededor, observó los setos densos, repletos de nuevo follaje, puños de zanahoria silvestre y espirales de enredaderas blancas. Se preguntó cómo prosperarían sus antiguas tierras bajo un nuevo dueño. Él no había conocido al hombre que había comprado la propiedad. Sabía por su antiguo agente que era un cervecero que, tras haber hecho fortuna y haber casado a su hija con un lord, quería un trozo de un condado bien situado que llamar suyo. El agente había citado sus palabras: «Un verdadero inglés jamás se considerará feliz de verdad hasta que tenga un trozo de tierra con el que alimentar a sus hijos». Crowther había estado encantado de deshacerse de esas tierras. Jamás habían estado destinadas a ser suyas, ni tampoco el título, hasta que habían colgado a su hermano mayor. El terreno sabría reconocer a un amo mejor y medraría más

bajo una mano sabia que bajo un nombre con solera.

Se dio cuenta de que habían girado hacia el soto donde se había descubierto a Brook y miró a su compañera; se preguntó si la dirección que habían tomado sus pasos era inconsciente o el resultado de algún plan por su parte. Harriet advirtió la mirada y comprendió la pregunta sin que él tuviera que articularla.

—Me preguntaba si habría algo que pudiéramos sacar en limpio de la escena del primer asesinato. No habríamos observado las cenizas de las cartas junto a la cabaña de la bruja si Rachel no hubiera visto el fuego.

Crowther lo pensó un segundo.

—¿Piensa que al menos podríamos encontrar la colilla del puro del señor Thornleigh si esperó como dijo?

La dama asintió.

—No demostraría nada, por supuesto. Pero yo quizá me sentiría más inclinada a confiar en él si la encontráramos.

Llegaron al punto en cuestión, la señora

Westerman se dirigió al banquito del claro y se sentó como si esperara allí la llegada de alguien. Se inclinó hacia delante y revolvió las hojas secas que tenía a los pies con la mano enguantada. Trabajaba con precisión y delicadeza, concentrada en su labor, ensanchando el arco de la mano con cada pasada, mordiéndose un poco el labio inferior.

—¡Ah! —Se irguió con la gruesa colilla marrón de un puro fumado sujeta entre el pulgar y el índice. El anatomista se acercó y se la quitó; se la llevó a la nariz larga y delgada mientras su compañera se limpiaba las manos manchadas de tierra.

—Sí, creo que sí, señora Westerman. —Crowther se puso la colilla en la palma de la mano y la hurgó con una uña—. Yo diría que esto no lleva aquí mucho tiempo y que fue un gran cigarro en sus tiempos.

—Así que es cierto que Hugh se sentó aquí un rato. —Harriet contempló el paisaje con la mano sujetándose la barbilla—. Pero a Brook lo sorprendieron, así que no es probable que Hugh

estuviera aquí sentado esperándolo a la vista de todos... si fue él el asesino.

—Y el hecho de que el anillo quedara en el cuerpo sugeriría que el asesino no tuvo tiempo para registrar sus bolsillos tras matarlo, así que no es muy probable que se lo tomara con calma después de haber acabado con Brook.

—No es probable, pero tampoco imposible. Quizá Hugh olvidó el anillo y deseaba recuperar la compostura antes de regresar a la casa.

—Desde luego.

Crowther sacó su pañuelo y envolvió la colilla con él, no sabía muy bien por qué lo hacía, solo pensaba que parecía una falta de respeto a los esfuerzos de la señora Westerman volver a arrojarla al suelo. Su compañera volvió a mirar el paisaje. Las hojas del roble de la ladera que tenían ante ellos se agitaron con el viento, las densas flores verdes se echaban hacia delante y volvían a caer hacia atrás.

—Daría lo que fuera por ver esos cuadernos que tiene Wicksteed —le dijo Harriet al aire.

—¿Cree que es probable que haya escrito lo que

sabe? Nadie ha comentado que sea imbécil.

Crowther se sentó a su lado, pero mirando hacia el lado contrario, hacia donde se había encontrado el cuerpo de Brook. La señora Westerman tardó un rato en contestar. La tranquilidad del lugar, su consuelo, comenzó a penetrar en los huesos del anatomista. Alzó los ojos hacia donde se hinchaban las nubes y se elevaban en el cielo azul entre las hojas. Harriet habló otra vez, como si no hubiera habido ninguna pausa en la conversación.

—Creo que es un hombre inteligente, y también despiadado. Pero sospecho de mis propios motivos: quizá es solo que no deseo llamar asesino a Hugh. Y quienquiera que matara a Brook tuvo que estar implicado también en la muerte de esa pobre mujer. No podría perdonarme si un hombre en el que yo he confiado en algún momento tomó parte en el ahorcamiento de una mujer de mediana edad. Cuando pienso en ella se me hiela la sangre. Esa mujer luchó, y no la ayudó nadie.

Crowther dejó que la imagen se formara en su mente. La mujer madura... ¿la engañaron para que acudiera a la cabaña por voluntad propia con las

cartas en la mano? Quizá... ¿pero quién? No se le ocurría nadie con quien pudiera haber concertado tal cita, nadie salvo Hugh. Era él el que estaba buscando a Alexander. Si la enfermera hubiera decidido revelar su supuesto conocimiento secreto sobre el paradero de Alexander, habría acudido a él, con toda seguridad. Fuera quien fuera la persona con la que había accedido a encontrarse, la enfermera Bray confiaba en esa persona, y la habían atacado. La buena mujer debió de darse cuenta de que quienquiera que fuera la persona con la que se había encontrado, pretendía hacerle daño, porque había arremetido y arañado a alguien.

—¿La familia Thornleigh estaba en la iglesia esta mañana? —preguntó Crowther de repente.

—Sí. La señora Thornleigh entró del brazo de Hugh. Le gusta darle al populacho alguna oportunidad de admirarla de vez en cuando, y la admiramos. Es imposible no hacerlo.

—¿Y Wicksteed? —Harriet asintió—. Deduzco que ya me lo habría mencionado a estas alturas si alguno de los presentes tuviera arañazos a la vista.

Harriet no lo miró, pero el anatomista pudo oír la sonrisa seca en su voz.

—Sí, yo diría que sí.

—Si no la cara, entonces lo más probable es que sean los brazos del atacante lo que esté arañado.

—Crowther imaginó a un hombre esperando a la enfermera en la cabaña, con la cuerda junto a él; se habría quitado la levita para prepararse para el trabajo físico, pesado, de asesinar a otro ser humano. La escena se transformó en su mente. La mujer con las muñecas atadas, debatiéndose, viendo la cuerda que estaban colgando de una viga.

—Debió de amordazarla —comentó Harriet.

Ningún recorrido hasta la horca de Tyburn con la multitud abucheando y lanzando miradas lascivas podría haber sido más aterrador que estar tirada en esa cabaña una tarde de estío con las muñecas desgarrándose por la cuerda y ahogándose con una mordaza fina metida por la garganta. Crowther miró a las profundidades del bosque.

—Sé que no está buscando consuelo, pero recuerde ese golpe en la nuca. Es posible que la

enfermera Bray ya estuviera inconsciente a resultas de esa herida cuando su asesino le rodeó el cuello con la cuerda.

Harriet revolvió el suelo con los pies.

—Quizá. La herida tenía sangre, pero el cráneo no estaba roto. Es igual de probable que el golpe fuera para impedir que siguiera debatiéndose mientras le ataba las muñecas y que ella despertara en algún momento, totalmente indefensa.

Crowther pudo sentir la tierra fría del suelo contra su mejilla, la cabeza dolorida, el tirón desesperado en las muñecas. Pudo ver la oscuridad, las botas de un caballero entrando y saliendo de su campo de visión a medida que se hacían los lentos preparativos. Sintió el terror bajo la piel como si se lo hubieran inyectado en la sangre como mercurio, resbaladizo y frío.

—Eso es igual de probable, señora Westerman.  
—Crowther cerró los ojos con fuerza un momento  
—. Deberíamos pedirle al corregidor que haga un registro de la mansión Thornleigh. Que examine a todos en la casa en busca de arañazos. ¿Cree que

se atrevería?

Harriet cambió un poco de posición en su asiento para mirarlo, con la cabeza ladeada.

—Quizá, si el juez instructor falla que fue un asesinato, pero lo dudo. Incluso si encontrara algo sospechoso, unos arañazos así podrían explicarse con facilidad y la situación podría ser muy desagradable.

Crowther asintió poco a poco y se puso en pie.

—Entonces debemos buscarlos nosotros... y rápido. En tres o cuatro días las heridas que dejó la enfermera Bray en su asesino se habrán curado y habremos perdido la oportunidad.

Graves sintió que se le hundía el alma a los pies. Tras haber convencido a Susan y a la señorita Chase para que regresaran a la mesa donde se encontraba la caja negra, y tras levantar el primer puñado de papeles que contenía, solo encontró copias defectuosas de viejas partituras. El estómago le dio un vuelco. No se había dado

cuenta de toda la fe que había puesto en el contenido de la caja. Se levantó para ocultar sus emociones de las damas, se acercó a la ventana y clavó los ojos en la calle... solo para encontrarse mirando de frente la cara alzada de Molloy. Se apartó de nuevo con gesto brusco.

La señorita Chase había cogido un puñado de papeles y estaba dándoles la vuelta con cuidado.

—Señor Graves —dijo en ese momento—, creo que he encontrado algo.

Se sentó de nuevo enfrente de la joven, que deslizó una carta hacia él. Estaba escrita con una letra sencilla y esmerada (una letra de mujer, diría él) y estaba fechada unos cuatro años atrás. Sobre la fecha solo había escrito «Mansión Thornleigh, Sussex». Graves miró a Susan, que le respondió con un intenso parpadeó, después empezó a leer en voz alta.

*Estimado señor Adams:*

*Me han recibido en la casa con gran alivio. Las*

*personas que aquí viven no tienen experiencia, creo, en la atención de una enfermedad como la que sufre el conde. Ha perdido la capacidad del habla casi por completo, y el servicio tiene miedo de los ruidos que hace. Pero tras su mirada creo que es como siempre fue y para mí es un placer ofrecerle al pobre caballero el consuelo que pueda. Mi señora lo visita de vez en cuando y creo que al conde le complace mirarla. Yo admiro la devoción que la empuja a permanecer con él. Ha preguntado si mi señor podría viajar y le lanzó una mirada amarga cuando yo contesté que no me parecía aconsejable. Creo que el conde no llegó a ver la mirada pues continuó pareciendo muy satisfecho. Dicen que el señor Hugh Thornleigh ha decidido regresar de las guerras en América para hacerse cargo de la propiedad en unos cuantos meses, en cuanto pueda conseguir un pasaje de regreso.*

*Me gustaría darle las gracias otra vez, señor Adams, por avisarme de la existencia de este puesto, al que creo que me adaptaré muy bien, y por su amabilidad al proporcionarme los medios*

*para el viaje. Continuaré escribiéndole cada seis meses como acordamos y por supuesto no diré nada sobre cómo he llegado a este lugar. No dude de que respetaría sus deseos a este respecto incluso sin su generosidad continuada.*

*Suya,*

*Madeleine Bray.*

Graves se pasó una mano por la frente.

—¿Qué puede significar esto? ¿Quiénes son estas personas? ¿Ha oído hablar de ellas, señorita Chase? ¿Reconoces alguno de los nombres, Susan?

La niña negó con la cabeza con gesto temeroso. A Graves le preocupó haber hablado con más calor de lo que había pretendido.

La señorita Chase cogió la manita infantil y le dio unas palmaditas.

—¿No había un conde que se casó con una bailarina hace unos años y se puso enfermo menos de un año después? —dijo con lentitud.

Graves frunció el ceño con los ojos puestos en la

mesa que tenía delante mientras intentaba atar todos los cabos.

—Quizá Alexander tenía familia en la casa — continuó la señorita Chase—. Era un hombre culto. Recuerdo haber oído hablar de un caballero al que criaron muy bien en una mansión en el campo. Era el hijo del administrador, recibió una educación esmerada y lo instruyeron para que ocupara el lugar de su padre. Pero se enfadó con la familia cuando todavía era muy joven y decidió irse para hacer su propia fortuna en lugar de cuidar de la de otro hombre.

El señor Graves se miró las uñas, después cerró los puños y las escondió en las palmas de las manos.

—¿Qué fue de él? —preguntó.

—Se hizo rico y se compró una propiedad. Así es el mundo estos días, creo. Los hombres buenos pueden abrirse camino si conservan el valor. —La joven lo miró con una dulce sonrisa y Graves sintió que se animaba un poco.

Susan le tendió otra carta a Graves, la frente arrugada en un ceño fiero.

—¡Esta es una carta muy rara! De la misma señora, creo. ¿Quiere leerla, señor Graves? Yo no estoy segura de entenderla.

Graves la cogió y carraspeó.

*Mansión Thornleigh, Sussex*

*Estimado señor Adams:*

*Aquí todo continúa prácticamente igual que desde que le escribí mi última carta. El señor Hugh Thornleigh y lady Thornleigh no se llevan demasiado bien, y es una pena cuando en una familia no se pueden consolar unos a otros en momentos así, ¿no le parece a usted, señor Adams? Me he enterado, sin embargo, de que el hijo mayor, Alexander, el vizconde de Hardev, lleva ausente de esta casa varios años, y tuve la oportunidad de ver un retrato de ese caballero en su juventud mientras limpiaba unas miniaturas con el ama de llaves, entonces oí toda la historia. ¡Se la contaría, señor, pero sospecho que usted*

*ya la sabe! No deseo inquietarlo de ningún modo, señor Adams. Su secreto, se lo juro, jamás cruzará mis labios, ni volveré a hacer alusión a él de nuevo.*

*Suya,*

*Madeleine Bray*

Graves dejó de leer y cayó un silencio pesado en la habitación. El joven miró con cautela a la niña, intentando adivinar si Susan lo había entendido.

Susan miraba con fijeza la mesa; no sentía nada salvo el peso leve del anillo alrededor del cuello. ¿Un hijo perdido? ¿Un Alexander? Su padre era Alexander y era un caballero, ¿pero podía ser alguien tan distinguido? Ella había visto condes mientras paseaban por el parque. Ninguno de ellos se parecía a su papá, y ninguno de ellos le había parecido muy cómodo en su piel. Susan tenía la boca seca. Parpadeó, alzó los ojos y los posó en la mirada de color azul oscuro de Graves.

—¿Mi papá podría haber sido el hijo de ese

hombre enfermo?

Graves se humedeció los labios y bajó los ojos, un poco desesperado, hacia el papel que sostenía en la mano.

—¡Esta señorita Bray parecía pensarlo! Todo es muy extraño, Susan. ¿Alguna vez te dijo tu padre algo que pudiera haber sugerido...?

Susan sacudió la cabeza con vehemencia.

—No. Solo cuando me preguntó por carruajes y vestidos la otra noche.

—Tiene que haber algo más aquí. —Graves metió la mano otra vez en la caja—. Repasemos las hojas una por una.

Se pusieron a trabajar en la caja otra vez, giraron cada trozo de partitura, agitaron cada legajo para comprobar que no había nada oculto dentro.

Fue la señorita Chase la que lo encontró, un trío de papeles escondidos dentro de un legajo de música que Graves había apartado sin ver nada particular en él.

—¡Aquí! Oh, mire, señor Graves.

La señorita Chase repartió los papeles por la

mesa. Una partida de matrimonio y otras dos que certificaban los nacimientos de Susan y Jonathan. Los nombres en la de matrimonio eran Elizabeth Ariston-Grey y Alexander Thornleigh. Los niños eran Susan y Jonathan Thornleigh.

Se quedaron mirando los escritos hasta que Graves estuvo convencido de que sería capaz de recordar ese texto en su lecho de muerte. Miró a la niña.

—Parece... —Se le quebró la voz y tragó saliva mientras la niña se lo quedaba mirando con los ojos muy abiertos—. Parece que Alexander siempre quiso que tuvierais el modo de regresar a la familia Thornleigh si así lo desearais, Susan. No cabe duda. Estos son vuestros verdaderos nombres.

—¿Así que no soy Susan Adams?

—Eres la hija de tu padre, y él era un hombre demasiado honorable como para negarte lo que decidió negarse a sí mismo.

Alzó la mirada al sentir los ojos de la señorita Chase sobre él. La chica le sonrió y asintió. La mano de Susan salió volando de repente y se

cubrió la boca con un grito.

—¡Oh! ¡No debemos decirlo, no debemos decir nada! ¡No creo que sean buenas personas! —Los ojos de la pequeña se llenaron de lágrimas.

La señorita Chase le cogió la mano y la sostuvo entre las suyas.

—¿Qué ocurre, Susan? ¿Por qué no son buenas personas?

Susan volvió la cabeza de un lado a otro con movimientos violentos.

—¡El hombre, el hombre amarillo, dijo que era un mensaje de la mansión! Eso es lo que dijo: «Un mensaje de la mansión». Tiene que ser esta mansión, ¿verdad? Si decimos algo, puede que envíen a otro hombre a matarnos a Jonathan y a mí.

## III.5

Los pensamientos de la señora Westerman mientras bajaban la ladera que llevaba a Caveley seguían puestos en el diario de Wicksteed.

—Tiene que haber un modo de que pueda ver sus papeles. Hay negocios suficientes entre las dos propiedades como para justificar una visita mía al ama de llaves, o al propio Wicksteed. Si pudiera meterme en su despacho y encontrar un modo de hacer que me dejara allí sola unos minutos...

Crowther suspiró.

—Señora Westerman, puede que no guarde su diario en su despacho, y si contiene algo que pudiera ser incriminatorio, es muy probable que lo tenga bajo llave.

Su compañera alzó los ojos y lo miró con furia; después, con una bota de cuero suave apartó de una patada una rama descarada que se interponía en su camino.

—Lo intentaré de todos modos. No pienso escabullirme como una cobarde. Quizá no

encuentre nada, pero sé que tampoco nos enteraremos de nada si no lo intentamos. —Y cuando Crowther se permitió poner los ojos en blanco, añadió—: ¿Tiene usted algún plan mejor, señor?

Crowther estudió la tierra que tenía delante.

—No.

—Pues entonces.

Se oyó el ruido seco de un portazo delante de ellos y cuando alzaron los ojos vieron a Rachel precipitándose por el césped para reunirse con la pareja. Los dos se miraron, vieron la preocupación de cada uno reflejada en el otro y alargaron la zancada.

—¡Señor Crowther, oh, Harry! ¡Gracias a Dios! ¡Es el señor Cartwright!

Harriet la miró, confusa.

—¿Qué quieres decir, Rachel? Hace solo media hora que estuvimos allí.

—Michaels acaba de subir a caballo hace un minuto. Cartwright se ha puesto muy enfermo y el médico está atendiendo a un paciente en Pulborough. Ha venido a solicitar su ayuda,

Crowther.

La joven estaba muy pálida. Crowther no se planteó preguntarle nada ni protestar, sino que, al ver dónde esperaba Michaels, montado en la esquina de la casa con el caballo de Crowther al lado, se alejó a toda prisa hacia él y montó con un vigor que le habría parecido imposible días antes.

—¿Es grave?

Michaels le tendió las riendas.

—Mucho.

El hombretón hundió los talones en los flancos del caballo y Crowther partió tras él al galope, los cascos levantando polvo y hierba a su paso, los cuerpos rectos y bajos. Crowther vislumbró a las mujeres plantadas en la hierba, tras él, pálidas y lejanas en el jardín de Caveley.

Harriet se volvió hacia su hermana y la cogió por el brazo.

—¿Qué sabes? —preguntó.

Rachel estaba acalorada, su respiración todavía

era superficial.

—Muy poco. Michaels llegó hace solo un momento. Cartwright tiene muchos dolores. Michaels se encontró a su criada en la calle, llorando a lágrima viva porque no conseguía localizar al médico, así que él se hizo cargo de la situación.

Harriet sintió que invadían su cabeza violentos temores y que le temblaba la mano en la de Rachel.

—Entremos, vamos a enviar a David tras Crowther. Puede llevarnos y traernos los mensajes. Y Rachel... —su hermana la miró con miedo—... no quiero que nadie de nuestra familia haga uso de ningún regalo que recibamos de la mansión en un tiempo. ¿Puedes encontrar el modo de hacerlo? De forma discreta, si es posible.

Rachel se puso muy blanca, pero asintió y las dos se encaminaron hacia la casa.

Michaels entró con Crowther en la casa y se

dirigieron directamente por la escalera estrecha hasta la habitación de Cartwright. El olor a vómito y bilis cuando se abrió la puerta fue suficiente para hacer que Crowther se tambaleara. Los dos hombres hicieron una pausa, después Michaels cogió una silla del centro de la habitación, la llevó a una esquina y se sentó. No decía nada, pero tenía todo el aire de un perro guardián. Crowther se acercó a la cama. Estaba húmeda de sudor y había una palangana junto a ella medio llena de un vómito amarillento. Cartwright gimió; al abrir los ojos y ver a Crowther, intentó incorporarse.

—¡Señor Crowther! ¿Está usted bien? ¿La señora Westerman...?

Crowther se sentó en la cama y cogió la muñeca del hombre en su mano. El pulso se agotaba, irregular e inseguro.

—Yo me encuentro muy bien, y he dejado a la señora Westerman en perfecto estado.

Cartwright se dejó caer sobre las almohadas y los ojos se le cerraron con un aleteo.

—Gracias a Dios. Temí... —Su cuerpo sufrió una convulsión; se llevó las rodillas al pecho con

un gemido profundo. Crowther se quitó el abrigo.

—Señor Michaels... agua y toda la sal que encuentre en la casa, por favor. Debemos hacer lo posible para que lo expulse todo.

No giró la cabeza, pero oyó que el hombre se ponía en pie y salía de la habitación con pasos rápidos. Cartwright intentó abrir los ojos de nuevo, con un jadeo.

—Me han envenenado, ¿verdad, señor Cartwright?

—Eso me temo.

—¿Y me matará?

Crowther dudó antes de permitirse mirar los ojos rojos y brillantes de su paciente.

—La violencia del ataque sugiere que le han administrado una fuerte dosis. Pero lo vamos a purgar, y quizá todavía sea posible la recuperación.

Otro grito y los nudillos de Cartwright se pusieron blancos cuando apretó las manos y las mandíbulas. Cuando pasó el espasmo, las manos se relajaron otra vez y Crowther vio las brechas en la palma, allí donde las uñas pulcras se habían

clavado en la carne. El enfermo respiró con dificultad un momento y volvió a alzar los ojos.

—Fue tan repentino. Un sabor extraño...

—¿Cómo metal?

—Sí. —Cartwright pareció confuso—. ¿Cómo lo sabía?

—Arsénico. ¿Después llegó un dolor de cabeza violento y las náuseas?

Cartwright asintió otra vez, aunque esa vez mantuvo los ojos cerrados. Tenía la piel fría, húmeda y amarillenta. Crowther apartó el pelo de la frente del hombre.

—Tengo algunas cosas en mi estudio para hacer que se encuentre usted más cómodo. No supo si lo habían oído.

Michaels subió otra vez la escalera con Hannah pisándole los talones. Crowther se dio cuenta mientras mezclaba el agua y la sal y llevaba el mejunje a los labios de Cartwright que aquel era su primer paciente vivo. Dudaba que aquel caso fuera a hacerle mucho favor a su fama; la dosis debía de haber sido muy grande y aparte de purgarle el estómago, no había mucho que pudiera

hacer salvo velar al enfermo. El efecto de la sal fue casi inmediato. Cartwright gimió, se retorció en la cama y vomitó otra vez en la palangana. Esta yacía iluminada por un rayo del sol de últimas horas de la tarde en el suelo oscuro de madera, acariciada por los bordes de las sábanas de Joshua. La ropa de cama atrapó un poco de la bilis escupida de la boca. Había algo de sangre. Crowther se preguntó si el estómago ya estaba sangrando, pero quizá solo fuera que Joshua se había mordido el revestimiento de la boca durante uno de sus espasmos.

Cogió el vaso, lo llenó de agua limpia y levantó un poco a su paciente de la cama, rodeándole los hombros con un brazo, así consiguió que bebiera. Cartwright tomó con ansia unos cuantos tragos y cayó contra el hombro de Crowther. Un poco de agua le goteó por un lado de la cara. Crowther sacó su pañuelo y le limpió la boca con suavidad. El enfermo se lo permitió, jadeando otra vez, el cuerpo a la espera del siguiente ataque. Abrió los ojos apenas un instante, la córnea enrojecida por la sangre de color vivo. Era como enfrentarse cara

a cara con el propio infierno.

—¿Llevará mucho tiempo, señor Crowther? — jadeó.

—Quizá un día.

Crowther gimió y volvió la cara. Crowther se levantó y vio a Hannah.

—¿Sabes leer, muchacha? —Ella asintió—. Entonces ve a mi casa y tráeme el tarro en el que pone «Valeriana» de la vitrina que hay en mi estudio.

La chica lo miró con aire confuso y Crowther suspiró con impaciencia. Michaels abrió un cajón bajo una mesita que había junto a la pared oscura del fondo de la habitación, y señaló la tinta y el papel que contenía. Crowther se lo agradeció y escribió la palabra en el papel.

—Y aquí tienes la llave. Mis criados te mostrarán dónde está el armario. Date prisa en regresar.

La criadita salió volando de la habitación y Crowther, sin moverse, observó la puerta que se cerraba tras ella.

—¿Sabe lo que lo está provocando, señor

Crowther? —preguntó Michaels.

—Por la violencia del ataque y el sabor metálico que notó... yo diría que es arsénico.

—¿Alguna esperanza?

Crowther negó con la cabeza.

—Cuando Hannah regrese, bajaré con ella para sellar las botellas —dijo Michaels.

—Compruebe también la comida, si es que ha comido en la última hora.

—¿Por qué preguntó por usted y la señora Westerman?

—Estuvimos aquí hace un rato para preguntar si vio a Brook cuando venía hacia el pueblo —respondió Crowther—. Nos ofreció limonada.

—Que no les ha hecho ningún daño.

—Como bien puede ver.

Michaels se mordió un lado del pulgar y se giró un poco.

—¿Y vio a Brooks?

—Sí. Y le agitó un papel con las señas del vizconde de Hardew en la cara. Aunque no podía recordarlas.

Michaels apretó los puños.

—¿Usted encontró a esa enfermera de la mansión?

—Sí.

—Asesinada también, supongo. Aunque el pueblo está intentando decirse a sí mismo que fue un suicidio.

—Sí. Asesinada. —Crowther no dio más detalles, se limitó a coger otra silla y colocarla junto a la cabecera de su paciente. Después acomodó lo mejor que pudo sus miembros como una persona dispuesta a velar durante largo tiempo.

Michaels lo miró de soslayo.

—¿Qué envió usted a buscar?

—Un calmante. Debería aliviar el dolor al final.

Michaels suspiró y ocupó de nuevo su asiento en las sombras.

Rachel cogió su libro y lo volvió a dejar, había estado mirando el mismo párrafo que acababa de leer dos veces sin entenderlo. Harriet continuaba

paseándose de un lado a otro de la habitación. Se oyó un golpecito ligero en la puerta y entró la señora Heathcote con un papel doblado una vez. Harriet se lo arrebató de golpe y lo abrió mordiéndose el labio.

—¿Harriet?

Se volvió hacia su hermana y le puso la nota en la mano.

—Envenenado. No hay nada que hacer.

La señora Heathcote se sobresaltó. Enseguida recuperó la compostura.

—Enviaré a David de vuelta otra vez a la espera de más noticias, señora, si no hay ningún mensaje, por supuesto.

Harriet asintió sin levantar la cabeza.

—Hágalo, por favor. No hay ningún mensaje.

Crowther no sabía si Michaels había mandado recado al corregidor, o si el propio aire le había llevado la noticia sin necesidad de informador humano. En cualquier caso había llegado Bridges

y, tras hablar con la doncella, ocupaba su lugar en la oscuridad creciente junto a Crowther y Michaels. El aire en la habitación era denso y fétido, y aunque Crowther había abierto de par en par la ventana, no corría brisa suficiente para aliviar demasiado el ambiente. Cartwright comenzaba a delirar, a llamar a su esposa e hijo a veces en el tono desesperado de la pérdida y otras con alegría, como si los viera justo delante de él.

Bridges esperó hasta que Crowther hubo refrescado la frente de su paciente y hubo comprobado de nuevo el pulso esforzado en la muñeca antes de coger por el brazo al anatomista y llevárselo al pasillo.

—¿Cree usted que es veneno? —preguntó.

—Estoy convencido.

—¿Está todavía en su sano juicio? ¿Podemos averiguar por él cómo ha ocurrido esto? Algún accidente, quizá.

—Le he dado algo para que duerma; si desea hablar con él, hágalo ahora, después le administraré una dosis más generosa. Su sufrimiento es extremo.

El corregidor se pasó la lengua por los dientes y asintió.

—Muy bien, muy bien. ¿De dónde cree usted que salió el veneno?

—No he examinado todavía las botellas ni los alimentos de la cocina, pero sospecho del licor que recibió de manos del señor Thornleigh. La doncella dijo que tomó un poco justo después de que la señora Westerman y yo nos fuéramos de aquí. Los síntomas fueron tan intensos y repentinos que no se me ocurre ninguna otra causa. Es obvio que la limonada que bebimos juntos no estaba contaminada. Lo demuestra el hecho de que yo esté aquí hablando con usted ahora mismo. —El susurro de Crowther fue duro y violento.

—Así es —respondió el corregidor—. A menos que fuera solo su vaso el que estuviera contaminado, como usted dice.

—Entonces podemos aclararlo sin tardanza con un simple experimento. Dele una muestra del licor a cualquier perro de la calle. Si no muere en menos de una hora, puede usted creer lo que guste.

—Muy bien, muy bien, señor Crowther. —El

corregidor puso la mano en el brazo del anatomista y lo mantuvo allí un momento, como un hombre que quisiera sujetarse en un barco en movimiento —. ¿Y mantiene que la enfermera también fue asesinada?

—Lo mantengo. ¿Usted lo duda?

—No es una cuestión de duda, sencillamente no entiendo lo que está pasando aquí. ¿Podría ser una serie de acontecimientos desafortunados sin relación alguna? ¿No podría ser esa la más simple de las conclusiones?

—No es creíble. Esas personas han sido asesinadas, y no por un ladrón solitario.

—Usted apunta hacia el señor Hugh Thornleigh.

—Si nunca se descubre a Alexander, o si se le encuentra muerto, ¡el que hereda la propiedad es él! ¿Quién más se beneficiaría tanto?

El corregidor lo miró con dureza en la oscuridad.

—¿Y si se elimina a ambos hermanos? ¿Uno con sigilo y al otro utilizando la ley... quién gana ahí? No esperaba que estuviera usted tan impaciente por ver a un hombre colgado por el asesinato de un

miembro de su familia.

Crowther se ruborizó.

—No estoy impaciente, como dice usted, por ver a nadie colgado. ¡Pero no me pida que crea que esto ha sido un accidente o que la enfermera Bray se suicidó solo porque quiere mantener a Hugh a salvo!

—Hugh podría ser mejor que lo que viene tras él.

—¿Incluso si es un asesino?

—Yo no creo necesariamente que se haya cometido un asesinato.

—Quizá le gustaría debatir eso con la víctima.

Crowther abrió la puerta de un empujón otra vez. Michaels había ocupado su lugar junto a la cama y se apartó para dejarlo acercarse. Saludó a Crowther con la cabeza de tal modo que este sospechó que la conversación junto a la puerta no había quedado solo entre el corregidor y él. Bridges se inclinó sobre la cama y se aclaró la garganta.

—¡Vaya, señor Cartwright, odio verlo en este estado! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Algún error con los

venenos de la casa?

Cartwright abrió los ojos y el corregidor se encogió un poco. La respiración del enfermo era un estertor jadeante.

—Agua —dijo.

Crowther llenó el vaso y apartó un poco al corregidor para dar de beber a Cartwright. Este se volvió a hundir en la cama, suspiró y abrió otra vez los ojos.

—Quizá. Sí, quizá. El domingo pasado estuvimos matando ratones. —Miró la cara redonda del corregidor con ojos desesperados—. Tomé agua con el licor que trajo el capitán Thornleigh. Quizá. Debe de haber sido eso.

El corregidor se meció sobre los talones con una sonrisa satisfecha, parpadeó con expresión inocente y miró a Crowther. Este no dijo nada, pero tampoco se molestó en ocultar su desdén. A Joshua no lo iba a censurar. Si el pañero deseaba creerse víctima de un accidente, y si esa creencia lo aliviaba, que así fuera.

Se volvió hacia la mesa y añadió unas cuantas gotas de una botella marrón al vaso de agua. Un

torbellino de color morado claro se hundió y se extendió por el líquido, que luego le ofreció a su paciente. Los ojos se abrieron de repente y se clavaron en la cara de Crowther. Cartwright levantó la mano y apartó el vaso, la palma manchada de sangre rodeó la muñeca de Crowther con fuerza y con un tirón se lo acercó a los labios. Crowther pudo oler la muerte en él.

—Tichfield. Era la calle Tichfield.

Crowther sintió que la sangre de su cerebro se removía. Asintió con cuidado para demostrar que lo había entendido; la tensión abandonó los miembros de Cartwright y se le cerraron los ojos. Dejó que le dieran el agua y con un lento suspiro se deslizó bajo las olas de su sufrimiento otra vez.

El corregidor se adelantó.

—¿Qué le ha dicho?

—Nada salvo delirios provocados por su cerebro. —Crowther no apartó los ojos de la cara de Joshua—. No volverá a hablar.

Eran más de las tres de la mañana cuando David regresó a Caveley por última vez. Las damas no se habían ido a la cama. Harriet no quiso abandonar la vigilia y Rachel no quiso dejarla a ella. El criado entró sin quitarse la capa y le entregó el papel a Harriet, pero ella podría haber adivinado la mitad de lo que contenía por la expresión de la cara del muchacho. Harriet le sonrió con gran tristeza. Se veía que el chico estaba pálido e incómodo a la luz de las velas.

—Gracias, David. Lo has hecho muy bien. Ve a descansar.

David pareció por un segundo que quería decir algo, luego se dio la vuelta, pero en la puerta se volvió a detener.

—Solo quería decir, señora, señorita Rachel, que el señor Crowther fue un caballero con el señor Cartwright. Espero que a mí me cuiden así cuando me vaya. Aunque espero no morir de forma tan dura. —Se fue antes de que las mujeres pudieran contestar.

La puerta se cerró tras él, Rachel se levantó y se colocó detrás de la silla de Harriet para poder leer

por encima del hombro de su hermana. La nota era corta y concisa.

*Se acabó. La dosis fue masiva. Sé dónde está Alexander.*

*19 de abril de 1775, Boston, bahía de Massachusetts, América*

Esa mañana partieron como niños a los que les hubieran prometido una merienda en el campo, pero fue un ejército conmocionado y cubierto de sangre el que regresó al campamento la noche siguiente.

Hawkshaw tenía una brecha en la mejilla provocada por el trabuco de un granjero, y había perdido a tres miembros de su compañía a manos de los rebeldes en la retirada de Lexington. No había visto a Hugh desde la carnicería de Bloody Angles, donde los rebeldes habían aprovechado

una curva cerrada en el recorrido para tender una emboscada y hostigar a sus hombres. Jamás se había sentido tan expuesto. Esas bonitas colinas boscosas y esos valles llenos de árboles, sus caminos irregulares y sus arroyos, todo ello formaba un hermoso paisaje agrícola, pero era una pesadilla luchar en él. Los rebeldes habían salido de la nada y se habían abalanzado sobre ellos cuando regresaban a Concorde, algunos se habían estrellado justo en medio de su batallón para dispararles aunque fuera una vez, y eso que hacerlo suponía una muerte segura. El ejército no podía contemplar con optimismo los posibles encuentros futuros con esos hombres, desde luego. Eran un hatajo andrajoso y carecían de disciplina, pero eran valientes y sabían cómo sacar partido del terreno.

Hawkshaw se quitó la casaca en la paz relativa de sus aposentos e intentó lavarse la herida. Se metió en la boca un poco de agua del cuenco y la volvió a escupir, repleta de sangre. Incluso había visto a una mujer disparando junto a su marido en una de las granjas del camino. Los dos habían

resultado muertos y se había prendido fuego a la casa, pero había sido una escena escalofriante. Si podían hacer que sus mujeres lucharan así, ¿cómo tendría que ser la fuerza requerida para someterlos? Más de los que había allí, y más de los que era probable que fueran a llegar en los próximos tiempos, y entretanto corrían el riesgo de que los atraparan en esa bahía sangrienta como animales en un pozo. Los rebeldes le parecían niños arrojando rocas contra unos osos. Como rivales quizá no fueran gran cosa en una pelea directa, pero si ellos no podían estirar una zarpa y asestar el golpe, y si las piedras eran lo bastante afiladas, estaba claro por quién apostaría cualquier hombre sensato.

Se abrió la puerta que tenía tras él y alzó los ojos, esperaba ver entrar a su sirviente con una camisa limpia. No era su sirviente, era Hugh. Estaba agotado y tenía los hombros vencidos, pero Hawkshaw no vio señal alguna de heridas. Se miraron por un momento con satisfacción y después Hugh le tendió una botella larga y lisa.

—Toma. Te he traído esto. Mi padre me mandó

más de media docena de botellas de coñac para que los oficiales puedan brindar por él y su nueva esposa. Lo utilizaremos para lavarnos las heridas.

Hawkshaw se la cogió de la mano y la levantó, dejó que un largo trago le entrara en la boca y le bañara las encías. El líquido encontró la herida y lo hizo estremecerse. No habría sabido decir nada de la calidad del licor. El único sabor que notaba era a tierra y a sangre, su propia sangre.

Hugh lo observó.

—¿Puedes hablar? —preguntó.

—Sí. Parece peor de lo que es. Pero no esperes largos discursos. ¿A quién has perdido?

Hugh le dio una patada al muro de la pequeña choza con la fuerza suficiente para hacer saltar las tablas del suelo.

—Cuatro hombres, buenos hombres. Young, Spicely, Ball y Tom Cartwright. Spicely fue uno de los primeros que cayeron en el puente. Esos animales le arrancaron la cabellera. Y la muerte de Cartwright ha sido un duro golpe. Acababa de alistarse hace solo seis meses, venía de mi pueblo y le dieron en plena tripa. Me estaba mirando a los

ojos cuando murió, mientras volvíamos traqueteando en la carreta, y lo único que se me ocurrió pensar fue lo patético que era ese bigotito que estaba intentando dejarse. Todavía era un crío. Y todo el tiempo mirándome como si yo fuera un dios que podía sanarlo con un apretón de manos mientras él intentaba ser valiente.

—Hiciste bien en quedarte con él.

—Para lo que le sirvió. ¡Al diablo con todo! ¡Cuatro hombres de los mejores! ¿Y para qué? Para lanzar media tonelada de plomo en un estanque para patos y quemar un par de arzones de artillería.

Hawkshaw le pasó la botella de coñac y Hugh le dio un largo trago antes de continuar.

—No podemos permitirnos desperdiciar hombres de esa manera. Tengo otros dos heridos que tardarán meses en estar en forma. Tendré que volver a llenar la compañía. ¿Y qué hay de ti? ¿Ya has visto a tus heridos?

—Por supuesto. Lo de Parkinson tiene mala pinta. Los otros que consiguieron volver saldrán de esta. Gracias a Dios que Percy hizo ruido

suficiente como para que le permitieran subir a cubrir la retirada. Seríamos muchísimos menos los que estamos aquí si no hubiera ido.

Hugh se sentó con pesadez en la cama.

—Le mandaré una botella de coñac.

Hawkshaw lo observó en silencio durante un rato, después empezó la tarea de quitarse la sangre y la grava de las uñas.

—Por cierto, lo del matrimonio es verdad. — Hugh miró la botella de coñac cada vez más vacía —. Claro que tú ya lo sabes. Mi padre escribe para decir que la dama será todo un adorno para Thornleigh y la sociedad londinense.

Hawkshaw se sentó en su baúl y estiró un brazo para volver a coger la botella sin hacer ningún comentario.

—Mi padre nos ha dejado en ridículo y se lo toma como si fuera un gran chiste. Pues espero que se le atragante.

—Hoy conocí a un viejo amigo de tu familia.

Hugh alzó los ojos, con las cejas levantadas.

—Un hombre llamado Shapin. Oyó a Gregson mencionar tu nombre y dijo haberte conocido

cuando eras un niño.

—No recuerdo el nombre.

—Al parecer era criado vuestro, deportado por robo cuando tú eras pequeño.

Hugh se encogió de hombros y volvió a recuperar la botella.

—Me sorprende que mi padre no lo arreglara para que lo colgaran. Nunca ha sido muy compasivo con los pecados de los demás.

Hugh se llevó la botella a la frente como si esperara encontrar algo de frescor y consuelo en ella.

# Cuarta parte

## **IV.1**

*Lunes, 5 de junio de 1780*

Susan debió de dormir algo, pero cuando la luz comenzó a colarse entre las contraventanas y oyó los sonidos conocidos de una calle londinense comenzando a revolverse como un borracho despertando de un mal sueño, tuvo la sensación de que se había pasado la noche entera observando las sombras del techo.

Le había preguntado a Graves y a la señorita Chase si podría contarle ella a su hermano lo de su extraño cambio de situación y expectativas (un gran cambio para los dos, de hecho), y los tres habían decidido no decirle nada a nadie hasta que ella hubiera tenido tiempo de hacerlo. A la niña le parecía lo más correcto decírselo ella misma, pero una cosa era decidirlo y otra muy distinta hacerlo. Se había prometido a sí misma que lo haría tras la

cena, después se dijo que Jonathan estaba cansado y necesitaba dormir y al final había sido ella la que había perdido el sueño intentando encontrar palabras que fueran las más dulces y acertadas, palabras que el niño pudiera entender con claridad.

Suspiró y se sentó en la cama, bajó los pies al suelo y lo observó dormir en la cama de al lado. El cabello rubio del pequeño caía sobre la almohada, los bracitos estirados como si en sueños estuviera subiendo a la carrera una cuesta empinada. Tenía la piel tan perfecta y pálida como las primeras nubes. Susan estiró el brazo y le sacudió el hombro con brusquedad.

—¡Jonathan! Jonathan, despierta.

El crío se removió y abrió los ojos. Susan vio en ellos la misma confusión que sentía ella siempre que despertaba en esa habitación. Esos primeros segundos de paz y luego duda cuando los objetos conocidos de su habitación de la calle Tichfield, encima de la tienda, no terminaban de aparecer, y luego apretar los ojos, el pequeño nudo en el pecho cuando recordaba dónde estaba, lo que

había pasado.

—Jonathan, tengo algo que contarte.

Su hermano se incorporó sobre los codos y se frotó los ojos.

—¿Qué pasa?

—¿Estás despierto?

—Pues claro que estoy despierto. Me acabas de sacudir.

—No nos llamamos Adams, nos llamamos Thornleigh. Es muy probable que tú seas vizconde, y un día serás conde.

Jonathan miró las sábanas con el ceño fruncido.

—¿De dónde?

—Sussex.

El pequeño la miró.

—Oh. ¿Es de ahí de donde viene el dibujo?

—¿Qué dibujo?

—El del anillo de papá. Con el dragón y el pájaro que sujeta el escudo. Quizá lo sepa ese hombre.

—Es un fénix y tú estás diciendo tonterías... ¿qué hombre?

Jonathan se sentó bien y le contestó a su hermana

con tono indignado:

—¡No estoy diciendo tonterías! Ese hombre me enseñó un dibujo como el del anillo y preguntó si lo había visto. Yo le hablé del anillo y él dijo que era muy listo. Después prometió que volvería y me daría un chaleco como el suyo. Me gustaba, era bonito. Pero no ha vuelto.

—¿Cuándo, Jonathan? ¿Qué hombre?

—Hace días y días. Te lo acabo de decir. Se llamaba Carter. ¿Por qué?

—¿Quizá fue el que se llevó el anillo! —Susan bajó la voz y empezó a pellizcar las sábanas—. ¿No se parecía... al otro hombre?

Jonathan negó con la cabeza.

—No, y era agradable. ¿Por qué iba a llevarse el anillo? Ya tenía el dibujo. —Los dos lo pensaron un momento, el niño miró a su hermana otra vez con la cabeza ladeada—. Si yo soy vizconde, ¿eso significa que tú eres lady o algo así?

Susan balanceó los pies.

—Es probable.

Jonathan bostezó, volvió a meterse entre las sábanas y apoyó la cabeza en la almohada.

—Te harán aprender francés.  
Susan abrió mucho los ojos.

Crowther no volvió a casa hasta que se amortajó el cuerpo de Cartwright como era debido; el rato entre la muerte de su paciente y el momento en que las mujeres le dijeron que el cuerpo estaba limpio y descansando lo pasó en la cocina del pañero, bebiendo vino tinto con Michaels. El hombretón había salido de la casa en cuanto Crowther había cerrado los ojos de Joshua con sus largos dedos blancos, solo para regresar a los pocos minutos con una botella de borgoña aferrada como un juguete en su manaza, y también traía dos copas que frotó por un instante en el borde de su camisa y después dejó en la mesa sin decir nada.

Crowther cogió la copa que le ofrecían con un asentimiento y tomó un buen trago. Se preguntó si le pedirían que le hiciera la autopsia al fallecido. Se dio cuenta de que en realidad no quería. Había visto los efectos del envenenamiento por arsénico

en los órganos de un perro, en Londres, y no le parecía que fuera a añadir mucho más a la suma de sus conocimientos ver lo que el veneno había hecho a los sistemas de un hombre. Sintió que el vino le golpeaba el estómago y lo calentaba. Sin darse cuenta de que lo estaba haciendo, estiró los miembros y suspiró. Michaels lo observaba con los ojos entrecerrados.

—Todas las botellas y frascos están guardados bajo llave —dijo el posadero—. No había comido nada antes de que se produjera el ataque, nada desde el desayuno. Quizá, sin embargo, debería llevarse usted la botella que se abrió cuando la trajeron de la mansión; guárdela con llave en su armario de medicinas.

Crowther alzó los ojos, sorprendido.

—¿Cree usted que aquí no está segura?

Michaels se encogió de hombros y estiró los gruesos dedos delante de él.

—No lo sé, señor Crowther. Hay dos botellas. De una se había bebido, de la otra no. Llévase la que está abierta, para mi tranquilidad. Yo preferiría no decir lo que pienso. Casi no lo sé ni

yo mismo.

Crowther regresó a su vino sin comentar nada más. Los dos hombres permanecieron en silencio hasta que la botella quedó vacía y por la ventana de la cocina el cielo empezó a transformar un amanecer estival en la luz brillante de la mañana. Se abrió la puerta y entró una mujer de aspecto joven con paso firme y un fardo de ropa blanca que sacó por la puerta de atrás. Regresó y posó una mano en el hombro de Michaels. Este la cogió y se la llevó por un instante a la mejilla. La mujer se inclinó para besarle la coronilla y Crowther sintió que el corazón se le salía. No había visto hasta entonces a la mujer de Michaels, no había imaginado a una mujer tan arreglada y joven, no había imaginado que pudieran representar una alegoría tan perfecta de apoyo doméstico. La mujer pareció sentir sus ojos posados en ella y lo miró.

—Señor Crowther, mi marido y usted deberían irse a casa y descansar. Hannah y yo nos ocuparemos de todo.

Crowther asintió, pero cuando se levantó, sus

pies lo llevaron arriba otra vez, a la habitación del enfermo. Había hierbas quemándose en un pequeño plato de latón en un lado de la habitación y habían puesto velas a ambos lados de donde yacía Joshua. Hannah estaba sentada en la silla que había ocupado Crowther buena parte de la noche y se levantó a toda prisa cuando se abrió la puerta con un crujido. Crowther le señaló con un gesto que se volviera a sentar y miró la cara del cuerpo echado en la cama. Qué extraño era, qué muertos parecían los muertos. A Joshua jamás se le podría confundir con un hombre dormido. El cuerpo estaba vacío e insensible; lo que hubiera de humano en él lo había abandonado. Notó que Hannah se secaba los ojos.

—¿Le tenías cariño a tu señor?

La chica asintió, parecía un poco asustada.

—Sí, señor. Y...

Quizá el cansancio lo estaba ablandando, porque su voz fue más suave de lo habitual.

—¿Y qué, niña?

Hannah suspiró y posó la mano en la cama, junto a su señor.

—El corregidor Bridges hizo muchas preguntas sobre el veneno para los ratones. Me temo que dirán que fue culpa mía, señor. —Su mano dio unos golpecitos en el brazo del cadáver, como una mujer tranquilizando a un niño—. Como si yo fuera a hacerle daño.

Crowther se quedó callado un segundo y observó el perfil de la joven a la luz de las velas.

—Sé que no lo hiciste. —La criadita le dedicó una sonrisa rápida y agradecida—. Y si tienes algún problema para encontrar otro puesto, serás bienvenida en mi casa.

—Me gustaría mucho, señor. —Volvió a mirar el cuerpo que tenía a su lado—. Pero por ahora mi sitio es este.

Crowther se inclinó con no menos respeto que el que le mostraría a una duquesa, dejó la habitación y se detuvo solo para recibir un fardo de manos de Michaels y, con un asentimiento apenado, salió a la calle y regresó a su casa.

## IV.2

Susan creyó que después de haberle dado a su hermano la noticia podría dormir, pero estaba más despierta que nunca. Se acercó sin ruido a la contraventana, abrió una hoja y se estremeció cuando la luz brillante de la mañana la golpeó en los ojos. La habitación que Jonathan y ella compartían estaba en el piso de arriba de la casa y la niña pudo ver por toda la ciudad extraños penachos de humo que se exhalaban al cielo como si media docena de gigantes de todo Londres estuvieran fumando sus primeras pipas del día. Algo le llamó la atención y miró a la calle. El hombre delgado que parecía estar interesado en el señor Graves la estaba mirando. Al captar su atención se quitó el sombrero con un floreo que hizo sonreír a Susan. Después, el hombre miró a ambos lados de la calle y levantó la mano para llamarla. La niña frunció el ceño. El hombre la volvió a llamar. Susan se metió de nuevo en la habitación. Al señor Graves no le gustaba aquel

hombre, ella se había dado cuenta. De hecho, no parecía cómodo cuando estaba ese hombre. Quizá, si ella se lo pidiera, el hombre se iría. Susan no quería que el señor Graves estuviera incómodo. Comprendió que quería que se quedara tan cerca de ella y Jonathan como fuera posible.

Asintió para sí con firmeza, se vistió a toda prisa, atravesó sin ruido la casa dormida y giró la llave de la puerta de la calle con tanta suavidad como pudo. Una de las fregonas estaba limpiando la chimenea del salón principal y se volvió, sorprendida, para mirarla. Susan le dedicó una sonrisita tensa y se escabulló a la calle mientras la criada, una jovencita apenas mayor que la propia Susan, seguía mirando con expresión confundida.

La calle todavía estaba tranquila, pero Susan se acercó a Molloy con valentía.

—Usted es la señorita Adams.

El hombre tenía la cara llena de arrugas, pero no amarilla. Por extraño que fuera, Susan se sintió más tranquila y estuvo a punto de corregirlo antes de recordar el peligro que entrañaba su nuevo nombre y asentir.

—Y usted es el señor Molloy. Hace sentirse incómodo al señor Graves.

El hombre dejó escapar una carcajada seca que la hizo retroceder un paso de un salto. El otro levantó una mano para tranquilizarla mientras sacaba un pañuelo con la otra y se secaba los ojos.

—¿Ah sí, señorita? ¿No me digas? Bueno, es bastante incómodo deber dinero, y más incómodo todavía que a uno lo hagan responder por ello. Incómodo o no, se me ha de pagar hoy, o haré que se lleven al señor Graves por deudor antes de la hora de la cena. Tengo una esposa y un hijo que alimentar.

—¿Qué quiere decir con «llevarse»? —Susan lo miró con el ceño fruncido.

—A prisión, señorita —dijo él al tiempo que doblaba su pañuelo con mucho cuidado otra vez y se lo guardaba en el chaleco—. Deberá quedarse allí si yo no puedo tener mi dinero.

Susan ladeó la cabeza.

—¿Su mujer y su hijo tienen hambre?

El hombre la miró con gesto sorprendido.

—No, bonita, todavía no. Pero puede que

lleguen a tenerla por falta de esos veinte chelines, algún día. El mundo tiene la costumbre de girar muy rápido y de repente, ya sabes. —Susan asintió poco a poco, había mucha verdad en esa frase—. Así que debemos procurar conservar a nuestros amigos, y el dinero es el mejor amigo que conozco.

La niña abrió mucho los ojos y lo miró.

—El señor Graves es el mejor amigo que tenemos mi hermano y yo. Y usted quiere llevárselo.

Molloy sacó la barbilla.

—No es eso lo que quiero. Yo solo quiero el dinero.

Se frotó la parte de atrás del cuello y miró la calle más allá de la niña. Susan siguió examinando el extremo de la barbilla de su interlocutor.

—Yo no tengo dinero —dijo. El hombre siguió observando la calle con gesto casual por encima de la cabeza de la pequeña y se encogió de hombros. Susan se mordió el labio, respiró hondo de repente y empezó a tironear de la cadena de oro que le rodeaba el cuello—. Pero tengo este anillo.

Molloy bajó la cabeza de inmediato. Sus ojos captaron el brillo dorado del anillo y el destello de los brillantes. El tono de su voz se hizo más bajo y codicioso.

—Eso serviría, chiquilla. ¡Eso serviría! Todos quedaríamos en paz si me lo das.

—Si se lo doy, ¿nos dejará y no se llevará al señor Graves?

El otro asintió muy rápido con la cabeza.

—Estará seguro como nunca cuando yo tenga eso en mi mano, bonita.

—Era de mi madre. —La niña lo dijo en voz muy baja.

Molloy volvió a mirar de un lado a otro de la calle.

—Tu madre querría que conservaras a tus amigos, ¿no crees?

Susan lo pensó. Siempre tendría la miniatura, y prefería tener al señor Graves que el anillo. Sintió las lágrimas inundándole los ojos y parpadeó para espantarlas. Qué extraño como cosas tan pequeñas podían ayudar a mantener a Graves a salvo. Ojalá el hombre de la cara amarilla le hubiera dado la

oportunidad de hacer un trato.

—Tengo que quedarme con la cadena para que la señorita Chase no se entere de que ya no lo tengo.

Estiró los brazos por detrás del cuello para abrir el cierre. Molloy hizo una pequeña pausa y luego se encogió de hombros.

—Sí, sí, quédate la cadena, solo el anillo, señorita.

Estiró la mano y frotó el pulgar contra el índice. Se oyó un estrépito repentino, el hombre miró otra vez por encima de la cabeza de Susan y maldijo. La niña oyó que la llamaban y se volvió, las manos todavía tanteándose el cuello; vio a la señorita Chase acercándose a grandes zancadas a ellos, el cabello suelto y los ojos muy brillantes. La joven puso la mano en el hombro de Susan cuando llegó junto a ellos. Molloy se irguió y empezó a ponerse un poco pálido.

—¡Señor Molloy! ¡Explíquese!

—Solo es un pequeño negocio, señorita Chase.  
—Molloy se pasó la punta de la lengua por los labios finos—. No es necesario que se preocupe usted.

El corazón de Susan empezó a golpearle con fuerza en el pecho.

—¡Por favor, señorita Chase! Si dejas que se quede con el anillo, entonces no se llevará al señor Graves a la cárcel. Por favor, déjeme. No quiero que se vaya el señor Graves.

Las últimas palabras salieron casi en un sollozo. Susan sintió que la mano que le apretaba el hombro se tensaba. La señorita Chase miró a Molloy.

—¿Así que aterrorizando a una niña solo dos días después de que viera cómo mataban a su padre? ¿Cómo se atreve a hacerse llamar hombre?

Molloy se irguió todavía más, aunque todavía le costaba mirar a la señorita Chase a los ojos.

—Todo muy triste, estoy seguro, señorita. Pero los negocios son los negocios. Puedes darme el anillo, bonita. La señorita Chase no tiene nada que ver con esto.

—¿Ah, no? —La señorita Chase estaba muy acalorada. Susan volvió a manipular el cierre.

—Tiene que dejarme, por favor.

La joven sacó una carterita de su cinturilla.

—¿Cuál es la deuda, Molloy? Antes que permitir que le robe a esta niña, prefiero pagársela yo.

El hombre murmuró por lo bajo algo que Susan estaba segura que no debería oír.

—Veinte chelines. Y aquí no se está robando a nadie, señorita Chase. No tiene derecho a decir eso.

—Me pregunto qué diría la gente si oyeran esta historia, Molloy. —Las cejas de la señorita Chase se unieron en un gesto amenazador.

—¡No debe pagarlo! —Susan dio una patada en el suelo—. ¡No le gustaría! Sabe que no le gustaría. Se avergonzaría y no se acercaría más. Tengo que ser yo la que pague. ¡Me cuida a mí! ¡Se lo debemos nosotros, no usted!

La señorita Chase pareció confusa. Susan se la quedó mirando con la cabeza levantada y una expresión seria y desesperada. Molloy le dedicó una sonrisa débil.

—A mí me da igual quién pague, pero tengo otros asuntos que atender, así que si no les importa apresurarse, señoras...

La señorita Chase alzó los ojos con una mirada

desdeñosa.

—Oh, cállese, Molloy. Usted lleva días dejándose caer por aquí y yo estoy pensando.

Molloy dejó caer la barbilla. La señorita Chase se humedeció los labios.

—Muy bien, Susan. Te prestaré veinte chelines... —y cuando la niña empezó a protestar—... y me quedaré con el anillo como garantía. De ese modo sabes que el dinero es tuyo para gastarlo como te plazca.

Molloy no levantó la cabeza, se limitó a trazar una media luna en el polvo con la bota.

—Parece que se está metiendo usted en mi negocio, señorita Chase.

La joven lo miró con asco, pero no respondió. El corazón de Susan dio un salto de alegría.

—Sí, por favor. Eso estaría bien. Y cuando sea una dama, puedo devolverle el dinero. —Susan hizo una pausa—. Y comprarle un carruaje, si quiere.

—Gracias, Susan. Pero mi padre ya tiene un carruaje y a mí me complace compartirlo. —Susan aceptó la respuesta con un asentimiento.

El negocio se tramitó como correspondía. Susan cogió el dinero que le ofrecía la señorita Chase y dejó caer el anillo en la mano de la joven. Esta última lo tomó de mala gana, pero alentada por la determinación que vio en los ojos de Susan, lo guardó bien en su monedero. Susan colocó después la suma en la mano de Molloy con la sonrisa radiante de una niña que estuviera comprando dulces. La pequeña se giró otra vez, pero la señorita Chase no apartó la mano de su hombro.

—El recibo, Molloy.

El hombre sonrió con cierta tristeza y sacó un grueso billetero de su abrigo. Estaba erizado de papeles sucios; algunos se habían arrugado.

—Sería usted todo un descubrimiento en el mundo de los negocios, señorita Chase. Una pena que tenga que quedarse en casa y pintar pantallas todo el día.

Una vez más la joven no dijo nada, se limitó a observarlo con firmeza mientras él revolvía entre los papeles y sacaba uno del centro del grasiento fardo con el ceño fruncido. Puso el recibo en la mano de Susan. La señorita Chase no le había

quitado el ojo de encima.

—¿Y está anotado que se ha pagado el interés?

Susan miró sin comprender las cifras durante un momento, después volvió la página.

—Sí, aquí está, señorita Chase —dijo.

—Muy bien.

Molloy encajó el dinero en la billetera, se la volvió a guardar en la levita y le dio unos golpecitos al lugar que ocupaba sobre el corazón.

—Un placer hacer negocios con ustedes, señoras. El joven Graves es un hombre con suerte por tener tales amigas. —Susan lo miró con la cabeza ladeada.

—Y ahora usted también tiene a sus amigos. —Molloy le sonrió con expresión curiosa—. Los chelines. Usted dijo que eran sus amigos. —El prestamista lanzó una carcajada aguda.

—¡Sí que lo dije, bonita, sí que lo dije!

Se llevó la mano al sucio sombrero y se giró para subir la calle; por el camino, se puso a silbar.

La señorita Chase se arrodilló hasta que Susan y ella pudieron mirarse a los ojos.

—Dime, cielo, ahora que estamos solas. ¿Has

tenido un momento para decirle algo a Jonathan?

La sensación de independencia de Susan, esa sensación de poder, pareció abandonarla como una riada. Miró a la señorita Chase con una gran tristeza.

—¡Sí, y dijo que tendría que aprender francés!

La señorita Chase se echó a reír con una carcajada ronca y musical, después se puso de pie y abrazó a la chiquilla por un instante contra su costado antes de llevarla de regreso a la casa.

## IV.3

Crowther se revolvió y gimió. La llamada a la puerta principal había sido suficiente para despertarlo, y encima se oían voces. Escuchó a medias mientras se levantaba de la cama y empezaba a vestirse, dejando que los jirones de ese descanso demasiado breve se esparcieran por las tablas del suelo de su habitación. Hizo una pausa. Juraría que podía oír a un perro gañendo. Sacudió la cabeza y estiró el brazo para coger la camisa. Las horas en vela lo habían cansado. Sentía la vejez en los huesos.

—¡Por supuesto que está dormido, niña! Estuvo junto a la cama de Cartwright hasta después del amanecer. Pero yo tengo que verlo y tú tienes que despertarlo.

Era la voz de Michaels. Y ese gañido otra vez. No cabía duda, el tabernero tenía un perro con él. Oyó que su doncella protestaba una vez más, aunque las palabras no se entendían.

—Tú solo vete a buscarlo, por el amor de Dios,

Betsy. ¡O le quito a tu padre el crédito en el Oso y ya le diré yo por qué, fíjate lo que te digo!

Otro murmullo agudo.

—¡No, no quiero pasar a la biblioteca, gracias! ¿Quién te crees que soy? Esperaré en el vestíbulo. Y ahora vete a despertarlo antes de que pierda la paciencia.

Crowther abrió la puerta de su dormitorio y se asomó al vestíbulo.

—No será necesario, Michaels, ya se ha encargado usted de eso. —Habló con una sonrisa en la voz, pero al observar la expresión del otro hombre, que lo miraba desde las losas en sombras de la planta de abajo, su rostro se puso muy serio—. ¿Qué ha ocurrido? —Empezó a bajar las escaleras—. Café, por favor, Betsy. En el estudio.

Michaels miró con aire incómodo al perro que tenía al lado, sujeto con fuerza por una correa de cuero. Era una lebreña negra, con un poco de gris alrededor del morro.

—Pero está la perra, señor Crowther.

—No importa.

Crowther empujó una puerta a la izquierda del

vestíbulo e indicó a Michaels que entrara. Después cruzó el espacio que lo separaba de las contraventanas y dejó entrar la luz de verano. Se volvió. Tanto Michaels como al parecer la perra, estaban absortos en una contemplación asombrada de la habitación.

Era un espacio agradable, generoso, recubierto de paneles de madera pintada. Los antiguos ocupantes lo habían utilizado como comedor, pero Crowther no solía recibir visitas y necesitaba el espacio para trabajar. Había hecho construir estanterías por toda la pared posterior y en ellas albergaba los volúmenes y preparados que más apreciaba. En el centro del espacio había una mesa larga, tosca, con la superficie alisada a base de frotar y limpiar, como las que se suelen encontrar en las cocinas de las grandes casas. Tenía sus instrumentos esparcidos por ella. En el otro extremo, bajo un par de candelabros de latón, esperaba su escritorio, los cuadernos descuidados abiertos encima. Eran los preparados lo que llamaba la atención de Michaels. Eran el fruto de casi una década de estudio y cuidadoso

coleccionismo. Crowther había frecuentado las salas de subastas de Inglaterra y el resto de Europa igual que hacían otros hombres con dinero y tiempo libre suficiente, solo que él no compraba arte de estilo italiano, ni fragmentos de mármol de los antiguos; él compraba partes de cuerpos, cada una inyectada con resinas de colores para mostrar los diferentes vasos y formas que conlleva el ser humano, flotando en pesados tarros sellados llenos de alcohol; o esos extraños fenómenos del desarrollo, abiertos como textos extraños que absorber y de los que aprender. Los ojos de Michaels recorrieron los estantes.

—¿Qué es eso? —Señaló la delicada tracería de un par de pulmones humanos. Era un ejemplo magnífico del arte del preparador. Cada capilar a través del cual el sistema absorbía el aire colgaba como una rama desnuda un día sereno, de una complejidad deslumbrante, delicada como un encaje.

—Los pulmones de un joven de Leipzig.

La mano de Michaels se posó en su propio pecho; lo sintió levantarse y caer bajo su palma.

—Es muy bonito —dijo.

Crowther sonrió para sí y colocó una silla junto a la mesa del centro de la habitación.

—Siéntese, por favor.

Se abrió la puerta y entró Betsy para colocar el servicio de café entre ellos. La pierna de Michaels rebotaba de impaciencia mientras la criada colocaba las tazas. La perra parecía bastante menos preocupada, y con un gran bostezo se acurrucó bajo la silla del tabernero y apoyó la nariz en las patas delanteras. Betsy se fue, sin posar ni una sola vez los ojos en los estantes, y cuando la puerta se cerró, Crowther solo dijo dos palabras.

—¿Y bien?

Michaels apretó un puño y lo metió en el hueco de la otra mano.

—Han destrozado la cocina de la casa de Cartwright.

Crowther se inclinó hacia delante.

—Dios bendito. ¿Su mujer? ¿Hannah?

Michaels alzó la vista con una sonrisa rápida.

—Las dos están bien y más enfadadas que

asustadas. No oyeron entrar a nadie y cuando empezó el ruido se encontraron con que no podían salir del dormitorio. Cuando las cosas se tranquilizaron, mi mujer salió trepando por la ventana y vino a buscarme. —Miró a Crowther a los ojos—. ¿Todavía tiene usted la botella?

Crowther se levantó sin decir nada y cruzó hasta el armario que había en la esquina más oscura de la habitación. Se sacó una llave del chaleco, abrió el mueble y sacó el fardo que Michaels le había dado la noche anterior. Regresó con él y lo puso en la mesa entre los dos, después volvió a coger su taza de café.

—Bien —dijo Michaels.

—¿Quién lo hizo?

Michaels posó la delicada porcelana de Crowther con un cuidado exquisito, como un hombre que debe tener cuidado con los muebles de la casa de muñecas de su hija.

—Los chicos del corredor, deduzco yo.

Crowther asintió.

—¿Por qué?

—Oí cómo se lo decía a usted en el pasillo,

ayer. Él cree que lo hizo Hugh, pero teme lo que pueda ocurrir si lady Thornleigh y su hijo se hacen con el control de la propiedad. Esa señora es lista. Y nunca se han llevado bien. —Michaels intentó explicarlo—. Sospecho que se conocieron en la ciudad antes de que ella se casara con el conde, y ella consideraba que él la había tratado mal. Cuando llegó aquí dio la sensación de que iba ponerle las cosas difíciles al corregidor. Entonces lord Thornleigh se puso enfermo y la balanza de poder volvió a cambiar otra vez.

Crowther asintió poco a poco.

—Así que él piensa que fue Hugh y está intentando protegerlo.

—Lo verá usted de sobra en la vista de esta tarde. El juez instructor estará retorciéndose como un conejo en un lazo sin saber quién va a terminar teniendo autoridad sobre él.

—¿Y usted cree que Hugh fue el envenenador?

—Fue él el que entregó la botella, ¿no? A mí me caía bien cuando era un crío, pero le pasó algo en América... Sé que no sería plato de gusto tener a esa fulana recolectando nuestras rentas y

enseñándole a su niño cómo mantenernos en nuestro sitio, pero yo preferiría lidiar con eso antes que con un asesino. —Alzó los ojos y miró de frente a Crowther, el brillo en ellos era tan azul como lascas de hielo en su cara morena—. Y existe eso que se llama justicia, ¿verdad, señor Crowther? Usted y la señora Westerman lo saben. Lo veo en el modo en que están actuando.

—Haremos todo lo que podamos. ¿Entonces se une usted a nuestra suerte?

Michaels se removió un poco en su silla.

—Me parece que sí. Siempre puedo vender el Oso y mudarme, ya me han hecho más de una oferta. En fin. Que por eso me he traído a la perra. Vamos a probar la botella con ella y después veremos si el juez instructor está dispuesto a mirarnos a la cara, a ver quién aparta la vista antes.

—Muy bien, pero creo que deberíamos mandar a buscar al vicario.

—¿Por una perra?

—Para tener otro testigo de lo que le ocurra.

—Muy bien, de acuerdo, señor Crowther —

accedió Michaels—. Eso haremos.

La señorita Chase no soltó el hombro de Susan cuando volvieron a entrar en la casa y se sentó con ella en el sofá del salón principal. Susan alzó los ojos y la miró a la cara, todavía un poco ruborizada tras el enfrentamiento con Molloy; lo que la niña vio fue confusión, pena y, según le pareció a Susan, cierta expresión risueña, todo ello persiguiéndose por los bonitos rasgos. La joven sacudió la cabeza como si esperara a que los pensamientos se asentaran un poco y después lanzó una risita.

—Oh, Susan, no tengo ni idea de qué hacer. ¿Debería contarle al señor Graves lo que has hecho?

Susan se mordió el labio.

—No lo sé. No quiero que se preocupe por Molloy, pero para él sería violento, no le parece, saber que hemos pagado su deuda nosotras.

La señorita Chase asintió con gesto serio

mientras se estudiaba las manos juntas en el regazo y dejaba que Susan expresara sus pensamientos.

—Quizá piense que Molloy cambió de opinión, por nosotras, y que se ha ido un tiempo —sugirió la niña.

La señorita Chase cogió un mechón rebelde del cabello de la niña y se lo metió detrás de una oreja.

—Qué niña más lista —dijo—. Es probable. Creo que ahora mismo solo piensa en ti y en Jonathan.

Los ojos de Susan se alzaron por un instante.

—Y en usted.

La señorita Chase pareció cohibirse y volvió a mirar al suelo.

—Susan —dijo después, tras una pausa—. Creo que es muy importante que sepas que, pase lo que pase, Graves y yo no os dejaremos. Seguiremos siendo amigos vuestros.

Susan sintió que se le cerraba la garganta.

—Papá tampoco quería dejarnos.

La señorita Chase abrió los brazos y atrajo a la niña hacia sí. Susan lloró sobre su suave hombro,

sintió que el pelo de la joven le caía por el cuello, la caricia en su espalda de la mano de su amiga. Susan pensó en su padre alzando la vista hacia ella con una sonrisa; oyó su carcajada aguda y sintió que su corazón magullado tartamudeaba y se quejaba como si acabara de empezar a latir otra vez. Lloró, pero sus lágrimas tenían un sabor diferente.

Harriet despertó temprano a pesar de la vigilia de la noche anterior. La casa estaba en silencio. Salió de su dormitorio, subió por las escaleras que llevaban a la habitación de los niños, en el último piso de la casa, y abrió con cuidado de la puerta. Stephen había estado librando batallas junto a su padre, en sueños. Las sábanas estaban enredadas a su alrededor, la camisa de dormir retorcida y húmeda sobre el torso delgado. Harriet se arrodilló junto a la cama y le apartó el pelo de la mejilla; el niño murmuró algo y se volvió sin despertarse.

Su madre jamás dejaría de asombrarse ante la belleza de ese hijo al que había dado la vida. Tenía la piel tan pálida como la primera leche cálida del día, lisa y perfecta. Posó el dorso de su mano en la mejilla del niño por un momento; el placer de la caricia fue una especie de dolor ideal.

La puerta se abrió sin ruido y entró la nodriza con el bebé. Las mujeres se sonrieron cuando la niñera se acomodó en el sillón que había junto a la chimenea apagada, donde el sol no daría en la cara de la pequeña. La niña empezó a alimentarse con impaciencia y Harriet sintió un tirón apagado en su pecho, como un recuerdo. Sabía que cada vez había más mujeres de su clase que daban el pecho a sus hijos, y al nacer Stephen, desarraigados y a flote en el trozo de Inglaterra de su marido, a ella no le había quedado más remedio que alimentarlo ella misma. A su niña, Anne, sin embargo, se la había entregado a otra mujer a las pocas horas de nacer, y ella se había vendado el pecho y había continuado con la gestión de la propiedad.

Mientras miraba, Harriet confiaba en que en esa decisión no hubiera influido el sexo de la recién

nacida. Ella quería tener una hija y su marido también quería una hija; Harriet ansiaba recibir a esa niña que se parecería mucho más a ella de lo que Stephen llegaría a parecerse jamás... pero cuando la comadrona le había puesto a la niña en los brazos, la madre había sentido con esa primera y aterradora oleada de amor una especie de desesperación. ¿Y qué puedes ser tú? había pensado mientras examinaba las uñitas perfectas, la pelusa oscura del pelo, tan diferente del de Stephen. Una mujer casada. Felizmente o no. Solo tienes una decisión que tomar en tu vida y tu vida entera depende de ella. El peso de ese pensamiento la había dejado sin aliento y la comadrona le había quitado al bebé creyendo que todavía estaba exhausta por el parto. Había oído que entregaban a la niña a la nodriza mientras ella fingía dormir y miraba sus jardines desde la ventana de su dormitorio, aunque, por supuesto, como todo lo que vestía o comía, el caballo que montaba o la pluma que utilizaba para anotar las cuentas, todo pertenecía en realidad a su marido. Su derecho era solo al usufructo, como el de todas

las damas elegantemente vestidas del mundo.

Fue a colocarse detrás de la nodriza para observar comer a la niña. Su movimiento distrajo a la pequeña, que gimoteó y rechazó el pecho. Harriet retrocedió un poco.

—Shh, pequeña. —La nodriza esbozó una suave sonrisa dedicada a la niña y después se dirigió a su señora—. ¿Quiere cogerla un momento, señora?

Harriet negó con la cabeza.

—Anne es como su madre. Odia que la molesten cuando desayuna. —Se inclinó para meter un dedo en la manita apretada. La niña abrió los ojos de repente y las dos se miraron un buen rato, y en un instante Harriet vio todos los posibles futuros de su hija extendidos ante ella. Luego, la niña se retorció y abrió la boquita rosada con un pequeño vagido. La nodriza la cambió de posición sobre su rodilla.

—Está creciendo de maravilla, señora.

—Bien, bien. Gracias por cuidar de ella. —Harriet volvió a erguirse y salió de la habitación sin mirar atrás, dejando que la puerta se cerrara

sin ruido tras ella.

## IV.4

Solo una hora más tarde, Harriet entraba con paso firme en el estudio privado de Wicksteed tras un pequeño saludo dedicado a la doncella, y se sentaba en el sillón bajo que había junto a la ventana sin esperar a que la invitaran a ello. El administrador de la propiedad alzó la cabeza y la miró sorprendido desde el escritorio en el que estaba trabajando, después se levantó e hizo una rápida inclinación.

Harriet agitó la mano para devolverlo a su silla y empezó a quitarse los guantes. Wicksteed la observó sin hablar, como si contemplara una especie de criatura salvaje pero inofensiva. Un mono tras un cristal, un pájaro en una jaula. Harriet hubiera querido estudiarlo a él, pero se encontró siendo ella el objeto de estudio. Hay un tipo de hombre que sabe cómo mirar con intensidad a una mujer y hacerla sentirse expuesta. Harriet se preguntó si incluso Jemima, lady Thornleigh, no encontraría algo puro en una mirada

de una concentración tan violenta, maravillada y asombrada, imperturbable. Te atrapaba. Tragó saliva antes de empezar a hablar.

—Discúlpeme por entrar así, Wicksteed, a una hora tan temprana. —Él empezó a murmurar algún cumplido, pero ella lo cortó—. Pero quería comprobar con usted la cifra por la venta del bonito ruano que le adquirimos para mi hermana en marzo. —Le lanzó una miradita furtiva entre las pestañas y suspiró—. Me temo que debo de haber copiado mal la cifra en mis cuentas. Ahora no sale la suma de la columna por muchas veces que lo intente, y ese fue el número donde me pareció que podría haber cometido el error. Yo lo tenía como doce guineas, pero veintiuna parece una cifra más probable para una montura tan bonita, ¡y si ese fue el error, entonces todas mis sumas cuadrarán!

Harriet le lanzó una sonrisa radiante y esperanzada. La expresión masculina no cambió.

—Será un placer comprobarlo, señora Westerman. Los libros de marzo están en el despacho principal, aunque creo que tiene usted razón y veintiuna guineas era la cifra.

Harriet se inclinó hacia delante en confianza.

—Oh, ¿podría comprobarlo, señor Wicksteed? Sería tan amable por su parte. El comodoro odia volver a casa y encontrar las cuentas en cualquier cosa que no sea un perfecto orden, ya sabe.

Wicksteed se levantó con lentitud y miró por la habitación.

—Puede que tarde unos momentos...

—¡Oh, esperaré aquí con mucho gusto! —Harriet se recostó en su sillón—. Y tengo otro favor que pedirle. Su ama de llaves tiene una receta de estofado de liebre que a mí me parece maravillosa, y le prometí a la señora Heathcote que intentaría encontrar el secreto. ¿Podría pedirle usted que me la apuntara?

Wicksteed frunció el ceño y a Harriet se le ocurrió que quizá se había excedido. El administrador la volvió a mirar y de repente sonrió. Harriet lo había visto sonreír en muy escasas ocasiones y estuvo a punto de sufrir una conmoción. Aquel hombre tenía los dientes muy blancos y ella se sintió como una niña que ha hecho algo encantador en su inocente estupidez.

Wicksteed le dio la espalda y salió a toda prisa de la habitación.

La sonrisa de Harriet se apagó en cuanto cayó la manilla de la puerta y empezó a levantarse. La puerta se abrió otra vez, pero ella consiguió girar el cuerpo de modo que pareciera que lo único que había estado haciendo había sido ponerse cómoda. Wicksteed seguía sonriendo.

—Quizá pueda ofrecerle algún refrigerio mientras espera.

—Oh, no, estoy perfectamente cómoda, gracias —lo tranquilizó Harriet.

El hombre se inclinó y cerró la puerta. Harriet contó hasta diez lo más despacio que pudo, después se levantó y se acercó a toda prisa al escritorio donde había estado el administrador. Había una pila de recortes de papel sobre la mesa, pero en lo primero que pensó ella fue en el famoso diario. Registró por un instante las ordenadas casillas del escritorio, buscando con aire esperanzado los libros marrones del hombre, sus diarios. El pequeño escritorio tenía dos cajones; el primero se abrió sin dificultad y no contenía más

que plumas de recambio y papeles; el inferior tenía una pequeña cerradura de latón y no cedía a la presión. Harriet maldijo por lo bajo y se preguntó si algún miembro de su servicio sería capaz de confesar un pasado lo bastante pintoresco como para abarcar el forzado de cerraduras, y si quizá esa persona estaría dispuesta a enseñarle a hacerlo. Debería haberlo pensado antes.

Se oyó un ruido fuera, Harriet hizo una pausa mientras contaba los latidos pesados de su corazón hasta que las pisadas abandonaron el pasillo camino de otro sitio, después volvió su atención al montón de papeles que había sobre el secante. Eran borradores o borradores parciales de una carta que ella sostuvo entre las manos durante unos momentos con el ceño fruncido. Se le pasó por la cabeza que Wicksteed tenía una letra precisa, aunque un poco florida, demasiado practicada para lo que solía estilar un caballero... pero entonces los fragmentos de las frases comenzaron a fundirse en su mente.

—¿Ah, en serio? —murmuró—. Así que se trata de eso, ¿eh?

Otro paso. Harriet dejó caer los papeles en el escritorio y se giró hacia la ventana, así que cuando Wicksteed abrió la puerta, de un modo un tanto repentino, ella pudo fingir que se volvía y le daba la espalda al paisaje. El administrador se detuvo en el umbral. Harriet lo miró con expectación.

—Aquí tiene la receta de nuestra cocinera. — Wicksteed se la tendió, ella la dobló con pulcritud y se la metió en el guante—. Y tenía usted razón. El precio era veintiuna guineas, sin duda.

Harriet dio unas palmaditas.

—¡Es usted tan amable! ¡Perfecto!

Los ojos del administrador recorrieron la habitación hasta los papeles que permanecían en el escritorio. Harriet vio, con un pequeño nudo creciéndole en la garganta, que el cajón cerrado con llave sobresalía un poco de la madera circundante. Wicksteed la miró a los ojos y ella sintió que le comenzaba a vacilar la sonrisa.

—Espero que ya tenga toda la información que necesita, señora Westerman, para sus cálculos.

La voz seca del hombre pareció presionar cada

una de sus vértebras.

—Tengo suficiente por ahora, creo, señor Wicksteed. —Le pareció que su voz era quizá demasiado ligera—. Gracias por su ayuda. —Harriet hizo amago de irse, pero Wicksteed no se movía de la puerta, subía y bajaba la manilla sin apartar los ojos del objeto.

—¿Me permite preguntarle algo? —dijo—. He oído que Joshua Cartwright se puso enfermo anoche, y que el señor Crowther lo estaba atendiendo. ¿Ha sabido usted algo más? —A Harriet se le quedó la boca seca. Wicksteed alzó los ojos y la miró. Unos ojos negros llenos de sombras.

—Murió temprano, esta mañana —contestó Harriet en voz baja—. En medio de terribles dolores.

Wicksteed apartó los ojos de ella y los clavó en el escaso trozo de paisaje que abarcaba su campo de visión.

—¡Pobre caballero!

No se movió y continuó subiendo y bajando la manilla de forma deliberada, como si le fascinara

el estrépito redundante que hacía. Harriet esperó a que volviera a hablar, decidida a no moverse mientras el pestillo volvía a tintinear una y otra vez. Cuando pensó que un solo golpe más le provocaría un ataque de histeria, el administrador se detuvo de repente y habló, y ella habría jurado que podía oír un cierto siseo en su voz.

—Parece que ninguno de nosotros, por bien establecidos que estemos, podemos tener la certeza de evitar algún terrible accidente o un gran contratiempo, ¿no es cierto? —Esbozó una sonrisa muerta y después, con una energía repentina, tiró de la puerta y la abrió lo suficiente para que ella pudiera pasar—. Pero le estoy impidiendo que vuelva con sus libros. Adiós, señora.

Harriet se encontró con que no le quedaba voz para responder y pasó junto a él con una ligera reverencia. Tuvo que pasar tan cerca que pudo oler el aliento del hombre, un dulzor revestido de lavanda. Se apresuró a salir de la casa y echó a andar bastante deprisa hacia su propiedad, las mejillas arreboladas y el corazón bailando contra las costillas.

El señor Graves seguía demasiado preocupado por lo que debería hacer con los niños para notar el ambiente de confabulación y triunfo en los rostros de Susan y la señorita Chase durante el desayuno. La caja negra había revelado algunos otros tesoros cuando la había examinado la noche anterior y estaba impaciente por saber cuál sería el consejo de la familia que los acogía.

—He encontrado el testamento, señor Chase — dijo, y puso el documento en los dedos manchados de mantequilla de su anfitrión.

El hombre asintió con cierta cautela y, tras sacarse un par de lentes del chaleco, empezó a leer.

—Así que se le nombra tutor de los niños, señor Graves.

Susan lanzó un pequeño gañido de placer y Jonathan aplaudió. El señor Chase miró a Graves con atención por encima de los lentes cuando este les sonrió a los niños.

—Es una responsabilidad muy pesada para ponerla sobre los hombros de alguien tan joven. Espero que no se ofenda si le digo que me parece que Alexander se equivocó al cargarlo con algo así.

Las caras de los niños se pusieron serias, pero Graves les tendió las manos entre los bollos de pan y la cafetera.

—Estoy seguro de que jamás pensó que sería necesario ponerlos al cuidado de otra persona distinta a él. Me honra que pensara tan bien de mí.

El señor Chase siguió frunciendo el ceño.

—Sí, sí. Todo eso está muy bien y es muy noble, señor, y sé que es usted un buen hombre. ¿Pero es usted el tutor más adecuado para unos niños tan pequeños? Apenas si se ha establecido usted en el mundo.

Graves miró por instinto por la ventana, a la calle donde Molloy se había colocado el último día. El lugar estaba vacío. Se volvió otra vez hacia Chase con el rostro muy serio.

—Tiene razón, por supuesto, señor. Pero estoy en disposición de hacerme cargo de la tienda, si es

necesario, de un modo que aquellos con otras ocupaciones más absorbentes —bajó los ojos— quizá no podrían hacer.

—Aunque eso tal vez sea innecesario, dado lo que hemos descubierto sobre la familia de Alexander.

—Tiene razón.

—¡Pero les he dicho lo que dijo ese hombre! — Susan los miró a los dos con los ojos muy abiertos —. No debemos dejar que sepa dónde estamos. La gente de la mansión lo envió a matarnos.

El señor Chase adoptó una expresión sombría.

—En ese caso, Susan, se les castigarán. Pero tienes razón, querida, no te alarmes, debemos ser discretos. —Miró otra vez a Graves—. ¿Qué propone usted, joven? Los niños y usted tienen aquí su casa todo el tiempo que la necesiten.

—Es usted todo amabilidad, señor. —Graves hizo una pausa y declaró—: Me propongo escribir al magistrado local, si puedo averiguar quién es. —Y cuando Susan sacudió la cabeza con violencia —: No, no te preocupes, Susan, podemos pedir que la respuesta se envíe al café del Caballo

Blanco. No es necesario que les digamos dónde estamos. —Los hombros de Susan volvieron a caer—. Luego veremos cuáles son nuestras opciones.

—Muy bien, señor Graves. Eso parece lo más sensato, pero me gustaría hablar más con usted sobre esto. —El señor Chase dejó su servilleta sobre el mantel—. Quizá quiera salir a pasear hoy conmigo. Deseo ver cuál es la situación en la ciudad y me gustaría contar con su compañía. Mi hija y mi esposa se ocuparán de los niños en nuestra ausencia. —Se volvió entonces hacia su hija—. Complace a este anciano, querida. No te alejes de nuestra calle. El señor Graves y yo sabremos más cuando regresemos, pero creo que las calles siguen siendo hoy demasiado peligrosas para las damas.

## IV.5

El vicario parecía profundamente incómodo.

—Seguro que el corregidor... —empezó a decir.

La voz de Michaels al responderle fue casi un gruñido.

—El corregidor ya tiene bastante trabajo. Su palabra vale tanto como la de cualquiera de la parroquia, ¿no?

El vicario decidió no responder a eso.

Formaban un grupito extraño en el patio de atrás de la casa de Crowther. Hannah, bastante pálida, pero sin vacilar; Michaels, como un roble capaz de caminar, con su confiada perra a sus pies; el vicario, ya colorado; y Crowther, con el fardo bajo el brazo.

—Muy bien —anunció Michaels—. Lo primero, Hannah, quiero que le eches un vistazo a esa botella y digas si es de la que bebió Joshua Cartwright la tarde pasada, y si está igual que cuando la sellamos después de que se pusiera enfermo.

La chica se adelantó con rapidez cuando Crowther desenvolvió el fardo y le mostró la botella. Luego se inclinó hacia delante y pasó el dedo por el sello.

—Tal y como estaba, señor. —Hannah alzó los ojos y miró al vicario—. Ve, la cera que pusimos alrededor del tapón está igual que anoche. Ese es el color de las velas de nuestra cocina. ¡Mire! Hay un trocito de cera que se me cayó torcida porque me temblaban las manos un poco.

El vicario captó la mirada de Michaels y se apresuró a inclinarse para estudiar con más atención donde indicaba la chica. Al cabo miró a su alrededor y cambió de postura.

—Sí, lo veo, lo veo.

La puerta de la casa se abrió con un estrépito y vieron que la señora Westerman salía al patio. La señora hizo una pequeña pausa de un segundo.

—Buenos días, Crowther. Caballeros, Hannah —dijo—. Su doncella me dice que están ustedes a punto de matar a un perro.

Los caballeros hicieron una reverencia y Hannah inclinó la cabeza con ademán cordial. Crowther

contestó a su visitante con aire cansado:

—Así es, señora Westerman. Por lo menos eso es lo que me temo. ¿Desea usted observar?

—Si me lo permiten.

Michaels se volvió hacia Hannah.

—No hace falta que te quedes ahora si no quieres, muchacha.

Hannah le lanzó una rápida mirada a Crowther.

—No tengo miedo de verlo —dijo—, pero la cocina de casa sigue estando hecha un desastre.

Crowther la miró con un parpadeo.

—No dudo de tu estómago. Pero será mejor que vayas a hacer tu trabajo.

La criada le respondió con una sonrisa y también sonrió a Harriet cuando pasó junto a ella.

—No los demoraré preguntándoles por la cocina de Joshua —dijo Harriet—, pero si van a hacer que ese pobre perro beba licor, ¿no sería mejor que lo vertieran ustedes sobre carne de algún tipo?

Los hombres se miraron sorprendidos y asintieron. Harriet se volvió y regresó a la cocina, de la que salió unos momentos más tarde con un trozo de caña de vacuno en un plato desportillado.

La perrita captó el aroma y gimoteó con ansia. Harriet le pasó el plato al anatomista y vio la cara de la sirvienta de este aparecer, y luego desaparecer a toda prisa, en la ventana trasera.

—Señora Westerman, es usted una servidora de la ciencia.

Harriet no se dignó a responder, se limitó a sentarse al borde de los arriates de finas hierbas. Crowther rompió el sello y vertió un vasito más o menos del líquido sobre la carne y en el cuenco. La perra gimoteó otra vez y Michaels bajó la mano con gesto automático para acariciarle la cabeza y tirarle de las orejas negras y suaves. Crowther dudó. Michaels captó su movimiento y alzó la cabeza para mirarlo con una sonrisa triste.

—Qué se le va a hacer, señor Crowther. Quizá ponga un cartel sobre su tumba que diga también «servidora de la ciencia».

La perra levantó la cabeza para mirar a su dueño y le lamió la mano. Crowther puso el plato en el suelo y Michaels soltó la cuerda que rodeaba el cuello de la perrita. El animalito corrió al plato, hizo una pequeña pausa para olisquearlo y se puso

a comer con hambre. Los demás se quedaron donde estaban y la observaron. La perra sacó los últimos huesos del cuenco y se sentó a disfrutarlos espatarrada sobre las losas del patio; de vez en cuando alzaba la cabeza como si temiera que las extrañas figuras que tenía alrededor pudieran quitarle algo. Pasaron más minutos, la perra meneó la cola y dio la sensación de estar a punto de echarse a dormir.

Harriet se preguntó de forma vaga si debería pedirle a Betsy que les llevara un poco de té. Arrancó una hoja de salvia del parterre que tenía detrás, la partió entre las puntas de los dedos y se la llevó a la nariz para aspirar el aroma. Entonces se oyó un gimoteo agudo y miró a la perrita. Tenía las orejas aplastadas contra la cabeza y se acurrucaba contra la bota de su amo. Crowther cogió el cuenco por un borde, lo llevó a la bomba de agua, lo lavó y lo llenó con agua antes de ponerlo otra vez delante de la perra. Esta hundió el morro en el agua y la lamió con ansia, después gimoteó y se estremeció otra vez, y luego, con una arcada, empezó a vomitar. Crowther tocó la manga

del vicario, que se sobresaltó un poco.

—Observe la bilis amarilla. Típica del arsénico, el vómito de Joshua era igual.

El vicario asintió, los ojos muy abiertos. Michaels se puso de rodillas y frotó los flancos de la perra mientras esta lo miraba. Harriet sintió que le picaban los párpados. Crowther carraspeó.

—No tardará mucho.

La perra aulló y revolvió con las patas, las uñas arañando la piedra. Michaels siguió acariciándola.

—Tranquila, bonita. Tranquila.

La perra intentó lamerle otra vez la mano y lanzó un gáñido repentino. Harriet apretó la mandíbula. El animal siguió gimoteando, lloriqueando y debatiéndose bajo la manaza pesada de Michaels. Crowther plegó sus largos miembros para agacharse junto a él y mirar las pupilas de la perra.

—Cuidado que no le muerda, Michaels.

Volvió a mirar su reloj. Michaels no apartaba los ojos de la perra.

—No, eso no lo hará, descuide. Pase lo que pase.

La perrita se sacudió y volvió a gañir, miró por encima de ellos, al cielo visible por encima del muro del patio, sufrió otra arcada y luego, casi con un suspiro, el tórax se le estremeció y se quedó quieto. Crowther cerró su reloj de un manotazo que hizo saltar al vicario.

—Media hora desde que empezó a comer.

El vicario, que estaba muy pálido, solo pudo asentir.

—¿Y testificará usted en la vista sobre lo que ha presenciado esta tarde?

—Esta tarde, bueno... sí, por supuesto.

Michaels seguía arrodillado junto a su perra muerta, acariciándole las orejas. Harriet los observaba.

—Pobre perrita —dijo, y dejó que lo que le quedaba de la salvia desmenuzada le cayera de los dedos.

## IV.6

A Graves le asombró la velocidad a la que podía caminar el señor Chase. Incluso con el calor del día que empezaba a apretar con fuerza, y las multitudes empujándose como fieras, cerca de las ruedas en movimiento de los carruajes y carretas de High Holborn, Chase seguía avanzando y la gente de Londres, que sabía reconocer una voluntad fuerte y una mano firme, se hacía a un lado. Graves se mecía detrás, empujado de vez en cuando por aquellos que se habían apartado para que pasara el hombre mayor, y tropezando con los desperdicios y la basura tirados por la acera. Se preguntaba si lo estaban sometiendo a una demostración: una ilustración de su escaso poder en comparación con la solidez de su anfitrión. Se debatía entre el resentimiento que le inspiraba y la admisión de que era de justicia reconocerlo. Se había apresurado a calmar a los niños por la mañana, pero su primera sensación al ver su nombre como tutor en el testamento de Alexander

había sido de miedo. No toleraría que ningún hombre lo llamara cobarde, pero aquella era una carga que lo aterraba.

El señor Chase se detuvo de repente y, sumido como estaba en sus propios pensamientos, Graves estuvo a punto de chocar contra su espalda. El señor Chase hizo una pausa y levantó la nariz.

—Por aquí, señor Graves. Me gustaría hablar de esto con usted lejos de la casa y creo que mi cafetería es el lugar más apropiado.

Graves se metió la mano en el bolsillo. Tenía cuatro chelines, aunque se los debía a Molloy, pero sería suficiente para dar la apariencia de ser un caballero en aquel lugar público. No estaban lejos del café, que resultó ser una casita bastante agradable cuyas altas ventanas saledizas ya estaban llenas de clientes con sus pipas y sus periódicos, las cafeteras de largos mangos colocadas entre ellos como los narguiles de las casas árabes que había junto a los muelles. El señor Chase saludó a media docena de hombres cuando entraron, pero encontró una mesa en la que no cabrían más que él y Graves en una esquina más

discreta; cuando se sentaron pidió la bebida y unas pipas a una joven sirvienta que lo saludó por su nombre.

Graves miró a su alrededor. Cada uno de los cafés que se habían convertido en una parte importante del tejido de Londres en los últimos años había desarrollado su propio carácter y su propia clientela a los pocos meses de comenzar su existencia. En aquel al que solía ir Graves, en la calle Fleet<sup>4</sup>, para consolarse de sus decepciones, o para celebrar cualquier victoria real o imaginada, los parroquianos tenían un aspecto macilento y amargado, o intercambiaban a voces pullas y sarcasmos. No se podían dar dos pasos sin que algún amigo o conocido te pusiera una mano manchada de tinta en la manga y te susurrara algún chismorreo o una queja por el indignante trato recibido de un editor, o para afirmar que lo habían insultado en los versos mal rimados y peor leídos de otro escritorzuelo. Algunos hombres se rascaban las pelucas mal adaptadas y arrugaban los ojos entre el humo para intentar encontrar flotando sobre ellos la palabra justa, la frase con

el tono adecuado para sellar un párrafo, poner celosos a sus amigos y hacer que sus enemigos cayeran como soldaditos de madera. Otros presumían en sus amplias mesas de sus últimos encargos y futuros éxitos, sin ser conscientes al parecer de que ninguno de sus compañeros estaba dispuesto a mirarlos a los ojos.

Graves casi sentía una punzada de compasión cuando veía a los que más presumían, sabiendo con plena certeza que sus escritorios estaban llenos de polvo y las páginas vacías. Ningún hombre que ha empezado a trabajar en serio en una obra habla de ella con tal orgullo y placer. Únicamente la idea primigenia provoca esa sensación tan deliciosa. Eran los hombres callados, con cierto aire abstraído, arrugas profundas en la frente y la impresión de estar casi de continuo a punto de estallar en lágrimas, a los que Graves creía escritores de verdad, después de que fallara su fe en los presumidos y versistas en búsqueda permanente de un mecenas y siempre maldiciendo a sus enemigos.

El café que prefería el señor Chase era, en

conjunto, más cómodo. Los hombres iban tan bien vestidos como el propio señor Chase y la mayor parte estaba igual de fornida. No había pretensiones de seguir la moda, los chalecos de los caballeros no lucían elaborados bordados ni llevaban colgadas leontinas ni sellos, pero el corte de la tela era siempre bueno y la calidad magnífica. A Graves le recordaron a los dos gatos atigrados de su madre, unos animales lustrosos y contentos que se lamían las zarpas delante del fuego cuando habían disfrutado de una buena caza. El negocio debía de ir bien en general, a pesar de los disturbios de la ciudad. Graves casi podía imaginar un ronroneo subyacente entre las charlas y el tintineo de las tazas; el sonido de hombres que al mismo tiempo que bebían y fumaban sus pipas estaban haciendo más dinero de lo que podrían gastar sus familias y demás personas a su cargo.

Graves miró a su compañero.

—¿Cree usted que los amotinados van a parar al fin, señor Chase?

Este alzó la cabeza como si le sorprendiera encontrarse con que no estaba solo.

—¿Eh, muchacho? Oh, quizá. Lo sabremos en unas horas. —Se tiró de lóbulo de la oreja y sus ojos se enturbiaron un poco—. Ese es el señor Landers, junto a la puerta. Es católico, tiene un bonito almacén en Smithfields y parece un tanto pálido. Y ahí está Granger, un rival suyo, en la otra esquina; mandaría a la turba contra él sin pensarlo dos veces si creyera que no sospecharíamos de él y lo rehuiríamos por ello en el futuro. Debemos esperar y observar. Los cerveceros estarán nerviosos. Los de Gordon han decidido que la fabricación de cerveza es un oficio católico, y por supuesto una destilería es el sitio favorito de la multitud para saquear y quemar.

Graves frunció el ceño y miró otra vez por la sala, observó bajo la superficial prosperidad que había notado al principio señales de abstracción y preocupación. El murmullo bajo de la conversación pareció cambiar de tono en su oído interno y percibió una tensión, recubierta de buenos modales y reticencia, que impregnaba el aire.

El señor Chase suspiró.

—Pero yo deseo hablar de otra cosa, muchacho, algo referente a esos niños.

Graves se irguió en la silla. Había trazado sus planes desde el amanecer, había decidido hacerse cargo del negocio que tenía Alexander en la calle Tichfield y dirigirlo en nombre de los niños. Fueran cuales fueran las nuevas perspectivas de los pequeños, pensaba que podía proporcionarles allí un hogar seguro, al menos durante un tiempo. Se dispuso a dar las explicaciones pertinentes, pero el señor Chase lo detuvo alzando la mano.

—Esperaba que hubiera algo más en esa caja negra de Alexander —dijo—, algo que me evitara la necesidad de hablar yo mismo con usted. Pero me temo que no había nada, o lo vería en su cara.

Graves se sonrojó, cosa que provocó una sonrisa en su compañero.

—Sí, creo que puedo leer en usted bastante bien, joven. Pero no deje que eso lo avergüence. Está bien tener un semblante abierto: dice mucho de su alma. —Dio una calada a su pipa—. Conocía a Alexander desde los primeros días que pasó en la ciudad. Fui yo el que le prestó el dinero para

establecerse. —Graves intentó interponer algo—. Fue solo un préstamo y me lo devolvió en su totalidad en su momento. La tienda carece de cargos. —Hizo otra pausa y puso una rolliza mano en la mesa, levantaba y dejaba caer los dedos uno por uno como si observara el funcionamiento de un nuevo juguete mecánico—. Daría lo que fuera por no tener que decirle lo que estoy a punto de decir. A Alexander se le escapó y... bueno, ahí va. No puedo saberlo y dejar de decírselo. Y no puedo dejar de saberlo ya, por mucho que quisiera lo contrario.

Graves tomó un sorbo de su café y esperó. Jamás había visto al señor Chase tan incómodo. No dejaba de estirarse el chaleco sobre el vientre generoso y a Graves terminó preocupándole la tensión que estaba ejerciendo sobre las puntadas precisas de los ojales.

—Alexander no abandonó a su familia solo por amor a su esposa. —Graves se quedó muy quieto. El señor Chase alzó los ojos y lo miró, después se volvió a mirar el chaleco y empezó a mover un botón de un lado a otro entre el índice y el pulgar

—. Sospechaba que su padre había hecho algo. Que había cometido un delito... algo grave. Algo que a él lo asqueaba, en cualquier caso. Su madre murió, ya sabe, cuando él no era más que un chiquillo.

El señor Chase abandonó el botón y empezó a darle caladas furiosas a la pipa, como si deseara desaparecer detrás de su nube. Sus ojos no hacían más que posarse en Graves y apartarse de nuevo a toda prisa.

—¿No puede decirme nada más? —Graves lo miró con intención.

El señor Chase encorvó los hombros y clavó los ojos por encima de la cabeza de Graves.

—No. Estaba borracho cuando me lo dijo. Mencionó un guardapelo. Un guardapelo de latón.

—¿Alexander estaba borracho?

—Tenía sus deslices, como cualquier hombre... aunque yo nunca lo vi tocar nada más fuerte que un poco de ponche después de que nacieran los niños. Pero fue duro para él, empezar de cero, y para Elizabeth. No era la vida a la que él estaba acostumbrado. Pero ya tuviese mucho o poco

orgullo, lo dejó aparte y se puso a trabajar. Las primeras placas que hizo fueron un desastre, perdió unas libras y esa noche le dio fuerte. Pero fui a verlo al día siguiente y había vuelto al trabajo. Al final terminó adorando lo que hacía.

Graves se dejó caer un poco contra la madera oscura de su banquito.

—Entiendo. ¿Pero no me puede decir nada más?

—Puede que no sea nada. O una tontería.

—Si usted pensara que era una tontería —dijo Graves—, no creo que me hubiera dicho nada.

El señor Chase esbozó una sonrisa reticente.

—Quizá. Creo que solo estoy añadiendo mi advertencia a la de Susan, hay que tratar con cuidado con la mansión. Alexander tenía buenas razones para no acercarse, y nosotros debemos ser prudentes y velar por los niños.

Graves acababa de abrir la boca para preguntar otra cosa cuando se abrió la puerta de repente. Un muchacho con un gabán grasiento tres tallas más grandes de lo que necesitaba, la cara manchada de hollín y sudor, dejó la puerta abierta de par en par y se dirigió a todos los asistentes a gritos. La

escarapela azul del sombrero le colgaba hacia delante como un diablillo borracho alentándolo a seguir.

—¡La muchedumbre se ha puesto en pie! ¡Vigilen sus negocios, caballeros! ¡Abajo el papa!

Varios hombres se levantaron. El señor Landers se santiguó y se abrió camino hasta salir por la puerta. Hubo cierto bullicio general cuando se pagaron cuentas y se recogieron levitas. El señor Chase se puso muy serio.

—Vamos, muchacho. Veamos qué se está tramando.

## IV.7

La habitación trasera del Oso y la Corona estaba atestada otra vez, y aunque el populacho de Hartswood había traído con él los olores y sabores del final de la primavera, el humor era lúgubre. En la sala zumbaba el rumor bajo de la amenaza y el miedo. Las noticias se pasaban de boca en boca, susurradas, urgentes; hombres y mujeres juntaban las cabezas y luego se apartaban, más pálidos. Harriet se encontró mirando a toda prisa a su alrededor cuando entró, como un animal buscando rutas de escape y escondites.

El juez instructor no estaba todavía en su silla, sino que se encontraba en la esquina más alejada de la sala. Descollando sobre él, la mano en su codo y el rostro pesado un poco ruborizado, estaba el corregidor. El juez instructor alzaba la cabeza para mirarlo y a Harriet le recordó a un conejito que había tenido de niña; el animalito, si alguna otra persona que no fuera su ama se acercaba a la jaula, se encogía con las orejas aplastadas, los

ojos muy abiertos y el morro crispado. Un zorro se lo había comido al final. El jurado se removía en la esquina contraria, como un rebaño amenazado, agachaban la cabeza y se examinaban las botas.

Crowther colocó unas sillas y Rachel y Harriet tomaron asiento junto a él. La presencia del vicario había evitado cualquier tipo de conversación entre ellos. Harriet le había murmurado algo sobre su visita a Wicksteed y no había recibido más que un asentimiento. Sus elocuentes miradas inquisitivas no se encontraron con mucho más por parte de su compañero, un simple ceño fruncido y un gesto de la mano. Rachel tenía a su lado al jovencito, Jack, que había encontrado el cuerpo de la enfermera Bray y estaba intentando hablar con él, pero Harriet se dio cuenta de que los pensamientos de su hermana no estaban en la conversación. El niño tuvo que decirle dos veces cuáles eran sus obligaciones favoritas en la casa de los Thornleigh. Había llegado caminando junto a Hugh, o más bien un poco por detrás, pero cuando había observado la presencia de Rachel entre la multitud, se había ido

directamente hacia ella y la había cogido de la mano. Thornleigh se había limitado a saludarlos antes de darles la espalda.

El corregidor dejó al instructor y paseó los ojos por la habitación. Le dedicó un asentimiento rígido al grupo de Caveley Park y parecía a punto de acercarse a ellos cuando el vicario se deslizó sin ruido a su lado. El corregidor inclinó la cabeza para escuchar y después les lanzó una mirada alarmada, a ellos y al lugar donde se encontraba Hannah junto al corpachón de Michaels y su esbelta esposa en la parte posterior de la sala. Sin quitar los ojos de la pareja formada por el vicario y el señor Bridges, Crowther se inclinó un poco hacia la señora Westerman y habló con ella sin apenas abrir los labios.

—El corregidor teme que estemos a punto de colgar al señor Thornleigh y preferiría que no lo hiciéramos. —Vio que Harriet se agarrotaba un poco—. Es posible que ponga en duda lo que tengamos que decir, señora Westerman. ¿Está segura de que deberían estar ustedes aquí?

Harriet miró a su alrededor. Las expresiones de

sus vecinos eran inseguras y tensas. No había ni uno solo en la sala que no supiera lo ocurrido con Joshua Cartwright y ninguno, sospechaba, que no supiera lo del experimento con la perra de Michaels. La vista quizá tuviera el nombre de Madeleine Bray en el orden del día, pero en la sala reinaba un miedo doblemente homicida.

—Nos quedamos. ¿Pero dónde está Alexander?

Crowther parpadeó poco a poco.

—Tengo el nombre de la calle de Londres, pero, señora Westerman, debo decirle que el corregidor sabe algo de mí que usted ignora...

La dama se volvió de golpe y lo miró, pero antes de que el anatomista pudiera continuar, el juez instructor ocupó su lugar y carraspeó.

—Estamos reunidos aquí para indagar en la muerte de la señorita Madeleine Bray, que, según parece, se colgó en la vieja cabaña que hay al borde de los bosques de Thornleigh este sábado pasado...

Hubo una aspiración generalizada y un gemido en la parte de atrás de la sala.

—¡La asesinaron, hombre! Que se colgó... Sí,

claro.

Harriet miró a Michaels, que se había colocado a su lado y miraba con atención al juez instructor.

—Y a Joshua lo asesinaron también, ayer... ¿o a eso lo estamos llamando accidente? —rezongó otra voz desde la ventana.

La multitud asintió entre murmullos. El juez instructor paseó los ojos por la sala y se humedeció los labios. El corregidor alzó la voz.

—Existen pruebas de que esa muerte también fue accidental —dijo, y la muchedumbre murmuró—, pero debo pedir silencio, por favor. Caballeros... y damas —añadió con un gesto de la cabeza para señalar a Harriet y Rachel, luego rebuscó en sus papeles y continuó tras sorber por la nariz—. Siento volver a verla aquí, señora Westerman.

Harriet se ruborizó un poco, pero continuó mirando al frente. El juez instructor se aclaró de nuevo la garganta, giró los ojos hacia todos lados y Harriet se imaginó el aspecto que tendría si le quitaba la peluca y se la pisaba. La imagen le proporcionó una triste satisfacción, aunque tuvo buen cuidado de no sonreír.

—Pero estamos aquí para debatir solo la muerte de la enfermera Bray, si tienen la bondad — continuó el juez instructor con remilgo—. El jurado ya ha examinado el cuerpo en la capilla de la mansión Thornleigh. —Crowther se volvió con intención en su silla para mirar adonde se encontraba el corregidor, todavía de pie, tan inmóvil como Michaels junto a la otra pared. Lo miró a los ojos con firmeza. El juez instructor continuó—. Y vimos que no había prueba alguna de nada sospechoso.

Crowther se levantó de golpe.

—¡Tonterías!

La multitud empezó a susurrar. El juez instructor hizo revolotear las manos por el aire.

—¡Señor Crowther, por favor, tome asiento! Esto es un tribunal de justicia.

Crowther no se sentó. Llevaba un bastón y golpeó con el extremo las losas de piedra de modo que el sonido resonó por la sala como un disparo.

—¿Qué hay de sus muñecas? —dijo con aspereza—. ¿Qué hay de las quemaduras de cuerda que tenía en las muñecas? ¿No le parecieron

extrañas a ninguno de ustedes? ¿La herida que tenía en el cuero cabelludo?

El ruido en la habitación creció hasta convertirse en un rugido.

—¡Escúchenlo!

Crowther se dirigió al jurado.

—¿Había un cirujano presente cuando examinaron el cuerpo? —El juez instructor agitó las manos hacia la multitud, muchos de los presentes se habían puesto en pie y se inclinaban hacia delante. Harriet vio santiguarse a uno de los granjeros que conocía.

—No había tiempo para traer a otro cirujano, señor Crowther, y consideramos que usted estaba, quizá, un poco, ejem, cerca de los acontecimientos.

—¡Qué poca vergüenza! —exclamó alguien.

—Pues a mí me parece que este asunto es muy raro —gruñó otra voz.

Harriet observó que Michaels no hacía ningún movimiento para calmar a la multitud en esa ocasión.

—¡Háblenos de esas marcas! ¿Quién la mató? —

exigió otra voz.

Uno de los miembros del jurado arrastró los pies para adelantarse un paso y habló a la multitud.

—No le vimos las muñecas... llevaba manga larga. Y tenía el pelo bastante bien peinado.

—No lo estaba cuando la vimos nosotros —dijo Crowther en voz bien alta—. Sugiero que vayan y miren otra vez, si desean que esta vista no sea una auténtica farsa.

El jurado miró a sus compañeros.

—¿Quizá podría venir usted y mostrárnoslo, señor Crowther? —preguntó con cierta timidez al verlos asentir.

Pero antes de que el anatomista pudiera responder, la voz aguda del juez instructor los interrumpió.

—¡Ya basta, Edward Hedges! Su papel como jurado no incluye dirigirse al público reunido aquí.

Más murmullos y maldiciones por lo bajo entre la multitud. El señor Hedges se volvió hacia el juez instructor con una expresión de inocencia indignada.

—Yo solo he dicho...

—¡Basta, digo! Señor Crowther, tenga la bondad de sentarse. Este tribunal no reconoce su autoridad.

—¡Entonces al diablo con el tribunal! —gritó alguien en medio de la multitud. Se oyó una carcajada y hasta Harriet sonrió. Extendió la mano, cogió la de Rachel y la sostuvo con firmeza en su regazo. El corregidor dio un paso adelante, tenía la cara muy roja.

—¡Señor Crowther! ¿Con qué derecho se permite darnos lecciones sobre nuestros asuntos?

Michaels se irguió en toda su altura. Crowther se volvió hacia el corregidor y lo miró con desdén alzando la larga nariz.

—He recibido formación en anatomía y filosofía natural. Es posible que haya venido a residir hace poco a este pueblo, pero soy y sigo siendo un súbdito leal del rey. Los conocimientos que pueda ofrecer al jurado, los doy por propia voluntad. No parece que se les haya proporcionado mucha ayuda en su examen.

La multitud lo vitoreó. El corregidor lo miró

durante unos instantes y esperó hasta que los presentes volvieron a guardar silencio; tenía el rostro casi negro, tan subido era el color de sus carnosas mejillas.

—¿Y esas cualificaciones que menciona las consiguió bajo el nombre de Crowther o bajo su nombre real?

Harriet alzó la cabeza de golpe y lo miró antes de poder contenerse siquiera. La mano de Rachel tembló bajo la de su hermana. Crowther sintió que la piel del cuello se le quedaba fría. Era inevitable; siempre había sabido que llegaría ese momento. Lo habían expuesto, pero se preguntó si el corregidor era tan buen táctico como él pensaba. Había jugado su mejor carta muy pronto. Mientras esperaba durante esos largos, silenciosos momentos a que las palabras acudieran a él, se preguntó qué era lo que temía tanto el corregidor para mostrar tan pronto el único triunfo que tenía.

Crowther miró a su alrededor. Michaels lo contemplaba sin vacilar, y todos los presentes, jóvenes y ancianos del pueblo, lo observaban con cautela.

Cuando era un niño muy pequeño, su hermano lo obligaba a interpretar con él pequeñas obras de teatro para el servicio de la casa de su padre. A su hermano le encantaba, adoraba y ansiaba la atención de esas filas de caras que tenía delante. Él, sin embargo, siempre deseaba encogerse y recitar a toda prisa sus frases en un intento de retirarse a la seguridad de los bastidores, así que gritaba su texto a todo correr. Su hermano le ponía una mano en el brazo mientras ensayaban y le daba consejos.

—No grites, hermano. Haz que se inclinen hacia delante para oírte. Exige su atención, no los aporrees con tus frases. —Crowther se preguntó si esa enseñanza le serviría en ese momento. Dejó que sus ojos recorrieran con lentitud la muchedumbre y luego los bajó para mirar su bastón. Después habló.

—Me obligan a recordar lo que preferiría olvidar. Pero les responderé, aquí, y les contaré mi historia. Dejaremos que estas personas juzguen si soy el hombre adecuado para comentar este asunto. —La multitud pareció susurrar y suspirar—. Nací

siendo el segundo hijo del Barón de Keswick. — Hizo una pausa y un barítono habló con tono claro en la parte de atrás de la sala.

—El tipo es del norte. Bueno, cualquier hombre desearía ocultar eso.

Callaron al hombre con cuchicheos, aunque una sonrisa discreta pareció recorrer la sala entera como una brisa. También atrapó los labios finos de Crowther y los levantó un poco. Solo el corregidor pareció inmune, su cuerpo denso tenso y sólido. Harriet miró hacia donde se encontraban sentados Hugh y Wicksteed. Hugh se miraba los zapatos, pero Wicksteed se había vuelto y observaba con una expresión de educada diversión. La sonrisa abandonó la cara de Crowther, que bajó los ojos hacia las losas grises y polvorientas a sus pies antes de continuar.

—A mi padre lo asesinaron hace casi veinte años, y a mi hermano lo colgaron por ese crimen.

Recordó la actuación de Harriet durante la última vista, la modestia vacilante que había hecho surgir el instinto protector del pueblo entero. Crowther mantuvo los ojos bajos y la voz queda.

Podía sentir a la multitud esforzándose por oírlo. *Tenías razón, hermano, pensó.*

—Yo no deseaba el título, así que renuncié a él y desde entonces, durante estos años, he dedicado todo mi tiempo a estudiar. Me he ocultado del pasado entregándome a mis libros y a la compañía de los hombres más eruditos. He llegado a conocer muchos misterios del cuerpo humano, que es un milagro que llevamos con nosotros cada día. Si puedo añadir algo más al conocimiento que tenemos de nosotros mismos, moriré feliz. —Podía sentir la calidez de la comprensión que surgió en la sala. *Cómo le gusta a la gente una buena tragedia, pensó.* La compasión y el miedo fluyeron a su alrededor, aguas cálidas en las que ahogarse —. Crowther es un apellido de la familia de mi madre. Tengo todo el derecho del mundo a usarlo. Legal y moral. —Alzó los ojos y dejó que su voz adquiriera su matiz seco habitual—. Pero sea cual sea mi nombre o sus... —hizo una pequeña pausa —... insinuaciones, díganme ustedes qué tienen que ver con el hecho de que a la enfermera Bray le ataron las muñecas y la golpearon en la cabeza

antes de colgarla.

Dejó que su voz creciera en tono y volumen; elevó a la multitud hasta un rugido indignado de asentimiento. La atención de la sala, hostil y encolerizada, se volvió hacia el corregidor. Este estaba todavía demasiado enfadado para captar el humor de la sala y esbozó una sonrisa burlona.

—Quizá sus experiencias han enturbiado su mente, señor Crowther. Dado que tiene un pasado tan lastimoso, se le podría perdonar que viera un asesinato en todas partes.

Crowther sintió un espasmo de cansancio e irritación. Malditos fueran esos tipos. Solo le apetecía largarse de allí y encontrarse otra vez entre desconocidos. La multitud lo miró, indecisa. Harriet soltó la mano de su hermana y se puso en pie.

—¿Y las mías, señor Bridges? ¿Qué experiencias han enturbiado mi mente? Yo vi las mismas marcas que ha descrito el señor Crowther. —Sintió que se ruborizaba—. Y, señor, creo que es muy vil obligar a un hombre a admitir sus tragedias en público. Si el señor Crowther no

deseaba que su pasado fuera del dominio público —hizo una pausa—, ¡bueno, tiene el mismo derecho a mantener determinadas cosas en privado que cualquier inglés libre!

El ruido irrumpió en la sala y se hinchó en un rugido de aprobación. Hasta el corregidor pudo sentir cómo le empujaba los costados y empezó a mirar a su alrededor; se dio cuenta, quizá un poco tarde, que había jugado mal sus cartas.

Michaels se apoyó contra el muro con toda comodidad y una pequeña sonrisa.

—¡Vayan a examinar otra vez a la enfermera! — Harriet vio por el rabillo del ojo que Hannah se había rodeado la boca con las manos para dar más potencia a su voz.

—¡Justicia! ¡En el nombre del rey! —gritaron otros.

El juez instructor agitó la mano con desesperación para intentar hacerse oír por encima del ruido.

—¡Por favor, por favor! Si pudiéramos sentarnos todos. —Se volvió hacia donde estaba sentado Hugh Thornleigh—. Señor Thornleigh, usted

estaba allí cuando se encontró el cuerpo, según creo; ¿vio usted esas marcas? —La multitud se quedó callada de repente otra vez. Fue como si cada individuo de la sala hubiera tomado aliento y estuviera esperando a que hablara Hugh. Thornleigh no se levantó, casi pareció que dirigía sus palabras a sus botas.

—Sí, yo la bajé. No sé decir si son marcas de cuerda. Pero vi marcas, eso es cierto.

La multitud gimió y gritó. El corregidor se puso blanco y giró en redondo, después salió hecho una furia de la sala. Los gritos volvieron a crecer y un siseo bajo comenzó a circular por toda la sala. Wicksteed se llevó una mano a la boca como haría un hombre al intentar ocultar una carcajada. El juez instructor temblaba, la voz le salió vacilante y aguda cuando habló.

—¡Esto es inaceptable! ¡Yo no puedo dirigir un tribunal de este modo! Se suspende la vista. Regresaré dentro de una semana.

—No te molestes, pelotillero —dijo la voz de la parte de atrás.

El juez instructor reunió sus papeles y se

escabulló en pos del corregidor, dejando a su jurado con la boca abierta y perdidos en la sala. Rachel sintió que una mano le tiraba con suavidad de la manga, al mirar vio la cara pálida del pequeño Jack.

—¿No he de testificar? El señor Thornleigh dijo que debía testificar.

Rachel oyó que la multitud se mecía y exclamaba a su alrededor.

—No, Jack. Creo que hoy no.

## IV.8

—Bueno, cuánta emoción —dijo Rachel con sequedad mientras la sala empezaba a vaciarse. Harriet le dio unos golpecitos en la mano y se volvió para mirar a Crowther, un poco nerviosa. Una vez que la pasión lo había abandonado, el anatomista tenía un aspecto gris y parecía mayor de lo que ella lo había visto jamás. Había inclinado la cabeza un poco hacia delante y entrelazado las manos sobre el bastón. Era un objeto elegante, la madera negra y pesada; el puño, medio cubierto por los dedos finos de Crowther, era una bola de plata labrada.

—Jamás lo había visto usar bastón hasta ahora.

El anatomista no la miró.

—Estoy en una edad delicada, señora Westerman. Perder el descanso de toda una noche puede convertirme en un hombre viejo.

—No es usted tan viejo.

Había el destello de una sonrisa en la voz de ella; Crowther alzó los ojos y la miró, y ella sintió

ver la cara de su compañero tan seca y amargada.

—¿No lo soy, señora? Me alegro mucho que piense eso.

El tono fue lo bastante hostil para hacerla ruborizarse y apartar la mirada, pero antes de que se pudiera decir más, Michaels entró a grandes zancadas en la sala y se dirigió a ellos.

—No le ha quedado más remedio. Acaba de arrestar a Hugh por el asesinato de Joshua Cartwright.

Rachel se llevó la mano a la cara y Harriet se puso en pie a toda prisa.

—¿Aquí? ¿Ahora?

Michaels asintió.

—El corregidor dijo que ha tomado declaración al vicario y a Hannah, aunque se ha hecho de modo informal de momento, y le ha dicho que debe permanecer en casa. Probablemente con la esperanza de que se meta una bala en los sesos y nos ahorre el juicio. Y muy bien podría hacerlo, si conozco a Thornleigh. Ya sea inocente o no.

Crowther todavía no había alterado su postura, pero habló.

—Quizá eso sería lo mejor.

Harriet sintió que la sangre se le agolpaba en la garganta y se volvió hacia él con aspereza.

—¿De veras? Quizá el corregidor tenía razón y su pasado secreto... —puso el énfasis suficiente en «secreto» como para hacerlo estremecerse— lo ha convertido en un amante de los finales pulcros. Me sorprende que sus investigaciones lo hayan llevado donde lo han hecho, si valora usted más la pulcritud que la verdad. —Harriet sintió de repente la crueldad de sus palabras y se llevó la mano a los ojos—. Esto no puede ser. Debemos pensar en otra cosa, y rápido. Por favor, vayamos a algún sitio donde podamos hablar con libertad.

Harriet vio que la piel del anatomista se estaba poniendo gris alrededor de los labios, y sintió en su piel el escozor del pánico provocado por haber desgarrado, tal vez, la confianza que existía entre los dos, un pánico que le provocó una sensación de furia y cólera. Notó cómo las lágrimas le llenaban los ojos.

—Oh, ¿cómo puede quedarse ahí sentado sin más?

Crowther no la miró; solo los labios finos y tensos se movieron.

—Usted parece muy capaz de hablar con total libertad aquí, señora Westerman.

Esta se mordió el labio y se quedó sin palabras. En lugar de hablar, lo miró durante un largo rato, después se volvió con un gemido que podría ser de frustración o dolor y se levantó para dejar la sala, su necesidad de movimiento era demasiado urgente para resistirla. Rachel se levantó para seguirla, pero vaciló y tomó aliento.

—Señor Crowther. Yo no creo que el señor Thornleigh sea responsable de ninguna de estas muertes. Usted mismo ha sugerido otras posibilidades...

Crowther la miró a los ojos, los de él entornados, y una ligera burla en los labios.

—Quizá mi soledad ha hecho que mi imaginación se disparara y viera fantasías.

Ella siguió mirándolo.

—Por favor, ayúdenos.

Él volvió a posar la mirada en la masa plateada de fruta y parras que formaban el puño de su

bastón mientras se preguntaba qué dioses lo habían empujado a traerlo con él esa tarde. Era el único objeto que todavía poseía que había pertenecido a su padre. Rachel también esperó un momento, con los ojos clavados en el afilado perfil de su vecino; al poco, al darse cuenta de que no iba a recibir respuesta alguna, se giró y siguió a su hermana, su paso más comedido, los hombros caídos. Michaels abrió las manos y se sacó algo que tenía incrustado debajo de la uña de su pulgar derecho.

—Terribles criaturas, verdad, señor Crowther, la gente...

Crowther se levantó y se fue con paso firme. Fuera, hombres y mujeres hicieron una pausa en sus varias conversaciones para mirarlo. Él no se detuvo, siguió caminando.

A Graves lo sorprendió ver lo cerca que estaban de los campos de Leicester. No sabía si el señor Chase deseaba seguir contando con su compañía, puesto que había echado a andar con su agotador

paso habitual, pero a Graves todavía seguía dándole vueltas en la cabeza la historia misteriosa de Alexander y esperaba enterarse de algo más, por mucho que el señor Chase alegara ignorancia sobre otros detalles.

Giraron por el espacio abierto de los campos y se encontraron de inmediato empujados contra el muro de una de las casas que bordeaban la calle por una oleada de hombres de ojos salvajes que gritaban y espoleaban a una sobresaltada vaca hacia el camino de Charing Cross. Alguien había atado en la cabeza del animal una escarapela azul y otra se agitaba en el extremo del rabo de la pobre criatura. Al parecer la habían convertido en mascota temporal. Los rostros demacrados de los hombres que daban palmadas en sus flancos y la alentaban a correr estallaban de alegría, los ojos brillantes y pequeños. La vaca lanzó un asustado mugido y trotó bamboleándose cuando un hombre la azotó en las ancas.

—¡Abaaaajo el paaapa! —exclamó el hombre; sus compañeros se abrazaron de júbilo y adoptaron el grito mientras empujaban a la bestia.

Graves pensó en los diablillos del infierno pintados en los frescos de la iglesia de su padre. Algunos los habían cubierto con pintura, sus torturas demasiado crudas para la creciente sutileza de la iglesia, pero de niño a él le habían fascinado los que quedaban, sus cuerpecillos oscuros y las amplias sonrisas mientras torturaban los cuerpos desnudos, cerosos, de los caídos. Le pareció verlos de nuevo en las caras manchadas de humo de esos andrajosos guerreros del protestantismo, en su salvaje deleitarse en la violencia y profanación públicas. Por un momento sintió un miedo infantil. Entonces oyó al señor Chase ahogar un grito.

—¡Oh, Dios bendito! —Graves se volvió para ver dónde señalaba su compañero—. Esa es la casa de lord Saville.

El joven había paseado por allí suficientes veces para saber lo que debería estar viendo, una elegante fachada blanca de piedra con unos peldaños limpios y adornos pulidos, pero alguna mano oscura había pasado por encima y todo lo que en un tiempo había parecido sólido, cómodo,

un símbolo de riqueza y civilización, estaba ardiendo. Las llamas lamían las ventanas superiores, tocaban con las lenguas anaranjadas las tejas de pizarra y se tragaban los canalones; el segundo piso escupía humo por las colgaduras que ardían, y por debajo de ellas, donde las llamas todavía se deslizaban y rizaban, Graves pudo ver sombras que se movían; cada minuto una se adelantaba, ardiendo sin llama y carcajeándose, para arrojar algún botín a la calle. Las multitudes que lo observaban vitoreaban y bailaban, los rostros manchados de hollín brillantes y jubilosos, las bocas abiertas, salvajes. Graves aguantó el aliento.

—Los mares brillan, con esplendor que no es el suyo, y relucen con luz troyana —murmuró.

El señor Chase se volvió hacia él, un poco confuso.

—¿Qué, Graves?

—Virgilio. La traducción del señor Cowper.

El señor Chase tosió un poco y se volvió otra vez a contemplar las llamas.

El fuego ardía con demasiada fuerza incluso para

los más valientes de los saqueadores. Mientras todos miraban, el último salió trepando por una ventana del salón, los faldones de la levita en llamas y un gran espejo dorado metido bajo un brazo. Una docena de hombres le apagó las llamas mientras él se internaba tropezando en la multitud, riéndose como un niño, después le dieron palmadas en la espalda estrecha como si acabara de salvar a un alma del fuego. Entre los cuerpos de los hombres reunidos alrededor, Graves podía ver el botín amontonado en la calle. Era como ver las tripas de un cadáver derramadas por el patio trasero de una carnicería. Vio sillas talladas de color dorado, volcadas y con una pata rota y astillada; libros, abiertos y desgarrados, que aleteaban impotentes; hermosos tapices arrancados que la multitud estaba convirtiendo a la fuerza en improvisadas capas y mantas. No hacía falta más, al parecer. Un día o dos, un idiota con una petición, y ya no había nada seguro ni sagrado en Londres. Los pensamientos del señor Chase debían de moverse en la misma dirección que los suyos.

—Caminamos por una senda estrecha, señor

Graves.

El joven no respondió, solo dejó que se le cerraran los ojos poco a poco e inhaló el humo, intentó sentir su textura en la lengua para que si necesitaba escribir sobre él, pudiera recordarla. Incluso a esa distancia podía sentir el calor de la casa destrozada, en llamas, que le calentaba la cara. Abrió los ojos de repente y miró con intensidad al señor Chase.

—Señor Chase... el guardapelo, he estado pensando en él. ¿Pertenece a la madre de Alexander?

El señor Chase se volvió hacia el fuego, hacia la multitud balbuceante que chisporroteaba debajo.

—A una niña. Eso es todo lo que sé.

Se oyó un vítor corto, ruidoso, en el otro extremo de la calle. Graves y el señor Chase, al igual que los saqueadores, se volvieron y vieron una compañía de soldados, los mosquetes sobre los hombros, avanzando por el espacio abierto de los campos de Leicester. Solo eran veinte, pero el orden y la determinación de su paso los hacía parecer de algún modo una fuerza mucho más

considerable.

—¿Una niña?

El señor Chase continuó observando a los soldados.

—Eso fue todo lo que dijo. «Creo que era de la niña».

Las casacas rojas de los soldados destacaban contra el verde, sus tirantes blancos resplandecían y la madera oscura de sus mosquetes tenía un aspecto feroz. Los seguía una multitud de hombres con cubos. A Graves le pareció que llegaban demasiado tarde para salvar la casa, pero por lo visto lo desesperado del caso no sería suficiente para impedirles intentarlo. La multitud pareció encogerse; los menos atrevidos, o los menos borrachos, se metieron entre los otros con las cabezas gachas. El oficial de la compañía dio el alto a diez metros de ellos.

—Suelten lo que lleven y abandonen este lugar. ¡Se lo ordeno en el nombre del rey!

Fue suficiente, al parecer. La turba, tan ingobernable unos momentos antes, empezó a diluirse. Un movimiento hosco, un niño atiborrado

que se escabullía. Los hombres de los cubos se adelantaron a la carrera. Graves se preguntó si alguno tendría relación con la familia de lord Saville. Uno al menos tenía lágrimas corriéndole por la cara. *¿Por qué están dispuestos a hacer el esfuerzo?* se preguntó. Quizá para obtener el consuelo en días futuros de decir que lo habían intentado. El oficial los observó dirigirse al fuego y fue entonces cuando una piedra salió volando, dura y rápida desde el centro de la multitud que se retiraba, y golpeó a uno de los soldados encima de un ojo. La frente del hombre estalló en un chorro de sangre y el soldado se descolgó el mosquete del hombro y adoptó una posición de disparo. Su oficial se adelantó.

—Levante los brazos, Wilson. Disparará usted a mi orden o no lo hará.

Wilson se quedó paralizado por un instante, después se volvió a colgar el mosquete y se limpió la sangre del ojo sin apartar la mirada ni por un instante de la multitud que iba retrocediendo.

—¡Cabrones de espalda ensangrentada! —chilló alguien de entre la turba mientras giraban por el

camino. Los soldados no se movieron, se limitaron a observarlos hasta que el último salió corriendo de la plaza, un hombre delgado que miraba una y otra vez por encima del hombro e intentaba, al parecer, colarse entre las piernas de sus compañeros para alcanzar la seguridad relativa de una posición protegida, lejos de las culatas brillantes de las armas.

Graves miró al señor Chase.

—Los llaman espaldas ensangrentadas por el color de sus uniformes, supongo.

El señor Chase asintió.

—Eso y que el ejército es aficionado a la disciplina, según tengo entendido. Cada hombre de esa compañía tendrá cicatrices de latigazos en la espalda entre las heridas de guerra, diría yo.

El señor Chase siguió observando las llamas y el intento de los hombres de los cubos de apagarlas. El hombre maduro que había llamado la atención de Graves se había detenido y observaba el incendio como un niño cuyo juguete favorito ha sido destruido por algún acto de despreocupación adulta.

—Me preguntaba por qué Alexander dejó a los niños a su cuidado, en lugar de al mío —dijo el señor Chase en voz baja, sin mirar a Graves—. Quizá, a pesar de haber dejado a su encumbrada familia, y fueran cuales fueran los horrores que lo apartaron de ella, todavía deseaba que a sus hijos los educara un caballero.

Graves lo miró con un ceño de sorpresa.

—Usted es un caballero, señor.

Chase no sonrió.

—No, muchacho. He terminado por parecerme un poco a uno, pero los dos sabemos que es algo más profundo que eso. Por muchas grandes casas en las que entre, todavía pueden captar el aroma a taller y almacén que hay en mí. ¡Ah, Inglaterra! Nací igual que esos tipos de ahí —agitó una mano hacia los soldados rasos—, y todo inglés lo sabe en cuanto abro la boca o hago una reverencia. Me pregunto si Alexander sabía siquiera que eso era lo que flotaba en su mente cuando escribió su nombre. Usted tiene algo de lo que yo carezco, aunque podría comprarlo a usted y a una docena como usted con la calderilla que llevo en el

bolsillo. —Graves se miró los pies y el señor Chase se volvió hacia él con una pequeña sonrisa —. No es culpa suya, muchacho. No tengo nada contra usted. —Retorció la mano alrededor de la barandilla que tenía al lado, como si se preparara para arrancarla—. Pero he criado una hija digna de cualquier caballero. Ese es mi consuelo.

Graves se ruborizó un poco.

—Desde luego que sí, señor —dijo—. Lo ha hecho.

## IV.9

El día iba inclinando la cabeza para internarse en la noche. En Caveley Park reinaba el silencio. Harriet y Rachel estaban sentadas en el largo salón sin decir nada, pero tampoco intentaban fingir que estaban ocupadas con algo que no fueran sus propios pensamientos. Harriet había subido durante una hora a estar con los niños cuando habían llegado y cuando se habían sentado a la mesa, a Rachel le pareció que su hermana había estado llorando. Apenas habían intentado cenar siquiera. El silencio se instaló con tristeza sobre los muebles como si fuera polvo. El tiempo fue cayendo gota a gota, medido en cuartos por el reloj de pie del vestíbulo. Los repiques empezaron a atacar los nervios de Harriet, los pequeños martillos de latón encontraban los tendones anudados de su espalda y los hacían resonar. Hubo una suave llamada a la puerta y entró Heathcote con una nota para Rachel.

—De la mansión, señorita —dijo el ama de

llaves sin mirarla a los ojos, y se retiró. Harriet miró a su hermana con los ojos entornados mientras la joven abría la nota y la leía, después volvió a doblar la única hoja y se la tendió a Harriet mientras se explicaba:

—Lo siento, Harry. Pero no podía hacer otra cosa. Cuando tú subiste a descansar, le envié una nota al señor Thornleigh, solo para decir que yo lo creía inocente de la acusación y confiaba en que la verdad saldría a la luz con el tiempo si tenía paciencia.

Harriet contempló el rostro sereno de su hermana. Era típico de Rachel hacer algo así, un acto de amabilidad y generosidad que aquel hombre no merecía. Esperaba que alguien que fuera digno de semejante ternura y consideración apareciera finalmente en la vida de su hermana. A esa chica habría que amarla por ello, y protegerla también.

—Pues claro, mi vida —dijo—. Nadie podría culparte.

Los dedos de Rachel todavía sostenían la hoja. Harriet esperó hasta que su hermana estuvo lista

para dejar el papel a su cuidado. Sintió que le palpitaba la frente al abrir la nota. Se había sentido débil como un bebé desde que habían vuelto a casa. Muy pocas veces lloraba y cuando lo hacía, el llanto parecía dejarla vacía y a la deriva. Leyó la letra torpe de Hugh. No había mucho que descifrar.

*Gracias, señorita Trench. La paciencia no me ha servido de mucho en el pasado, pero tampoco la acción ha favorecido mi suerte. Agradezco que usted no me crea capaz de tales crímenes.* Hugh mandaba saludos para ambas y firmaba con su nombre. Harriet le dio la vuelta al papel en las manos como si esperara que algún mensaje secreto apareciera garabateado en la esquina de la hoja.

—Me pregunto a qué se refiere. De alguna manera, esto se podría leer como una confesión, Rachel.

Su hermana alzó los ojos y la miró con el ceño un poco fruncido.

—A mí me pareció que cuando dice «acción», se refiere a enviar a Brook en busca de Alexander. Ese parece ser el comienzo de todo este horror.

Harriet asintió e hizo una pequeña mueca, su dolor de cabeza todavía era insistente e intenso. Llevaba castigándola toda la velada y ella siempre le decía a todo el mundo que nunca se ponía enferma. En el futuro sería más comprensiva con las damas que se decían enfermas y nerviosas.

—Rachel, hace mucho tiempo que no hablamos del señor Hugh Thornleigh.

Rachel esbozó una sonrisa un tanto amarga.

—¿No? Pues a mí me parece que no hemos hablado de mucho más en los últimos días.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Rachel no levantó la cabeza, pero sí que cubrió la mano de su hermana con la suya.

—Está pasando, Harry. Fui muy infeliz durante un tiempo, bien lo sabes. Incluso ahora soy un poco infeliz de vez en cuando, pero es más como un recuerdo de la tristeza que la tristeza en sí. ¿Tiene eso algún sentido?

Harriet asintió.

—Lo siento tanto, Rachel.

—No lo sientas, Harry. —Rachel la miró con una gran ternura—. No fue nunca culpa tuya, y

aunque creo que Hugh es inocente, ahora no desearía ser su esposa, ni lo he deseado en muchos meses. Te lo prometo. Yo no soy la esposa que él necesita, ni él es el hombre que me puede hacer feliz. Con todo, hubo momentos... cuando hablaba de sus campañas con tal entusiasmo, o de sus planes para la propiedad, todo encajaba. Echo de menos pensar en el futuro con esa felicidad y emoción, Harry, eso es todo.

Harriet cerró la mano alrededor de la de su hermana e inclinó la cabeza.

Hubo otra llamada a la puerta y la señora Heathcote la volvió a abrir, y esa vez con un pequeño toque triunfal. Las dos mujeres alzaron los ojos y la miraron, sorprendidas.

—El señor Crowther desea verla, señora, y un tal señor Clode.

Ninguna de las dos había mencionado a Crowther de camino a casa, aunque, por su parte, Harriet no había pensado en mucho más; le echaba la culpa de su dolor de cabeza a él y a su familia de asesinos. Aquel hombre no debería culparla a ella por saber lo que sabía. Echada en su cama,

arriba, había fraguado una especie de plan para ir a visitarlo por la mañana y exigirle que le contara lo que Cartwright le había dicho del paradero de Alexander; pero ninguna indignación, por justificada que fuera, era capaz de ahogar la desdicha de la aparente deserción de su compañero de fatigas y las malhumoradas palabras que ella había pronunciado. Harriet se levantó con cautela cuando anunciaron al anatomista. Si él les dedicaba su habitual sonrisa seca, ella cruzaría el espacio que los separaba y le tendería la mano con toda la alegría del mundo, pero dudaba mucho que aquel hombre fuera a dejar de lado sus demonios con tanta rapidez. Aunque si no era así, ¿qué hacía allí?

Crowther todavía parecía sombrío y cansado cuando entró, y la inclinación que les dedicó a las mujeres fue, en el mejor de los casos, mecánica. Harriet se contuvo con una punzada de pesar, irguió la espalda y esbozó una sonrisa de bienvenida rápida y cauta. Lo siguió al interior de la salita un hombre mucho más joven, de cabello oscuro y delgado. Iba vestido con distinción, la

última moda le sentaba bien y lo acompañaba un aire de seriedad impaciente. Harriet le sonrió con más amabilidad, le pareció que lo reconocía, un rostro en la parte de atrás de la multitud durante la vista. Crowther agitó una mano por encima del hombro sin mirar a nadie directamente.

—Señora Westerman, señorita Trench. ¿Me permiten presentarles a Daniel Clode?

Rachel también se había levantado. Las dos mujeres hicieron una reverencia y el señor Clode se inclinó. Parecía un poco incómodo y era incapaz de perder su sonrisa un poco preocupada. Todo un caballero, decidió Harriet, aunque no ocioso.

—El señor Clode es un abogado de Pulborough —continuó Crowther—. Vino a visitarme esta tarde después de la vista, y tras haberlo oído explicar un poco el asunto que lo traía hasta nuestra comunidad, le he pedido que nos lo comentara a los dos, señora.

—Es un placer conocerlo, señor Clode —dijo Harriet—. Siéntese, por favor.

El joven lo hizo con una pequeña sonrisa y un

asentimiento.

—Gracias, señora Westerman. —Su voz era de un tono barítono terso, con un toque del deje gutural de la zona—. Conocí un poco esta casa cuando era niño, mi tío tenía negocios con los anteriores ocupantes. Parece estar prosperando bien bajo el mando de sus actuales dueños.

Harriet se lo agradeció con un murmullo, le parecía un hombre muy sensato. El joven hizo una pausa y la mirada de ella se deslizó hacia donde estaba sentado Crowther, que permanecía con los ojos clavados en su bastón y dándole vueltas a las cosas como había hecho en la sala de atrás de la Corona y el Oso. En ese instante, Harriet no pudo soportarlo más, no podía seguir sentada bajo esa nube que habían provocado entre los dos, y antes de tomar cualquier decisión consciente, o eso le pareció a ella, se encontró otra vez de pie. El señor Clode también se levantó, ligeramente sorprendido. Crowther se limitó a mirarla de mal humor.

—Señor Clode, disculpe mi grosería, pero antes de oír lo que tenga que decirnos, debo pedirle al

señor Crowther que hablemos en privado. Rachel, quizá podrías pedirle a la señora Heathcote algún refrigerio para nuestros invitados. —Se volvió entonces hacia Crowther—. Señor Crowther, si tiene la bondad, me gustaría robarle un momento de su tiempo. —Y sin esperar a ver si él se levantaba, salió de la sala, cruzó el vestíbulo y entró en el comedor vacío, cuya puerta sostuvo hasta que él la siguió. Harriet dejó que la puerta se cerrara tras ella mientras él entraba, después se volvió y apoyó la espalda en ella.

Allí dentro nadie había encendido las luces. Estaban en un mundo de sombras de color gris paloma. Crowther permaneció en medio de la habitación durante un momento, hasta que quedó claro que ella no iba a hablar, así que, sin apenas mirar en su dirección, hizo una pregunta que fue más bien gruñido.

—¿Y bien, señora?

Harriet sintió que el genio se partía en su interior con la conmoción repentina de una rama seca bajo los pies.

—¡A mí no me venga con «Y bien, señora»,

Crowther! ¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a odiarnos por saber su secreto? No sé cómo puede. Siento lo que dije, pero estaba enfadada con usted. Sabe que nosotras no tuvimos nada que ver con que su situación se hiciera pública. No teníamos conocimiento alguno de ella. ¿Teme usted nuestra comprensión y simpatía? No la encontrará en mí. Usted ha tenido el lujo de poder huir de cualquier situación poco grata que la vida pudiera ofrecerle. Yo solo puedo envidiarle.

Crowther se la quedó mirando, asombrado, con la cara lívida.

—¿Situación poco grata, señora Westerman? ¿Se atreve usted a describir lo ocurrido en mi familia como situación poco grata?

Harriet se maldijo por la expresión, pero se dejó llevar otra vez; el viento la había atrapado y no había vuelta atrás.

—Así que sí que desea cierta simpatía. Disculpe el error. —Harriet lo miró a los ojos y se negó a temerle—. ¡Maldita sea, Crowther, es usted un retorcido! Me sorprende que no haya agotado ya media docena de identidades a estas alturas si es

así cómo reacciona ante cualquiera que sepa algo de su pasado. ¡Es extraño cómo el orgullo puede convertir a un hombre en semejante cobarde!

El anatomista dio un paso hacia ella, que sintió la puerta a su espalda.

—Si fuera usted hombre —dijo Crowther en voz muy baja—, lo mataría por semejante comentario.

Harriet sintió que la mano le temblaba un poco donde la tenía apretada a la espalda. Volvió la cabeza de modo que sus ojos se miraron directamente en los del hombre.

—Matarme no lo haría ni más ni menos cierto.

Los rostros de ambos estaban a solo un aliento de distancia. Harriet sintió los latidos de su propio corazón, pensó en aquel hombre y en cómo lo había encontrado, entre sus preparados, dándole la espalda al mundo; pensó con claridad, rapidez y por primera vez, que aquel hombre se había apartado del arroyo del día a día y disfrutaba de una especie de calma, y que ella lo había arrastrado de nuevo a la más rápida de las corrientes. Los ojos empezaron a llenársele de lágrimas y parpadeó para espantarlas.

—Oh, Crowther, lo siento tanto. Y siento mucho si implicarlo en este asunto le ha causado alguna angustia.

La simpatía y comprensión de aquella mujer era mil veces más difícil de soportar que su cólera. Dos décadas enteras de dolor se precipitaron sobre él en una riada. Dejó caer el bastón con un estrépito, le dio la espalda y hundió la cabeza en las manos. Le temblaron los hombros y se le escapó un gemido profundo. Harriet no se movió, pero sí sintió que se le relajaba el cuerpo. Las sombras de la habitación hacían parecer a Crowther una criatura oscura y fría, pero algo incómodo y cruel entre ellos pareció fracturarse y fue como si se lo llevara el agua, como una presa hecha por un niño en un arroyo invadido por las crecidas de la primavera.

Harriet se arrodilló para recoger el bastón. Las largas faldas de su vestido de diario se hincharon a su alrededor. No se levantó de inmediato, sino que permaneció donde estaba, con la cabeza alzada, mirándolo. El anatomista exhaló un profundo suspiro, se pasó una mano por la cara y

caminó despacio junto a ella para acercarse a las largas ventanas que iluminaban la habitación y que miraban al camino de entrada de Harriet. La ventana estaba abierta y la brisa inconsciente hacía removerse un poco los cortinajes. Llevaban con ellos el recuerdo pesado del calor del día que cruzaba el roble que defendía la fachada de la casa y dejaban entrar flotando el aire en el comedor. El aroma era sereno, relajante.

—Discúlpeme.

La voz de Crowther sonaba torpe, como la de un hombre que no ha hablado en muchos años y todavía no se ha acostumbrado a formar palabras otra vez. Harriet se levantó y se colocó a su lado. No dijo nada, pero tras haberle puesto el bastón en la mano, dejó que sus dedos se posaran en la manga de él y no los quitó mientras observaba ella también el roble. Tardó un minuto entero en hablar.

—Ese árbol es una de las razones por las que vinimos a Caveley. Mi marido dijo que se preocuparía menos por nosotros mientras estaba en el mar si sabía que teníamos un amigo y protector así.

Crowther no respondió de inmediato, pero cuando lo hizo volvía a ser un poco más él mismo.

—¿De veras necesita usted un protector, señora Westerman?

La mujer sonrió.

—Me gustaría pensar que no. Pero todo el mundo necesita aliados, ¿no está usted de acuerdo, señor Crowther?

—Quizá.

Harriet alzó los ojos y vio el fantasma de una de aquellas sonrisas cansadas tan típicas en él flotando en sus labios. Sintió que se le quitaba un poco el dolor de cabeza.

—¿Desea usted hablar de ello?

Crowther sabía lo que su compañera tenía en mente y negó con la cabeza, despacio.

—No, ahora no. Pero quizá en algún momento, en el futuro. Esta noche deseo oír lo que tiene que decir el señor Clode.

Permanecieron juntos en la penumbra un poco más, dejando que la paz entre ellos ahondara hasta que pareció completa, suficiente. Él le ofreció el brazo y empezaron a caminar.

—Siento no haberle dicho todavía el paradero de Alexander. A cada momento temía que me oyera alguien. Carter Brook lo encontró en la calle Tichfield.

Harriet abrió mucho los ojos.

—La conozco. Cerca de la plaza Soho. —Sonrió y Crowther le abrió la puerta para que pudieran entrar en el salón—. Oh, Crowther, quizá todavía podamos terminar encontrándole algo de sentido a este horror.

## IV.10

Rachel y el señor Clode estaban de pie cuando Crowther y Harriet volvieron a entrar en la habitación. Rachel parecía estar ofreciéndole a su invitado un recorrido por algunas de las curiosidades que salpicaban el salón y explicándole dónde las habían encontrado Harriet y su marido a lo largo de sus viajes. Harriet se preguntó por un momento si Rachel no se sabría esas historias mejor incluso que ella. Los descubrieron con Rachel riéndose a carcajadas de la expresión perpleja de su compañero mientras miraba las tallas de una pequeña flauta de hueso. Harriet esperaba por el bien de todos que aquel joven tan serio no examinara el objeto con demasiada atención. Por lo general se tocaba durante los ritos de fertilidad en una isla de las Indias Occidentales. Rachel la miró a los ojos y Harriet le sonrió. El señor Clode se inclinó otra vez ante ellas y colocó la flauta con sumo cuidado en la mesa. Había cierta luz en sus ojos que hizo

que Harriet se preguntara si el joven caballero no habría mirado el pequeño instrumento con bastante más atención de lo que ella habría querido. Le enfadó darse cuenta de que estaba casi ruborizándose.

—Siento haberlo hecho esperar, señor Clode. Confío en que Rachel no lo haya estado aburriendo con historias marineras.

El joven sonrió.

—Hemos hecho un viaje de ida y vuelta a las Indias, hemos cruzado Europa y también hemos hecho una breve visita a Gibraltar, señora Westerman. Jamás me han entretenido mejor.

Rachel parecía complacida.

—Es usted muy amable, señor —dijo Harriet con un asentimiento.

—Estoy fascinado, señora Westerman. —El joven la miró muy serio y Harriet reconoció el atractivo de aquel pelo negro y aquellos ojos azules, el mismo atractivo que había notado cuando había conocido a su marido—. Apenas he salido del condado y me encantaría viajar. Es un placer oír sus historias, y la señorita Trench las

cuenta muy bien, en mi opinión.

*¿Cuántos años tendría?* se preguntó Harriet, *¿Veinticinco, veintiséis años?* Antes de poder evitarlo se encontró pensando en lo buena pareja que harían Rachel y él.

—Estoy segura de que ella las cuenta mejor que yo, y mi marido y yo confiamos en que nos haga parecer todo lo heroicos que nos corresponde. Bien, señor Clode, estoy a su disposición, si hay algo que desee contarnos.

El joven volvió a fruncir el ceño y se tomó los pocos momentos que tardaron los demás en sentarse para reflexionar.

—Siento que quizá, y espero que me lo permitan, debería explicar por qué no he hablado primero con el corregidor. Lo habría hecho, pero, por supuesto, con el arresto del señor Thornleigh justo después de que se suspendiera la vista... En pocas palabras, paseé por el pueblo unas horas, y puesto que la información que tengo no es estrictamente confidencial, y después de haberlos visto a los dos en la vista... Y el corregidor no parecía...

Era obvio que estaba incómodo, pero la decisión

había sido tomada durante su paseo por el pueblo y al parecer nada de lo que estaba viendo lo empujaba a reconsiderarla. Harriet se preguntó si habría llegado a conocer a Michaels.

Crowther hizo girar el bastón entre sus palmas y habló con calma.

—Lo comprendemos, señor Clode. Y respetamos sus escrúpulos.

El joven asintió.

—Gracias. Mi tío es el socio de más antigüedad de nuestro bufete de Pulborough. Yo llevo dos años con él, pero ahora está fuera y pensé que quizá podría pedirles consejo a ustedes, puesto que el corregidor está... ocupado.

—Le agradecemos la confianza —dijo Harriet.

Hubo otra pequeña pausa. El señor Clode se miraba el puño de la camisa. Harriet sintió que se volvía a impacientar, pero se contuvo hasta que el joven decidió continuar.

—La enfermera del lord Thornleigh, Madeleine Bray, dejó un testamento con nosotros para su salvaguarda.

Harriet se irguió de golpe y miró con los ojos

brillantes a Crowther. Este levantó una mano como si quisiera repeler algo.

—Eso es todo lo que yo sé, señora Westerman. Cuando el señor Clode me lo contó, le pedí que me acompañara hasta aquí.

Harriet se alegró al oírlo, aunque se sintió un poco culpable. No parecía muy apropiado sentir celos de que alguien tuviera información, y ella también tenía sus propios secretos, pero, no obstante, le hacía feliz pensar que si había algo más que supiera el señor Clode, lo compartiría con los dos. Crowther volvió los ojos de nuevo hacia el joven.

—Continúe, señor Clode.

—Redactar ese testamento fue una de las primeras obligaciones que asumí por mi tío, así que recuerdo bien a la señora Bray. Cuando me enteré en la ciudad de su muerte, decidí asistir a la vista para ver si podía entrar en contacto con sus legatarios. Mi tío y yo debemos actuar como albaceas.

Crowther asintió y se examinó las uñas de la mano derecha. El señor Clode pareció vacilar.

Rachel vio que estaba mirando al señor Crowther y le sonrió.

—No se preocupe por el señor Crowther. Siempre hace eso cuando le interesa de forma particular lo que él cree que uno está a punto de decir. —Crowther la miró con una ceja alzada—. Lo hace usted, sabe —le dijo la joven.

Crowther se aclaró la garganta y posó de nuevo la mano en el bastón. Rachel se volvió otra vez hacia el joven.

—Continúe, por favor, señor Clode.

El aludido la miró y asintió.

—La señora Bray tenía, según parece, pocos parientes o amigos en el mundo, pero a ellos les dejó, diría yo, más de lo que cabría esperar. Hay una suma de cincuenta libras que se han de pagar a su vieja amiga, una tal señora Service, de la calle Tichfield, en Londres. —Harriet entrelazó las manos de repente y las apretó. El señor Clode esperó, pero cuando su anfitriona no dijo nada, continuó—. Y un pequeño broche en forma de camafeo que especifica que se lo regaló la madre de la señora Service, pero que ella desea que sea

para la hija de su «benefactor». La hija se llama Susan y la verdad es que esa es la parte que me pareció un poco extraña y pensé que a alguien se le debería hacer notar; ese tal benefactor, según dice el testamento, es también de la calle Tichfield y «se le conoce con el nombre» de Alexander Adams. —El joven no llegó a notar el efecto que habían tenido sus palabras en su público puesto que volvía a mirarse el puño de la camisa con el ceño fruncido—. Pensé mientras lo anotaba que era una frase extraña, y le pregunté por ella. La señora se mostró muy insistente y había auténtico placer en su semblante mientras especificaba la forma de redactarlo...

Hizo una pausa y alzó los ojos. Los tres lo estaban mirando fijamente como si acabara de llevar a cabo un truco terrible o milagroso en aquel pulcro salón. Se sintió un poco perdido.

—Espero que no piensen que he hecho mal en compartir esta información con ustedes.

Crowther esbozó una pequeña sonrisa que dedicó al puño de su bastón.

—¿Así que ahora Alexander se llama «Adams»?

La señora Westerman se levantó, el rostro arrebolado, los ojos brillantes.

—¡Tiene una hija! ¡Crowther!

La señorita Trench se inclinó hacia delante, apoyada en las rodillas en aparente concentración, sumida en sus pensamientos.

—Shh, Harry —dijo con tono urgente—. Ese nombre... Recuerdo esta mañana... —Y luego, con un grito de horror, se levantó de un salto y corrió hacia el escritorio que había en el otro extremo de la habitación, cogió el *Daily Advertiser* y regresó a toda prisa.

Crowther se puso en pie para reunirse con ella y el señor Clode se levantó, confundido, para evitar ser el único miembro del grupo que permanecía sentado. Harriet agarró a su hermana por el codo.

—Rachel, ¿qué ocurre?

La joven empezó a volver las páginas del periódico que tenía en las manos, luego se lo mostró a su hermana.

—Ahí... oh, Harry, ¡ahí!

Dio un paso atrás y habría tropezado si el señor Clode no la hubiera sujetado por el hombro y la

hubiera conducido a su asiento. Ella alzó los ojos y lo miró con agradecimiento.

Harriet examinó la página y se llevó la mano a la boca. Crowther dio unos golpecitos con la punta del bastón en la alfombra.

—Señora Westerman, por el amor de Dios, no me tenga en vilo.

Harriet empezó a leer con voz vacilante.

—«Horrendo asesinato perpetrado en la calle Tichfield». —Los ojos de Crowther se clavaron de golpe en la cara de su amiga. Ella lo miró, sintió que la mano le temblaba y tuvo que recomponerse antes de poder continuar—. «Este viernes pasado, entre los muchos disturbios de la multitud se perpetró un crimen terrible en la imprenta y tienda de música del señor Alexander Adams de la calle Tichfield». ¡Oh, Crowther! ¡Lo han matado!

—Continúe leyendo, si tiene la bondad, señora Westerman.

—«Un hombre, cuya identidad a esta hora sigue siendo un misterio, entró en la tienda cuando el señor Adams y sus hijos estaban cenando y mató al propietario con una cruel cuchillada en el

estómago. Parece que si no hubiera sido por la llegada accidental de un amigo, este diablo en forma humana podría haber apagado también las jóvenes vidas de los dos hijos indefensos y huérfanos de madre del señor Adams, Susan Adams, de solo nueve años de edad, y su hermano menor, Jonathan». ¡Oh, entonces los niños viven! —Harriet captó la mirada de Crowther y continuó leyendo—. «El asesino se perdió entre la multitud y aunque el señor Adams vivió el tiempo suficiente para consolar a sus hijos y confiarlos al cuidado de su amigo, los esfuerzos del cirujano no fueron suficientes para salvarle la vida».

Harriet miró a su alrededor, Rachel estaba pálida, el señor Clode perplejo pero horrorizado, Crowther, las manos apretadas con tal fuerza alrededor del puño de su bastón que tenía los dedos blancos.

La lectora preguntó casi en un susurro:

—¿Quién es este amigo? ¡Hay que advertirlo! Hay un poco más...

—Prosiga, se lo ruego.

—«El motivo del asesinato podría con toda

probabilidad ser el robo, pero qué asunto, oh Inglaterra, cuando semejante homicidio se lleva a cabo a plena luz del día en el hogar de un hombre respetable que deja a su hijo e hija pequeños solos y perdidos en este caótico y cruel mundo. Al funeral del señor Adams asistieron sus muchos amigos, llenos de respeto por el gran conocimiento que tenía el asesinado de la gloriosa música de la que dispone la ciudad en esta época, y su compromiso con la introducción de las mejores cualidades a los gustos más avanzados».

Harriet dejó caer el periódico a su lado. Crowther casi podía ver sus miedos y horrores arremolinándose a su alrededor entre las sombras crecientes, los monstruos de la imaginación y la comprensión estirándole las oscuras faldas rojas y tirándole del pelo con dedos largos y cerosos.

El señor Clode miraba a su alrededor, asombrado.

—No lo entiendo. ¿Ese es el hombre que era el benefactor de la enfermera Bray?

Rachel se volvió hacia él, el rostro sereno, pero un poco desolado; había un tono apagado en su voz

que hizo que Daniel se sintiera como si estuviera perdido en medio de la noche y el frío.

—Creemos que Alexander Adams era de nacimiento Alexander Thornleigh. Heredero de la mansión Thornleigh y vizconde de Hardew.

Le tocó entonces al señor Clode ponerse pálido. Harriet le habló al aire que la rodeaba.

—Y resulta que tenía hijos.

Crowther se encorvó un poco sobre su bastón.

—Puede que no sean legítimos.

Harriet negó con la cabeza.

—Si Alexander renunció a su familia por el amor de la madre de esos niños, lo único que puedo pensar es que se casó con ella y son legítimos.

El señor Clode se levantó otra vez con una urgencia repentina.

—Corren peligro —dijo. Nadie respondió y él apeló a Crowther—. Señor Crowther, ¿acaso no es así? No cuento con su interpretación de este asunto, pero me doy cuenta de que aquí hay una mano desesperada y que ha extendido su influencia hasta Londres. Hasta un niño puede verlo.

Debemos advertirlos, advertir a sus amigos, como ha dicho la señora Westerman, llevarlos a algún lugar seguro hasta que pase el peligro.

Crowther no alzó la vista del puño de su bastón. Podía sentir el torrente de sangre joven, la energía palpitante que recorría a aquel hombre a pesar del espacio que los separaba. Crispó una comisura de la boca en una sonrisa cauta.

—Sí. Creo que ha comprendido usted los detalles básicos de la situación, señor Clode.

Daniel bajó los ojos y contempló por un instante a Rachel, que tenía los ojos clavados en una esquina de la habitación, después volvió a mirar las figuras de Harriet y Crowther, cada una al parecer aislada en su propio mundo. Habló en voz baja.

—Déjenme ir.

Harriet pareció despertar y se volvió con el ceño fruncido.

—No, señor Clode, iré yo.

—Lo siento, señora Westerman, pero eso no tiene sentido. —El joven se adelantó un paso—. Esos niños no estarán a salvo hasta que a quien sea

que esté detrás de esto se le lleve ante la justicia. Usted puede contribuir a que eso ocurra de forma más eficaz que yo. Déjenme ir. Puedo ponerme en camino de inmediato y estar en Londres al amanecer.

Harriet dudó. Pensó en sus propios hijos, dormidos arriba; asintió con rapidez y se giró. Los miedos y confusiones de aquella velada todavía la tenían cogida por la garganta.

—Ojalá supiera de algún lugar al que llevar a los niños si surge la necesidad —continuó Clode—. Cuanto más cerca estén de la calle Tichfield, más peligro corren, pero no creo que la casa de su abuelo sea un lugar seguro para ellos ahora si... —los miró—. Si he entendido bien la situación.

Crowther se acercó al escritorio de Harriet con pasos rápidos.

—La ha entendido, señor. Y el lugar seguro creo que yo lo puedo suministrar. —Sacó un papel y examinó las plumas de Harriet hasta que con un gruñido seleccionó la que le pareció que más le convenía—. Voy a escribir una nota para que se la lleve usted al señor John Hunter. Fue profesor mío

en Londres, un gran hombre por muchas razones y con más sentido común que la mayoría. Tiene una casa en Earl's Court. Él los acogerá si a usted le parece necesario. Es un hombre tosco y tiene una casa peculiar. —Crowther extendió arena por la hoja—. También conoce a algunos individuos que podrían resultar útiles si se ven ustedes amenazados. —Plegó la nota y se la tendió a Daniel. El rostro de este último lucía un pequeño ceño—. Ladrones de tumbas y demás, señor Clode —se explicó Crowther—. Es anatomista, como yo mismo, y además magnífico, pero sus necesidades de material lo han llevado a formar extrañas alianzas. Pero puede confiarle usted su vida y las de los niños. No los traicionaría aunque el rey y el arzobispo de Canterbury llamaran a su puerta preguntando por ellos.

Harriet se desprendió de las imágenes que poblaban su mente y también se metió a toda prisa tras su escritorio, obligando a Crowther a apartarse de repente de su camino en su impaciencia por abrir un cajoncito que tenía en el lateral. De él sacó una caja de dinero y tras abrirla

con una llave que extrajo de su propio bolsillo, cogió un puñado de billetes. El señor Clode pareció un poco ofendido e intentó desechar la idea con un ademán. Harriet estuvo a punto incluso de dar una patadita en el suelo.

—¡Oh, cójalo, señor Clode! Puede que lo necesite y que tenga gastos que no previó cuando salió de su casa esta mañana.

El joven dudó otra vez, pero al ver el buen sentido de lo que la dama decía, se lo cogió con una inclinación.

—Le agradezco que confíe en mí, señora Westerman.

La idea pareció sorprenderla y Clode observó el intercambio de miradas y de encogimiento de hombros posterior con Crowther.

—Al parecer confiamos, señor Clode. ¿Nos estamos equivocando?

El joven negó con la cabeza.

—No. No se equivocan. Puedo irme a Londres directamente desde aquí. ¿Me permite escribir una nota para que se envíe a Pulborough por la mañana? Preferiría que mis padres no se

preocuparan por mí. Diré que unos asuntos de trabajo me retienen aquí unos cuantos días.

—Por supuesto —dijo Harriet—. Bien. Rachel, ve a buscar una de las capas de montar de David para el señor Clode. Le contaremos lo que sabemos.

Sin ni siquiera molestarse en volver a sentarse, Harriet y Crowther le contaron al joven todo lo que habían visto, pensado o sospechado desde el amanecer del viernes. El joven dijo muy poco y las preguntas que tenía eran inteligentes y relevantes. Ya disponía de casi toda la información cuando regresó Rachel con la capa y una bolsita de provisiones reunidas en la cocina, que incluía media botella del coñac más caro de Harriet. Al poco Daniel se había ido.

La puerta se cerró tras él, y Rachel, Harriet y Crowther se miraron un poco perplejos. Cuando entró la señora Heathcote para retirar el refrigerio casi intacto con los movimientos vivos de un teniente despejando la cubierta, lista para la acción, Harriet se colocó detrás del escritorio.

—Muy bien —dijo—. ¿Y ahora qué?

*17 de junio de 1775, colina Breed, cerca de Charlestown, bahía de Massachusetts*

Intenta imaginar una niebla. Es tan densa como la que sale arrastrándose de un río quieto en la oscuridad, de modo que solo puedes ver unos metros en cada dirección, pero sigue teñida de amarillo por un sol que ya no puedes ver, y la sientes acre y humeante en la nariz y la boca. Humo de armas. Un mundo de pólvora quemada. Los ruidos que te rodean son como truenos, pero apagados; ya no eres capaz de distinguir entre el sonido de tus pies y los de tus compañeros al golpear el suelo y el latido de tu propia sangre. Te lloran los ojos, uno está cerrado por una hinchazón y te desgarran como una rata atrapada en el cráneo. Te gustaría arrancártelo y arrojarlo lejos, pero tus manos no se separan del mosquete que sujetan. El aire está repleto de siseos y explosiones. Hay

gemidos y llantos, algunos a lo lejos, y luego, de repente, casi bajo tus pies. Puedes sentir un calor húmedo que te abrasa la mejilla. proyectiles malignos de balazos pasan silbando. No ves de dónde vienen, ni a qué distancia están. Y entonces captas un destello de pólvora en la oscuridad que tienes delante. Casi estás encima de ellos. El hombre que va a tu derecha tropieza, maldices el suelo roto y estiras el brazo para levantarlo otra vez; solo cuando estás doblado por el esfuerzo, cuando alzas la cabeza bamboleante al nivel del hombro encorvado, te das cuenta de que el hombre está muerto, que tiene un lado de la cara destrozado. Lo dejas caer. Llamas a los hombres que te rodean y continúas avanzando como puedes, la bayoneta calada, sabiendo que es imposible que sobrevivas, solo seguro de que acabarás con uno de esos malnacidos, esos asesinos que se encogen tras las flechas con las que se defienden, decidido a llevar un poco de tu infierno por encima de su reducto e internarlo entre ellos.

Ya has llegado. La verja que te separa del otro hombre cede bajo tu peso; el otro ha recargado con

torpeza. Te mira a la cara, te elevas sobre él mientras él se agazapa sobre su cartucho con su camisa de tejido basto y su gorra informe. Hay un jirón de un antiguo periódico a sus pies, repleto de migas. Debe de haber comido entre el último ataque y este. Se trajo algo de casa. Lo ves todo sin apartar los ojos de su cara. Levantas el cañón y le clavas en el pecho los centímetros de acero que recubren el extremo de tu arma, empujando mientras dejas escapar el aire, y mientras él te mira. La sangre le burbujea en la boca, los ojos se hunden. La bayoneta está tan enterrada en su pecho que tienes que apoyarte en su esternón para sacarla. Te vuelves para encontrar otro. Es como un baile. El mundo se ha ralentizado, tus movimientos son fluidos y hay tiempo y más tiempo para tomar otra pareja, obedecer el impulso de moverse, apartarse y girarse para tomar otra más, y otra... el fogonazo de su arma silba... sale volando casi en tu cara. Esperas a que el mundo se ponga negro, pero no lo hace, le falló el disparo. Hay un momento en el que el otro se da cuenta, cuando eres tú el que levanta el arma y te

echas hacia delante. Él se derrumba, tú tropiezas con él y vuelves a levantarte. Te llama la atención otro hombre que se escabulle, es demasiado lento. Un disparo destella a tu derecha y el impulso levanta al hombre y lo arroja contra el suelo entre la hierba, su cuerpo se estremece por la conmoción y la impotencia.

El sueño termina, el mundo vuelve a acelerar y eres consciente del esfuerzo desesperado por respirar, tienes las manos en la culata del arma y están resbaladizas por la sangre de otros hombres. Hay alguien de pie a tu lado. Tiene los ojos tan negros y ardientes como los tuyos.

—Aquí hemos terminado, Thornleigh. Han tomado el reducto. ¡Jesús! ¡Mira cómo tienes la cara!

Escupes en el suelo. Te rodean cuerpos por todas partes. Algunos vestidos al modo local, algunos con el rojo sangre de tu misma casaca. Regresas hacia la playa sin responder. Oyes un gemido a tu derecha. Te agachas, reconoces a uno de los tuyos. Te rodeas el cuello con su brazo, pones el tuyo alrededor de su cintura y tiras de él hacia la playa.

Para cuando alcanzas los botes, lo que llevas es un cadáver.

Las calles estaban llenas de hombres ensangrentados y contusionados, arrastrados en carretas hacia los hospitales o tambaleándose tras los vehículos. Algunos lo saludaron con la cabeza cuando pasó. Thornleigh se detuvo solo el tiempo suficiente en los muelles para dar su informe antes de empezar a abrirse paso hacia el hospital que había visitado con Hawkshaw solo unas semanas antes. Quería ver si alguien de su compañía estaba allí, y si era así, qué se podía hacer por ellos. De los treinta hombres bajo su mando, solo cuatro habían podido salir andando sin ayuda de la lucha. Él había visto los cuerpos de diez e iba en busca del resto. Las ventanas de las casas respetables de Boston estaban casi todas cerradas a cal y canto. Aquí y allá algunos civiles, ancianos sobre todo, con peluca y casacas ceñidas, vacilaban en la cima de sus escalones, las bocas abiertas, todo asombro

y confusión mientras observaban el lento y ensangrentado desfile. Cuando Hugh se metió por las anchas verjas del antiguo almacén, se encontró en medio de la entrada de una carnicería.

El patio delantero estaba lleno de hombres heridos que gemían y sangraban a la espera de su turno con el cirujano. Algunas de las mujeres de la ciudad se movían entre ellos ofreciendo agua mientras los ribetes de sus largas faldas se iban tiñendo de rojo. Una chica se había metido en una esquina en sombras con el pañuelo en la boca; incluso en la oscuridad, Hugh podía ver lo pálida que estaba, una mano apoyada en el muro de piedra. Cuando se apartó, la mano dejó la mancha color óxido de la sangre de algún hombre. El capitán se preguntó de quién serían los últimos minutos que había velado aquella joven.

Fue a buscar agua al tonel de agua potable y la distribuyó; las peticiones de agua llegaban de todos lados. Algunos le preguntaban por su compañía, otros le ponían una mano negra y roja en la manga e intentaban detenerlo el tiempo suficiente para contarle sus historias de la matanza

que habían visto en la colina. Todo el personal de Howe muerto o herido, la mitad de las compañías de granaderos reducidas a menos de diez hombres, como la suya. Una victoria, sí, pero una victoria desastrosa.

Si el optimismo de los ingleses sobre su gran poder se había ido atemperando durante la retirada que los había sacado de Lexington, esa tarde estaban sobrios como nunca. Un infante de marina se había acurrucado junto al muro y sollozaba intentando contener las lágrimas con un puño en la boca. Otra joven intentó acercarse a Hugh, pretendía quizá atenderle la herida; llevaba un paño y una palangana que ya estaba rosada y sucia. Hugh la apartó con un ligero empujón sin decir nada, después oyó que lo llamaban y alzó los ojos. Un joven de la compañía de Hawkshaw estaba apoyado contra el muro blanco. Thornleigh se acercó a él. La cara del muchacho estaba gris y cerosa. Los ojos de Thornleigh examinaron el cuerpo del soldado. Era una herida en el estómago. No había nada que los cirujanos pudieran hacer por aquel hombre. Sin hablar, Thornleigh se

agachó a su lado y se sacó una petaca de la casaca, todavía estaba medio llena del coñac de su padre. La puso en los labios del joven. Este bebió e hizo una mueca cuando el calor de la bebida le atravesó la garganta.

—Gracias, capitán. Sabe bien.

Thornleigh no sonrió.

—Solo lo mejor.

El hombre se rió; el gesto le tiró de la herida y se convirtió en una tos que lo hizo escupir una flema densa y roja. Thornleigh le volvió a dar la petaca. El soldado bebió y después, con gesto de disculpa, intentó limpiar la boca con la manga antes de que Thornleigh la recuperara con suavidad.

—No sé si se ha enterado, señor. Me temo que el capitán Hawkshaw está muerto.

Thornleigh lo sintió en las tripas como un puñetazo suave. Inclino la cabeza.

—¿Lo viste? —consiguió decir.

El hombre asintió.

—Segunda oleada, iba por delante y a la carga. El cabrón flaco sobre el que se abalanzaba esperó

hasta que ya casi lo tenía encima y lo alcanzó de lleno en la frente. Se cayó sin más. —El soldado hizo otra pausa—. Los tienen bien puestos, esos mierdecillas, por lo menos algunos. Yo me encargué de él un minuto después, y luego... —se puso la mano en el desastre rojo del centro de su cuerpo—, luego su amigo se encargó de mí.

Thornleigh asintió, la cabeza le palpitaba. El soldado lo miró.

—¿Le estalló un mosquete en la cara, señor? —Thornleigh se llevó la mano al lado derecho de la cara. Sintió carne más que piel. El roce pareció despertar la herida; le ardió por toda la mejilla en una oleada que explotó en un espasmo de dolor bajo el ojo y le revolvió la visión hasta que creyó poder ver el patrón de ese dolor. Recuperó el equilibrio y se obligó a domar su sufrimiento.

—Sí. El mío me lo arrancaron de un disparo en la primera oleada. Me tuve que arreglar con el de un rebelde muerto hasta que pudiera recuperar el otro. Supongo que no le gusté como dueño.

El hombre sonrió.

—Un arma rebelde, ¿ve? —Se rió de su propio

chiste y lo repitió con un meneo de la cabeza—. Un arma rebelde. Siento lo de Hawkshaw, capitán. Era un buen tipo. —La sonrisa se sesgó un poco—. Yo también lo era.

Thornleigh le volvió a poner la petaca en las manos y se incorporó. El hombre la miró.

—No la va a recuperar, capitán.

Thornleigh agitó la mano.

—Bebe por Hawkshaw.

—Lo haré, señor. Que tenga buena suerte.

Thornleigh se irguió. La luz se iba suavizando mientras caía la tarde de otro hermoso día de verano. Entró en el edificio en sí. Los gemidos se convirtieron en gritos en las sombras, el olor fétido y herrumbroso. El cirujano se aplicaba a conciencia con la sierra, el suelo bajo él era una bazofia de sangre y vómitos. Tras ellos se atisbaba un tonel ancho; por el borde colgaba una mano ensangrentada, doblada por la muñeca, de una perfección extraña. Thornleigh se preguntó si habría sobrevivido el resto del hombre.

Los dejó atrás, se internó en el ancho espacio abierto del hospital en sí, siguió la ruta que había

tomado con Hawkshaw y Wicksteed y entró en la zona principal. Era de techos altos, como una iglesia. Los aullidos procedentes de donde el cirujano hacía su trabajo quedaban un poco amortiguados por la piedra. Allí los hombres estaban en su mayor parte callados, conformándose, al parecer, con esperar en silencio a que la muerte se los llevara, o a que sus cuerpos se mostraran dispuestos a recuperarse. Encontró a tres de sus hombres y supo de otros dos que habían muerto en la mesa de operaciones. A dos los encontró con las heridas vendadas, pero le dijeron, con tono de duda, que las balas que los habían herido las habían dejado dentro e intactas en lugar de extraérselas. Thornleigh no estaba en condiciones de hablar de costumbres quirúrgicas. La paja esparcida entre los petates estaba resbaladiza a causa de la sangre. Fue a buscar agua otra vez. Se sentó y dejó hablar a los otros, contó la historia de su herida y oyó que la repetían de cama a cama. Comenzó a oscurecer y el dolor empezó a provocarle náuseas. Necesitaba pensar en Hawkshaw y usar todo el licor que tenía para

hacer desaparecer parte del día. Podía sentir que la energía que lo había empujado durante la acción se retiraba y lo dejaba hueco y a merced de los horrores. Ya estaba saliendo por las puertas cuando sintió una presencia junto a él y al volverse vio a Wicksteed a su lado, empapado hasta los codos en sangre.

—¡Capitán Thornleigh! —Wicksteed se acercó un poco más y le miró la herida—. Debería dejar que el cirujano le echara un vistazo a eso, capitán, antes de irse.

—Tiene casos más urgentes.

Se volvió para irse otra vez, pero la rápida mano derecha de Wicksteed lo cogió por la manga y lo detuvo.

—¿El capitán Hawkshaw?

—Muerto.

Wicksteed apartó la mano.

—Una pena. Era amigo mío. Tenía la esperanza de que pensaría en mí, cuando todo esto acabe.

Thornleigh clavó en él el ojo que tenía. Wicksteed miró al suelo un momento y después se acercó un poco más al costado del más grande,

como una chica que necesita un compañero de baile en una fiesta en el campo. Volvió a apoyar la mano en la manga de Thornleigh. Tenía los dedos negros de sangre y entrañas.

—Déjeme lavarle la tierra de esa herida, capitán Thornleigh.

Thornleigh no respondió, se limitó a sacudirse la mano de la manga y siguió caminando. La necesidad de escapar se estaba convirtiendo en una presión tras los ojos. Cinco minutos después de salir del patio, un joven alférez lo llamó desde el otro lado de la calle.

—¡Capitán Thornleigh! Petición del gobernador. En cuanto lo curen, ¿podría ir usted a la cárcel a hablar con un prisionero?

Hugh frunció el ceño.

—¿Qué tontería es esa? Sonsacar información no es mi estilo. ¿Por qué me envían a mí?

El chico pareció confuso, había entendido mal el mensaje.

—Hay un prisionero que dice que lo conoce. De nombre Shapin. Pregunta por usted. El gobernador espera que se le suelte la lengua con usted.

Hugh se acordó de la historia de Hawkshaw, asintió con aire cansado y se volvió de nuevo. El alférez parecía nervioso, pero alzó la voz.

—Perdone, señor, pero tan pronto como pueda, dijeron. No saben cuánto tiempo aguantará.

Hugh siguió caminando, la presión tras los ojos continuaba creciendo.

# Quinta parte

*Martes, 6 de junio de 1780*

—¿Por orden de quién? ¿Por orden de quién, te digo?

Los gritos procedían de un lado de la casa y, tras dirigirse una simple mirada, Harriet y Crowther se apartaron del sendero que llevaba al frente de la mansión Thornleigh y se encaminaron en esa dirección. Sus pies hacían muy poco ruido sobre la grava fina. Doblaron la esquina y vieron a Wicksteed dándoles la espalda, tenía un brazo levantado, una fusta en una mano y con la otra rodeaba con fuerza la muñeca de una criada más o menos de la edad de Rachel. Una de las puertas que daban a las cocinas del sótano estaba abierta; varios miembros del servicio doméstico de Thornleigh se apiñaban alrededor de ella, observando. La criada debía de haberse caído

cuando Wicksteed la había sacado a rastras y la había obligado a subir los escalones. Unos mechones de pelo se le habían escapado de la cofia y estaba llorando. La mano que tenía libre la había levantado para defenderse de la fusta. La chica habló con un chillido agudo cuando él levantó el brazo todavía más.

—¡Me pareció lo mejor! ¡Estaba borracho!  
¡Usted se había ido a la cama, señor Wicksteed!

Wicksteed la levantó hasta dejarla de rodillas.

—¡Te pareció lo mejor! ¿Ahora resulta que piensas? ¿Crees que puedes encerrar a tu señor en sus habitaciones, que eso es lo mejor?

Le retorció la muñeca y la chica volvió a chillar.

—¡Estaba borracho, señor! ¡No tengo la llave de la sala de armas, pero la llave del salón estaba en la cerradura! ¡Tenía el fuego encendido allí dentro! ¡Pensé que podía abrir por la mañana y nadie lo sabría! ¡Y me alegro de haberlo hecho!

Harriet y Crowther pudieron ver la saliva de la boca de Wicksteed cayéndole a la chica en la cara. La voz del administrador fue casi un grito.

—¿Así que te alegras? —Bajó la fusta. La chica

se retorció, pero él la tenía sujeta con firmeza. La golpeó en la mejilla con un golpe seco que resonó en los muros. Harriet se encogió. Cuando Wicksteed volvió a levantar la mano, Crowther salvó los pocos pasos que los separaban y levantó el bastón de modo que contuvo el brazo derecho de Wicksteed en el aire.

—¿Algún problemilla con el servicio, Wicksteed? —dijo alargando las palabras.

Este se giró en redondo, le costaba respirar y tenía la cara de color escarlata.

—Es asunto mío —siseó.

Crowther le dedicó una débil sonrisa y mantuvo el bastón donde estaba.

—Vamos, creo que la chica ya ha aprendido la lección, ¿no le parece?

No apartó los ojos de la cara de Wicksteed, pero este último le echó un vistazo a la chica que tenía a sus pies. El golpe aparecía como una fina línea blanca en el rojo antinatural del rostro. La piel se había roto junto al ojo. Wicksteed escupió en el suelo.

—Déjela ir, por favor. —Crowther habló en voz

muy baja, con lentitud. Wicksteed le soltó la muñeca a la chica y esta empezó a masajearse—. Vete ya, querida —añadió Crowther sin moverse.

La criada pareció despertar, se levantó a toda prisa y se escabulló de regreso a la cocina, donde la metieron por la puerta sus compañeros del servicio como la víctima de un naufragio rescatada por un bote salvavidas. Crowther esperó unos minutos antes de mover el bastón. Lo posó otra vez en el suelo y se apoyó en él. Wicksteed se quedó mirando el espacio que tenía delante, donde había estado la criada, el pecho subiendo y bajando, y luego, sin mirar a Crowther o Harriet, se giró en redondo y se alejó.

Harriet dio los pocos pasos que la separaban de Crowther.

—No necesita ese bastón para nada, ¿verdad, Crowther?

Él observaba la figura de Wicksteed, que se iba alejando.

—Ayer lo necesitaba. Hoy me limito a disfrutar de su compañía.

Le ofreció a la dama el brazo y los dos

regresaron hacia el frente de la casa.

—Quiere ser caballero —comentó Harriet.

—¿Wicksteed? Azotar mujeres con fustas no me parece el mejor modo de conseguirlo.

Harriet sonrió.

—Todavía no había oportunidad de contárselo. Ayer lo visité y eché un vistazo por su escritorio.

—¿Deduzco que no encontró los cuadernos que detallan todos sus delitos?

Su compañera arrugó la nariz.

—No, uno de los cajones del escritorio está cerrado con llave. Pero sí que encontré borradores de una carta bastante pretenciosa dirigida al Colegio Heráldico. Y acabamos de ver que es capaz de ser violento con una mujer.

—Hay momentos en los que todos somos capaces de eso —murmuró Crowther.

Harriet prefirió hacer caso omiso de la pulla y continuó con el hilo de sus pensamientos.

—Estoy segura de que ejerce algún tipo de dominio sobre Hugh.

—¿Cree también que envió la botella a Cartwright por medio de Hugh? —Crowther lanzó

un suspiro un tanto exasperado. Y cuando ella asintió, continuó—: ¿Pero por qué, señora Westerman? No tiene ningún sentido. Si ejerce ese dominio sobre el señor Thornleigh, entonces que desee eliminar la amenaza del regreso de Alexander, o la de sus herederos, tiene cierta lógica. Pero si ese es su deseo, entonces seguro que no querría que a Hugh lo colgaran por sus delitos. ¿Y por qué querría que el hombre tuviera la libertad de pegarse un tiro? No puede haber ninguna otra interpretación de la escena que acabamos de presenciar. Estaba enfadado porque debido a las acciones de esa criadita su benefactor no había podido pegarse un tiro mientras estaba borracho. No me parece que eso sugiera que su fortuna depende de Hugh.

Eso no pareció desanimar a la señora Westerman.

—Quizá su lealtad pertenezca ahora a otra persona, Crowther. Si desaparecen tanto Hugh como Alexander, el control de la riqueza de la familia recae sobre lady Thornleigh. Puede que piense que ella es mejor favorecedora.

El comentario hizo detenerse al anatomista, luego, con un encogimiento de hombros, continuó su camino.

—No hay pruebas —dijo—. Nada. Especulaciones, chismorreos y una botella de veneno es todo lo que tenemos, y todo ello señala con claridad a Hugh.

—¿No es el método científico correcto sugerir una hipótesis y luego buscar las pruebas que lo sostengan?

—No, desde luego que no. El método correcto es observar, reunir toda la información que se pueda y luego elaborar una hipótesis con mucha prudencia y cuidado.

Harriet se encogió de hombros.

—A mí me gusta más mi método.

Crowther no respondió, se limitó a exhalar un elocuente suspiro cuando se acercaron a la entrada de la casa.

No eran los primeros visitantes de la mañana. Mientras esperaban bajo el pesado ornamento del vestíbulo, vieron que el corregidor Bridges hacía una pausa en la escalera para, al parecer,

despedirse con gran cordialidad de lady Thornleigh. El caballero se inclinó sobre la mano delicada, los ojos alzándose hacia el encantador rostro con gran calidez. Ella le sonrió con la cabeza un poco ladeada y tras una última palabra le dio la espalda y desapareció hacia los salones del piso superior. El corregidor empezó a bajar las escaleras y cuando los vio, su paso vaciló un poco. Las arrugas de su frente se profundizaron.

—Crowther. Señora Westerman. Hacen ustedes una visita muy temprana.

Crowther sonrió.

—No tan temprana como la suya, señor.

Bridges se irguió todavía más.

—Tengo asuntos que me reclaman aquí, como estoy seguro de que pueden imaginar. Aunque no comprendo qué es lo que les puede traer aquí a ustedes.

Los dos hombres se miraron sin pestañear durante un rato. Crowther empezó a preguntarse cuánto tiempo duraría el asalto cuando apareció una doncella junto a ellos.

—Lady Thornleigh quiere disculparse, pero no

le es posible recibir visitas hoy. No se encuentra muy bien.

El rostro del corregidor adoptó un aire de gran satisfacción. Crowther se volvió hacia él con una ceja alzada.

—Espero de verdad que su visita no le haya provocado un ataque de bilis, señor.

El otro enrojeció y estaba a punto de responder cuando Hugh, pálido y sin afeitado, entró procedente de uno de los pasillos inferiores.

—¡Señora Westerman! ¡Crowther! Pasen. Les veré yo, aunque mi querida madrastra no lo haga.

El corregidor no lo miró, solo se limitó a darse la vuelta. Mientras seguían a Hugh por el arco que conducía a la antigua sala de recepción, Crowther observó la cara de Harriet.

—El corregidor fue en otro tiempo un gran amigo nuestro, Crowther —le susurró ella.

—Es, ante todo y sobre todo, un político.

—Y parece haberse unido al partido de lady Thornleigh. Yo creía que se odiaban.

—Debe de creer que tiene pruebas para colgar a Hugh y tiene la esperanza de hacer amistad con el

nuevo poder de la casa.

Hugh volvió la cabeza por encima del hombro para mirarlos.

—¿Sobre qué están susurrando ustedes?

Estaban entrando en el salón de la casa, situado en la parte más antigua, que se había construido unos doscientos años antes que el resto. La propiedad moderna se había conjurado a su alrededor, una fachada elegante sobre el vetusto corazón del lugar. Todavía mantenía las primitivas losas de piedra en el suelo y el mobiliario era inmenso y oscuro. En las paredes colgaban antiguas armas y retratos tan manchados por el tiempo que apenas se distinguían ya los rígidos perfiles de los primeros condes de Sussex que se cernían, desde las alturas, sobre ellos. En el otro extremo del salón, dos alabardas que sostenían el escudo de la familia bordado sobre seda medio podrida estaban cruzadas sobre el muro. En la enorme chimenea vacía se podría haber asado un buey entero. Seguramente se había asado, imaginó Harriet, cuando los primeros condes bebían con sus perros y sirvientes y metían a rastras por las

losas lotes de caza tras la batida, la cabeza del venado colgando y con la mirada vidriosa, resbalando y rebotando por la piedra mientras los perros saltaban y le ladraban.

Hugh se acercó a la amplia mesa de roble que había en el centro de la sala. Harriet fue hacia él, su vestido susurraba en el suelo de piedra cuando se movía.

—No sabíamos que el corregidor y lady Thornleigh estaban en tan buenos términos.

Hugh estiró el brazo con movimientos un tanto inciertos hacia la botella de vino que había sobre la magnífica mesa.

—Están negociando con mi sangre. —Los dedos rodearon el fino cuello verde, levantó la botella y comenzó a servir el burdeos en una de las grandes copas. El vino salpicó un poco por encima del borde.

—Bridges está endeudado con nosotros. A mí nunca me preocupó; según me han dicho paga el interés de modo regular. Un préstamo político que hizo mi padre, creo. Me atrevería a decir que mi hermosa mamá le ha estado prometiendo que la

deuda no le causará ningún problema si me cuelgan y el control pasa a ella, pero si mira con demasiada atención en alguna otra dirección, entonces se encontrará con que la señora Thornleigh no será una acreedora demasiado cordial cuando yo me vaya. O si me mato. Lo hará sufrir... diga lo que le diga ahora.

La tranquilidad de su tono horrorizó a Harriet.

—¡Hugh, por favor! ¿Qué está pasando en esta casa?

Thornleigh dejó la copa de vino en la mesa, pero mantuvo la cabeza girada. Harriet se acercó a él a toda prisa, deshaciéndose por el camino de la mano que con gesto de advertencia le había posado Crowther en la manga.

—¿Asesinó usted a ese hombre, Carter Brook, mató a la enfermera Bray, envenenó a Joshua? No me lo creo. ¿No quiere salvarse? Señor Thornleigh, su hermano...

Hugh giró en redondo y la cogió por la muñeca. La copa de vino se cayó de la mesa y se estrelló contra las antiguas losas de piedra. El cristal hecho pedazos pareció repicar en el aire.

—¿Qué sabe usted de Alexander, Harriet? —La atrajo hacia él. El ojo vivo que le quedaba bailó sobre la cara de la mujer—. ¿Está vivo? ¿Lo ha encontrado?

Harriet se lo quedó mirando, atrapada entre el miedo y la compasión. Las cicatrices rosadas y amarillas de la mejilla de Hugh y el ojo muerto parecían una burla de la esperanza. Sintió que Crowther se acercaba más a ellos. Vio las lágrimas que se formaban en los ojos del hijo del conde. Así que el ojo dañado todavía podía afligirse, aunque no viera nada. Se deshizo con suavidad de la mano que le aprisionaba la muñeca y se apartó un poco. Podía sentir las magulladuras que comenzaban a brotar bajo los puños del vestido, como ramitas de dedalera que se abrían oscuras bajo su piel. Sacudió la cabeza y habló en voz muy baja, vacilante.

—Creemos que está muerto. Lo asesinaron hace unos días en Londres. Se informó de ello en el *Advertiser*. Alexander Adams... creemos que ese es el nombre que estaba utilizando en la ciudad.

Hugh les dio la espalda con una gran carcajada.

—¡Se acabó! ¡Se acabó! ¡Muerto y enterrado! — Harriet se apartó todavía más—. Entonces ya no hay más que hacer. Me han atado y amordazado. ¡Se acabó todo! Y pensar lo que habría dado por oír ese nombre hace una semana, lo que estaba dispuesto a darle a Brook... y ahora me lo dan ustedes durante una visita matinal, y no es nada. ¡Inútil! Mil veces peor que inútil.

Apoyó la cabeza sobre el buche frío de la magnífica chimenea y golpeó con la palma abierta la antigua piedra. Harriet esperó hasta que el eco se hubo inmerso en los muros impasibles. Cuando Hugh dejó caer el brazo otra vez, ella vio que el sitio en el que había estrellado la mano estaba salpicado de rojo.

—¿Quién, señor Thornleigh? ¿Quién ha hecho esto? ¿Está usted en poder de Wicksteed? Debemos sacarle el cuello de esa soga, y demostrarle al tribunal quién es el verdadero culpable. —Cuando el otro no se movió, ella le suplicó—: ¿Querría dejar este lugar en manos de una sarta de asesinos? ¿Se le recordará para siempre como un cobarde, un envenenador, un

asesino de débiles? ¡Usted es soldado!

Hugh se rió en su cara.

—Ah, mi querida e idiota señora Westerman. ¡Usted y los que son como usted son como niños! Crowther procede de una vieja familia. Él lo sabe tan bien como yo... ¡este lugar siempre ha estado en manos de una sarta de asesinos! Es una tradición muy noble. Nos tomamos nuestras responsabilidades muy en serio. ¿Y qué me importa a mí lo que se diga cuando ya esté muerto? ¿Cree que me inquietará en el otro mundo? Estaré encantado de cambiar este infierno por otro. Yo no maté a Brook, ni envenené a Cartwright, pero quizá me merezco la soga igual. Wicksteed le ha dado a Bridges mi navaja ensangrentada, y no pienso explicarme más. ¡Que ocurra! ¡Que me cuelguen! Me abstendré de meterme una bala en los sesos para, en cambio, proporcionarles a todos un magnífico espectáculo. ¡Que me vean asfixiarme! Ese será mi regalo. A la multitud le encanta ver a un noble colgado de una soga, ¿no es cierto, Crowther?

Crowther estaba contemplando la chimenea. A

Harriet le pareció ver que asentía con un pequeño gesto brusco. Se volvió a adelantar.

—¿Hugh! ¿Es Wicksteed? ¿Qué influencia puede tener sobre usted que se niega a liberarse incluso ahora?

El antiguo soldado la miró. Tenía el rostro húmedo y rojo de lágrimas; hacía que las cicatrices que le cruzaban la mejilla resplandecieran como carne fresca. Aquel hombre temblaba; Harriet le sostuvo la mirada, intentaba obligarle a que abriera los labios. Él la miró con intensidad, después suspiró y se giró. Sus pasiones parecieron caérsele de los hombros y dejarlo empequeñecido, débil.

—Soy culpable. No se gane un enemigo en Wicksteed, señora Westerman. Por el bien de su familia.

Hugh dejó que su bota dibujara un círculo en el espacio del fuego, como si revolviere unas cenizas imaginarias. Harriet le puso la mano en el brazo y le dio la vuelta para que la mirara.

—Un hombre asesina a sus amigos, hace que maten a su hermano, ¿y usted va a la horca por él?

Eso es ridículo, Thornleigh. ¿Qué posible...?

El otro apretó los puños.

—¡Ya basta! Tengo mis razones. Y es culpa mía, señora Westerman. —Abrió otra vez los puños y la cólera se convirtió en súplica en un instante—. Soy culpable. Y ahora lárguense de esta casa y no vuelvan. Alexander me dio ese consejo una vez. Yo intenté seguir el consejo y a él, pero hay cosas que nos vuelven a arrastrar. Ustedes todavía pueden escapar. Váyanse. Por favor. Váyanse.

Salieron del salón, pero no de la casa. Crowther pensó al principio que la señora Westerman se sentiría inclinada a retirarse. Podía sentir los remolinos de miedo y confusión girando a su alrededor. Pero la dama no lo llevó a la esplendorosa entrada de Thornleigh, sino más bien a las entrañas de la casa.

—¿Está usted segura? —murmuró él en cuanto fue consciente de la dirección que estaban tomando.

—Muy segura. —Se detuvo y alzó la cabeza para mirarlo. Él notó el blanco saludable de sus ojos. Se preguntó cuánto le faltaba a aquella mujer para que se le enrojecieran con las cicatrices de todo lo visto y se parecieran a los suyos—. ¿Deberíamos haberle dicho lo de los niños?

Crowther suspiró.

—No sé decirle. Sencillamente, no sé decirle.

Ella pareció conformarse con la respuesta y llamó a la puerta de la salita del ama de llaves. Les abrió una mujer no muy alta, de mediana edad. Tenía los ojos rojos, y el delantal que le cubría el vestido estaba atado con descuido. Harriet le sonrió y vio un destello de alivio en la mirada de la mujer.

—¡Señora Dougherty! Aquí mi compañero es el señor Crowther. Es médico. —Pudo sentir que Crowther se tensaba a su lado cuando pronunció la palabra, pero no protestó—. Nos gustaría ver a lord Thornleigh. —Y esbozó una especie de sonrisa práctica.

La mujercita que tenían delante los miró, confusa. Se frotó las manos con la tela del delantal

y se volvió a meter un mechón rebelde bajo la toca.

—No es un espectáculo para curiosos, señora Westerman. No estoy segura de que mi señora... —Hubo un movimiento tras ellos. La criada que habían rescatado de la paliza en el patio metió la cabeza por la puerta. Volvía a estar bien peinada, la herida provocada por la fusta de Wicksteed todavía en carne viva, pero limpia.

—Yo los llevaré, señora Dougherty. —Hizo una pequeña pausa—. El señor Wicksteed y lady Thornleigh están dando un paseo por el jardín de lavanda.

La señora Dougherty se retorció las manos y encogió los delgados hombros.

—Muy bien. Muy bien. —Luego ladeó la cabeza y preguntó con un tono casual muy poco convincente—: ¿Supongo que la señora Heathcote todavía no ha tenido oportunidad de probar mi receta de estofado de liebre?

Harriet la recompensó con una sonrisa radiante.

—Vamos a disfrutarla esta noche, la señora Heathcote estaba pletórica por que accediera usted

a compartir su secreto.

La barbilla de la mujercita se alzó en gesto triunfante.

—Vaya. Son muchas las personas que confesarían que soy buena en lo que hago.

Eso pareció dar forma a su despedida y los visitantes permitieron que la doncella se los llevara.

—Me llamo Patience, señora —dijo la chica en cuanto echaron a andar.

—Me alegro de conocerte —le dijo Harriet.

La criada los condujo a las escaleras de atrás y tras levantarse las largas faldas comenzó el ascenso a las habitaciones superiores, donde lord Thornleigh llevaba tanto tiempo confinado.

Daniel Clode estaba nervioso. Había viajado a buen ritmo toda la noche, pero su progreso por la ciudad quedó muy demorado por el volumen de tráfico que abandonaba el centro. La posibilidad de llegar demasiado tarde como para evitarles algún daño a los niños lo empujaba a continuar. El camino estaba atestado de diligencias y carretas llenas de hombres de aspecto nervioso y mujeres que sollozaban, sus posesiones envueltas en fardos a su alrededor y niños llorando y quejándose en sus regazos. Algún jinete ocasional, la cabeza gacha, su animal jadeando y sudando, salía a toda prisa de la ciudad. ¿Qué horrores, qué noticias debían llegar a sus señores a tal velocidad? Era como si el populacho estuviera huyendo de la peste.

Se detuvo el tiempo suficiente en la última casa de postas de aspecto respetable, fuera de Southwark, para enterarse de los disturbios y cambiar de caballo mientras se atiborraba de

panecillos duros y cerveza floja. Jamás lograría acostumbrarse al sabor de la tiza en el pan de Londres, ni al hedor del agua de la palangana donde se lavó las manos. Cómo conseguía sobrevivir la gente en una ciudad donde la vida era tan traicionera, nunca lo sabría. El tabernero estaba demasiado ocupado con el local repleto y las peticiones de sus clientes para decir mucho, pero la sirvienta estuvo encantada de hablar mientras él comía, metida detrás de un recodo de la pared para ocultar su holgazanería de los ojos de su patrón. Clode era el tipo de hombre al que las sirvientas sonreían y con el que les gustaba pasar el tiempo. Y no era que él hubiera sido jamás muy consciente de ello. La mayor parte de las veces, como en ese momento, su mente estaba más preocupada por otros asuntos.

—La mitad de la ciudad está ardiendo, según dicen. —La chica se retorció un fino mechón de cabello entre las puntas de los dedos y examinó los extremos negros como si pudiera leer en ellos su fortuna—. Y la otra mitad es tan fácil que arda como que no.

Clode asintió, se limpió la boca y estiró el brazo hacia el otro panecillo de la mesa, su hambre era más fiera que su desagrado.

—Dicen que hasta los judíos han colocado carteles azules y escrito «aquí todos somos buenos protestantes» en las fachadas de las tiendas. — Lanzó una risita disimulada—. No sabía que supieran siquiera escribir en inglés. Solo saben hacer cuentas, ¿no?

Cuando Clode habló, lanzó una rociada de migas enyesadas sobre la mesa.

—Mucha gente sabe escribir.

La chica apoyó todo el peso en una cadera y alzó una ceja.

—Pues a mí nunca me ha hecho ninguna falta aquí.

El movimiento la puso en el campo visual de su jefe.

—¡Sephy! ¡Hay otros hombres a los que servir aquí!

La criada miró en su dirección, su rostro una mueca arrugada de aburrimiento y asco.

—¡Voy! —Luego bajó todavía más la voz—. Me

convertiré en bruja y maldeciré a ese viejo cabrito. Ya sé yo qué servicio es el que quiere.

Se giró y se fue con un meneo al tiempo que miraba por encima del hombro y ofrecía a su cliente una enorme sonrisa.

Clode se levantó. Ya había salido por la puerta antes de que sus monedas hubieran dejado de resonar sobre la mesa.

Habían rebasado el nivel de los salones principales y continuaban subiendo hacia las zonas menos utilizadas de la casa cuando volvieron a hablar.

—¿Cómo está la herida?

La criada se detuvo y se giró en la escalera.

—Escuece, señora, pero curará. Aunque yo no me quedo aquí. Esta mansión tiene el mal en sus cimientos. Yo noto esas cosas.

Se volvió para seguir subiendo.

—A veces me he preguntado si este lugar no tendría el diablo dentro —dijo Harriet.

Crowther había visto demasiados males provocados por hombres vivitos y coleando de los que se echaba la culpa a espíritus malignos, incluso al propio Dios. Él lo veía como una excusa, una abnegación de la responsabilidad. Una debilidad. Habló con aspereza.

—En lo que a mí respecta, señora Westerman, yo considero esas cosas del mismo modo que esos cuentos populares que dicen que hay que dormir con una vejiga de cerdo bajo la cama para que nazca un niño varón, o dejar pan fuera para las hadas. Creo en lo que puedo tocar y ver. Si no lo entiendo, pienso que es por un fallo de mi inteligencia, no prueba de una naturaleza sobrenatural. Yo respondo a las preguntas de la ciencia, el resto se lo dejo a sacerdotes y místicos.

Se dio cuenta de que estaba hablando con tono impaciente y lo lamentó. Las mujeres, sin embargo, parecían demasiado sumidas en sus propios pensamientos para captar su tono, o para sentirse ofendidas por él.

—Aquí hay algún mal —murmuró la doncella—. Se palpa en la casa. Se nota. —Y después—. Ya

casi estamos.

Subieron otro tramo de escaleras hasta las habitaciones superiores de la casa, y Crowther se encontró con que tenía que forzar los ojos en la penumbra. Los espacios abiertos de los pisos inferiores allí se estrechaban y encogían, y tuvo que combatir el instinto a encorvarse cuando llegaron a las tablas desnudas del último rellano.

—A lord Thornleigh se le cuida en los antiguos aposentos de los niños.

Crowther sintió que se le erizaba la piel mientras atravesaban las sombras.

—¿Hay algo que puedas decirnos sobre el estado actual de lord Thornleigh? —preguntó. Patience se volvió hacia él y parpadeó poco a poco.

—No puede hablar. Casi no se mueve. Duerme la mayor parte del tiempo, pero a veces tiene los ojos abiertos. Lo alimentan con comida que no hay que masticar y le llevan la taza a los labios para que pueda beber. —La doncella hizo una pausa—. Creo que echa de menos a la enfermera. Parece mucho menos tranquilo desde que murió. A

ninguno nos gusta compartir la estancia mucho tiempo con él.

Harriet detuvo a la chica cogiéndola por el brazo justo cuando iba a echar mano de la manilla de una de las puertas de color tabaco que había en el pasillo.

—¿Lady Thornleigh lo visita?

—A veces. A veces se queda con él a solas, otras veces no se molesta en mandarnos marchar. Pero no el señor Hugh. Él no viene nunca.

Giró la manilla.

Tras la penumbra del estrecho pasillo superior, Crowther no estaba preparado para las sencillas paredes blancas de la habitación en la que entró. El espacio recopilaba toda la luz de la mañana que penetraba en ella y la arrojaba a la cara del visitante, de modo que el anatomista tuvo que parpadear en la puerta. Cuando sus ojos se acostumbraron, distinguió la chimenea y una doncella poniéndose de pie con esfuerzo junto a

ella y dejando su labor de costura a su lado; solo después vio el sillón de respaldo alto que tenía la criada enfrente. Era tan inmenso como un trono medieval. Rodeaba el respaldo un grueso cinturón de cuero. Había otro visible en el brazo del sillón. Crowther vio que sujetaba un brazo delgado envuelto en una camisa floja de lino que terminaba en una mano tan blanca que era casi translúcida, los dedos se crispaban de forma convulsiva cada pocos segundos.

Harriet se volvió hacia la chica que había subido con ellos.

—Gracias, Patience.

Crowther oyó el tintineo de una moneda y percibió que la chica empezaba a irse. La criada que se había levantado protestó.

—¡Diles que solo otra hora! No pienso quedarme más.

Patience cerró la puerta sin responder. La criada se volvió hacia ellos con el ceño fruncido. Era una cosita achaparrada de rostro colorado, sus manos parecían demasiado toscas para estar haciendo una labor de costura delicada. Sus ojos pasaron de la

cara de Crowther a la de Harriet y vuelta a otra vez.

—¿Qué le ha pasado a esa en la cara? — preguntó, refiriéndose a Patience.

Harriet la miró con cierta frialdad.

—Un desacuerdo con Wicksteed.

La criada bajita arrugó la cara como un viejo pañuelo.

—Ese mierdecilla.

—Siéntate —le ordenó Crowther.

La chica se sentó con un encogimiento de hombros.

Harriet esperó junto a la puerta mientras Crowther rodeaba el sillón hasta que pudo posar los ojos sobre ese lord Thornleigh, conde de Sussex, barón de Pulborough, miembro de la Orden de la Jarretera, uno de los hombres más ricos de la nobleza. Estaba preparado para lo que vio, pero aun así sintió un escalofrío de conmoción que le crispó la columna.

El hombre del sillón tendría entre sesenta y cinco y setenta años. Le habían afeitado la cabeza no hacía mucho y le estaba creciendo nueva pelusa

dispersa en el cuero cabelludo. El cuerpo era delgado y estaba consumido, una transparencia que envolvía un esqueleto. Se habría derrumbado bajo su propio peso si no lo sujetara al respaldo del sillón la gruesa banda de cuero que le rodeaba el torso bajo los brazos y que lo mantenía sujeto y erguido sobre su trono. Lord Thornleigh estaba vestido con un camisón suelto y tenía una manta sobre las rodillas. Le habían atado las muñecas a los brazos del sillón. La mandíbula se le caía y la cabeza se le desplomaba sin fuerzas a un lado, una baba fina le colgaba de la boca. Tenía los ojos medio cerrados.

Crowther se inclinó.

—Lord Thornleigh, soy Gabriel Crowther. Soy... médico. ¿Me permite examinarlo?

Se sacó el pañuelo del bolsillo y limpió la saliva de la boca del anciano. Cuando lo hizo, los ojos de lord Thornleigh se alzaron de repente y se posaron en su rostro. Estaban muertos y vacíos, pero todavía eran de un azul gélido tan sorprendente que Crowther estuvo a punto de apartarse de un salto. Le recordaban a los suyos

propios. Entonces lord Thornleigh empezó a aullar en voz queda. No era un sonido muy distinto del llanto de un bebé en su falta de forma, pero era un ruido más antiguo y animal. Crowther pensó en un lobo al que había disparado en Alemania en su juventud. No había sido una muerte limpia y aquel gemido roto y desesperado lo había afectado hasta el punto que no había vuelto a cazar jamás. Lo recordó en ese momento, mientras miraba el rostro blanco que tenía delante. Levantó la cabeza y se encontró con los ojos de Harriet. Esta parecía un poco enferma.

Crowther cogió la fina piel de la mano derecha del lord entre los dedos y la pellizcó con fuerza. La mano se sacudió y el enfermo aulló otra vez.

—Discúlpeme, mi señor. Deseaba comprender la capacidad de sensación de sus miembros. —El anatomista observó que la piel que había pellizcado volvía a su ser con la lentitud de la edad, la sangre se retiraba y regresaba bajo su fina y defectuosa protección—. Ahora, si me lo permite, le soltaré los brazos y lo examinaré con más atención.

Se inclinó para desabrochar la correa del codo y cogió el peso ligero como un pájaro del hombre entre las manos. Alzó los ojos y volvió a mirar el rostro del lord. La mirada muerta y vacía de unos momentos antes había desaparecido. Los ojos parecían conscientes y, ante el asombro de Crowther, temerosos. El aullido del lord aumentó en tono y volumen.

—Desde luego, mi señor, le prometo que no le haré daño otra vez y que cualquier incomodidad será ligera.

No sabía si el noble lo había oído o entendido siquiera. Lord Thornleigh seguía mirándolo, confuso y desdichado. Crowther sintió que un escalofrío le crecía en la base del estómago.

La doncella se había puesto en pie otra vez.

—¡Vaya! Está disgustado. Quizá quiere su colgante.

Harriet y Crowther la miraron, sorprendidos. La chica estaba abriendo una caja que había en la repisa de la chimenea, junto a su silla; se volvió hacia ellos con un guardapelo que colgaba de una fina cadena plateada.

—Aquí está, no se apure.

Crowther sintió la convulsión en aquel brazo delgado. La cabeza de lord Thornleigh se agitó con violencia de lado a lado; el aullido fue aumentando de tono y volumen a medida que se acercaba la doncella sujetando la cadena abierta lista para ponérsela por la cabeza.

—¡Por el amor de Dios! —Crowther se la quitó de un manotazo de modo que salió volando por la habitación y resbaló hasta detenerse bajo la ventana—. ¿Es que no ves que no la quiere?

Cuando el objeto golpeó el suelo, lord Thornleigh se estremeció y el aullido se redujo a un lloriqueo. La doncella retrocedió, indignada, con las manos en las caderas.

—¡Pero bueno! ¡Jamás he visto nada parecido! Así que ahora lo entiende usted, ¿eh? Bueno, pues cuídelo usted, entonces. Mi señora dijo que debíamos ponérselo en el cuello de vez en cuando, para darle gusto. Está emocionado, eso es todo. La señora dijo que era un regalo de todas las novias del señor. Lo traje consigo el domingo, antes de la iglesia. A mí me pareció un gesto muy amable

después de que su enfermera fuera y se colgara.

Harriet había cruzado la habitación y había recogido la cadena. Era una baratija, ella había visto buhoneros que vendían esas chucherías por un chelín y el precio le había parecido exorbitante. La abrió y reveló un rizo de cabello rubio, nada más. La cerró de golpe otra vez.

—Sus novias no han sido demasiado generosas.

La doncella se irguió todavía más.

—Supongo que lo asocia con algo, señora.

—Con nada agradable, a juzgar por sus reacciones.

—Tonterías. Solo estaba emocionado.

—¿Se emocionaba así cuando era la enfermera Bray la que estaba a cargo? —Harriet se miró la mano.

La criada entrecerró los ojos.

—La enfermera Bray no era una mujer muy emocionante, en mi opinión.

Crowther estaba subiendo con suavidad la manga del camisón de lord Thornleigh.

—No te hemos preguntado nada sobre la enfermera Bray. Puedes... —Se detuvo de repente.

Harriet se quedó inmóvil y lo miró. El anatomista se giró en redondo—. ¿Qué es esto?

Se movió de modo que Harriet y la criada pudieran ver el antebrazo tembloroso que sostenía. La mano de Harriet voló a la boca de su dueña. En la parte inferior del descarnado brazo derecho de Thornleigh había una serie de cortes profundos. Paralelos, frescos, luchando por curarse, resplandecían contra el azul de la piel.

—¿Cómo iba a saberlo yo?—se defendió con tono brusco la criada—. A veces se rasca. Las manos le vuelan por todos lados cuando no las tiene atadas.

—Tonterías. Esto es deliberado. Esto se hizo con un cuchillo, y no por mano de lord Thornleigh.

—Nada que ver conmigo. Yo lo único que hago es sentarme aquí y coser.

—Largo.

A la chica no le hizo falta más excusa, salió pegando un portazo. Harriet entró en el campo de visión de Thornleigh, que se estremeció y luego, de forma igual de repentina, se relajó. Harriet le ofreció una pequeña reverencia y examinó las

heridas.

—Hay siete.

—Siete heridas. Sí. —Crowther se inclinó sobre el hombre que tenía delante—. Mi señor, ¿me entiende? ¿Quiere parpadear una vez si me entiende? —Los ojos azules como el hielo revolotearon por toda la habitación—. Por favor, mi señor. Solo intente escucharme. Parpadee una vez si me entiende. —De nuevo los ojos se perdieron por el espacio que lo rodeaba, apenas una mirada a Crowther. Harriet oyó pasos fuera.

—Crowther...

—Por favor, señor. Solo inténtelo. —Por un momento los ojos se clavaron en los de Crowther. Los párpados cayeron y se alzaron otra vez. La puerta se abrió de golpe. Lady Thornleigh se encontraba en el umbral. Era como si un fénix hubiera arrancado la fachada de un palomar.

—Señora Westerman. ¿Qué pretende usted?

Harriet se adelantó con un movimiento fluido.

—¡Lady Thornleigh! Espero de verdad que se encuentre usted mejor...

Lady Thornleigh sostenía una mano por delante

como si quisiera apartar a Harriet.

—¡No se haga la gran dama conmigo! Viene aquí para torturar a mi esposo, ¿no es así? —Se volvió hacia Crowther con calor—. ¿Lo mide para convertirlo en un espécimen, quizá? —Lord Thornleigh comenzó de nuevo su profundo gemido de angustia. Lady Thornleigh no lo miró cuando dijo—: No te preocupes, mi amor. Te enterraré en un ataúd forrado de plomo en cuanto te llegue la hora.

—¿Es usted la que ha estado torturándolo, lady Thornleigh? —preguntó Crowther con tono pausado. La cólera hacía a aquella mujer incluso más hermosa de lo que la había visto antes.

—¡Largo! ¡Salgan de aquí de inmediato! Estoy deseando ver lo que dirá de ustedes el condado cuando se sepa la historia de esta pequeña aventura. Espero que a su marido ya no le interese hacer carrera en el parlamento. —Harriet se limitó a doblar las muñecas en el regazo y sonreír—. ¡Largo, he dicho! ¡Ahora! —Lady Thornleigh cruzó el espacio que la separaba del sillón y apartó a Crowther con brusquedad, después se afanó con la

hebilla que sujetaba el brazo del noble—. Si no se han ido para cuando yo haya terminado con esta correa —continuó con un gruñido—, haré que mis lacayos los echen a la fuerza al camino.

Harriet y Crowther se inclinaron y se volvieron para irse, dejando a lady Thornleigh con las correas, la voz de su marido alzándose y cayendo con toda la solitaria desesperación de la última alma del infierno.

Harriet y Crowther subieron a los bosques donde había muerto Brook. Llegaron al banco y Harriet se sentó y se cubrió la cara. Crowther se dejó caer a su lado y esperó. Los cuervos graznaban sobre ellos, la brisa hacía girar algunas de las hojas de los árboles. Los hombros de Harriet dejaron de estremecerse y tras unos minutos sacó su pañuelo y se sonó con estrépito.

—Gracias —dijo.

—No hay de qué, señora Westerman. ¿Se encuentra mejor?

—No. —Harriet clavó los ojos en el frente, como si intentara ver su casa y su hogar en su mente para expulsar la otra—. Cuántos horrores, Crowther. La cabeza me da vueltas. ¿Cómo puede un hombre estar en esas condiciones y seguir vivo?

Crowther hizo rodar el bastón entre las manos. La punta se enterró entre los detritos del suelo con un crujir de hojas.

—Lo han cuidado bien, al menos hasta hace

poco. Alexander envió una buena enfermera. Dudo que muchos médicos pudieran haberlo mantenido con vida tanto tiempo.

—¿Pero su mente...? ¿De verdad creía que sería posible comunicarse con él?

—El cuerpo no siempre refleja u obedece la mente que mora en su interior. Creo que es consciente de sí mismo y de su estado. Por momentos, en cualquier caso.

Harriet se estremeció, se inclinó hacia delante y apoyó la barbilla en la mano.

—¿Qué le parece a usted que significa el guardapelo? —preguntó—. De parte de todas sus novias...

—Ya le conté las sospechas del corregidor respecto a la muerte de aquella niña.

—Es cierto. Sí que parecía la chuchería que una chica de esa edad podría llevar. Una chica relativamente pobre además. No imagino a muchas de las mujeres con las que lord Thornleigh solía relacionarse llevando otra cosa que no sea oro.

—¿Quién era el magistrado en aquel momento?  
Harriet se volvió hacia él.

—No tengo ni idea. Tuvo que haber sido hace más de treinta años.

Crowther levantó el bastón del pocito que había abierto con la punta y comenzó una nueva excavación.

—Más bien cuarenta, creo yo. Pero si su familia fue concienzuda a la hora de guardar sus documentos...

—¿Es probable que una historia tan antigua pueda influir en lo que está ocurriendo hoy?

Crowther alzó las cejas.

—Podría tener la amabilidad de no referirse a algo como «historia antigua», señora Westerman, cuando tuvo lugar después de que yo naciera. —La dama lanzó un rápido bufido que se convirtió en una pequeña carcajada insegura. Satisfecho, Crowther continuó—. He estado pensando en lo que dijo Hugh sobre la culpa de su familia, y en ese guardapelo y las heridas. Me pregunto si al conde le están pidiendo cuentas por algo de su pasado, y si no podemos avanzar, remontémonos atrás. Quizá esa muerte es como el nudo corredizo de una cuerda. Si lo deshacemos, el resto podría

desenredarse por sí solo.

La casa de sir Stephen Young mostraba señales de desatención. El anterior magistrado había muerto a una edad avanzada por causas naturales unos veinte años antes. Su hijo y heredero, según les contaron, era un poco excéntrico.

La criada que los hizo pasar no parecía acostumbrada a tener visitantes y reaccionó ante ellos como podría hacerlo un obispo al encontrarse con un león parlante: con curiosidad, pero, en el mejor de los casos, con inseguridad. Los acompañó a toda prisa a un salón que estaba lleno de polvo y sin airear, el mobiliario voluminoso y picado, la pintura de los paneles ampollada y desvaída donde le daba el sol, y manchada de hollín y grasa donde no le daba. No habían esperado mucho tiempo cuando la puerta se abrió otra vez con grandes apuros y bullicio y un hombre más o menos de la edad de Crowther entró tropezando en la sala. Era un hombre bajo hasta un

punto notable, y parecía más bajo todavía al llevar la cabeza agachada y los hombros subidos. Su peluca, más bien amarillenta, estaba un poco torcida y la levita lucía manchas extrañas alrededor de los puños. Su energía era inconfundible, sin embargo, y el placer que le inspiraba contar con invitados parecía casi abrumarlo. Era un poco, pensaba Harriet para sí, como ser recibida por un topo lleno de entusiasmo. El hombre tuvo que levantar los ojos para mirarlos y los entrecerró tras unas gafas bastante sucias; después arrugó la nariz con alegría, casi como si intentara identificarlos por el olor más que por la vista.

—¡Qué felicidad!, ¡qué felicidad! ¡Qué magníficas visitas! Espero que disculpen el estado de mi casa. ¡No tengo tiempo para ella! ¡No tengo ojos para ella! ¡Es una mera concha! Mi trabajo es el corazón de la casa y no necesito salones para eso. —Asentía a toda prisa mientras hablaba.

—Es usted muy amable al recibirnos, señor.

Harriet le tendió la mano. Su anfitrión se inclinó sobre ella con un sorbidito de la nariz.

—¡Es todo un honor! Cuando me enteré de que el magnífico señor Crowther en persona estaba en mi casa... ¡qué gran júbilo! Es un placer conocer a otro filósofo natural, a un explorador de la belleza universal de la creación de Dios. —Se volvió hacia Crowther—. ¿Usted conoce mi nombre por mis publicaciones sobre los escarabajos de esta zona, creo, señor? ¿Me ha buscado para aumentar un poco su formación sobre el tema?

Los violentos asentimientos continuaban y Harriet comprendió por qué la peluca de aquel hombre iba a estar siempre torcida. No podía evitar que le cayera bien aquel hombrecito, y solo esperaba que Crowther se mostrara amable. No podría soportar ver cómo aplastaba a su encantador topo con el pie como si fuera uno de sus sujetos de estudio. No debería haberse preocupado, sin embargo. Crowther parecía sentirse generoso.

—Tengo un doble propósito al venir aquí con mi amiga. Para mí sería un honor saber más sobre su trabajo —sir Stephen arrugó la nariz otra vez de puro placer—, pero me pregunto si usted podría

ayudarnos a nosotros con un asunto de historia antigua.

Harriet se llevó la mano a los labios para ocultar una sonrisa y sir Stephen parpadeó a toda prisa, apretó y relajó las manos y ladeó la cabeza. La peluca no consiguió seguir el ritmo del movimiento, sino que pareció tropezar tras él como un pretendiente borracho tras una vivaz bailarina.

Crowther se aclaró la garganta.

—Creo que hace unos cuarenta años su padre era el magistrado de esta zona, y me preguntaba si usted habría guardado alguno de sus papeles referidos a esa época. Hay un asunto sobre el que nos gustaría saber más.

—¡Oh, sí! —Más asentimientos—. Mi padre siempre tomaba notas con sumo cuidado. Están todas en su biblioteca. Yo tengo intención de enviarlas a algún sitio algún día. Pero cualquier cosa no relacionada con mi trabajo... Nunca encuentro tiempo para ocuparme de ella.

Crowther asintió.

—Lo entiendo, por supuesto.

Sir Stephen resplandeció bañado en la gloria de aquel compañerismo. Crowther pareció pensarlo un momento antes de hacer una sugerencia.

—Quizá, si usted lo permite, la señora Westerman podría echar un vistazo a los papeles mientras nosotros hablamos un poco más sobre su trabajo.

El ritmo de asentimientos aumentó hasta tal punto que Harriet temió que la peluca saliera volando del todo.

—Por supuesto, por supuesto. Haré que Hester le traiga una taza de algo, querida. —Alzó la cabeza para dedicarle una inmensa sonrisa, las manchas de sus gafas reflejaron la luz y después le dijo a Crowther en tono confidencial—: El bello sexo, me temo, no siempre comprende la fascinación de las ciencias naturales.

Harriet murmuró algo apropiado y bajó los ojos.

Dos horas más tarde, Crowther abrió la puerta del despacho del anterior sir Stephen y encontró a

Harriet, el sombrero y los guantes posados a un lado, tosiendo entre la nube de polvo que había levantado al colocar un volumen en la mesa con demasiado entusiasmo.

—¿Buena caza, señora Westerman? —inquirió el anatomista tras una pausa cortés.

—Muy buena, señor Crowther —respondió ella medio asfixiada por la tos.

Crowther se acercó al escritorio y abarcó con la mirada los montones de papeles en equilibrio sobre las varias sillas que lo rodeaban y miró a Harriet con gesto interrogante.

—Sí, esos puede moverlos. Tengo aquí lo que necesito.

Crowther levantó un montón y lo dejó en el suelo, después examinó el asiento. Frunció el ceño, se sacó un pañuelo del bolsillo e intentó dispersar parte de la suciedad antes de sentarse.

—No creo que sea capaz de evitar mucho el polvo por aquí, Crowther. ¿Qué tal los escarabajos?

—Numerosos. Me maravilla la arrogancia de la humanidad, se asume que estamos hechos a imagen

de Dios. A juzgar por la variedad y adaptaciones de los especímenes de sir Stephen, no me sorprendería descubrir que nuestro creador es, de hecho, un insecto muy grande. —Sonrió con ganas—. Quizá todos deberíamos aprender a pisar con algo más de cuidado.

Harriet sonrió, aunque en ningún momento levantó la vista de su lectura.

—Me cobraré mi venganza, sin embargo —continuó Crowther—. Sir Stephen ha de visitarme dentro de una semana para disfrutar de una visita guiada de mis preparados.

Harriet alzó la cabeza entonces.

—No le envidio a su servicio la tarea de mantener limpios esos horrores —comentó—. ¿Y sir Stephen es un digno visitante de los descubrimientos del gran señor Crowther?

El anatomista colocó las manos en el puño de su bastón y apoyó la barbilla en ellas. Si fue consciente del tono satírico, se negó a darse por aludido.

—No carece de inteligencia, si bien quizá es demasiado aficionado a ver a Dios en todo, en

particular en los escarabajos, aunque no creo que vaya a suscribir jamás mi nueva teología. Y a mis criados no se les permite acercarse a mis preparados, que son, a su manera, muy hermosos.

—Tendremos que discrepar. Yo prefiero el cuerpo humano entero y no inyectado de resinas... ¡Maldita sea, he perdido por donde iba con toda su cháchara! ¡No, aquí! Ha llegado usted en el mejor momento.

Crowther se levantó y rodeó con cuidado los montones de papeles hasta que pudo asomarse por encima del hombro de su amiga, que sujetaba un grueso volumen manuscrito en la mano y señalaba un pasaje del mismo.

—Sir Stephen tenía razón —dijo—. Su padre también registraba de forma magistral sus observaciones, al parecer, aunque le interesaban más los hombres que los insectos, y sospecho que era mucho menos feliz por ello, por lo que he leído. Sus notas son abundantes. Los volúmenes correspondientes a los años treinta estaban detrás de los de los veinte en lugar de al lado, y ahora sé mucho más sobre los asuntos de mi vecino más

anciano de lo que debería, pero basta de eso. He encontrado el diario que escribió sir Stephen el año de la muerte de Sarah Randle. Fue en el treinta y nueve. Escribió sobre la muerte y la búsqueda, y yo lo he leído. —Alzó los ojos y miró a Crowther—. No fue el corregidor el que la encontró. Fue aquí nuestro amigo.

Crowther alzó una ceja.

—El actual sir Stephen no podía ser mucho más que un niño en aquella época —comentó.

Harriet asintió.

—Solo doce años, pobrecito. La misma edad que Sarah. Su padre emplea mucha tinta lamentando que así fuera y temiendo que la conmoción lo afectara de forma grave. Bridges estaba en la partida que lo siguió, eso sí que es cierto. ¿Por qué cree usted que le mintió?

—Deseaba ser el centro de la historia, imagino. Me halaga que intentara impresionarme. ¿Hay alguna descripción del cuerpo?

—Sí, pero no es esa la parte que deseo mostrarle.

—Hágame ese favor, señora Westerman.

Harriet suspiró y hojeó las páginas amarillentas hasta que encontró lo que buscaba más atrás.

—Aquí. «Su cuerpo estaba más bien frío y el vestido húmedo por el rocío... Una cuchillada...».

—¿Una? El corregidor habló de muchas, de un ataque frenético.

—Más dramatización por su parte, quizá. Una herida que atravesaba el pecho entre la cuarta y quinta costillas de la izquierda.

—El corazón. Habría muerto de inmediato si la hoja era larga y afilada.

Harriet dejó deslizar el dedo por la página.

—Aquí... «vientre hinchado de una encinta...», en eso al menos el corregidor fue preciso. Un arañazo blanco en el cuello, pero no había sangrado. —Harriet levantó la cabeza y lo miró otra vez—. ¿Qué importancia puede tener eso?

—Podría no tenerla. Pero sugiere que la herida tuvo lugar tras la muerte.

—¿Algo que le quitaron del cuello?

—Algo como un guardapelo en una cadena, desde luego. ¿De qué color tenía el pelo?

—Era morena. El magistrado menciona el

cabello oscuro contra el verde de las hierbas altas. El que yo vi en el guardapelo era rubio.

—¿Y sabemos el color natural del pelo de lord Thornleigh?

—Lo lleva empolvado en todos los retratos que yo conozco, pero el color natural de Hugh es claro, como era el de Alexander. Quizá la chica llevaba un mechón de su amante.

—El pelo de un hombre rico en un guardapelo que había comprado ella misma... —caviló Crowther—. Quizá por eso el buhonero se vio atrapado en el clamor que se levantó. Algún buen burgués la vio comprándoselo, quizá. Pobre niña. Bien, señora Westerman, ¿qué estaba tan impaciente por mostrarme?

Su compañera sonrió y volvió las páginas hasta que encontró de nuevo el lugar que había dejado.

—Aquí. Poco después del funeral, lord Thornleigh vino a ver a sir Stephen. Dijo que había oído su nombre mencionado en conexión con el asesinato y deseaba que sir Stephen dejara claro que no había verdad alguna en ese rumor.

—¿Y sir Stephen? —inquirió Crowther.

—Dijo que lord Thornleigh podía hacer uso de las leyes contra la difamación si así lo deseaba. Añade lo siguiente: «El muchacho alocado se está convirtiendo en un joven desagradable. Compadezco a sus arrendatarios, nos compadezco a todos sobre los que tiene poder». Y luego está esto. «Advertiré a Bridges que no sea tan indiscreto con sus fantasías. No me agrada Thornleigh más que a cualquiera de sus vecinos, pero uno no puede hablar mal de alguien sin pruebas y evitar condenarse uno mismo, y Bridges se encontrará, como nos encontraremos todos, con que la influencia de Thornleigh es profunda y peligrosa».

—Cada vez me gusta más sir Stephen, tanto como su hijo. Tenga la amabilidad de pasarme el diario, señora Westerman. Mis ojos no desempeñan su función demasiado bien con esta oscuridad.

Harriet le entregó el libro sujetando la página abierta con bastante torpeza. Se oyó un crujido cuando Crowther cogió el libro y una hoja plegada cayó de entre las páginas. Harriet se abalanzó

sobre ella como un spaniel sobre un hueso, pero en un momento su rostro adoptó una expresión decepcionada.

—Una carta, pero solo es una pregunta y con fecha de años después. Un accidente.

—Creo que sir Stephen tuvo que sacar su instinto para catalogar de alguna parte. ¿Está segura de que no es relevante?

Harriet volvió a desplegar el papel y empezó a leer. Abrió mucho los ojos y giró la página en busca de una firma; suspiró al no encontrar ninguna.

—Tiene razón, Crowther. Lo que resulta una costumbre suya bastante molesta. —Él había regresado a su silla con el diario del viejo magistrado, pero se inclinó con suavidad ante ella antes de sentarse. Su compañera estiró la hoja de papel con cuidado.

—Se la leeré: «Veinte de marzo de 1748. Estimado señor, le escribo con una pregunta, aunque me temo que debo pedirle que su respuesta se entregue de forma indirecta, en secreto. Sé que no se complacerá con esto. Y sin embargo, siento...

temo, señor, que la pregunta ha de hacerse y la respuesta darse. Espero que esté de acuerdo. He oído hablar de la muerte hace unos años de una niña, Sarah. Mi pregunta es la siguiente: ¿tenía la niña un guardapelo, un objeto de latón plateado en una antigua cadena de peltre? Y si es así, ¿se lo quitaron en el momento de su muerte? Es posible que a usted le parezcan un par de preguntas extrañas, sin sentido, señor. Pero me hielan la sangre y me han atormentado durante muchas noches en vela. Si su respuesta es sí a ambas preguntas, entonces debo decirle que creo haber visto ese guardapelo, y que lo he visto entre las posesiones de un hombre de gran poder y posición, y cruel temperamento. Es posible que esté perdiendo la razón e imaginando demonios a los pies de mi cama, donde no hay nada que no haya construido mi propia imaginación. Así que debo aguardar su respuesta. Si el guardapelo del que hablo pertenecía en verdad a la muchacha muerta, ¿querrá ponerse en su reloj la leontina que incluyo durante unos días? Sin lugar a dudas yo lo veré durante ese tiempo y si usted me da una respuesta

de este modo, le escribiré otra vez, le daré el nombre al que no me atrevo ahora a dar forma en este papel, y le haré saber dónde puede encontrar el guardapelo».

Harriet alzó los ojos. Crowther era una sombra gris en la oscuridad, los dedos formando una pirámide delante de él.

—Sí, yo diría que sí que es relevante. ¿No hay nada más? ¿Ninguna nota de sir Stephen?

—Aquí no. ¿Dónde escribirían sus observadores sus pensamientos y acciones?

Crowther volvió las páginas hasta llegar a las últimas del diario que tenía en el regazo.

—El sistema se sostiene. Aquí, en las últimas páginas del libro. Me toca a mí leerle ahora, señora: «Coloco esta carta junto al diario que escribí el año de la muerte de Sarah Randle. Creí entonces, sigo creyendo, que la escribió lady Thornleigh, cuyo trágico matrimonio observé y a quien no pude ayudar. Me puse la leontina como se me solicitó desde el momento en que recibí la nota, pero no llegó ninguna otra comunicación. La llevaba puesta desde hacía dos días cuando lady

Thornleigh sufrió su trágica caída fatal. Yo he sacado mis propias conclusiones y dejo para algún futuro lector de estas palabras que haga lo mismo. Que Dios tenga misericordia de sus almas».

Cerró las páginas y ocultó las palabras de sir Stephen de la luz una vez más; después miró y vio a Harriet con los ojos clavados en las ventanas, el leve parpadeo de follaje y sol en los bordes de las contraventanas. La luz vespertina del estío suavizaba el perfil de su rostro, pero Crowther pudo ver de todos modos una lágrima que se deslizaba por la pálida mejilla de la señora Westerman.

A Daniel Clode le llevó mucho más tiempo del esperado cruzar Londres. Al final dejó su caballo en un lugar respetable a la entrada de la ciudad con la esperanza de viajar más rápido a pie. Ya era mucho más de mediodía y la precaución tomada fue fútil. Incluso antes de darse cuenta de la magnitud del caos que atravesaba la ciudad en oleadas azules, comprendió que tendría dificultades para encontrar el camino. Su conocimiento de Londres era vago en el mejor de los casos y no tardó en encontrarse en una red revuelta de calles, edificios y ruido que lo dejaron sobresaltado y nervioso. Dos veces terminó regresando a la misma plaza cuando estaba seguro de que él se había puesto en camino hacia el oeste. Allí, delante y detrás de sus ojos, había cosas sobre las que solo había leído. Londres era un lugar mucho más duro de lo que él recordaba.

El joven empezó a preguntarse si Crowther y la señora Westerman habrían hecho una elección

inteligente al escogerlo a él, después de todo. Solo había visitado la ciudad una vez, un viaje organizado por su tío por cortesía de uno de sus mejores clientes cuando él era solo un muchacho. Habían atravesado las calles en un carruaje. Daniel se había colgado del borde de aquel vehículo que no hacía más que traquetear y había observado con los ojos muy abiertos y llenos de curiosidad a la gente que se arremolinaba junto a ellos. Había visto un hombre, vestido de forma tan espléndida como en un libro ilustrado, al que daba empujones un grupo de muchachos de aspecto andrajoso, sus risotadas y silbidos levantando ecos cuando agitaron el propio pañuelo de su víctima para despedirse él. Había visto animales conducidos por las calles, levantando las colas y ensuciando el camino y había visto a caballeros montando en caballos que caminaban con pasos altos y que a él le parecían unicornios disfrazados, los apartaban con gesto casual con un golpe de la fusta. Había visto las vendedoras de caballa y leche pregonando a gritos sus mercancías; y contra las blancas paredes de piedra, pequeños grupos de

hombres acurrucados sobre botellas y dados. Daniel se había asomado un poco más al pasar y una mujer, las marcas de la viruela no del todo ocultas por andrajos y un maquillaje blanco de muerta, se había alzado bajo la ventanilla del vehículo y le había dado unas palmaditas en la mejilla con la mano huesuda. Y se había reído del horror y la vergüenza del chico desplegando los raigones negros de sus últimos dientes.

Al recordarla, Daniel miró a su alrededor y se apretó la bolsa contra el pecho con fuerza. En su mente aquella mujer se había convertido en un espíritu de Londres; se giró a medias, esperando verla en la calle delante de él, burlándose de él. Se quedó quieto y el tráfico avanzó en oleadas a su alrededor. Al final estiró una mano y detuvo a un hombre que al menos parecía limpio, aunque no cordial. Nadie parecía cordial.

—¿La calle Tichfield?

El hombre se volvió y lo miró con suspicacia.

—Al norte de aquí —rezongó, y luego, al ver la confusión en la cara de Clode, se explicó un poco mejor—: Solo tiene que ir hasta el final de aquí,

después a la derecha y siga el olor. Está cerca de la plaza Golden y si llega a unos campos, es que se ha pasado.

Daniel lo soltó y asintió. El hombre dio un paso, pero luego se volvió y se rascó la cabeza.

—Cuidado con cómo va, hijo. Los tipos de Gordon andan muy acalorados por aquí. —Cuando Clode se lo agradeció con otro asentimiento, el hombre suspiró y se colocó otra vez a su lado—. Y por el amor de Dios, no lleve la bolsa así. A ver, dele la vuelta y cuélguesela del costado, bajo la capa. Al verlo aferrado así a ella, casi tengo tentaciones de robarle yo mismo.

Recolocó la caída de la bolsa, dio un paso atrás para admirar su obra y se volvió a meter entre el oleaje de la muchedumbre antes de que Clode pudiera siquiera hablar.

—No.

—Señorita, es muy importante.

—No. Si desea dejarme un mensaje, me ocuparé

de que lo reciban los niños, pero más que eso no haré. No puede tener usted ningún asunto con ellos que no pueda esperar.

—Lo tengo... He cabalgado toda la noche para verlos.

—Entonces dígallo.

—Es confidencial.

—Entonces debe esperar.

Jane fue a cerrarle la puerta en la cara. Daniel levantó la mano para detenerla.

—¡Pero soy abogado!

—Bueno, me alegro mucho por usted, señor. Adiós.

La puerta de la tienda se cerró de un portazo. Clode se volvió y apoyó la espalda en ella. No sabía qué fuerzas lo habían llevado hasta allí. El día seguía avanzando, ya podía saborear las primeras notas de la tarde en el aire. No había dormido y la larga cabalgada había cosido dolores a sus músculos como hilos rojos que tironeaban de él siempre que se movía. Pensó otra vez en la enfermera Bray, su rostro ancho y los ojitos azules numerando sus legados en la segunda mejor oficina

del bufete de su tío, su nerviosismo cuando apoyó la pluma en el papel cuidando de no hacer ningún borrón ante el que su tío pudiera alzar las cejas. Recordó cómo la mujer había recitado su modesta riqueza, su extraño fraseo, su orgullo al contar los legados con los dedos rosados: el broche, el legado sorprendentemente grande para su amiga. Se olvidó del cansancio y se dirigió en voz alta al aire desatento.

—Señora Service, calle Tichfield.

Lo acompañaron al modesto saloncito y se sentó en uno de los dos sillones junto a la chimenea vacía mientras la señora Service hacía tintinear tazas y hojas de té en su vacilante y pequeño aparador. La buena señora tenía las mejillas lisas, pero cada una estaba salpicada de rojo. Clode pensó que ojalá pudiera decirle que no tenía que disculparse por la oscura habitacioncita, o por la fregona que había llevado el agua caliente con un silbido y un guiño en lugar de con una pequeña

reverencia. El vestido de la señora Service estaba gastado y remendado. Aun así, todo lo que la rodeaba, a ella y la habitación, era pulcro y estaba limpio. Clode se preguntó cuántas visitas podría entretener allí y cómo pasaba sus veladas delante de ese hogar vacío sin más compañía que el ruido de la calle.

Cuando llegó el momento de hablar, Daniel intentó elegir las palabras con cuidado. Esperó hasta haber probado el té (flojo y hecho con hojas viejas) y lo alabó antes de mencionar la razón de su visita.

—Lo siento, señora, pero me temo que tengo malas noticias para usted.

La señora Service dejó su taza con gran cuidado y se irguió, dispuesta a ser valiente. El corazón de Clode latió con fuerza; podía ver en cada arruga de su cara que la señora Service había soportado malas noticias muchas veces, y en silencio le deseó que tuviera fuerzas.

—Me temo que una señora que creo que era una antigua amiga suya, Madeleine Bray, ha muerto.

Daniel esperaba a que la anciana se echara a

llorar. En su lugar, los hombros femeninos se relajaron y le sonrió.

—¡Oh, no! ¡Mi querido muchacho! Creo que se equivoca usted. Recibí una carta de ella solo esta mañana. —La duda flotó de repente por su rostro—. Aunque sí que pensé que el tono era un poco extraño. No era propio de ella.

Daniel esperó, los miedos comenzaron a surgir en la cara de la mujer.

—Quizá eso era... oh, oh vaya. ¿De veras, señor? ¿Está usted seguro, la enfermera, Madeleine Bray?

Clode dejó su taza.

—Sí, de la mansión Thornleigh. Lo siento mucho. Según tengo entendido murió el sábado por la tarde. La acompañó en el sentimiento.

La señora Service se miró el regazo. Una mano comenzó a dar golpecitos en la otra sobre los pliegues de color gris verdoso de la tela pasada de moda de su vestido. No habló en un tiempo. Clode comenzó a darse cuenta de que aquella mujer estaba hecha de un material mucho más fuerte de lo que él había imaginado.

—¿Fue una fiebre, señor? —preguntó la señora Service en voz baja—. Pueden acaecer con una prontitud terrible. Quizá esa carta fue la primera señal.

Daniel se aclaró la garganta.

—Lo siento, no. Me temo que debo disgustarla todavía más. La encontraron colgada en una vieja cabaña que hay en la propiedad Thornleigh. — Esperó, no muy seguro de lo que podía o debería decir. Era muy consciente de esos ojos pálidos que lo observaban con atención—. Hay cierto debate sobre si la muerte fue un suicidio o... o algo más sospechoso.

La voz de la señora Service adquirió un matiz áspero. Daniel se dio cuenta cuando habló de que la anciana estaba enfadada.

—Mi pobre Madeleine. Fue asesinada. Ella jamás habría vuelto la mano contra sí misma.

—Pero usted misma dijo que en la carta no parecía ella.

—Oh, eso es diferente. —La anciana se levantó con viveza y tiró del cajón superior de una pequeña cómoda que tenía bajo la única y humilde

ventana de la habitación, sacó una hoja doblada y regresó a su asiento con ella.

—Aquí está la carta. No le aburriré con las habituales tonterías que las mujeres de nuestra edad nos escribimos unas a otras. —Hizo una pausa repentina y sus gestos perdieron buena parte de su súbita energía—. Ya había empezado a contestarle, señor Clode. Ahora no será necesario terminar esa carta, supongo. Pobre Madeleine. — Se volvió de nuevo hacia el papel que tenía en las manos—. Aquí está el párrafo que me hizo preocuparme: «Mi querida Beatrice», esa soy yo, señor Clode, «me pregunto hasta qué punto seres humildes como nosotras deberíamos implicarnos en los asuntos de nuestros señores. Ha habido un incidente hoy aquí, un incidente espantoso, que me ha causado un gran dolor, y te escribiré más sobre el tema en una carta posterior»... oh, cómo se ríen los dioses de nosotros cuando hacemos planes, señor Clode... «pero me ha inquietado, pues creo que tengo información que puede servir a alguien en esta casa, pero no conozco suficiente de las circunstancias para saber si debería hablar o no.

Quizá no debería decir nada, aunque algo pesa en esta casa. Te lo he dicho ya en alguna ocasión, querida, que creo que la mansión, a pesar de todas sus comodidades, es un lugar desdichado y corrompido. Me ha hecho sospechar, pero en realidad nada malo sé del señor Hugh, así que quizá debería darle una pista. Estoy segura de que según lo lees, esto no tiene ningún sentido para ti, pero incluso con solo escribirlo, veo tu rostro sabio y amable y eso ya me da la respuesta que necesito. Creo que tengo otra carta que escribir esta tarde, así que debo cerrar esta y dejarte sumida en la confusión un día o dos. Perdóname. Con todo mi amor, Madeleine».

La señora Service alzó la cabeza y observó a Clode, los ojos azules de este le devolvieron, firmes, la mirada.

—¿Conoce usted al señor Hugh Thornleigh, señor? Creo que es el hijo de la casa en la que fue contratada Madeleine.

—Solo lo he visto de lejos, pero en estos momentos es sospechoso en el asesinato de la enfermera Bray, señora.

La anciana asintió poco a poco.

—Me pregunto —dijo después— qué decía la otra carta que tenía en mente escribir...

—Señora, sé que nada puede aliviar la herida que sentimos al perder un amigo —empezó a decir Daniel, y el fantasma triste de una sonrisa alzó las comisuras de la boca de ella, como si la anciana adivinara que él era demasiado joven para haber sufrido muchas de esas heridas—, pero yo redacté el testamento de la señora Bray. Le ha dejado la suma de cincuenta libras. Si me permite anotar los detalles de dónde le gustaría que se depositara el dinero, puedo disponer que se le envíen los fondos.

La señora Service abrió mucho los ojos.

—¡Dios bendito! ¿De dónde sacó Madeleine cincuenta libras? —Daniel le sonrió—. Bueno, soy pobre, como ve, señor Clode. Cincuenta libras significan tanto para mí como mil para otros. Es una mujer muy amable. —La anciana se volvió a mirar el regazo, luego lo miró a él de nuevo con un curioso ladeo de la cabeza—. Lo ha nombrado a usted albacea entonces, deduzco. Bueno, cincuenta

libras. —Volvió a posar los ojos en las manos entrelazadas—. Gracias, mi vida. Aunque preferiría contar con la compañía de tus cartas antes que con todo el dinero del mundo. —Se quedó callada un poco más y luego se dirigió a Clode—. Puede que no le parezca bien que se lo pregunte, pero ¿se mencionaba en su testamento algún broche con forma de camafeo?

—Así es. Pidió que se le entregara a una niña conocida suya. Susan Adams. Creo que vive en esta misma calle.

La señora Service se sorprendió.

—¡Qué extraño! Sí, Susan Adams vive aquí. ¡Pobre chiquilla! Su padre fue asesinado en esta misma calle hace solo unos días. En qué mundo vivimos, señor Clode. Por raro que sea, yo le di el gemelo de ese mismo broche. Me alegro de que se vuelvan a reunir con ella como dueña. La encontrará alojada con el señor y la señora Chase, bajo el tutelaje del amigo de su padre, el señor Graves. Están a la vuelta de la esquina, en la calle Sutton. —La anciana regresó a la ventana, escribió unas palabras en un cuaderno y arrancó la página,

luego se volvió y se la entregó a Daniel.

—El dinero se puede depositar en esta dirección. —Hizo una pequeña pausa—. A pesar de esas cincuenta libras, señor Clode, Madeleine tenía pocos amigos y ninguna influencia, creo. ¿Se hallará a su asesino? ¿Fue el señor Hugh Thornleigh?

Daniel se miró los pies.

—No lo sé, señora —confesó—. Pero hay una dama en la propiedad vecina, y un caballero, un filósofo de la naturaleza de gran reputación, según entiendo, que ya han comenzado a seguir el caso y están intentando descubrir quién es el verdadero culpable para llevarlo ante la justicia.

La anciana asintió poco a poco.

—Gracias por contármelo —dijo—. Ahora descansaré mejor. Espero que me escriba y me cuente lo que ocurra, si no es demasiada molestia.

—Por supuesto, señora. —Daniel se inclinó ante ella—. Tendrá usted el dinero en unas semanas.

Así que Clode partió de nuevo y dejó a la señora Service pensando en los extraños giros por la pobreza, la muerte y la riqueza por los que la

arrastraba la vida.

—¿Y ahora qué, Crowther?

Harriet llevaba quieta un buen rato, la mano posada en la carta que tenía delante. Crowther alzó la cabeza y la miró con los ojos entornados, como un gato conjurado por un cambio en el viento.

—No lo sé.

—¿Podemos obligar al corregidor a que examine a Hugh y Wicksteed en busca de arañazos producidos por la enfermera Bray?

—No es concluyente. Cualquiera puede tener arañazos, cualquiera puede decir que la piel que hay bajo las uñas de la enfermera procede de otra fuente.

—Pero usted no lo cree.

—Pues claro que no. Esa cantidad, ese vigor. No, la señora Bray hizo daño a su atacante, y esa persona sufre todavía esas heridas. En el antebrazo, con toda probabilidad.

Se quedó callado y, cuando alzó la cabeza otra vez, vio que Harriet lo estaba observando con los

ojos entrecerrados.

—¿Sobre qué está reflexionando, Crowther?

—¿Dónde está el cuerpo de la enfermera Bray?

—Está en la antigua fresquera del Oso y la Corona con el agente de policía del pueblo vigilando la puerta, y Michaels vigilándolo a él hasta el momento en que se celebre la vista. ¿Qué planea usted?

—Querría recoger alguna prueba más de esa buena señora.

—¿Cómo sabe que era una buena señora? —preguntó Harriet.

—Cuidó muy bien de su paciente. La llamo así por cortesía profesional. —Crowther añadió después—: Y me pregunto si podría usted aprovechar la amistad que nos queda en la mansión.

—¿Se refiere a Patience? ¿La doncella atacada por Wickstead?

—Sí.

Harriet miró al techo del estudio de sir Stephen y lo pensó.

—No parece del todo estúpida, y está deseando

impresionar a un posible nuevo jefe, quizá. Me pregunto si hay algo que pueda contarnos sobre cómo salió esa botella de los armarios y llegó a las manos de Cartwright.

Harriet cogió de nuevo la carta anónima y la giró entre los dedos.

—Para cuando lleguemos al fondo de esto, el servicio de nuestras casas se habrá doblado.

Crowther pensó en la mirada inteligente de la antigua sirvienta de Cartwright y la promesa que le había hecho.

—Sospecho que el mío ya lo ha hecho.

—Muy bien.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta y apareció el joven sir Stephen buscando las sombras de sus invitados entre la penumbra y el polvo.

—¡Dios bendito! ¡Cómo se desordena todo... y sin ayuda de nadie! ¿Y bien? ¿Encontró usted lo que estaba buscando, señora Westerman?

Harriet se levantó y sonrió.

—Así es, lo encontramos, señor. Gracias. —La dama miró el rostro reluciente y arrugado de su

anfitrión—. Buscábamos alguna observación que pudiera haber hecho su padre sobre la muerte de Sarah Randle.

El rostro de sir Stephen se desmoronó de tristeza y apuntó la nariz al suelo.

—Pobre Sarah. 1739. Verano. Hacía fresco para la época. Muy triste.

—Su padre mencionaba en sus notas...

—Sí. La encontré yo. La conocía. Solíamos jugar juntos. —Alzó los ojos de repente y sonrió—. ¡A ella también le gustaban los escarabajos! —Su rostro volvió a caer.

—Recuerdo cuando vino lord Thornleigh. Le gritó a mi padre. Un hombre vil. —Luego ladeó la cabeza—. Aunque creo que salvó de la horca a un lacayo que tenía. O quizá lo fingió. No llegaron a colgarlo. Lo llamó piedad. Los jurados son extraños.

Harriet se inclinó hacia delante.

—Lo siento, señor, no termino de...

Sir Stephen levantó la cabeza y la miró. Unos mechones de cabello blanco se le habían escapado por el borde de la peluca. Daba la sensación de

que la peluca había salido a recoger borrarilla de cardo.

—Un lacayo suyo, buen carácter, pero lo sorprendieron robando en la casa de Londres poco después de que lo trasladaran allí. Lo deportaron durante catorce años enteros. Deberían haberlo colgado, en realidad.

Crowther estiró los dedos y se los miró como si observara su presencia por primera vez.

—¿Recuerda cuándo fue eso, sir Stephen?

—Dos meses después de la muerte de lady Thornleigh, en 1748. Era una mujer muy hermosa, pero bastante triste cuando yo la conocí.

Sus ojos se dispararon hacia el rostro de Harriet y se sonrojó un poco; la habitual animación y alegría de su carácter parecían haberse desvanecido en cuanto se había mencionado el nombre de Sarah Randle, y todavía no había vuelto a recogerlas para envolverse con ellas los hombros.

—Sir Stephen, no deberíamos seguir molestándolo —dijo Harriet—, pero antes de despedirnos, y aunque yo no tengo la formación

necesaria para comprenderlo bien, me encantaría ver también algunos de los escarabajos. El señor Crowther dice que son extraordinarios.

La forma encorvada de sir Stephen recobró el color y la vida de repente como si se hubiera abierto una esclusa.

—¿Querría usted? ¡Oh, por supuesto! Algunos tienen muchos colores bonitos. Tengo una sobrina en Londres que dice que le gustaría tener un vestido de seda del mismo color que su favorito. ¿Le gustaría verlo?

—Mucho —dijo Harriet mientras rodeaba la mesa y lo cogía del brazo—. Y hábleme, por favor, de su sobrina.

Crowther los siguió sin prisas.

Unas horas después estaban sentados en el saloncito privado del Oso y la Corona. El inmenso corpachón de Michaels se apoyaba en una esquina y permanecía en su mayor parte inmóvil mientras ellos narraban lo que había acontecido desde su

último encuentro. El hombretón se llevó una jarra de peltre a los labios y se la bebió entera mientras sus invitados terminaban.

—Conozco un poco a esa tal Patience. Yo no tengo muy buena opinión de ella, ni de su gente, la verdad, pero puedo hacerle llegar un mensaje. Es posible que no pueda dejar la casa en unos días — continuó con un gruñido bajo—. Tuvo su tarde libre hace solo una o dos semanas. Pero es posible que pueda idear algo para traerla aquí esta noche. Dicen que el ama de llaves se está quejando a todo bicho viviente que nadie la entiende y que se está descuidando con la disciplina, y Wicksteed se pasa todo el tiempo bailándole el agua a la señora. —Harriet y Crowther no hicieron ningún comentario—. Puedo preguntar por ahí para ver si alguien recuerda al lacayo. ¿Tienen algún nombre?

—Sir Stephen no se acordaba —dijo Harriet en voz baja.

—En cuanto al otro asunto, Toller es un buen hombre. Puedo traerlo aquí a cenar y ustedes pueden pasar un rato con la difunta señora Bray sin que el corregidor se entere.

—¿Qué se dice sobre el corregidor? —preguntó Crowther.

Michaels se pasó la mano por la barba negra y se tironeó un poco de ella.

—Que su intención es colgar a Hugh y prender sus favores del mástil de la señora. ¡Será idiota!

Dijo la última palabra con la fuerza suficiente como para que Crowther alzara una ceja.

—La señora y él —continuó Michaels— y todos los de su calaña se van a despertar un día y se van a encontrar con que la hija de Cartwright y yo hemos comprado sus hipotecas y somos dueños de la seda con la que se envuelven, y no les va a parecer posible hasta que se encuentren con que ya ha pasado.

—Eso suena a revolución, Michaels. —A Crowther parecía hacerle hasta gracia.

El hombre hizo girar su gran peso para mirarlo.

—Yo lo llamo progreso, señor Crowther. Progreso. Y ahora vamos a tentar a Toller. Mi esposa le lanzará una sonrisa y el tipo será tan dócil como un gatito durante una hora por lo menos.

Crowther vaciló ante la puerta de la antigua fresquera y se volvió hacia Harriet con una mirada interrogante. Esta le devolvió la mirada y asintió. El anatomista abrió la puerta de un tirón y una oleada de aire frío se derramó sobre ellos; lo habrían agradecido si no hubiera sido por las notas grises, como de sepultura, que se mezclaban con él.

Crowther lo observó todo con satisfacción. Habían cuidado bien del cuerpo y la putrefacción no estaba muy avanzada. Dejó la vela, se sacó yesca y pedernal del bolsillo y empezó a darle golpecitos hasta que obtuvo una llama suficiente para hacer cobrar vida a la mecha. Tuvo que encorvarse un poco bajo la curva del muro. Era un espacio demasiado íntimo para compartirlo con un cuerpo que llevaba muerto tres días.

La enfermera Bray yacía sobre una mesa de caballete en el medio del edificio redondo de ladrillo. Harriet se acordó del Partenón de Roma,

que ella había visitado con su marido poco después de su boda. La forma de la heladera rural se lo recordó, por muy diferentes que fueran las dimensiones. Todavía podía oír los reclamos apagados de las palomas de fuera. Michaels al parecer había dispuesto que llevaran algo de paja y hielo para enfriar el aire. Harriet podía oír de vez en cuando algún crujido que resonaba con delicadeza, y las gotas lentas de agua que luchaban por liberarse de su forma sólida y volver a correr libres. Bajo aquella luz y a cierta distancia, la enfermera Bray no parecía nada más que en paz, aunque la quietud antinatural y el sabor del aire le recordaron a la viva los malolientes peligros y oscuridades que con tanta frecuencia yacen bajo una calma aparente. La vela cobró vida con un parpadeo, los ladrillos bailaron con sus sombras y se cernieron de una forma un tanto monstruosa sobre el cuerpo mientras Harriet recitaba:

Ah, no más que morir, e ir no sabemos  
dónde;

yacer en fría oclusión y pudrirse;  
este sensato movimiento cálido  
convertirse  
en amasado terrón; y el encantado  
espíritu  
bañarse en fieras riadas, o residir  
en la apasionante región de hielo de  
grueso ribeteado.

Crowther la miró por encima del hombro.

—¿Es usted devota de Shakespeare, señora Westerman?

—Creo que es el más grande de nuestros poetas.  
¿Usted no?

—Sé que está de moda considerarlo como tal en los últimos tiempos. Yo, personalmente, prefiero a Pope.

—Era de esperar.

Crowther hizo caso omiso de la respuesta y miró a su alrededor; sus ojos se posaron en los bloques de hielo que descansaban bajo las cubiertas de paja.

—Sin embargo, admito que su cita es acertada. ¿Cómo es que la señora Bray yace aquí? Creí que la iban a llevar a la mansión.

—Así era —asintió Harriet—, pero Michaels dijo que tras la vista él le sugirió este lugar al juez instructor y que el grupo de Thornleigh pareció encantado de deshacerse de su compromiso. A Hugh lo estaban arrestando en ese momento, claro, y creo que en ese instante el instructor habría accedido a cualquier cosa que le propusieran.

Harriet observó el perfil delgado de Crowther, todos sus huecos y bordes pintados por las sombras y el baile de la llama de la vela. Se dio cuenta de que los pensamientos del hombre ya estaban en otro sitio. El anatomista se volvió hacia ella.

—Si yo fuera a atacarla, ¿cómo se defendería usted?

—Tengo una técnica que me enseñó mi esposo y que puede derribar a la mayor parte de los hombres si surgiera la necesidad. Pero creo que me está pidiendo que me imagine cómo se defendió la enfermera Bray.

—Así es.

—Muy bien. Es bajo las uñas de la mano derecha donde tiene la piel, si no recuerdo mal. — Se volvió para mirar a Crowther—. Supongamos que me estuviera sujetando de cara a usted, me tiene agarrada por las muñecas. Yo consigo liberarme la mano derecha y le arañó el brazo con las uñas con la esperanza de que me libere la izquierda. Yo imaginaría que colocaría la mano así. —Hizo una garra tosca con la mano derecha—. El antebrazo izquierdo sería el lugar más probable donde lo alcanzaría... Es solo uno de los escenarios posibles, por supuesto. —Harriet se encogió de hombros.

—Pero creo que es el más probable —dijo Crowther—. No hemos visto a nadie con arañazos en la cara. Si la mujer tuviera las manos libres para arañar, no parece probable que arañara la espalda desnuda de su atacante en lugar de huir. No hay fibras bajo las uñas, así que no es probable que rasgara los calzones de alguien para llegar a la piel si la hubieran derribado.

Harriet frunció el ceño mientras respondía.

—Estamos suponiendo que el golpe que la tiró al suelo bastó para que luego no pudiera moverse. Y además le ataron las manos.

Crowther le pasó la vela a su compañera y se sacó del bolsillo una cajita de palisandro. La abrió y escupió en ella, solo alzó los ojos para ver la sorpresa de Harriet cuando revolvió el mejunje resultante con la punta del dedo. Inclino la caja para mostrar lo que contenía.

—Una contribución a la ciencia que ha hecho la habitación de los pequeños Michaels. Es un bloque de acuarela. Vamos a pintar un poco con los dedos.

Harriet asintió y se dio cuenta de que se alegraba de que Crowther hubiera elegido el negro en lugar del escarlata, de entre las pinturas disponibles.

Se acercaron al cuerpo. La piel de la enfermera estaba empezando a adquirir un tono púrpura en algunos lugares. Harriet tuvo cuidado de sujetar la vela con firmeza. Cuando Crowther alzó la mano derecha del cadáver, el cuerpo suspiró con el hedor temprano de la corrupción, pero la luz no vaciló. El anatomista apretó las puntas de los

dedos fríos, cerosos, en el color y luego, tras dejar la caja, se sacó un trozo de papel de escribir del bolsillo. Harriet vio el dibujito de un oso bailarín, un poco emborronado. Crowther colocó el papel sobre el pecho de la enfermera. Después cogió la mano de la fallecida por la muñeca y apoyando la palma de modo que los dedos se colocaran en la misma postura que la garra tosca que Harriet había formado con su mano, la arrastró por el papel, que crujió contra la mortaja del cuerpo. Harriet se estremeció. Crowther observó su obra y asintió; al cabo escupió en el pañuelo y empezó a limpiar el pigmento que manchaba los dedos muertos.

—Creo —dijo mientras se inclinaba sobre su trabajo— que este trozo de papel podría ponerle las cosas difíciles a cualquiera que afirme que los arañazos de su brazo fueron obra de un animal. —Hizo una pausa y levantó la cabeza para mirar a su compañera—. Aunque quizá debería preparar unos cuantos más para comparar.

Harriet lo observó bajo el juego de la luz de la vela, el tono casual, las manos envolviendo las de la mujer muerta.

—Tiempo suficiente para eso si resulta necesario —dijo—. Démosle a Michaels la señal de que Toller puede reanudar sus tareas de vigilancia y veamos si se las ha arreglado para hacer bajar a Patience de la mansión.

Crowther dejó el brazo de la enfermera Bray en la mesa y tras haberlo soplado un poco, dobló su papel.

—¿Qué le pareció lo que dijo Michaels? —preguntó Harriet—. ¿Sobre comprar la mansión antes que su dueño supiera lo que estaba pasando?

Crowther se estiró la casaca y respondió.

—Mis antiguas tierras las cultiva ahora un antiguo tendero que hizo fortuna en Londres. Ese hombre acumuló tanta riqueza en veinte años como mi familia había reunido en cientos.

Harriet asintió poco a poco.

—¿Cree que aquí habrá una revolución?

Crowther sonrió.

—Lo dudo. El inglés todavía tiene el hedor de la guerra civil metido en la nariz. Estuvo el cuarenta y cinco, por supuesto. —Recordó el pánico en el Londres de su juventud cuando el príncipe Carlos<sup>5</sup>

había atravesado el país como un cometa, las matanzas y represalias que siguieron—. No, le estaba tomando el pelo a Michaels cuando usé la palabra revolución, pero ahora vivimos en una época en la que un hombre puede, de hecho, creo yo, ascender por sus propios méritos. Eso solo puede ser bueno, en mi opinión.

Sostuvo la puerta abierta para que pasara Harriet y, cuando ella hizo una pausa, sorprendida por la repentina luz brillante del día, sopló la vela.

Graves se acercó a la puerta de la calle con cierta vacilación. Solo le habían dicho que un caballero deseaba verlo por un asunto confidencial y que prefería esperar fuera. Contaba con encontrarse con el desdén arrugado de Molloy, cada vez más audaz y codicioso. Así que se llevó una pequeña sorpresa al salir a la calle, cuando vio que se le acercaba un hombre de su misma edad, o quizá un poco mayor. Tenía la piel tersa, los ojos azules y, aunque parecía agotado, también tenía un aspecto más sano, pensó Graves, de lo que cualquier residente en Londres tenía derecho a parecer. Solo una barba incipiente que le crecía en la barbilla sugería alguna urgencia en el asunto que lo había llevado allí, así como el movimiento brusco de los ojos calle arriba y abajo mientras se acercaba.

—¿Es usted el señor Graves, señor?

Este asintió.

—Soy Daniel Clode, abogado de Sussex. —El

londinense intentó sostenerle la mirada, consciente de que el otro lo observaba atentamente en busca de alguna reacción—. Cerca de la mansión Thornleigh. —Ahí estaba. Graves pareció sufrir una pequeña conmoción, y miró por encima del hombro para ver si habían cerrado la puerta de la casa de los Chase a su espalda; se relajó un poco al ver que así era. Para el joven abogado fue un alivio ver el gesto.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar con tranquilidad? —le preguntó Clode—. Si me han informado bien, y corrija me si me equivoco, a usted lo han nombrado tutor de los dos hijos del señor Alexander Adams. La verdad es que me esperaba a alguien un poco mayor.

Graves se irguió. El joven que tenía delante no podría haber supuesto un mayor contraste con el monstruo de cara amarilla que había matado a su amigo, pero cuando el diablo no consigue conquistarnos con fuego y plagas, puede tomar una forma más agradable. Graves intentaba decidir cuánta confianza podía ofrecer.

—Sí, soy el tutor. Alexander era mi mejor

amigo. —Miró con fiereza a Clode; este parecía cansado y preocupado de verdad. Tendría que arriesgarse, al parecer, pero no podía meter a un desconocido en la casa donde los niños estaban sentados a los pies de la señorita Chase, en el saloncito, hasta que supiera un poco más—. Hay una licorería a la vuelta de la esquina. Es un sitio de baja estofa, pero nadie se mete en los asuntos de los demás y a mí no me gusta dejar a los niños mucho tiempo. ¿Bastará eso?

Clode asintió con gesto brusco y esperó mientras el otro regresaba a la puerta de la casa y sostenía una conversación en susurros con el sirviente del interior. Cuando Graves se reunió con él, Clode se detuvo de repente y lo miró a la cara.

—¿Están los niños bien protegidos?

El tono de su voz provocó en Graves un escalofrío en el fondo del estómago. Tragó saliva y miró por la calle. De repente le pareció poblada por todos los demonios y brujas de los cuentos de Susan.

—El señor Chase y su familia están en casa.

Clode se llevó la mano a la cara, otra oleada de

cansancio subía de la calle como una marea, y se frotó el puente de la nariz.

—Bien. Venga. Le invito a tomar algo y así podré explicarme.

Cuando lo vio apoyarse en la grasienta pared del sótano de aquel bar de mala muerte, cuando lo oyó hablar, Graves comenzó a darse cuenta de lo agotado que estaba Clode en realidad. En la penumbra, su rostro parecía vacío, los pómulos destacaban de un modo antinatural. No le sorprendió oír que Clode había cabalgado durante toda la noche, y que se había abierto camino en Londres en medio del calor del día.

—Solo nos hemos enterado remotamente de los disturbios; estamos muy lejos, en Sussex —explicó Daniel—, así que no tenía ni idea...

—... de que a Londres se le pudiera hacer caer de rodillas tan rápido. —Graves se acabó el licor del vaso de un trago y sintió que le escocía la garganta. Siseó entre dientes en el aire denso del

bar. Hablaban en voz baja, inclinándose el uno hacia el otro en una de las varias esquinas oscuras que ofrecía la licorería. Pequeños grupos de hombres con levitas polvorientas llenaban la habitación con un murmullo profundo y una nube de humo de tabaco. Junto a la puerta, una mujer de mediana edad que se acurrucaba contra el muro comenzó a cantar una balada soldadesca para sí sin que ninguno de los bebedores le hiciera el menor caso. Graves no se molestó en mirar a su alrededor cuando continuó—. El mundo se ha vuelto del revés en la última semana. Ruego a Dios para que vuelva a centrarse otra vez, antes de que todos perdamos pie. Hábleme más de la mansión Thornleigh.

Clode levantó el vaso y abrió la garganta. El fuego de la ginebra lo hizo toser y le escocieron los ojos, pero sintió que volvía a entretejerle los huesos, un alivio temporal.

—Le he hablado de nuestras sospechas en cuanto al verdadero nombre y estatus de los niños.

Graves asintió.

—Y están en lo cierto. Tengo pruebas de ello y

de que su reclamación es legítima.

—Gracias a Dios. —Clode pareció derrumbarse un poco más en su esquina—. Eso debería facilitar las cosas cuando haya pasado el peligro, pero... — se inclinó hacia delante y colocó la mano en la manga de su compañero—... peligro sí que lo hay. No sabemos si alguien aparte del asesino de Alexander sabe de la existencia de los niños, y el alivio de que estén bajo custodia es tal que apenas me tengo en pie, pero la señora Westerman y Crowther creen que quien sea que dispuso el asesinato del padre ya ha asesinado tres veces con sus propias manos en Hartswood. El peligro es real. Otro hombre podría llegar a caballo como he hecho yo, y hacer las mismas pesquisas.

Graves puso la mano sobre la de su nuevo amigo e intentó hablar con más confianza de la que sentía en realidad.

—Podemos velar por ellos. Lo haremos, pero antes debo llevarlo a casa del señor Chase. Usted necesita descansar y yo debo encontrar un modo de decirles a los niños lo que me ha dicho usted. Parece que Susan tenía razón en sus peores

sospechas.

Daniel sonrió con un poco de tristeza mientras examinaba las manchas que lucía su mugriento vaso.

—Parece una chica lista.

—Y muy buena, al igual que su hermano. Alexander los educó bien.

En ese momento la puerta de los escalones exteriores de la licorería se abrió de golpe y entró el mozo de cocinas del señor Chase.

—¡Señor Graves! ¡Rápido, señor! El almacén que tiene mi señor junto al río está ardiendo y él va a defenderlo. Debe ocuparse usted de los niños.

Graves maldijo por lo bajo, arrojó unos peniques para pagar por el licor y salió disparado por la puerta arrastrando a Clode con él.

La casa estaba sumida en la confusión. Graves metió a Clode a la fuerza en el estudio del señor Chase y le ordenó que descansara. Entre la cabalgada, el día y la ginebra, a Daniel no le salió

más que un murmullo de protesta antes de apoderarse del sofá y taparse con su capa.

En el vestíbulo, el señor y la señora Chase discutían con su hija mientras el carruaje se acercaba con un traqueteo a la puerta y los criados varones se reunían a su alrededor, los rostros atormentados por las prisas y la preocupación.

—¡Vamos, Verity! ¡Debes venir con nosotros! ¡No puedo dejarte aquí!

La señorita Chase parecía la única intérprete serena en aquella obra, las manos plegadas sin rigidez por delante de ella.

—Y yo no puedo dejar a los niños, papá, y puesto que ellos no pueden, no deben, irse, me temo que tendrá que dejarme aquí.

—¿Y si a la multitud se le mete en la cabeza venir aquí?

—Debe ponerme bajo la protección del señor Graves y de su amigo.

Así que ella al menos había advertido la llegada de Clode. Graves esperaba que el señor Chase no le oliera la ginebra en el aliento. La señora Chase murmuró algo. Graves captó la palabra

«reputación» y sintió que se estremecía. La señorita Chase respondió con una sonrisa y su habitual claridad de tono.

—Yo seré la tutora de Susan y ella puede ser mi carabina.

Sus padres intercambiaron una mirada, el señor Chase se encogió de hombros y tras lanzarle una mirada a Graves que transmitía más de lo que diría un sermón de cualquier otro hombre, besó a su hija en la mejilla y se llevó a su mujer de la casa. La puerta se cerró de golpe y pasaron los cerrojos tras ellos. Graves dio un paso y se acercó a la señorita Chase.

—¿Por qué se han fijado en su padre como objetivo? Él no es católico.

La joven lo cogió por el brazo y empezó a llevarlo hacia el saloncito.

—Pero su vecino de los muelles sí, y eso parece ser suficiente esta noche.

Se abrió la puerta del salón y la cara de Susan se asomó con aire nervioso. Bajó los hombros delgados con gesto de alivio cuando vio acercarse a la señorita Chase y a Graves. Salió a su

encuentro y hundió la cara en la levita de su tutor. Este le rodeó los hombros con un brazo y se inclinó para besarle la coronilla. Ella alzó la cabeza y lo miró.

—¿Dónde ha estado? ¡Aghh! ¡La casaca le huele asquerosa! ¿Y quién es el otro hombre? ¿Es un amigo?

Graves la miró con una sonrisa.

—Lo es. Pero un amigo muy cansado. Lo he mandado a descansar. —Vaciló—. Ha traído noticias consigo, Susan. ¿Jonathan...?

La carita infantil se puso seria.

—Está dormido en la alfombra, junto al fuego, como un gato. Puede contárnoslo sin asustarlo. Eso es lo que quiere decir, ¿verdad?

Su tutor asintió.

—Sí, jovencita. Así es.

Entraron en el ambiente profusamente iluminado del salón y el ruido y la furia de la multitud pareció desaparecer del mundo cuando se cerró la puerta tras ellos.

Graves fue sincero con la niña y ella escuchó todo lo que tenía que decirle callada y muy seria,

aferrada a la mano de la señorita Chase y en apariencia estudiando la forma dormida de su hermano, acurrucado en el suelo con el chal de la señorita Chase sobre él. La niña se quedó en silencio durante un momento cuando su amigo terminó y luego, sin mirarlo, le hizo una pregunta.

—¿Cómo se llamaba el hombre del bosque, el que tenía el anillo de papá? ¿Era Carter?

Graves frunció el ceño.

—Creo que sí, Susan. Carter Brook. ¿Pero cómo lo sabías? ¿Lo conociste?

Susan negó con la cabeza y los rizos rubios que le tapaban las orejas se mecieron y agitaron como corchos en el agua.

—Yo no, pero Jonathan sí. El hombre le enseñó un dibujo, el escudo del anillo de papá, cuando estaba fuera, jugando, y Jonathan le contó todo lo del anillo, y también dónde estaba, supongo. A Jonathan le gustó, dijo que era un hombre agradable... que tenía un chaleco bonito. Habla sin parar si le gusta alguien. —La niña tragó saliva—. Si no hubiera hablado, entonces papá quizá todavía estaría vivo, ¿verdad? Papá y esas otras

personas.

La señorita Chase se inclinó hacia ella.

—Eso no podemos saberlo, cariño.

La niña se quedó muy quieta y muy erguida.

—No, pero yo creo que lo estarían. —Alzó los ojos y miró la cara de Graves. Este dejó que sus ojos recorrieran aquellos rasgos todavía en formación y sintió que la ternura por aquella florecita lo invadía—. No se lo contemos nunca, señor Graves. Lo pasaría mal si lo supiera.

Graves solo pudo asentir y los tres volvieron de nuevo la cabeza hacia la forma del honorable Jonathan Thornleigh, vizconde de Hardew, dormido todavía con los dedos enredados en las borlas de la alfombra junto al fuego, soñando con caballos.

Patience los estaba esperando en una de las habitaciones privadas del piso de arriba que el Oso y la Corona proporcionaba a los viajeros que necesitaban una cama, o a aquellos que deseaban tomar un refrigerio en privado por razones que a nadie más incumbían, o para protegerse de algo. La joven se levantó cuando entraron Crowther y Harriet y les hizo una pequeña reverencia. Harriet se preguntó si sería capaz de admitir a aquella mujer a su servicio. Había una dureza en su aspecto y modales que hacía que desconfiara de ella. Temía que Caveley terminara quedando a su merced. Se adelantó, sin embargo, y cogió la mano de la doncella con la mente abierta.

—Nos volvemos a ver, Patience. Gracias por hablar con nosotros.

Patience sonrió, un poco tensa, antes de volver a sentarse. Harriet se encaramó a una de las sillas de comedor mal emparejadas de Michaels, y Crowther se colocó junto a la repisa de la

chimenea.

—Queríamos preguntarte por los acontecimientos de este último sábado —comenzó Harriet.

—Sí, señora. Michaels me lo dijo.

—¿Recuerdas lo que pasó cuando el señor Thornleigh y Wicksteed regresaron de la vista sobre la muerte del desconocido en el bosque?

Patience se encogió de hombros.

—No mucho. El señor Wicksteed cenó solo. Lady Thornleigh había estado esperando para cenar hasta que mi señor volviera a casa. Pero cuando volvió, el señor dijo que no tenía hambre y se metió en sus aposentos a beber y a jugar al billar. —Patience sonrió un poco—. Lady Thornleigh estaba molesta.

Harriet ladeó la cabeza.

—¿Así que Hugh se pasó la noche jugando al billar y bebiendo, a solas?

—Sobre todo, aunque a mí me ha enseñado un poco —le contestó la criada—. A veces me enseña cuando lo sirvo.

—¿Y te enseñó un poco más el sábado?

—Sí, señora. Dijo que me convertiría en una experta. Ya llevamos un tiempo practicando.

De nuevo la sonrisa lenta, y tenía una curva tan sensual que Harriet temió ruborizarse; era consciente de los ojos felinos que le examinaban la cara en busca de alguna reacción.

Crowther cambió de postura contra el muro. Patience parpadeó y volvió la cabeza hacia él.

—¿Así que estuviste con el señor Thornleigh la mayor parte de esa velada? —preguntó.

La chica alzó la barbilla y lo miró.

—Oh, tuve otros deberes de los que ocuparme de vez en cuando. Como llevarle al señor Wicksteed su bandeja. ¿Supongo que les gustaría saber qué tomó el señor Wicksteed con su cena?

—¿Nos gustaría?

—Oh, sí, eso creo. Cuando me llevé lo que dejó de regreso a la cocina, hizo que fuera a buscar una botella del licor de la casa. —La criada hizo una pausa para arrancarse un hilo de la falda gris mientras disfrutaba de la atención fija en ella—. Aunque el Señor sabrá qué hizo con ella, porque no volví a ver la botella en su habitación. La

señora Dougherty se sulfuró mucho por la mañana porque se dio cuenta de que faltaba una botella, pero Wicksteed me dio un chelín de propina para que no la apuntara en el libro. —Se dio unos golpecitos en el muslo para indicar, supuso Crowther, donde estaba escondido su monedero—. Por supuesto, más tarde, el señor Hugh dijo que le había llevado una botella al viejo Cartwright y eso la hizo callar otra vez. La buena señora contó mal, más que seguro. No me sorprendería saber que tiene su propia reserva y que en los últimos tiempos le ha estado dando más tientos de lo necesario.

Harriet respiró hondo y se inclinó hacia delante.

—Patience, piensa lo que nos has dicho. El señor Hugh estuvo bebiendo y jugando al billar toda la noche; Wicksteed tenía una botella en su habitación que, al parecer, desapareció; a Cartwright lo envenenaron con ese licor. Debes contarle al corregidor lo que nos has dicho a nosotros. ¡Podrías salvar al señor Hugh de la soga!

La chica la contempló con gran compostura.

—El señor Hugh debe velar por sí mismo. Yo

tengo mis propias preocupaciones, y no tengo ninguna intención de hablar con el corregidor. Se lo he dicho a ustedes, después de todo. —Se pasó la mano con suavidad por el vientre—. Y he dejado Thornleigh. Voy a irme a Londres. Por eso estoy aquí. El chico de Michaels me encontró cuando me iba de la mansión. —Su rostro se ruborizó un poco y sus ojos se iluminaron. La palabra «Londres» parecía funcionar en ella como un tónico. Crowther la miró un poco confuso.

—Anoche estabas bastante impaciente por velar por Hugh, Patience. Cuando lo encerraste para que no se acercara a sus armas.

La joven asintió y la elocuente palma de su mano se deslizó por su muslo y le dio una palmadita.

—Mis perspectivas han mejorado mucho hoy. Voy a emprender un negocio, mi prima y yo hemos decidido abrir una pequeña tienda. Nos irá bastante bien, creo. Pero deben dejarme ir ya. Me van a llevar a Pulborough para coger la diligencia de la tarde. George querrá irse a no mucho tardar.

Se oyó un traqueteo y un grito abajo. Crowther miró por la ventana y vio a uno de los chicos de

los granjeros de la zona encima de su carreta y girándose para mirar hacia arriba, hacia ellos, tal y como había dicho la antigua criada. Patience se agachó para recoger su manto y por primera vez Crowther observó el pulcro fardo que tenía bajo la silla.

—Ten cuidado —dijo mientras la observaba reunir sus escasas posesiones. Estaba molesto, a pesar de sí mismo, ante la tranquilidad y satisfacción de los movimientos de la chica—. Por lo que hemos oído, los sirvientes de lord Thornleigh no siempre prosperan en Londres.

Patience se levantó y se puso el manto por los hombros.

—¿Se refiere a Shapin? —preguntó—. ¿El hombre al que deportaron hace tantos años?

Harriet asintió.

—Era mi tío. Al final lo mataron mientras luchaba con los rebeldes en Boston. Madre siempre dijo que en realidad era un simplón, le sorprendía que le hubiera dado por robar. No creía que tuviera el ingenio para ello. —Cogió el fardo en brazos y lo sujetó sobre la ligera curva de su

vientre—. Yo tengo ingenio. Pero quizá algún día también vaya a América. Allí han echado a todos los reyes y señores. Sabrán dónde encontrarme en Londres si se dirigen a la tienda de té de Caleb Jackson, en Southwark.

Crowther se adelantó un paso.

—Una cosa más, Patience. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó el pequeño jirón de tela bordada que habían encontrado entre los espinos del bosquecillo—. ¿Reconoces esto?

Patience le echó un pequeño vistazo.

—Pues sí. El señor Hugh tenía un chaleco hecho de esta tela. Lo cosió la señora Mortimer. Pero se lo dio a Wicksteed el pasado invierno. Se lo tuve que estrechar yo. El señor Hugh es de natural más fornido.

Levantó el pestillo de la puerta y se volvió en redondo.

—No creo que el señor Thornleigh envenenara a Cartwright, ni que se encargara de la enfermera Bray, pero quizá tenga razón cuando dice que se merece que lo cuelguen, saben. La mayor parte de los hombres se lo merecen, creo yo, ¿usted no,

señora?

Les sonrió otra vez y sin esperar respuesta salió por la puerta y se fue, dejando a Harriet y Crowther mirándola.

—Dios bendito —dijo Harriet tras unos momentos. Oyeron una carcajada fuera y después la carreta avanzando por el camino entre crujidos de grava. Patience se había ido. Harriet se la imaginó sujetándose a los lados tambaleantes, con la sonrisa satisfecha y los ojos muy abiertos, como un gato relamiéndose. Crowther se examinó la punta de los dedos.

—¿Qué le parece, de unos cuatro meses, quizá?

Harriet asintió.

—El hijo de Hugh.

—Eso parece creer él. No lo creo improbable.

—A Crowther se le ocurrió una idea de repente—.

¿Está usted escandalizada?

Harriet lo pensó.

—Quizá lo esté. Qué fastidioso encontrarse con que una es una mojigata.

Crowther la miró.

—Creo que no es mojigatería, sino el hecho de

que no le cae bien la chica. Venga. Regresemos a Caveley. Su hermana va a pensar que nos hemos perdido, y debemos decidir si tenemos suficiente para asustar al corregidor para que vuelva a ponerse de parte de Hugh.

—No estoy segura de que lo consigamos hasta que los motivos de Wicksteed y el modo en que ejerce su influencia sobre Hugh estén más claros. Y Patience tenía razón, tendremos que luchar contra la convicción de Hugh de que deberían colgarlo por alguna razón. Hasta que sepamos más, no tenemos nada.

Era cierto que Rachel llevaba tiempo aguardando ansiosa su regreso. Los saludó bastante pálida y no bien se había cerrado la puerta del salón tras ellos, puso una carta en las manos de Harriet.

—Yo también tengo una. Llegaron justo después de que te fueras. Estoy segura de que otra parecida le aguarda en su casa, Crowther.

La joven parecía a punto de echarse a llorar, así que Crowther la cogió por un hombro y la llevó a sentarse. Entretanto, Harriet había abierto la carta y la estaba leyendo. En sus mejillas aparecieron unos puntos de un color subido. Alzó la cabeza y miró a su hermana.

—¿Hay otras?

—La señora Heathcote recibió una y me la trajo directamente mientras yo estaba leyendo la mía. Dijo que pensaba que deberíamos quemarlas, y que ella nos seguiría hasta los confines de la tierra. —Rachel esbozó una sonrisa débil—. Jamás la he visto tan indignada.

—Bien.

Harriet puso la hoja en las manos de Crowther. Estaba escrita con pulcritud, con una gramática impecable, veinte líneas de odio puro. Harriet era una adúltera, una bruja; él era un pagano maligno que arrancaba almas de los cuerpos de los hombres y se comía su carne. Deberían dejar la zona antes de que el populacho supiera lo que sabía el autor de la carta y les quemaran las casas con ellos dentro. «No sufrirás que una bruja viva»,

terminaba. A Crowther no le sorprendió ver que no había firma.

—Estoy de acuerdo con la señora Heathcote — dijo el anatomista al tiempo que arrojaba la hoja sobre el aparador. Rachel miró el papel con aire nervioso, como si todavía tuviera el poder de levantarse de un salto y morderla—. Habría que quemarlas. ¿Reconoce la letra?

Harriet se sentó y dejó caer los guantes encima de la carta con una despreocupación estudiada.

—Sí. Creo que es la del ama de llaves de Thornleigh. El corregidor habrá estado hablando con ella, o Wicksteed. Por lo que sé de ella, no hace falta que la animen mucho para que sea cruel. —Hizo una pausa y plegó las manos en el regazo—. Bueno, me alegro de haberlas recibido.

—¡Oh, Harry!

—No, Rachel, hablo en serio. Tengo la sensación de que hemos estado dando palos de ciego, descubriendo un buen número de cosas desagradables, pero sin llegar en realidad a la verdad. Esto... —miró la carta— parece indicar que vamos por el buen camino.

Pero Rachel no tenía consuelo.

—¿Ah sí? ¿O significa que los habitantes de por aquí están empezando a pensar que somos una panda de vecinos bastante molesta?

Harriet pareció un poco incómoda.

—Michaels está con nosotros. Y la mayor parte del pueblo sigue su ejemplo.

Rachel suspiró, se levantó, se acercó a la chimenea y se quedó mirando el hueco vacío.

—Y la mayor parte de la nobleza local sigue al corregidor. —La joven se volvió para mirar otra vez a su hermana—. Nosotras lo habríamos seguido, Harry, hace una semana. Si hubiera sugerido algo malo de alguien, nos habríamos dejado guiar por él.

Harriet no supo qué responder. Rachel abandonó la chimenea y fue a mirar por la ventana, donde la última luz primaveral luchaba por ofrecerle una vista del jardín.

—Solo espero que el señor Clode haya llegado a Londres. Si hemos puesto a esos niños fuera del alcance de quien sea que los persigue, no me importará soportar las miradas asesinas de mis

vecinos.

Crowther se aclaró la garganta antes de hablar.

—Yo creo que su hermana tiene razón, señorita Trench. Nos estamos acercando... y en cuanto a las cartas y a nuestros vecinos, me temo que la única salida pasa por seguir igual que hasta ahora. Debemos asustar a los de la mansión para sacarles la verdad, averiguar por qué se ha marcado al lord con siete heridas y a quién se le debería pedir cuentas de verdad por las muertes que se han producido en nuestra pequeña comunidad.

Clode despertó y se frotó los ojos. Con los últimos chisporroteos de la vela que le habían dejado pudo ver el reloj del señor Chase. Casi medianoche. Las primeras confusiones de la conciencia bailaron a su alrededor, jirones de sueños y de los acontecimientos de los últimos días mezclándose y separándose de las sombras de la habitación. Fue recordando poco a poco. Estaba cerca de los niños, había hablado con su joven tutor y le había caído bien. Se incorporó sobre los codos y se pasó una mano por la mandíbula; estaba áspera y podía sentir el sabor de la ginebra en la boca. El hombro le dolió un poco cuando se incorporó más. Había dormido mucho, sin moverse, en el sofá del señor Chase. Por encima del hombro vio que las últimas luces del día ya habían desaparecido, pero la casa no estaba dormida. Recordó lo que lo había despertado: un estruendo en la puerta de la calle.

Graves intercambió una mirada con la señorita Chase y se levantó. Quien aporreaba la puerta parecía tener un asunto demasiado urgente como para que pudieran hacer caso omiso. El joven salió al vestíbulo. La ayudante de cocina temblaba, vacilante, junto a un arreglo de violetas en la mesita del vestíbulo; tales eran los golpes de la puerta que el agua se ondulaba alrededor de las flores, que parecían estremecerse en solidaridad con el miedo de la chica. Esta los vio al mirar por encima del hombro y sonrió sin saber qué hacer.

—Vuelve a la cocina y quédate allí.

La chica salió disparada, sus suelas blandas rozando las losas. Graves se acercó a la puerta.

—¿Quién es?

Los porrazos se detuvieron con un grito.

—¡Graves! ¿Es usted? ¡Soy Molloy! ¡Abra la puerta de una vez!

Graves sintió que lo invadían el alivio y la cólera. Abrió la puerta, cogió a Molloy por el

cuello de la casaca y usó el peso del hombre para cerrar la puerta otra vez detrás de él.

—¿Usted? ¿Ahora? Dios, Molloy, ¿aporreando la puerta en busca de dinero a esta hora de la noche? ¿Viene a llevarme a Marshalsea... esta noche? ¿En qué está pensando?

Molloy se había puesto rojo. La «o» sorprendida de su boca se derrumbó en un ceño fruncido cuando por fin pudo hablar.

—No tenemos más negocios, usted y yo. He venido como amigo, así que suélteme de una vez, idiota. —Se zafó del puño algo más flojo de Graves y levantó la cabeza para mirar la expresión confundida del otro—. Sí. Sus señoras le arreglaron el problema, aunque eso es asunto de ellas y dejaré que les pregunte usted.

Graves sintió que se ruborizaba. Molloy le dedicó una sonrisa desagradable, sorbió por la nariz y se estiró la tira de tela sucia que usaba como corbata.

—El caso es —dijo con tono hosco— que Newgate ha ardido.

Graves se puso pálido.

—Sí, exacto, eso. Así que vengo como amigo, aunque no traigo buenas noticias. Fue hace un par de horas. El retén intentó alejar a la turba, pero eran demasiados. El lugar está hecho cenizas y todo el mundo que estaba dentro está fuera. No solo los de la escarapela azul. Todos.

Graves apoyó la espada en el muro y maldijo. Molloy se alisó las mangas.

—Pero no es lo único. Yo estaba en el Caballo Blanco hace como una hora y oí que un hombre preguntaba por los pequeños de ahí. Esa niña y su hermano. Un cabrito viejo con cara de malo, a su lado yo parezco un puto querubín. Cara amarilla.

Graves se llevó la mano a la cara.

—Es él. El hombre que mató a Alexander.

—Me pareció que podría ser, así que dejé el vaso y salí pitando hacia aquí para contárselo, como si me hubieran prendido fuego al culo. No es ningún secreto que está aquí, hijo. El tipo no tardará en averiguarlo. Además, tenía a otro fulano con él, un cabrón muy grande.

Molloy se quedó mirando sus propios pies.

—Nunca he sido de los que se hacen el héroe —

murmuró—. No estaba seguro, ¿sabe? Pero quería acercarme a contárselo.

Graves se había quedado blanco.

—Gracias. Al parecer vuelvo a estar en deuda con usted. —Alzó los ojos con cierto aire de culpabilidad—. Y siento lo de antes.

Molloy lanzó un bufido.

—Yo no me preocuparía por eso. He tenido peores bienvenidas en mejores casas que esta, y no me dé las gracias, no fue por usted, usted no me sirve ni para limpiarme los zapatos. Pero la señorita Chase es agradable, y la niña. Yo también tengo una hija. —Paseó los ojos por las violetas y volvió a sorber por la nariz—. Tengo que irme a ocuparme de los míos, pero no deberían quedarse aquí. Ese tipo lo sabe y va a venir.

Graves se pasó la mano por el pelo.

—Podemos montar las contraventanas, cerrar las puertas con llave.

Molloy sacudió la cabeza.

—Supongo que eso fue lo que pensó el juez Hyde, y en una hora le deshicieron la casa. Ese fulano amarillo solo tiene que empezar y en un

minuto tendrá a cien personas listas para ayudarlo a destrozár este sitio. Después podrá dar caza a los críos como le plazca. Mire, sé reconocer a un profesional cuando lo veo, y ese tipo encima tiene compañía. Aquí no tienen esperanza de resistir, no cuando todos los demás hombres de la casa han bajado al almacén. Tienen que huir.

El prestamista se irguió de repente. Graves se volvió y vio que las puertas del estudio y el salón se habían abierto. Clode y la señorita Chase permanecían en los respectivos umbrales. Se dio cuenta por sus caras que los dos habían oído lo suficiente. La señorita Chase le dedicó un asentimiento cordial a Molloy y este sonrió como si fuera el alcalde en medio de un desfile.

—¿Adónde podemos ir? —dijo Graves.

Clode se metió la mano en el bolsillo de la capa, sacó una carta arrugada y la levantó en el puño.

—Yo tengo un sitio.

*17 de junio de 1775, cárcel de Boston,*

## *Massachusetts*

Hugh se detuvo un momento y respiró hondo mientras subía los escalones de la cárcel de Boston. Todavía tenía el oído afectado por los silbidos ensordecedores y los golpes secos de las armas. La herida lo desgarraba y cada vez que se le desdibujaba la visión volvía a ver la bruma del humo de la pólvora y la expresión en la cara del rebelde que había ensartado en su bayoneta mientras revolvía entre los restos de su almuerzo. El brote de sangre alrededor de la boca del hombre parecía crecer, retoñar, cada vez que recurría la imagen hasta que, cuando Hugh cerraba los ojos, parecía una fuente, una ola que los había cubierto a los dos. Se miró la mano que había apoyado en el muro, esperaba verla ensangrentada como carne fresca. Estaba blanca, pasiva; sujetaba, obediente, su peso contra la superficie tosca de la pared. Casi no la reconoció como propia.

—¿Viene a ver a su amigo, señor Hugh?

—¡Wicksteed! —Alzó la vista con una mezcla de horror y sorpresa—. ¿Qué diablos?

—Oí que tenía un amigo entre los rebeldes heridos, así que me vine corriendo para ver qué se podía hacer. Muy poco, me temo. Es una herida en el estómago. No pasará de esta noche, pobre Shapin.

—No es amigo mío.

—¡Y, sin embargo, aquí está! —Wicksteed se encogió de hombros—. Así que debe de significar algo para usted. Dejaré que hable con él a solas. ¿Quién sabe lo que podría decirle a un amigo? Pero esperaré por usted. Hay que curar esa herida que tiene.

Hugh lo apartó de un empujón con el hombro y entró en la pequeña habitación donde unos doce hombres yacían durmiendo o inconscientes sobre paja basta, algunos apoyados en las paredes. Hugh se dio cuenta de por qué los rebeldes no se habían molestado en llevárselos consigo en su retirada. Le sorprendería que alguno de ellos llegara a ver la salida del sol. Alguien se movió en la creciente

oscuridad. Un hombre de mediana edad se incorporó con un esfuerzo y se apoyó en un antebrazo.

—¿Señor Thornleigh? ¿Señor Hugh Thornleigh?

Hugh se adelantó y se arrodilló junto a la cama del hombre.

—Soy el capitán Thornleigh. ¿Tú eres Shapin?

El hombre se lo quedó mirando con atención.

—Lo soy. Solía servir en su casa, en Sussex.

Thornleigh lo miró y vio la vieja cicatriz que le sonreía desde el cuello.

—¿Y cómo es que has venido a parar aquí, Shapin?

El hombre se volvió a echar y dejó escapar un largo suspiro estremecido. Después clavó los ojos en el techo.

—Es gracioso que me pregunte eso, capitán. Yo llevo haciéndome esa misma pregunta cada mañana desde hace casi treinta años. «¿Cómo llegamos aquí, Shapin?». Verá, todavía creo que estoy en el desván de la casa de Londres de su padre cada vez que despierto y abro los ojos, incluso ahora. Dicen que robé, y encontraron lo

que se robó bajo mi cama, y yo empecé a pensar que quizá había robado, me lo dijeron tantas veces, siempre compadeciéndome y sacudiendo la cabeza. —Se volvió de modo que podía mirar a Hugh directamente a los ojos—. Pero sabe, capitán, creo que por fin he logrado entenderlo. Justo desde que ese cabrón de espalda ensangrentada me hizo un agujero en el estómago, es como si me hubiera metido el sentido común de un disparo. Todas las imágenes se juntaron, y ahora soy capaz de ver el conjunto.

Hugh escupió en la paja; la flema estaba mezclada con sangre. El fallo del arma le había costado dos dientes, así como buena parte de la mejilla y el daño en el ojo. El hombre que tenía delante parecía ser filósofo, y el olor constante a sangre estaba empezando a hacer que le picara todo. Tuvo la sensación de que podía sentirlo como algo vivo en la piel, bajándole por los brazos, enroscándose bajo las mangas. Le palpitaba la cabeza, un tambor que parecía oscurecer el mundo con cada latido; los bordes de su visión estaban calinosos, revueltos por el dolor

y por destellos rojos y apagados.

—Todo eso está muy bien, Shapin. Ahora dime lo que querías decirme, que para eso me llamaste.

El hombre le sonrió, una sonrisa de gran contento, júbilo incluso. Resplandeció entre la suciedad y el rastrojo de barba de su cara, y los ojos parecieron casi infantiles.

—Oh, sí, señor. Desde luego, señor. Es lo siguiente: su padre, capitán, asesinó a una niña. Se la folló, la embarazó y luego la asesinó. Y después, una vez que su madre hubo parido un heredero, y un hijo varón de más por si acaso, ese es usted, compañero, la garantía, entonces también la mató. La tiró por las escaleras justo delante de mí.

Las palabras fueron cayendo redondas y nítidas como una sarta de perlas entre los labios amarillos y ampollados de Shapin, pero no podían hacerse entender por encima del tamborileo que sonaba en el cerebro de Hugh. Habló con tono automático, monótono.

—Mientes.

—No. Es lo primero que digo con sentido en

treinta años. —Shapin volvió a sonreír, como si confiriera una bendición. Se pasó la lengua por los labios, saboreando las palabras—. Lord Thornleigh le quitó un guardapelo a la niña. Guardaba pelo de él, y el conde se lo quedó solo para recordarse a sí mismo lo que había hecho. Su madre lo encontró y él la mató por saberlo. Lo tenía su madre en la mano cuando murió. Yo estaba allí. Eso fue lo que recordé ahí fuera, entre el humo. —Parecía tan contento como un escolar al que hubieran alabado por una cuenta bien hecha—. Yo había visto a la niña con el guardapelo. Oí gritar a su madre cuando cayó y vi a lord Thornleigh observando desde arriba cuando la recogí a los pies de las escaleras. Le vi la sangre en la boca y vi el guardapelo en su mano. Pero fue solo hoy, tirado allí, en el campo, con la hierba y el cielo encima de mí, cuando pensé en ella otra vez, y todo quedó claro.

—Eres un mentiroso. Y un ladrón.

La alegría de la cara del hombre se deshizo y lo dejó escupiendo y colorado.

—No soy ni lo uno ni lo otro. Su padre pensó

que igual yo terminaba por juntar las piezas y se deshizo de mí antes de que eso sucediera. Treinta años en este agujero maloliente, a un océano de distancia de él, y entonces desembarca usted aquí, capitán. Usted, el pequeño señor Hugh. Me dio vergüenza que me viera en mi desgracia, al principio. Pero lo vi al otro lado del campamento y todo volvió a mi mente. Entonces me di cuenta, mientras estaba tirado en la hierba, de que usted no es nada. Mi sangre es mejor que la suya. Usted es hijo de un cabrón asesino, su honor familiar es un chiste, su posición una farsa, es usted un puto veneno, sus huesos no sirven ni para dar de comer a un perro...

Continuó hablando, las palabras rebotando bajo Hugh como si hubiera desenterrado al mismísimo diablo. El tambor de la cabeza de Hugh pareció acelerar el ritmo del discurso de su acusador; era más rápido, más alto. Hugh sintió que volvía a la calima de humo, hundido hasta las rodillas en sangre, su madre tirada en el reducto con su vestido de baile, el estómago arrancado por un mosquete rebelde, una niña que corría por la

hierba hacia su padre, que permanecía en pie con la pistola alzada; allí estaba el rebelde al que había ensartado con tanta fuerza que se había visto obligado a extraerlo del extremo de su bayoneta empujándolo con la bota, solo que el rebelde tenía la cara de Hawkshaw y se estaba riendo de él, se estaban riendo todos, brindando por su padre y la puta de este, riéndose de él mientras se dirigía tropezando hacia la niña entre la sangre; sintió otra vez la explosión junto a la cara, el latigazo de metal caliente que lo derribó al suelo, de vuelta a la sangre. Lo inundó entero y se le metió en la boca y los ojos, él se debatía para zafarse, todo estaba rojo.

El ritmo se ralentizó. Parpadeó y se dio cuenta de que estaba de rodillas, que tenía las manos en la cara de Shapin, una en la parte posterior de la cabeza, la otra aplastada sobre la nariz y la boca del herido. La mano de Shapin, que debía de haberle clavado en la muñeca, cayó al suelo. Hugh apartó las manos de golpe y los ojos muertos de Shapin se lo quedaron mirando. Hugh abrió los dedos y se miró el dorso de las manos: temblaban.

El ritmo del tambor había desaparecido. Su cerebro estaba de repente en silencio, abierto.

Se levantó y se dirigió a la puerta. El hecho de que Wicksteed se estremeciera cuando él pasó fue la única razón de que observara su presencia. Se miraron un momento, Hugh con los ojos vacíos, Wicksteed con la boca abierta; luego Hugh se fue, las botas golpeando los escalones y levantando ecos cuando salió dando tumbos a la calle.

La carta llegó tres semanas más tarde. Su padre había sufrido una apoplejía y su madrastra estaba embarazada y le pedía ayuda. La carta debía de haberse enviado incluso antes de que se recibieran sus torpes felicitaciones. La salud de su padre había aguantado apenas tres meses de vida de casado. Su nueva madre se expresaba razonablemente bien y la letra era más refinada de lo que había temido, conociendo como conocía su reputación. La leyó dos veces antes de ponerse el uniforme que tenía en mejores condiciones y

solicitar un permiso a su oficial al mando. Si su estado mental no hubiera sido el que era, habría notado, quizá con tristeza, la prontitud con que le habían concedido su solicitud, y la rapidez con que se encontró un espacio para él en el siguiente barco que zarpaba rumbo a Plymouth.

De pie en la oscuridad del campamento, la noche antes de su partida, Hugh pensó otra vez en Alexander. La idea de que su hermano podría estar allí fuera, en el mundo, libre de lord Thornleigh y su nueva esposa, libre de Shapin y la mansión, pareció depositar una pequeña gota de consuelo en su alma, y durante unos instantes las pesadillas susurraron en lugar de rugir a través de su cabeza. La última conversación que habían sostenido había sido apurada e incompleta, un abrazo y un susurro antes de que Alexander abandonara la casa por última vez. Su hermano mayor estaba muy blanco tras la conversación con el padre de ambos y se detuvo solo para abrazar a su hermano durante un

segundo y decirle algo.

—Sal de aquí, Hugh. Aléjate de ese hombre. —  
Hugh hizo lo que pudo, pero lo que pudo no bastó.

Wicksteed lo encontró, como Hugh había presentido que haría en algún momento, la tarde antes de que él zarpara. El hombre se acercó sin ruido mientras él observaba el barco que debía llevarlo a casa y que estaban cargando en el muelle.

—¿Capitán Thornleigh?

Hugh se giró y lo miró con un parpadeo. Era un hombre más delgado que él y se mantenía muy quieto, de una forma casi antinatural, las manos entrelazadas por delante.

—Wicksteed.

—He oído que zarpa mañana. Siento oír que su padre no se encuentra bien.

Hugh no dijo nada.

—¿Así que puede que sea lord Thornleigh?  
¿Ahora mismo? —Wicksteed podía mantener

quietas las manos, pero sus ojos seguían brillando.

—Tengo un hermano.

Wicksteed miró el barco.

—Nadie a quien se le puedan poner las manos encima, según creo —dijo. Hugh no respondió—. Lord Thornleigh... ¡menudo título! Lord Thornleigh podría hacer lo que quisiera en la vida, ¿no cree? Claro que, quizá incluso su hijo ha sido siempre libre de hacer lo que le place. O eso cree.

Hugh sintió que el estómago se le tensaba cuando recordó esos últimos momentos con Shapin. Intentó no preguntarse lo que podría haber visto Wicksteed. Su silencio pareció alentar al hombre a continuar.

—Pero debemos tener amigos para poder actuar como nos plazca, sabe, capitán. Para guardar nuestros secretos. Para mantener intacto el honor familiar. Para mantener nuestra influencia.

Hugh se metió la mano en el bolsillo y sacó un billete que había mantenido doblado allí desde que el comandante había accedido a que se fuera. Se aclaró la garganta y se irguió todavía más.

—No termino de entenderle, Wicksteed. Pero

tengo esto para usted. En reconocimiento por sus servicios al regimiento.

Puso el billete en las manos de Wicksteed. El hombre lo desdobló y se lo quedó mirando. Hugh esperó a que le diera las gracias y luego observó, sorprendido, cuando vio que el hombre empezaba a temblar. Unos puntos brillantes de color le destacaban en las mejillas.

—¡Cinco libras! ¿Cuánto silencio se cree usted que compra esto en estos tiempos, capitán? — Hugh se quedó lo bastante conmocionado como para retroceder un paso; Wicksteed lo siguió, siseándole a la cara—. ¿Es que para usted mi lealtad solo vale cinco libras? ¿Con lo que sé? Sé lo de la niña, sé que su padre es un asesino y sé que usted es igual que él. ¡Cinco libras!

Retorció el billete entre los dedos y lo tiró al suelo entre los dos. La saliva se le acumuló en la comisura de la boca.

—¡No soy ningún idiota! Sé escribir. He escrito. Puedo volver a escribir. Todo lo que sé puedo contarle, y entonces, ¿qué miembro de la buena sociedad se atrevería a hablar con usted? La

historia de su familia podría dar comienzo a una revolución en cualquier lugar de la tierra. ¿Los amigos de sus víctimas le darán de comer y se ocuparán de usted?

La última pregunta se la gritaron a la cara, y a los ojos de Hugh el rostro de Wicksteed se convirtió de repente en un lienzo en el que algún demonio había pintado y vuelto a pintar la cara de todo aquel al que había agraviado alguna vez: cada hombre que había matado, cada mujer a la que había decepcionado, cada arrendatario y niño de su propiedad, y la cara de Hawkshaw, la de Shapin, la del hijo de Cartwright. Se tambaleó hacia atrás con la boca abierta.

—Espere y verá, Thornleigh. Vendré a por usted. Le arrancaré el corazón y me lo comeré delante de usted, y luego haré que me lo agradezca.

Wicksteed se giró en redondo y se alejó. Hugh se inclinó, recogió el billete arrugado y lo alisó con dedos temblorosos antes de volver a metérselo en el bolsillo.

# Sexta parte

## VI.1

*Miércoles, 7 de junio de 1780, calle Sutton,  
cerca de la plaza Soho, Londres*

Graves volvió a entrar corriendo de la calle.

—No se ve ni un solo carruaje ni silla de manos.

—Vio que Clode estaba de rodillas, abrochando una capa alrededor del cuello de Jonathan. El joven alzó la vista.

—¿A qué distancia está? —preguntó.

Graves se pasó una mano por el pelo.

—Cuatro kilómetros, o cinco, quizá. Depende de si vamos por las calles o nos metemos por los campos.

La señorita Chase se estaba atando un fardo al brazo y apretó el nudo mientras hablaba.

—Por las calles. Es posible que nos vean, pero podremos escondernos mejor. Susan, ¿estás lista?

La niña estaba pálida, pero no vaciló en ningún

momento. Asintió.

La señorita Chase la cogió por los hombros.

—Pase lo que pase, jamás debes soltarme la mano, ¿comprendes?

La pequeña asintió otra vez.

Graves tocó a Clode en el codo y lo apartó un poco.

—¿Va armado?

El joven abogado negó con la cabeza.

—Lo único que tengo es un cortaplumas.

—Vaya a la cocina y coja un par de buenos cuchillos. Los criados cerrarán la casa tras nosotros y se refugiarán con los vecinos. —Graves puso una mano en el hombro del abogado y lo apretó con fuerza—. Vamos, ya hemos esperado demasiado.

El pequeño grupo se internó en la oscuridad. El negro del cielo estaba manchado de naranja en algunos sitios por los varios incendios. La gente pasaba a su lado a toda prisa, fardos de sombras y miedo, los rostros reluciendo de sudor allí donde las luces temblorosas de las antorchas los sorprendían, como transeúntes en los cuadros de

Caravaggio. Graves los instaba a no parar. Las calles familiares, el pavimento irregular bajo sus pies, tan conocido para ellos como sus propias manos, alguien parecía haberlo atrapado y transformado con los poderes de una pesadilla. Jonathan había tropezado antes de que pasaran siquiera junto a la puerta de su primer vecino; Graves se volvió y vio que Clode lo cogía en brazos. El niño se colgó del cuello del joven, luchando por encontrar consuelo, con las manos entrelazadas bajo el cabello oscuro del abogado.

Graves miró a su alrededor. Había demasiadas caras, era incapaz de distinguir amigo de enemigo en esa oscuridad. Siguió avanzando con paso penoso, consciente de la presencia de la señorita Chase y Susan siguiéndole los pasos, Clode cerrando la marcha, una mano sosteniendo a Jonathan y la otra metida en el chaleco, lista para cualquier cosa. Graves comprendió que estaba sujetando el mango de un cuchillo de trinchar; después de todo, su propia mano rodeaba al gemelo de aquel.

Giraron por el Soho. Cada plaza parecía arder

con llamas ávidas y risas de borrachos. Un hombre se tambaleó hacia atrás y casi le cae en brazos; hedía a coñac y hollín. Graves lo apartó de un empujón.

Oyó un chillido a su derecha. Giró en redondo y vio a una joven, el cabello suelto y desgredado, un bebé en los brazos, chillándole al tejado de un edificio desvencijado que tenía enfrente y que se doblaba y ondeaba entre llamas anaranjadas.

—¡Oh, Dios! ¡Adónde voy a ir! ¿Adónde voy a ir? —gritó cuando dos hombres, las escarapelas azules todavía visibles entre el fulgor del fuego, salieron de repente de la casa. Uno le dio un empujón tan fuerte en el pecho que la madre cayó espatarrada en la acera.

—¡Vuelve a Roma, puta! —dijo, después se volvió y se echó a reír con su compañero. La mujer envolvió con los brazos al bebé de su regazo y empezó a mecerlo.

Susan se arrancó de la mano de la señorita Chase, corrió junto a la mujer y le metió su bolsito en las manos.

—¡Coja esto! Encuentre un lugar seguro.

La mujer alzó los ojos y se santiguó, sollozando, mientras hablaba.

—¡Bendita sea, señorita! ¿Pero tiene usted adónde ir?

—Sí, en Earl's Court. Pero deberíamos irnos todos de aquí.

—¡Susan, por el amor de Dios, levántate! —gritó la señorita Chase.

La mujer asintió.

—Me iré —juró—. Y no volveré jamás.

La señorita Chase levantó a la cría de un tirón.

—¡Susan, venga! ¡No me vuelvas a soltar!

Susan trotó a su lado hasta donde esperaban los dos hombres observando a la multitud.

—¡Es que tenía un bebé, señorita Chase! —jadeó.

Graves miraba a su alrededor, observando la oscuridad.

—Muy bien, Susan —dijo—. Ahora vámonos. —Vio que Clode se sobresaltaba—. ¿Qué?

—Nada... no sé. Movámonos.

Crowther abrió la puerta de su casa de un empujón poco después de medianoche, encendió una vela que encontró esperándolo y la llevó hasta el estudio. La carta estaba sobre su escritorio. Leyó sujetando la página por el borde como si le pusiera nervioso la posibilidad de que el veneno se le filtrara por los dedos, luego la dejó con suavidad sobre la mesa. Sacó papel en blanco y empezó a escribir; recogió las observaciones que había hecho en cada cuerpo como lo haría si estuviera estudiándolos por propio interés, o como si estuviera exponiéndolas para que sus colegas las sopesaran. Al cabo, tras afilar la pluma de nuevo, empezó a escribir cada cosa que sabían sobre los habitantes y la historia de la mansión Thornleigh, intentó ver crecer sus palabras como una tela de araña, entrelazar los puntos de contacto entre las personas y los acontecimientos para trazar una red, una forma. Sabía lo que creía, que Wicksteed era el centro de todo, pero lo único que parecía hacer aquel hombre era mirar con el ceño fruncido desde el centro y negarse a ser rozado

siquiera por las hebras que colgaban a su alrededor. Solo la botella y el trozo de bordado, cada cosa con una explicación sencilla, lo rozaban, pero Patience se había ido.

Crowther alzó los ojos y los posó en la mano seca y negra que permanecía, los dedos señalando hacia abajo con gesto casual, en la cima de su armarito de preparados. Estaba negra por la resina, pero las venas y las arterias que le habían dado vida, los músculos que la habían movido, se destacaban en cera azul y amarilla. Si esos músculos se contrajeran, el puño se apretaría. Crowther estiró las manos un momento y luego empezó a leer otra vez lo que había escrito. ¿Dónde tenía que apretar, qué movimiento tenía que hacer para que la araña se levantara de un salto, furiosa, y bailase... y se colgase con sus propios hilos?

Parecía reinar la tranquilidad en aquellas calles que daban paso a la campiña por el nuevo camino

del rey que llevaba a Kensington. Daniel había perdido toda sensación en el brazo que sostenía el peso de Jonathan; seguía con gestos mecánicos las formas que iban delante de él y contaba los pasos. Pensó en la señora Westerman y la señorita Trench, en Caveley. Se preguntó qué pensarían si lo vieran en ese momento, llevando en brazos al heredero de toda esa riqueza y boato cubierto del hollín y la suciedad del camino. Esperaba que no pensarán mal de él. Tropezó y aterrizó en el suelo. La sacudida despertó a Jonathan del sueñecito en el que se había sumido en la última media hora. Se removió contra el cuello de Clode y se sujetó mejor. El joven abogado había crecido sin hermanos menores, así que la sensación de los brazos de ese niño rodeándole los hombros con una confianza tan absoluta era nueva para él. Comenzó a envidiar a los hombres que tenían hijos propios. Jonathan le murmuró algo.

—¿Qué ocurre, Jon? No te he oído.

—He dicho que si ha visto Thornleigh.

Clode sonrió en la oscuridad.

—Lo he visto. Aunque no he estado dentro.

—¿Hay caballos?

—Montones.

El niño suspiró, satisfecho, y luego su cuerpo se puso rígido.

—¡Ahí! —exclamó.

Clode se giró en redondo y se sacó el cuchillo del chaleco. Oyó que Graves regresaba corriendo hacia ellos. Jonathan se bajó al suelo, pero se mantuvo a su lado al refugio del brazo libre de Clode.

—¿Qué era, Jonathan?

—¡Lo vi, estoy seguro! En ese extremo de la calle, donde está la farola.

El ruido de los disturbios llegaba amortiguado y distante; cuando una contraventana tembló con la brisa y se golpeó contra su marco, el ruido fue como el disparo de un rifle. Graves se llevó una mano a la boca.

—¡Sal si te atreves! —exclamó.

La farola siguió meciéndose sin fuerzas, pero nada más se movía en la calle.

Graves se inclinó hacia Clode y le habló en un susurro.

—Adelántese con los otros. Yo esperaré aquí para asegurarme de que no nos siguen e iré después.

Daniel no apartó los ojos del trozo de calle que tenía delante, pero negó con la cabeza.

—No. Usted conoce estas calles mejor y además, no deberíamos dividir la guardia. Si nos siguen y se escabullen por delante de usted, no me gusta en qué posición nos deja a la señorita Chase y a mí frente a ese hombre y a su amigo.

Graves dudó. La señorita Chase se acercó a ellos y le apoyó la mano libre con suavidad en el brazo.

—Tiene razón, Graves. Y vayamos por las rutas más concurridas. Este sitio está demasiado aislado.

El roce de la joven actuó sobre Graves como un hechizo. Asintió. Clode cogió a Jonathan en brazos otra vez y le sonrió.

—Tú eres nuestro vigía, pequeño. Mantén los ojos abiertos y da un buen grito si ves algo más.

El niño parecía un poco pálido y se cogió más fuerte a su protector, pero asintió.

A lo lejos oyeron una de las grandes campanas que comenzaba a repicar la hora. Graves se metió otra vez el cuchillo en el chaleco y se volvió hacia Knight's Bridge.

—La una en punto. Venga, vamos, démonos prisa.

## VI.2

Harriet oyó el reloj del vestíbulo marcar la una con un repique metálico. Había sido una tontería intentar dormir; su mente se había limitado a dar vueltas y más vueltas durante una hora. Puso los pies en el suelo y cogió su bata con un suspiro. Harriet jamás había perdido el sueño en el mar. Fuera cuales fueran sus preocupaciones o penas, el movimiento del barco siempre le había permitido descansar. Todavía se despertaba esperando oír la tensión elocuente de las maderas a su alrededor, el movimiento del aire.

Cruzó la habitación, encendió la vela que tenía en el tocador, se sentó delante del espejo mientras la mecha se prendía y se estabilizaba la llama y se quedó mirando su reflejo durante un momento. Tenía buen aspecto a la luz de la vela. Sus amigas le habían dicho que una vida en el mar envejecería y estropearía su tez, pero hasta el momento apenas había sugerencia alguna de arrugas alrededor de los ojos y la boca; solo empezaba a parecer mayor

cuando su hermana se sentaba junto a ella. Rachel parecía casi brillar con una capa de rocío de lo joven que era, como si todavía se estuviera formando, floreciendo.

Harriet giró la llavecita del cajón que había bajo el espejo y sacó la última de las cartas de su esposo. Había llegado casi dos meses antes y no podía empezar siquiera a esperar otra. Alisó las páginas y sonrió al ver la letra tan conocida. Dejó que las yemas de sus dedos rozaran el papel y le pareció que era casi como tocar la mano de su marido. La carta comenzaba con las frustraciones y los regateos para reequiparse en Gibraltar, los problemas que seguían de forma inevitable a las victorias conseguidas allí. Había encontrado a un hombre en su tripulación que, aunque bebía y tenía tendencia a pelearse cuando se emborrachaba, había formado una alianza con la hija del intendente y había demostrado saber regatear por el barco. De la nave en sí, de la velocidad que el nuevo revestimiento de cobre le proporcionaba, su marido no podía decir suficiente. Las últimas líneas eran una rápida despedida. Algunos de sus

amigos regresaban a la Flota del Canal mientras que él se iba rumbo a las islas de Sotavento y la oportunidad de enviar el correo no se podía perder.

Su marido había terminado con palabras destinadas solo a ella, una sencilla declaración de amor, de confianza, y órdenes para que besara a los niños por él. Él siempre se llevaba esas últimas líneas a los labios, le había dicho, cuando la tinta estaba seca, y en ese instante ella hizo lo mismo; podría jurar que el papel olía a sal y vientos fríos.

Volvió a dejar la carta en la mesa con una sonrisa y miró más allá de su reflejo, al campo negro que la rodeaba. Era extraño. Su marido amaba al mar como a una amante, pero ella sabía que su corazón estaba allí; que aunque solo había pasado unos meses en la casa desde que Caveley era suyo, ese lugar era su hogar, el núcleo que lo sostenía. Lo llamaba a través de los océanos. Cierto, ella estaba allí, y sus hijos, pero era más que eso. Las piedras y la tierra habían cantado para él, por él, mientras subían por el camino de

entrada en una calesa prestada. Harriet no había visto tal alegría en su rostro desde el día en que ella había accedido a ser su esposa. Ella también adoraba su hogar, por supuesto, pero el afecto que ella sentía por aquel lugar era solo un pálido reflejo del amor fiero que le tenía él. Su marido era capaz de recorrer mentalmente la casa y los terrenos con más exactitud que ella; cuando su marido dormía, su mente siempre lo llevaba a Caveley.

El corazón de Harriet continuaba en el mar, sin embargo, ansiaba volver a él. Los horrores que había visto allí podían despertarla por la noche, pero solo la unían con lazos más apretados al barco y la tripulación. Sabía que ella seguía siendo su mascarón de proa, su ángel tutelar, por muchos años que permaneciera apartada de ellos, pero ansiaba sentir esas maderas lisas bajo la mano, oír los silbidos y gritos, ver la amplitud mareante del agua. Recordaba la oleada de emoción que le recorría la sangre en la batalla, las políticas de los puertos y los almacenes, el denso café negro que su criado les servía cuando las

campanas anunciaban que comenzaba el día.

Un búho ululó por encima del bosque, y las imágenes que copaban su mente de vientos y agua quedaron borradas por la efigie de Brook tal y como lo había visto la primera vez, la expresión de leve sorpresa y desaprobación en su rostro, la obscenidad de la herida en el cuello. Lo imaginó vivo, de pie en la oscuridad, la figura surgiendo tras él con el cuchillo de Hugh en la mano. Representó toda la escena tras sus ojos mientras observaba la oscuridad. Pensó en la cara marcada de Hugh surgiendo de la penumbra, luego la de Wicksteed. ¿Tenía Wicksteed el valor para matar a un hombre? ¿Qué podía convertirlo en asesino?

Acurrucada contra los niños en la oscuridad, Verity Chase oyó el sonido de un sollozo contenido y bajó la mirada. Susan estaba llorando. Sabía que la niña no quería que nadie se enterara; estaba siendo tan valiente como podía por sus protectores, por su hermano pequeño. Verity la

apretó todavía más contra su costado y dejó que los dedos presionaran el hombro de la niña. Esperaba transmitirle valor, resolución, pero no estaba segura de que a ella misma le quedara algo de eso. Los ojos le escocían por la falta de sueño y el miedo en medio de la oscuridad. Las cenizas de los varios incendios se habían abierto camino bajo su capucha hasta la piel pálida y se le habían posado en las pestañas. Su rostro parecía haber llorado lágrimas grises impregnadas de hollín. Alzó los ojos hacia donde Clode estaba apoyado contra el muro lateral de una casa de postas cerrada a cal y canto, junto a ella. Jonathan yacía acurrucado, envuelto en su capa, a los pies del hombre. Daniel le sonrió, una sonrisa triste, seria. Verity se encontró pensando que, afeitado y limpio, probablemente no parecería mucho mayor que un niño él tampoco, aunque en ese momento parecía más un grabado de un salteador de caminos. Casi mejor. Oyeron unos pasos y se acercó Graves.

—Ya estamos muy cerca de la casa de Hunter. No es lo ideal. Puedo ver dónde está la casa desde el final de este camino; hay luces encendidas y

debe de haber algo menos de un kilómetro. Pero es terreno abierto. Si Jonathan tiene razón y ese hombre todavía nos sigue, es el momento perfecto para que lance su ataque.

Susan gimió y al momento se mordió el labio. Graves se agachó a su lado.

—Cariño, siento haberte asustado. Soy un idiota.

Susan sacudió la cabeza muy deprisa.

—No. Lo siento yo. No quería asustarme.

La señorita Chase le apretó el hombro otra vez.

—Todos estamos asustados, Susan. Es de sentido común. —La joven miró a los dos hombres—. ¿Qué hacemos?

Graves se puso en pie otra vez.

—Tendremos que intentar llegar corriendo. Señorita Chase, ¿podría llevar a Jonathan hasta allí?

La chica asintió.

—Muy bien. En cuanto salgamos a terreno abierto, vaya recto. Y corra. Si las verjas están cerradas con llave, tendrá que trepar. Pase lo que pase, no espere en el camino.

—Por supuesto.

A Graves le costó mucho, mientras buscaba los ángulos de la cara de la muchacha en la oscuridad, no declararle su amor allí mismo. Tragó saliva.

—Clode y yo la seguiremos y detendremos a cualquiera que pase. ¿Estamos listos?

Clode estaba colocando a Jonathan en los brazos de la señorita Chase. Susan le había cogido el fardo y se lo había atado alrededor de la cintura. Todos asintieron.

—Muy bien, entonces. Allá vamos.

## VI.3

Llegaron a la esquina y, sin una sola palabra, la señorita Chase giró y se internó en la oscuridad, con un brazo sujetaba a Jonathan y con la mano libre cogía la de Susan. Clode y Graves empezaron a caminar de espaldas detrás de ellos. La escasa luz de la luna nueva se reflejaba en las puntas de las hojas que llevaban. Las pisadas empezaron a desvanecerse tras ellos y durante un jubiloso momento la noche se quedó de repente en silencio y Daniel pensó que quizá se hubieran equivocado, que la paranoia conjurada por los disturbios y su propio miedo podría haberlos engañado a ellos y al niño, que todo iba bien... entonces se oyó un grito y dos formas oscuras se alzaron en la pista.

Clode saltó sobre el hombre que tenía más cerca. Desapareció todo su cansancio y se convirtió en otra cosa distinta. Sintió que el hombre tropezaba bajo su peso y luego el mundo giró cuando el puño del hombre se estrelló contra su mandíbula y le

lanzó la cabeza hacia atrás. Tenía la mano en la camisa del tipo y, mientras la noche explotaba con un dolor que pareció hacerle pedazos los huesos, se negó a soltar su presa. Asestó un golpe con la mano libre, utilizando el puño que apretaba el mango del cuchillo para aporrear el lugar de la oscuridad donde suponía que estaría la cara del hombre. Le acertó a algo y sintió el crujido de un hueso. El hombre aulló, se alzó bajo él y lo golpeó con fuerza en el costado. El porrazo le hizo soltar la mano y el cuchillo resbaló por el camino. El hombre le dio la vuelta a Clode y se le sentó encima. El tiempo empezó a ralentizarse. Clode vio que el tipo se metía la mano en el bolsillo en busca de su propio cuchillo. Estaba a punto de matarlo una sombra, le informó su mente con suavidad. La sangre le palpitó en las manos, revolvió para coger la tierra del camino y se la tiró al hombre a la cara. La sombra se estremeció y se alejó un poco. Fue suficiente para que Clode estirara la mano derecha hacia atrás, hacia donde sentía más que veía el reflejo pálido de su hoja. Oyó el rugido del gigante en su vientre, vio que el

hombre se alzaba, la punta de la hoja sostenida en lo alto e inclinada en ángulo recto hacia el corazón de Clode, que rozó con los dedos el mango de madera y se estiró, cada músculo y hueso destilando veneno por el esfuerzo, y entonces lo palpó, lo aferró y lo atrajo hacia sí. Cuando el hombre caía sobre él, sus ojos se oscurecieron por un momento. Después los volvió a abrir. Tenía el pecho húmedo, pero no sentía dolor alguno. Se zafó del corpachón del hombre y se levantó con un tambaleo mientras se palpaba el pecho. Podía sentir la sangre que lo cubría, pero sabía que no era suya. Le dio la vuelta con la bota al cuerpo que tenía a sus pies. El bulto cambió de postura y quedó espatarrado de espaldas. Los ojos estaban abiertos y vacíos. Su cuchillo estaba enterrado en el inmenso pecho. Se agachó y lo arrancó. Después se giró y buscó a Graves.

Graves vio que Clode tiraba al hombre al suelo a su izquierda. Saltó a la derecha y se las arregló para alcanzar a la delgada figura que intentaba pasar como un tiro junto a él, lo empujó y le hizo perder el equilibrio. El hombre cayó de rodillas,

pero antes de que Graves pudiera abalanzarse sobre él, se había puesto en pie a toda prisa y se había girado para mirarlo. La luna irradiaba luz suficiente para que pudiera verle la cara amarilla bajo el borde del sombrero.

—Tú otra vez —dijo el hombre.

Graves se plantó delante de él.

—Así es.

La cara amarilla se crispó con una carcajada.

—Si es así como quieres hacerlo, muchacho.

De repente brincó hacia delante. Graves hizo una pasada con la mano derecha. El hombre emitió una risita y antes de que Graves pudiera registrar siquiera el movimiento, ya lo tenía encima, sujetándole el brazo del cuchillo al costado y agarrándole la muñeca izquierda con la misma mano. El abrazo de un amante impaciente. Graves sintió la calidez amarga de su aliento en la cara. Tironeó, pero la presa era como la de un torno. El hombre habló en voz muy baja. Como un padre decepcionado con su hijo.

—¿Es que los caballeros no aprendéis nada útil, qué clase de educación os dan? —Graves se

debatíó, pero el hombre era rígido como el hierro —. Pensé que habrías aprendido la lección, con ese cortecito de nada que te hice. —Graves sintió el aliento fétido que recorría la herida todavía reciente que tenía en la cara—. De lo que se trata, chico, es de poner el pulgar en la hoja. Y clavar hacia arriba.

Graves miró el destello de la hoja, el pulgar del hombre presionaba la parte plana; sintió que el cuerpo del hombre amarillo se tensaba para el golpe. Así que allí era donde iba a fracasar; todo iba a terminar allí, en el camino, con Londres ardiendo delante de él. Pensó en Susan mordiéndose el labio y la ira lo recorrió entero. Con un rugido se giró para apartarse, pero no fue suficiente. Sintió la punta fría atravesarle la piel y la oscuridad de la noche inundarlo todo tras ella. Cayó, el hombre amarillo se volvió y empezó a subir a grandes zancadas pista arriba. Clode apareció a su lado.

—¡Graves!

Sacudió la cabeza y se incorporó como pudo. Todavía podía caminar, la herida no debía de ser

muy profunda. El asesino había pasado. Se dirigía hacia los niños. Graves aspiró el aire a bocanadas. Sabía a hierro, pero dulce, negro; le envolvía la herida y se llevaba el dolor.

—Los niños. Vamos.

Se internaron en la oscuridad a la carrera.

La señorita Chase oyó el ruido tras ellos, en el camino, y Susan le tironeó de la mano para intentar dar la vuelta. Verity se limitó a tirar más de la niña. Las luces de la casa estaban muy cerca. Empujó a su pequeño grupo por los últimos metros hasta que alcanzó y medio cayó sobre las verjas de metal, que la superaba en altura por una cabeza. Levantó a Jonathan cogiéndolo por las axilas.

—Venga, Jonathan. Ahora.

Las manos del niño se encajaron y se aferraron, y la joven sintió cómo se aupaba fuera de sus manos, vio su cuerpo balancearse un poco sobre los pinchos.

—Ahora tú, Susan.

Se arrodilló para hacer un estribo con las manos en el que la niña pudiera meter el pie y la impulsó. La oyó caer al otro lado y empezó a buscar sitios para apoyar los pies ella también en el ladrillo y el hierro. Un pie empujó contra la piedra, la mano en el barrote, la otra deslizándose por la cerradura, y por fin Verity consiguió arrastrarse hacia arriba y palpó con la mano derecha en busca de un sitio más alto. Sus dedos se encajaron alrededor del hocico de un león de hierro que había encima del poste de la verja. Se aupó con un ligero balanceo y se dejó caer al otro lado, las faldas ondeando a su alrededor. Se volvió para mirar hacia el camino e intentó asomarse entre los barrotes en busca de alguna señal de lo que estaba pasando allí. Con un gran estrépito, un cuerpo se estrelló contra los barrotes por el exterior y Verity se encontró cara a cara con el hombre amarillo de las pesadillas de Susan. El hombre le sonrió y los dos se sostuvieron la mirada un momento. La joven estiró las manos y sintió que el niño y su hermana las cogían. Al fin consiguió abrir los labios.

—Corred.

Los tres se giraron y empezaron a atravesar a toda prisa y con no poco esfuerzo el largo jardín de la casa del señor Hunter. Verity podía oír el traqueteo de la verja por la que el hombre ya estaba trepando. Las luces empezaban a moverse en la casa. Los fugitivos se abalanzaron, pero, de repente, Susan chilló y el suelo pareció caer bajo ellos. La señorita Chase sintió que la pierna se le retorció al caer. Y se quedó sin aliento.

La oscuridad era absoluta, pero estaba viva. Había un ruido. Ya había algo por allí, algo que se movía y giraba en la oscuridad. Verity oyó algo. Algo como el mar, o el rasgado de unos trapos, pero animal. Abrió los brazos y atrajo a los niños hacia ella, se escabulló con ellos del sonido, del movimiento, tapándoles las bocas con las manos para impedir que emitieran sonido alguno. No era necesario, los cuerpecitos delgados estaban rígidos de terror. Se oyó un tintineo de metal, una cadena. El extraño rugido que ronroneaba. Más voces a lo lejos, esas conocidas. Clode y Graves. Verity sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Estaban vivos. Sintió un impacto

repentino delante de ella. Una sombra más oscura entre las sombras.

—Eh, bonitos. ¿Qué clase de cueva habéis encontrado para esconderos en ella?

A Verity se le secó la boca, pero luchó por destrabarse la garganta y gritar.

—¡Graves! ¡Clode! ¡Aquí! ¡Nos tiene!

Oyó pasos que corrían arriba. Metió a los niños tras su cuerpo, en la esquina más alejada de aquel espacio en el que se habían metido, fuera lo que fuera. Podía oír el aliento del hombre amarillo al moverse hacia ellos en la oscuridad. El hombre empezó a reírse. Y luego el otro sonido empezó otra vez, como los gruñidos de un perro inmenso. El hombre amarillo se volvió hacia él.

—¿Qué diablos?

Y después avanzó otra vez hacia ellos. La señorita Chase comenzaba a ver algo. El hombre amarillo delante de ellos, cerniéndose sobre ellos, el brazo levantado, y tras él un extraño movimiento ondulante en la oscuridad. Se oyó un grito repentino y Verity vio una figura de hombre cruzar disparada su campo de visión y derribar al hombre

amarillo, que volvió a desaparecer en la oscuridad. El extraño gruñido desconocido de detrás se convirtió en un rugido. La oscuridad era todo movimiento. Se oyó un chillido agudo. Las sombras onduladas aullaban y rasgaban; otro chillido, otra figura, algo que se desgarraba.

—¿Graves?

—¡Aquí! ¡Lo tienen!

Una exclamación de horror. De repente apareció un hombre en la oscuridad, medio vestido y sujetando una antorcha encendida por encima de la cabeza.

—¿Se puede saber qué pasa, en el nombre de Dios?

La luz de la antorcha lo invadió todo. La señorita Chase abrazó a los niños con todas sus fuerzas. Dos enormes criaturas felinas se ensañaban con la garganta del hombre amarillo y lo tiraban de un lado a otro como un muñeco de trapo. Graves, el tronco ensangrentado y los ojos muy abiertos de terror, se escabullía de espaldas. Verity vio a Clode sujetando a uno de los animales por el cuello y lanzándolo a pulso de nuevo dentro de la

cueva, después cogió la pierna del hombre amarillo e intentó apartarlo de esos dientes. La antorcha cayó al suelo, el hombre que la sostenía se lanzó de un salto a ayudarlo y dio una patada al segundo gato en la garganta hasta que el animal abandonó a su presa. La señorita Chase se puso en pie como pudo, recogió la antorcha e iluminó con ella el interior de la cueva.

—No miréis —les dijo a los niños, y luego, al volver los ojos, vio que los pequeños ya lo habían visto y no podían apartar la vista.

El hombre amarillo yacía tirado casi a sus pies, su cuello era un destrozo hecho jirones de carne desgarrada. Por el pecho, las rayas anchas y regulares de unas zarpas le habían desgarrado la ropa y se la habían ribeteado de rojo. La señorita Chase miró a sus extraños rescatadores. Los gatos estaban encadenados por el cuello, al parecer, y sus cuerpos musculosos estaban salpicados de marcas que parecían huellas diminutas de cascos. Se paseaban hasta donde les permitía la cadena, las bocas moteadas de rojo y chorreantes, pero ya no podían alcanzar a ninguno de los presentes.

Graves se derrumbó contra la pared contraria, la cara pálida y el costado ensangrentado y húmedo. Susan emitió un ruido que era entre un gemido y un llanto y se apresuró a llegar a él. El joven la rodeó con un brazo y la abrazó.

—No pasa nada, Susan. Me pondré bien.

Clode estaba de rodillas junto al hombre amarillo, era como si hubiera perdido la cabeza durante la lucha, jadeaba con fuerza y tenía la pechera cubierta de sangre. La señorita Chase jamás había pensado que había tanta sangre en el mundo. Todos parecían empapados en ella. Se miró las manos y las vio llenas de arañazos y cortes provocados por las aristas de los muros y el suelo. El hombre que había traído la antorcha se levantó en medio de todos y miró a su alrededor, asombrado. Verity levantó la cabeza y lo miró.

—¿Qué son?

—Son dos *panthera pardus* machos de la familia *felidae*. Más conocidos como leopardos. Soy John Hunter. Esta es mi casa. Y ahora, señora, ¿quién diablos son ustedes?

Clode parpadeó, miró a su alrededor, se metió

una mano en el bolsillo, dejando caer el cuchillo ensangrentado en el suelo en el proceso, y sacó la carta que le habían entregado en el saloncito de Caveley. Seguía de rodillas, pero alzó el papel arrugado y sucio hacia Hunter, todavía luchando por recuperar aliento suficiente como para hablar. Hunter se lo quitó justo cuando Clode consiguió articular con un jadeo:

—Señor, con los saludos de Gabriel Crowther.

## VI.4

—Tráiganlos.

La voz de Hunter se oía amortiguada detrás de una de las pesadas puertas de la parte posterior de la casa que separaban las zonas de la vivienda de esas en las que llevaba a cabo sus investigaciones, aunque, en realidad, el edificio entero era un monumento a su trabajo. Lienzos de extraños animales, pintados con meticulosidad, colgaban de todas las paredes, junto con cráneos y huesos de criaturas que Susan no podía ni siquiera imaginar. Jonathan estaba hipnotizado por el esqueleto de una serpiente, el animal enroscado como si fuera a golpear en una vitrina de vidrio que había junto a los pies del niño. Su hermana se aferró con fuerza a la mano de la señorita Chase cuando la puerta se abrió.

Hunter era un hombre que ya estaba a punto de abandonar la mediana edad. Tenía el rostro algo aplastado y rojo, con un vientre prominente que le tensaba el chaleco. De pie junto a él, Clode

parecía muy joven. Se había puesto una camisa limpia, pero todavía tenía manchas de sangre en la piel alrededor de la garganta. Intentó sonreírles e hizo una mueca al notar el dolor en la mandíbula. Delante de los hombres había una enorme mesa de roble; sobre ella, dos formas, cuerpos bajo unas sábanas sucias.

—Queríamos que los vierais antes de que os fuerais a la cama —dijo Clode—. Por última vez. Para demostraros que ya no están ni lo estarán.

Susan asintió y se soltó de la mano de la señorita Chase. Hunter apartó la sábana de la cara amarilla del cuerpo que tenía la niña más cerca, aunque mantuvo la garganta cubierta. Los niños se acercaron y se lo quedaron mirando un buen rato. Los ojos abiertos y vacíos de vida. La luz de las velas se encharcaba en la piel agrietada y amarillenta y formaba pozas de sombra que giraban alrededor de la tela que le cubría la garganta. Los labios estaban un poco separados.

Jonathan alzó la cabeza y miró a Hunter.

—¿Está muerto?

—Del todo.

—¿Y quién es ese? —Jonathan señaló el otro cuerpo. Hunter apartó la segunda sábana y reveló los rasgos anchos del compañero de Cara Amarilla.

La señorita Chase vio que Clode se estremecía cuando quedó expuesto el cadáver. *Así que ese fue obra tuya*, pensó para sí. De nuevo los niños miraron. Esa vez fue Susan la que habló.

—Se parece un poco al hijo del señor Yelling. —Levantó los ojos hacia Clode, que la miraba con amable preocupación—. Era un poco simple. Pero no es él. Y yo me alegro de que este esté muerto. Gracias por matarlo.

La niña retrocedió y Clode pareció quedarse un poco avergonzado. La pequeña se dirigió a Hunter.

—¿Qué les va a pasar ahora?

Hunter miró al joven abogado, que respondió por él.

—Los cuerpos desaparecerán —dijo Clode—. Por eso queríamos que los vierais ahora.

Jonathan bostezó y se apoyó en la esbelta cadera de la señorita Chase.

—¿Cómo desaparecerán? —preguntó.

Hunter le sonrió.

—Los voy a cortar en pedazos para utilizarlos como material de estudio en mis clases. Aunque puede que me quede los cráneos.

El pequeño esbozó una sonrisa adormilada.

—Bien.

La señorita Chase le rodeó los hombros con un brazo.

—Tengo que meter a estos niños en la cama. Pero antes vamos a desearle las buenas noches al señor Graves.

Los caballeros se inclinaron y la joven se llevó a los niños de la habitación, aunque antes se volvió hacia aquel hombre extraño, con aspecto de batracio, que permanecía entre las velas y los cadáveres.

—Gracias, señor Hunter —dijo en voz baja.

—Encantado, señorita Chase.

Graves estaba cómodo, pálido por la pérdida de sangre, pero bien vendado y lúcido. Los niños

corrieron hacia él y se enterraron en sus brazos en cuanto se abrió la puerta.

—¡Despacio, niños! —La señorita Chase se sentó a los pies de la cama y observó mientras los críos se acurrucaban contra su tutor como cachorrillos. Jonathan lo miró con los ojos brillantes.

—El señor Hunter los va a cortar en pedazos y se va a quedar con los cráneos.

—Ese parece un plan estupendo.

Los cuatro hablaron de tonterías durante unos minutos, riéndose más de lo que le habría parecido lógico a cualquiera que no hubiera soportado la tensión de esa noche, que no hubiera sentido ese alivio cuando la tensión desapareció, hasta que la señorita Chase notó los primeros rayos del amanecer fuera y empezó a levantarse, lista para llevarse a los más pequeños a la cama. La puerta se abrió de repente y apareció Clode, todo urgencia en sus ademanes.

—¡Bien! Todavía están despiertos. ¡Miren lo que encontramos en la casaca de ese hombre! —Les enseñó de golpe una bola de papel. Graves estiró

el brazo por encima de la cabeza de Susan para cogerla. La señorita Chase lo miró con aire expectante y Graves abrió mucho los ojos.

—Es una nota: «Aquí está la dirección. Encárgate de él y de cualquier familia que encuentres allí». Bueno, esto lo deja bastante claro. Y este trozo tiene escrita la dirección de la tienda de Alexander. Con una letra diferente.

Daniel asintió.

—Y creo que sé de quién era la mano que escribió la dirección. Carter Brook.

—¿El primer hombre que mataron en Thornleigh?

—Eso es. Y apuesto lo que quieran a que la señora Westerman y Crowther serán capaces de decirme quién es el otro autor. ¡Ya lo tenemos! Sacaremos a las víboras de su casa, señor. —Y saludó a Jonathan con un guiño y un asentimiento—. Así que para cuando llegue usted, estará lista para acogerlo. —Miró alrededor, a todas las caras—. Para acogerlos a todos, espero. Pero debo irme. Hunter va a darme unos caballos y yo debería poner esto en manos de la señora

Westerman tan pronto como pueda.

La señorita Chase extendió la mano.

—¡Pero, Clode, hace días que apenas duermo!  
¡Está herido! Debe descansar.

El abogado la miró con un encogimiento de hombros mientras se palpaba la zona dolorida de la mandíbula con la mano libre.

—Ya habrá tiempo para eso más tarde, señorita Chase. Es el final de la partida, las últimas cartas. Ya descansaré cuando se acabe.

Se giró en redondo y se dirigió otra vez a la puerta. Oyó unos pasitos suaves a su espalda y sintió los brazos de Susan que lo rodeaban. La niña se puso de puntillas para besarle la mejilla sucia y rasposa.

—Gracias, señor Clode.

El joven abogado se ruborizó y cuando la niña lo soltó, se inclinó ante ella con formalidad.

—Un placer, señorita Thornleigh.

Alzó los ojos y se encontró con los de Grave. Los dos hombres se despidieron con un asentimiento y un momento después Clode se había ido. Susan se quedó mirando el espacio que había

ocupado durante un buen rato.

Harriet había conseguido disfrutar de unas pocas horas de sueño inquieto, pero no fue mucho después del amanecer cuando se encontró paseando por su bosque. Algo la llevaba allí una y otra vez. Era un lugar agradable, desde luego, pero ella sabía que era más para ver el trozo de tierra en el que había caído Carter Brook por lo que iba. Y allí se detuvo, la mano posada en el espino en el que habían encontrado la tela bordada, y repasó sus acciones de los últimos días. ¿Tendría que haber hecho algo de modo diferente?

Se volvió hacia el banco, se sentó con gesto pesado y dejó caer la cabeza en las manos con un suspiro. Las imágenes flotaban por su cerebro cansado. La enfermera Bray colgada en la vieja cabaña, la sucia profundidad de la herida del cuello de Brook, el odio de la carta que había llegado a sus manos la noche anterior, los patéticos esfuerzos de la perrita de Michaels que

habían envenenado, Wicksteed, la mano levantada para azotar a la amante de Hugh. ¿Se podía rastrear el veneno? Le preguntaría a Crowther quién podría tener algo así. ¿Por qué no quería decir Hugh que la botella la había puesto en sus manos su administrador? ¿Qué dominio podía tener aquel hombre sobre él?

Oyó un movimiento tras ella, se levantó de un salto, giró en redondo y vio a Wicksteed en carne y hueso, sonriéndole.

—¡Wicksteed!

—Sí, señora Westerman. ¿Está dando un paseo tan pronto por la mañana?

Los modales del hombre eran de una presuntuosidad extraña. Su porte se había hecho menos vigilante, más triunfal. Se había despojado de toda deferencia. La miraba a la cara y Harriet no pudo evitar sentir que al administrador le divertía verla. Se irguió todavía más e intentó mirarlo con un aire de fría autoridad. Una sonrisa se crispaba en las comisuras de los labios de él.

—Sí. Como puede ver —dijo Harriet con tono gélido.

—A mí también me gusta echarle un pequeño vistazo a mis tierras antes de comenzar el trabajo del día, señora Westerman.

—¿Sus tierras? —La carcajada que intentó incorporar a su voz estuvo a punto de asfixiarla.

—Las tierras de mis superiores, debería decir, ¿no? Aunque si cuelgan al capitán Thornleigh, el heredero será el hijo de un inválido y una puta, y yo creo que mi sangre es tan buena como la suya.

Wicksteed se sentó en el banco con una tranquilidad estudiada y levantó la cabeza para sonreírle a la señora Westerman con un parpadeo. La dama permaneció en pie delante de él.

—¿Le darán todavía empleo, cree usted, Wicksteed, si se sabe que habla de lady Thornleigh de ese modo?

Una ternura repentina rozó la cara masculina, y por un segundo aquel hombre pareció incluso amable. Se sacó del chaleco una cajita de rapé tachonada de joyas extravagantes y se la ofreció, pero Harriet la rechazó con asco. Wicksteed se encogió de hombros y se tomó su tiempo para colocar el polvo en la anverso de la muñeca e

inhalarlo. Después hizo girar la cajita en la palma de la mano mientras respondía. Harriet observó que cuando el administrador se relajaba su voz adquiría un agradable tono cantarín de tenor; hacía que sus palabras fueran mucho más violentas.

—Oh, mi señora sabe lo que es, señora Westerman. No le ha temido nunca a la verdad. ¿Pero qué hay de usted... quién es usted? La zorra de un marino que va embistiendo por el campo, dándole vueltas a un asunto u otro como uno de sus marineros borrachos en pleno permiso.

Harriet sintió náuseas de repente y tragó saliva.

—¿Cómo se atreve a hablarme de esa forma?

El otro sonrió.

—¿Qué tengo que temer de usted? Usted y su carnicero han hecho todo lo posible, y no han conseguido más que encajar mejor la cabeza del señor Hugh en la soga y meterme a mí al corregidor en el bolsillo. —Ladeó la cabeza y alzó la mano derecha, que bailó en el aire como si dirigiera el flujo de los acontecimientos con sus perezosas parábolas—. No, querida. La que debería tener miedo es usted, no yo. No me gusta

usted y no creo que deba continuar en Caveley.

Harriet parpadeó.

—¿Y qué tiene usted que decir sobre eso?

—¡Oh, vamos! ¿No acabo de decirlo? ¡Preste atención, querida! Dentro de un mes Hugh estará muerto y yo seré el que tenga el poder en la casa. Lo sabe usted tan bien como yo. Y entonces mi primera, mi única tarea, será convertir su vida aquí en un infierno sobre la tierra. Ningún miembro de la nobleza le hablará, no podrá proveer su casa en ninguno de los establecimientos que tenga tratos con Thornleigh. A su reputación, la poca que tiene, no le quedará ni un asomo de respetabilidad y a su hermana la despreciarán. — Hizo una pausa y añadió con tono amable—: Ocurrirá, señora Westerman. Puede estar segura.

Harriet se apartó un paso de él, de repente recordó la imagen de un lagarto amarillo que había visto en Barbados y que disparaba una lengua rosa para atrapar las moscas. Era como ver a aquella bestezuela otra vez, vestida y conversando.

—No esté tan seguro de sí mismo, Wicksteed. Esto no se ha acabado todavía. Y esos arañazos

que tiene en el brazo todavía podrían condenarlo.

El otro la miró con una expresión de sorpresa auténtica.

—¿Arañazos?

Se quitó la levita con un encogimiento de hombros y se subió las mangas sueltas de la camisa, enrollándolas hasta los hombros; luego giró las muñecas con lentitud para que Harriet pudiera ver que, de los hombros a las manos, la piel estaba intacta. Mantecosa y pálida, pero intacta. Vio la sorpresa de la mujer y se echó a reír otra vez.

—¡Pretende asustarme y me demuestra que estoy más a salvo de lo que pensaba, mi dulce señora!

Ella sintió que el corazón le latía más rápido, el rostro masculino estaba rosado de placer. Sin pensarlo, Harriet levantó la fusta e intentó golpearlo, pero el hombre fue más rápido que ella. La mano derecha del administrador voló como un rayo y atrapó el extremo de la fusta en la palma de la mano. Cerró la mano alrededor y tiró con fuerza, haciendo que Harriet tropezara. Wicksteed respiraba con dificultad y la diversión de unos

momentos antes se había convertido en ira. Harriet pudo verla destellar en las motas blancas que salpicaban los pálidos ojos azules.

—Te voy a decir una cosa, zorra. —Tenían los rostros tan juntos que Harriet pudo sentir el calor del aliento de Wicksteed—. Vete. Solo tú. Deja a tu marido, a tu hermana, a tus hijos, vete a algún otro sitio y yo seré el vecino más amable del mundo con ellos. Quédate, o vende y llévatelos contigo, y te daré caza por toda la sociedad. Tu fortuna, la de tu esposo, la de tu hermana... Habrán desaparecido. Arruinados. No os quedará nada para cuando termine. Pero si te vas tú, puedes salvarlos a ellos. Sí. Eso es incluso mejor. Te arrebataré a toda tu familia.

La saliva de Wicksteed la alcanzó en la cara. El hombre soltó el extremo de la fusta y con la mente llena de nada más que un horror blanco, Harriet se volvió y se precipitó por la pendiente de regreso a Caveley.

—¡No quiere hablar conmigo!

Crowther dio unas palmaditas en la mano que Rachel le había apoyado en el brazo.

—¿Qué ha ocurrido?

La joven lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Entró corriendo justo cuando yo bajaba a desayunar... llorando, creo, y Harriet nunca llora. Después subió directamente a su habitación. He llamado y llamado a la puerta, pero solo me pide que la deje en paz.

Crowther frunció el ceño.

—¿No se han recibido más cartas esta mañana?

—Nada. Pero anoche tampoco parecía muy preocupada por ellas.

Crowther se encogió de hombros y apoyó el bastón en una de las estanterías del salón.

—¿Quiere que suba yo a hablar con ella, señorita Trench?

La chica asintió y se apresuró a abrirle la puerta.

Crowther empezó a preocuparse. Si una semana

antes le hubieran dicho que estaría junto a la puerta del dormitorio de una mujer respetable pidiendo que lo dejaran entrar, se habría sentido demasiado sorprendido y ofendido como para reírse siquiera. Sin embargo, allí estaba. Y le parecía que ya conocía a la señora Westerman lo suficiente como para saber que no haría algo así sin una razón más poderosa que la proverbial histeria femenina. Llamó con suavidad con la mano a la puerta y pronunció el nombre de la mujer.

—Señora Westerman. Soy Crowther. ¿Me permite hablar con usted? Su hermana está preocupada.

Se oyó un suspiro y un susurro en la habitación. Unos pasos se acercaron a la puerta en el interior, unos pasos que vacilaron. Crowther oyó la voz.

—¿Está solo?

—Lo estoy.

Se abrió la puerta y Crowther vio a Harriet, los ojos vidriosos por las lágrimas y la cara muy blanca.

—Entre, Crowther. Ha ocurrido algo.

La dejó relatar su conversación con Wicksteed sin interrumpirla, después permaneció sentado largos minutos antes de hacer sonar la campana. La velocidad con la que se respondió a la llamada sugirió que la señora Heathcote llevaba ya un rato rondando por fuera. Crowther la recibió en la puerta.

—Señora Heathcote, creo que a la señora Westerman le convendría tomar su café y sus tostadas en sus aposentos. —Fue a alejarse, pero hizo una pausa y se volvió de nuevo hacia el ama de llaves—. ¿Y tendría la amabilidad de decirle a la señorita Trench que su hermana se encuentra bien?

La señora Heathcote lo miró, agradecida.

—Por supuesto. Gracias, señor.

Había una calidez tan genuina en su tono que Crowther sonrió. Regresó al sillón junto a la chimenea, enfrente de Harriet, y cruzó las piernas.

—No sé qué decirle, señora Westerman, una confesión espeluznante en nuestra época.

Cualquier hombre civilizado debería saber con exactitud qué decir en cualquier circunstancia.

Lo cual provocó una carcajada reticente.

—Jamás he pensado en usted como alguien especialmente civilizado, Crowther. —Este sonrió y luego vio el espasmo de dolor que cruzó otra vez la cara de su amiga—. ¡Oh, Dios! ¿Cree que quizá tendría que abandonar Caveley?

Lo salvó de tener que responder la llegada de la señora Heathcote con el desayuno de Harriet. A él también le había llevado una taza y le sirvió el café con un cuidado y un esmero ostentoso. Pero en cuanto el ama de llaves cerró la puerta a su espalda, Crowther contestó.

—Quizá.

—¿Pero qué iba a hacer yo? Me dijo que debía dejar a mi familia aquí. Me ha convertido en una exiliada.

—No es un papel muy agradable... eso lo sé. Aunque puede ser soportable. —Crowther hablaba en voz baja y ella asentía con lentitud a modo de respuesta. Crowther se aclaró la garganta y su voz se hizo más sólida—. ¿Dice que tenía los brazos

intactos?

—Por completo. Quizá fue Hugh.

—Pero usted no lo cree.

—No.

El anatomista se estudió las uñas, después cogió su taza y se recostó en el sillón.

—Bueno, señora Westerman. No pierda la esperanza todavía. Debemos intentar averiguar algo sobre el veneno; y lo cierto es que nosotros tenemos una ventaja de la que Wicksteed carece.

Harriet lo miró de inmediato.

—Tenemos a los niños.

La señorita Chase llamó con suavidad a la puerta y entró en la habitación donde estaba descansando Graves. Al joven lo estaba atendiendo John Hunter, que alzó los ojos con expresión fiera cuando ella entró y luego, al reconocerla, relajó el rostro con una sonrisa.

—¿Cómo está el paciente, señor Hunter?

El maduro médico terminó de contar las

pulsaciones de Graves antes de contestar, luego dejó la mano del paciente con gran cuidado sobre la colcha.

—Es joven. Si no hay infección en la herida, y yo no veo señal alguna de ella, se recuperará sin problemas. —Graves se acomodó otra vez entre las almohadas. Parecía un poco pálido, pero, aparte de eso, tal y como la señorita Chase había esperado.

—¿Entonces no tiene intención de hacerme una sangría, señor?

Hunter lanzó una carcajada seca.

—¡Dios, no! El otro tipo ya le hizo sangría suficiente, me parece a mí. Es una práctica más digna de bárbaros, creo yo. Yo solo practico sangrías a las damas elegantes que se imaginan un poco nerviosas y quieren una excusa para desmayarse y estar pálidas. No forma parte de la medicina. Jamás he visto que hiciera nada más que debilitar un cuerpo ya bastante débil de por sí.

La señorita Chase le sonrió.

—Es usted un revolucionario, señor.

El otro asintió.

—Me siento orgulloso de llamarme científico, señorita Chase, al igual que Gabriel Crowther. Aprendemos con los ojos, los oídos y las mentes que Dios nos dio. La mitad de los hombres que se hacen llamar galenos en Londres aprendieron todo lo que saben recitando el latín de los antiguos y moliendo unos polvos muy bonitos. Jamás toman notas. Jamás se paran a observar de verdad el cuerpo en pleno funcionamiento, así que lo único que hacen es estorbar. —Pareció sacudirse un momento—. Vaya, ya me tiene usted con mi caballo de batalla, señorita Chase, y podría seguir con el tema hasta la cena si no tengo cuidado. —Bajó los ojos y contempló otra vez al herido—. Lo dejaré a usted en compañía de esta joven dama, señor. Pero debe descansar. Y no deje que el crío le salte encima y descoloque la venda que le he puesto en la herida. Lo sabré si lo hace.

Se inclinó y cuando salió de la habitación, la señorita Chase se sentó junto a la cama. Graves se incorporó un poco sobre el hombro y se giró hacia ella. Verity podía ver la forma de la clavícula bajo la camisa, el hueco que dejaba en el cuello. Sonrió

un instante y se miró las manos, cohibida de repente.

—El señor Hunter es muy amable con nosotros.

Graves se rió.

—Sospecho que no podríamos haber traído mejor carta de presentación que llegar arrastrando un par de cadáveres frescos. En especial unos cuerpos por los que no ha tenido que pagar a los resucitadores.

Ella sonrió.

—Intenté explicarle algo más. Me hizo callar, me dijo que no le interesaban las historias y que tenía trabajo que hacer.

—Compadezco a los colegas por los que siente tan poco respeto. Dudo que tenga algún escrúpulo a la hora de demostrarlo.

Se produjo un momento de silencio que flotó entre ellos. La señorita Chase no lo miraba, pero se sentía tan consciente de su presencia que era casi doloroso.

—Señorita Chase...

Ella no recordaba que la voz de su amigo fuera tan baja. Siempre le había caído bien aquel joven,

claro está, pero le parecía un poco torpe. Había observado que la admiraba y le complacía la atención, pero no se le había ocurrido ni por un momento que llegaría a desarrollar sentimientos más fuertes por él. Y entonces todo había parecido cambiar, y él con la situación. Lo interrumpió.

—He enviado recado a mis padres. Espero saber de ellos pronto. —Esbozó una gran sonrisa y alzó los ojos para mirarlo—. Y creo que usted podría tener alguna pequeña dificultad con uno de sus pupilos. Sospecho que la señorita Susan Thornleigh se ha enamorado como una loca de Daniel Clode.

Graves lanzó una gran carcajada e hizo una mueca de dolor cuando protestó la piel que se estaba formando alrededor de la herida.

—Creo que a esa damita podría irle mucho peor. Es un buen hombre, y además guapo, malditos sean sus ojos. Susan tiene mi aprobación más incondicional para que le guste.

La señorita Chase se ruborizó un poco y le devolvió la sonrisa.

—Es usted un tutor terrible. Va a ser una joven

rica. Con un título. Y conexiones. Para ella debería tener en mente al menos un duque, no el abogado del pueblo.

Graves se acostó de espaldas y observó el dosel de colgaduras que tenía encima.

—Todos los ricos necesitan abogados. Le podría ahorrar a la familia una fortuna en honorarios. Aunque los niños tienen un abuelo que todavía vive, ¿no es así?

—Eso fue lo que dijo el señor Clode. Y un tío, aunque me dio la sensación de que no le gustaban ninguno de los dos.

Graves se sintió de repente muy cansado. La herida le picaba y sentía los ojos pesados y calientes. Los dejó cerrarse por un momento y le pareció que la presencia de la mujer en la habitación formaba un fulgor tras sus párpados. Dorado y recto en la oscuridad.

—Ha ido a ayudar a sacar a las víboras de la mansión Thornleigh, recuerde. Debemos confiar en que él y nuestros nuevos amigos, ese tal Gabriel Crowther y la señora Westerman, lograrán que el lugar esté en condiciones para cuando lleguen los

niños.

## VI.6

La carita de topo se alzó hacia ellos y los miró sorbiendo por la nariz, muy animado.

—¡Señor Crowther, señora Westerman! ¡Qué alegría! ¡Es un placer! ¿Hay algo más en los papeles de mi padre que deseen examinar? —Sir Stephen abrió los brazos y los hizo pasar al vestíbulo. Harriet le sonrió y le tendió la mano.

—Así es, señor. Y sentimos molestarlo otra vez.

—Oh, Señor, no es ninguna molestia, señora Westerman. Hace años que no soy tan sociable. Es bastante embriagador.

Los llevó trotando directamente al antiguo despacho de su padre y los siguió dentro. Crowther miró por un instante a su alrededor y luego se volvió hacia su anfitrión.

—También tengo un consejo profesional que pedirle, señor.

El hombrecito asintió con la fuerza suficiente como para que su peluca se desplazase hasta su oreja.

—Necesito averiguar quiénes son los mejores boticarios de la zona. No es muy práctico enviar de forma continua recado a Londres para conseguir mis preparados químicos. ¿Qué caballeros son hábiles con venenos por aquí?

La cara de sir Stephen brilló.

—Oh, no hay demasiada elección, señor Crowther, pero creo que debería sentirse satisfecho con Augustus Gladwell, aquí en Pulborough. Es el boticario al que se dirigen todos en esa zona. Su establecimiento está a solo un paso de aquí, y aunque el grueso de su trabajo lo conforman venenos y curas domésticas, creo que verá que está capacitado para hacer fórmulas más complejas si... —se inclinó hacia delante y bajó la voz hasta un tono más confidencial—... si se le dan las instrucciones apropiadas. Me parece que suspira un poco cuando me ve llegar a su tienda, pues en ocasiones me gusta experimentar con los efectos de diferentes añadiduras y proporciones en mis gases mortales y mis conservantes. Pero su curiosidad se despierta y con frecuencia vivimos toda una pequeña aventura para obtener el tipo

exacto de mezcla que necesitamos. Él también colecciona curiosidades, así que debería disfrutar conociéndolo a usted.

Ladeó la cabeza y parpadeó con fuerza. El movimiento cogió desprevenida a la peluca, con el resultado de que fue una de las primeras veces, desde que Crowther y Harriet habían conocido a sir Stephen, que la vieron exactamente donde debería estar.

Sir Stephen se ocupó de que les proporcionaran un refrigerio y los dejó con sus estudios. Crowther no tardó mucho en encontrarse con que Harriet lo llamaba a su lado.

—Tenía usted razón. El anciano sir Stephen no dejaba que nada se escapara a sus diarios. Aquí está lo que dijo sobre la muerte de lady Thornleigh: «Hablé con mi señor, que admite con toda libertad que estaba con su señora esposa cuando cayó, luego me mira a los ojos como si sintiera curiosidad por ver si me atrevo a hacerle

alguna pregunta más. Nada más fácil que una caída. Todos tropezamos de vez en cuando. Vi a mi señora de cuerpo presente, y creo que parecía estar en paz, aunque quizá solo es mi mente intentando tranquilizarse, sobre todo dados los inquietos momentos que he pasado esperando a que acusara a su marido del asesinato de aquella niña hace unos años. El cuerpo carecía en su mayor parte de marcas, aunque había algunos cardenales en las muñecas, como si la hubieran sujetado. Le pregunté al conde, que pareció un poco angustiado y dijo que había intentado agarrarle la muñeca y sujetarla cuando cayó, pero en vano. Quienquiera que hizo esas marcas parece que la había cogido con la firmeza suficiente, pero si intentó salvarla o la arrojó, eso no sé decirlo. El criado, Shapin, que vio la caída, tenía poco útil que decir, y no es que su testimonio se hubiera aceptado jamás contra el de su señor. Y, por supuesto, Thornleigh estaba presente en la habitación cuando hablamos. Shapin piensa que la dama todavía estaba viva cuando llegó a ella. “Vi la luz desaparecer de sus ojos, señor”, me dijo. El

conde no estuvo de acuerdo. “Cuando se te rompe el cuello, las luces se apagan de inmediato, Shapin”. Este último lo miró con docilidad y dijo que suponía que podía estar equivocado. Mi señor tiene intención de pasar buena parte de su tiempo en Londres cuando entierren a su mujer. Yo me alegro. Espero que sus hijos sean al crecer mejores hombres que su padre. Tienen al menos la mitad de la sangre de su madre».

Crowther sonrió.

—¿Lo ve, señora Westerman?

Harriet se llevó la mano a la frente.

—Creo...

El anatomista dejó caer el bastón sobre la pesada alfombra del suelo con un golpe seco. Una pequeña nube de polvo se alzó y cayó sobre sus pulidos zapatos.

—¡Lo sabemos! ¡Dígamelo!

Su compañera lo observó de repente con una mirada inteligente, vio el color en las mejillas de Crowther, el resquicio de hielo en sus ojos.

—Lord Thornleigh mató a Sarah Randle y guardó el guardapelo que contenía su propio

cabello como recuerdo. Su mujer lo encontró, lo desafió y en recompensa por las molestias la tiraron por las escaleras; Shapin lo vio, vio quizá más de lo que sabía en ese momento.

—Así que lo apartaron de sus amigos, le tendieron una trampa acusándolo de robo y lo deportaron a América.

—Donde terminó conociendo a Hugh... —dijo Harriet.

—... y a Wicksteed. Creo que ese es el hombre por quien el capitán Thornleigh se está castigando. Debió de matar a Shapin. Wicksteed lo sabía... y sabía por qué.

—Y ha utilizado ese conocimiento para dirigir la mansión desde que salió del ejército.

Crowther se relajó y le sonrió.

—Creo que puede ser. Bonito conjunto de vecinos tiene usted, señora Westerman. ¿Vamos a visitar al envenenador del pueblo ahora?

Augustus Gladwell era uno de los hombres más

altos sobre los que la señora Westerman había puesto jamás los ojos, y tan delgado que hacía parecer fornido a Crowther. Este lo observaba con tal interés que Harriet se sintió casi incómoda. El hombre tenía las mejillas hundidas y el cabello ralo y plateado, atado con sencillez en la nuca. La tienda era de buen tamaño, aunque la enorme altura de su propietario la hacía parecer más baja y cuadrada de lo que debería. Las herramientas de su oficio lo rodeaban. En la pared, tras su mostrador, había montado un centenar de pequeños cajones, cada uno etiquetado con una caligrafía muy fina. El mostrador en sí, y los aparadores, estaban apilados con grandes tarros, rizados y relucientes bajo el sol vespertino. A Harriet le sorprendió darse cuenta de que nunca había tenido motivo para ir allí en persona en los cuatro años que llevaba llamando hogar a Caveley. Había adquirido sus productos, pero solo a través de sus criados. El olor le recordó a su cocina cuando la señora Heathcote hacía las conservas para el invierno. El aceite de clavo impregnaba el aire, lo que le daba a la sala un sabor a otoño incluso en

ese día de verano. El mostrador también sostenía varios juegos de balanzas, desde una que habría servido para pesar patatas, hasta la más pequeña, que Harriet estaba segura que podría medir el peso de su aliento, tan tenue y delicada parecía.

El señor Gladwell les sonrió y se encorvó hacia delante.

—¿Es usted el señor Gladwell, señor? — preguntó Crowther. El hombre asintió con lentitud —. Soy Gabriel Crowther. Sir Stephen me ha recomendado que lo visitara.

Los ojos del hombre se iluminaron con un afecto sincero.

—Es uno de mis mejores clientes, y sus peticiones casi siempre suponen todo un desafío. Creo que he oído su nombre, señor, y esperaba poder conocerlo.

Su voz era un extraño susurro, como un pergamino al secarlo con arena. Crowther miró alrededor con gran contento.

—Me parece que aquí he encontrado un amigo, señor. —Crowther se asomó a uno de los tarros de vidrio donde flotaba algo que Harriet había

decidido por su propia tranquilidad no intentar identificar—. ¿Cuánto tiempo tiene este preparado?

—Dos años.

—Extraordinario.

—Invertí tanto tiempo en el sellado del tarro como en el propio líquido. Pero he oído que usted también tiene una colección más que notable.

Los dos hombres se inclinaron el uno hacia el otro por encima del tarro. Harriet se aclaró la garganta y Crowther se irguió de mala gana.

—Espero que tengamos tiempo para comentar estos asuntos con todo detalle, pero antes mi amiga desea preguntarle algo.

Harriet esbozó una sonrisa cortés y se adelantó.

—Necesito algo para matar mis ratones —dijo.

Gladwell frunció un poco el ceño.

—Señora Westerman, su ama de llaves ya adquirió algo apropiado para los animales de su granero hace solo un mes.

Harriet parpadeó y agitó las manos con un aleteo.

—Oh, pero me ha dicho uno de los sirvientes de

Thornleigh que ellos tienen algo incluso mejor, y yo creo que deberíamos probarlo.

El ceño se profundizó y los rastros de bienvenida parecieron desaparecer del rostro de Gladwell, como si se los llevara un viento del desierto.

—Ellos tienen el mismo preparado exacto que su casa, señora.

—Pero yo pensé que el señor Wicksteed...

Crowther la interrumpió.

—Basta, señora Westerman.

Gladwell levantó la cabeza y lo miró, sorprendido. Crowther se apoyó en su bastón y miró a su compañera.

—Notable como suele ser su actuación, estoy seguro de que obtendremos más del señor Gladwell con un poco de simple honradez.

Harriet dejó de sonreír.

—¿De veras?

—Estoy convencido.

Harriet se encogió de hombros y se sentó junto a uno de los aparadores. El frasco que quedó junto a su codo contenía un ratón con dos colas. El

animalito tenía los párpados cerrados, aire soñador, y flotaba como si volara libre por los cielos. Harriet resistió la tentación de dar unos golpecitos en el vidrio para ver si abría los ojos y la miraba. El señor Gladwell continuaba con el ceño fruncido tras su mostrador, mirando a Crowther.

—Al señor Joshua Cartwright lo envenenaron el domingo por la tarde en Hartswood. Arsénico. Sospecho que fue el administrador de Thornleigh el que lo hizo matar y me preguntaba si le ha comprado a usted arsénico en los últimos tiempos.

El señor Gladwell sostuvo la mirada de Crowther durante un buen rato. Al final se aclaró la garganta.

—Asumo, señor Crowther, que ustedes...

—Sí, comprobamos lo que quedaba en la botella con un perro. —Harriet hizo una mueca a pesar de sí misma—. Era sin lugar a dudas arsénico. ¿Se lo compró a usted el señor Wicksteed?

En lugar de responder de inmediato, el señor Gladwell rodeó el mostrador y cruzó la sala para cerrar la puerta de la calle y bajar la persiana.

Pareció cruzar el espacio en un solo paso, era más como desdoblar y volver a doblar los miembros que caminar en sí.

—¿Quizá pueda ofrecerles a los dos un pequeño refrigerio? Si son tan amables de entrar en el salón.

Las habitaciones privadas que tenía el señor Gladwell en la parte posterior de la tienda no eran muy diferentes en estilo o mobiliario de aquellas en las que tenía su negocio, pero allí las sillas estaban diseñadas para una ocupación más larga, y los cajones de hierbas y tinturas daban paso a volúmenes encuadernados en piel. Las rarezas de los tarros, sin embargo, se hacían algo más prevalentes. El señor Gladwell parecía tener predilección por lo inusual en la naturaleza, sugerido por el ratón con dos colas y confirmado en su sala de estar por un lagarto con dos cabezas. Los dos hombres debatieron sobre ese espécimen con gran detalle hasta que se sirvió el té y tomaron

asiento. La taza del señor Gladwell parecía la de un niño en sus largas y delgadas manos, tan blancas que hacían que la resplandeciente porcelana pareciera apagada y amarillenta.

—Gracias por su franqueza, señor Crowther —comenzó Gladwell con su voz arenosa tras una pequeña pausa de silencio que sugirió que estaban pasando a un nuevo tema—. Lo que le dije a la señora Westerman es la pura verdad. El preparado que se lleva la mansión Thornleigh para deshacerse de vida animal no deseada es el mismo que le hemos proporcionado a Caveley, y está basado en estricnina, no en arsénico. Pero hace poco tuve una conversación que creo que debería compartir con ustedes.

Harriet dejó la taza y para ello tuvo que hacer espacio en el aparador, en el que apartó un frasco al que se asomaba un ojo de buey que la miraba con amabilidad.

—Nos interesaría mucho oírlo —dijo.

El gigante sonrió con lentitud.

—Tengo varios competidores en la zona. Algunos son hombres buenos, algunos creo que no

lo son. Uno de estos últimos se dejó caer por mi tienda no más tarde que ayer. Esperaba lograr que yo ofreciera aquí una pastilla de su invención contra la gota. Hizo varias afirmaciones a favor del producto que a mí me parecieron extravagantes y quizá no supe ocultar mi opinión. Se enfadó un poco conmigo.

Gladwell esbozó una débil sonrisa al recordarlo y levantó la mano como si quisiera deshacerse de la contrariedad de su colega. A Harriet le recordó a su caballo al agitar la cola para espantar los mosquitos estivales.

—Me pareció que su orgullo quedaba un poco herido y me dijo que no esperara contar con la mansión Thornleigh como cliente en el futuro, puesto que él ya estaba teniendo tratos con ellos. Sin embargo, no fue el señor Wicksteed el que hizo la compra de la que hablaba. Me dijo que le había vendido cien granos de arsénico el sábado por la mañana a la propia lady Thornleigh.

Harriet tragó saliva de golpe y Crowther dejó la taza en una mesa. Tras un momento, habló:

—Esa es una cantidad considerable.

—Desde luego. Suficiente para que el pueblo entero se deshiciera de sus ratones. Y de sus gatos. Y sus perros. Creo que mi colega estaba orgulloso de haber hecho una venta tan grande. Siempre vende más de lo que sus clientes requieren y nunca tolera que se vayan de su tienda con las manos vacías. Conozco a varias personas que han entrado en su tienda bastante sanos y se han ido convencidos de que estaban, de hecho, al borde de la muerte como resultado de varios males. Creen que han tenido la bendición y la suerte de haberse tropezado con él en el momento justo para evitar el desastre.

Crowther les sonrió a las puntas de sus dedos.

—Eso no puede ser bueno para su negocio, señor Gladwell.

El gigante alzó los delgados hombros.

—La mayor parte al final regresa conmigo. A la mayoría no le suele hacer un daño irreparable, pero la venta de una cantidad tan grande de arsénico se me quedó grabada. Crowther flexionó la mano.

—Como bien dice, señor Gladwell, es desde

luego algo que llama la atención. ¿Conocía usted al señor Cartwright?

—De vista, como todos los comerciantes nos conocemos en el condado. No parecía un hombre que mereciera morir de tal modo. El arsénico manda a nuestros cuerpos al infierno mucho antes de que el alma se escape para unirse a él. Y lady Thornleigh se llevó una gran cantidad. Espero que no compartan su mesa; por su bien, dama y caballero.

Harriet volvió a coger la taza. El ojo del tarro se sacudió un poco como si intentara llamar su atención.

—No la compartimos. Pero no me gusta vivir tan cerca.

—¿Desea ir a ver al corregidor? —Crowther estaba ayudando a la señora Westerman a subir a su carruaje en el patio delantero de la mejor casa de postas de Pulborough. Harriet se volvió hacia él, un pie en el suelo, uno apoyado en el escalón del elegante y pequeño birlocho que utilizaba para sus viajes por la zona, la mano en la de él.

—Pero no sabemos cómo se enteró Wicksteed del encuentro con Brook, y nuestras conclusiones sobre Shapin son solo suposiciones en el mejor de los casos. ¿Cree usted...?

Pero antes de que completara la idea, dos hombres jóvenes, las toscas camisas volando, chocaron contra la dama y el caballero. Con una conmoción repentina, Harriet se encontró arrojada al suelo, y sintió que se le torcía el tobillo. Se dio un buen golpe en la espalda contra la alta rueda de su carruaje. Oyó que su cochero rugía y saltaba de su asiento al tiempo que le gritaba a su mozo que sujetara a los asustados animales. El bastón de

Crowther se estrelló contra el suelo y rodó fuera de su alcance por los adoquines. David cogió a uno de los muchachos y lo giró, sujetándolo por el cuello de la camisa. El otro vio el bastón de Crowther y cuando su dueño fue a alcanzarlo, cargó con el tacón contra el delgado trozo de madera, que se partió entre las piedras almohadilladas del patio. Crowther se levantó con cierto esfuerzo y un aullido y logró asestarle un golpe en la cara a su atacante con el revés de la mano al ponerse en pie. La cabeza del joven se echó hacia atrás con una sacudida y levantó el puño, pero después se echó reír y escupió en el suelo. Crowther fue a echarle mano otra vez, pero el muchacho fue más rápido, salió disparado hacia su compañero y se lanzó entre él y el colorado cochero de Harriet para romper la presa. Salieron los dos corriendo del patio a toda velocidad con David en su persecución mientras Crowther se volvía hacia Harriet y empezaba a ayudarla a levantarse. La dueña de la casa de postas ya había salido y atravesaba corriendo los adoquines, el delantal hinchándosele a su alrededor en una nube

de disgusto.

—¡Oh, Señor bendito! ¿Pero qué ha pasado? —  
Rodeó con el brazo el hombro de Harriet y la ayudó a incorporarse.

—Me encuentro bien, de verdad. Solo sin aliento, creo. —Intentó apoyar el peso en el tobillo herido y se puso muy pálida, cambió de pie y dejó que el brazo de Crowther sostuviera buena parte del peso.

La dueña de la casa de postas parecía a punto de estallar en lágrimas.

—¡No puedo creerlo! ¡Jamás he visto cosa parecida!

Harriet intentó sonreírle.

—De verdad, señora Saunderton, me encuentro bien. No es nada. Un par de jovencitos alocados.

Crowther miró a su alrededor. En la puerta de la casa de postas vio la forma conocida de Wicksteed. Les estaba sonriendo con los brazos cruzados sobre el pecho. David, el cochero, regresó corriendo al patio. Crowther observó que el mozo que sujetaba las riendas de los caballos esbozaba un pequeño suspiro de alivio al entregar

las bridas. Debía de ser Jake Mortimer, el sobrino de la costurera. Vio que David había resultado herido en su forcejeo con el hombre. La piel alrededor del ojo se le estaba poniendo roja.

—Lo siento, señora. Se me escaparon en la plaza.

La señora Saunderton estaba intentando limpiar el polvo de su patio de los largos pliegues del vestido de Harriet; esta estiró una mano para detenerla.

—No te apures, David. Gracias. ¿Estás herido?

—Nada digno de mención, señora Westerman.

La dueña de la casa de postas seguía temblando por el disgusto.

—No creo haber visto jamás a ninguno de esos muchachos. ¡Oh, señora Westerman, qué debe de pensar de nosotros! ¿No quiere entrar un momento para recuperarse? ¡Qué susto!

Harriet consiguió esbozar una sonrisa.

—Gracias, no. Creo que ya estoy bien ahora que he recuperado el aliento. Pero qué raro...

Sus ojos se apartaron de la otra mujer y fue entonces cuando se fijó en Wicksteed. Su rostro

perdió todo color y la voz le murió en la garganta.

Crowther se adelantó entonces.

—Creo que la señora Westerman estaría mejor recuperándose del susto en su propia casa.

Harriet asintió y empezó a volverse de nuevo hacia el carruaje. Cuando puso el pie en el escalón estuvo a punto de caer. David se bajó al punto del pescante.

—Sujeta los caballos, muchacho. —En un segundo estaba junto a su señora—. ¿Si me permite, señora?

Harriet se ruborizó y asintió al tiempo que rodeaba los hombros del joven con un brazo y le permitía levantarla a pulso y colocarla con toda comodidad en el carruaje. El cochero volvió sin sonreír a su asiento. Crowther trepó a su sitio, todavía consciente de la sonrisa que Wicksteed les dedicaba desde su puesto al borde del patio. Oyó una tosecita a su lado y se asomó por el costado del birlocho. El nuevo mozo de cuadra de Harriet permanecía bajo él, sujetando los dos trozos de su bastón. El niño alzó la cabeza y miró al anatomista, muy pálido y nervioso. Su nueva

casaca parecía quedarle un poco grande. Crowther bajó los ojos y contempló aquel rostro redondo, todavía sin formar del todo, una imagen de una vida que acababa de empezar, luego extendió las manos para coger los trozos, su piel fina como el papel, salpicada de manchas marrones, los dedos huesudos levantando los restos de su bastón de las palmas frescas del muchacho. Asintió.

—Buen chico. Gracias.

El niño sonrió y se subió al pescante junto a David. Wicksteed se irguió y se acercó sin prisa al lado que ocupaba Harriet en el carruaje. Apenas esbozó una inclinación, pero le dijo unas cuantas palabras y con un saludo de la cabeza dirigido a Crowther, se alejó sin más. La señora Saunderton lo miró, un poco confusa. Wicksteed le dedicó una inmensa sonrisa y la mujer realizó una pequeña reverencia con gesto dubitativo.

—Vámonos —articuló Harriet con toda claridad.

David chasqueó la lengua para azuzar a los caballos. Estos alzaron los cascos y con una sacudida y un pequeño estrépito el carruaje empezó a moverse. Crowther colocó con todo

cuidado los restos de su bastón en el asiento, a su lado, y se inclinó hacia delante.

—¿Qué le dijo?

—Que es el comienzo.

Crowther se recostó en la esquina del carruaje y cruzó las manos sobre el regazo.

David llevó a la señora Westerman en brazos desde el carruaje hasta el salón y luego lo mandaron a toda prisa a la cocina para que se ocuparan allí de sus heridas. La señora Heathcote regresó momentos después con agua caliente en una palangana y tiras de tela sobre el hombro y se encontró con la señorita Trench a los pies de su hermana intentando quitarle el zapato. La escena era demasiado femenina para Crowther y tras un asentimiento dedicado a su anfitriona por encima de los hombros de sus enfermeras, dejó su bastón roto sobre el escritorio y salió por las puertaventanas para pasear un momento entre la lavanda. Sus pasos terminaron llevándolo al frente de la casa, e hizo una pausa bajo el roble que el comodoro Westerman había pensado que sería el guardián de su familia en su ausencia. El verano respiraba entre las hojas haciéndolas exhalar grandes suspiros. Crowther apoyó su peso en el tronco.

—No hemos hecho un gran trabajo, amigo mío —dijo mientras apoyaba la palma en la corteza.

Hubo un movimiento junto a la verja y cuando se volvió, vio que dos jinetes entraban en el camino que llevaba a la casa. El primero era Michaels en su montura favorita, una bestia tan inmensa como él mismo, que tenía fama de morder todo lo que se le ponía por delante. Tenía el brazo extendido hacia el otro jinete, como si lo sujetara en la silla. Cuando se acercaron un poco más, Crowther reconoció a Clode, el abogado que habían enviado a Londres. Los dos hombres se sobresaltaron y azuzaron los caballos cuando él salió de la sombra del árbol. Daniel empezó a desmontar en cuanto llegaron a su altura y su delgada forma estuvo a punto de caer en los brazos de Crowther. Este lo sujetó por los hombros.

—¿Los niños?

Clode parecía febril y lucía una palidez preocupante bajo el rastrojo de barba.

—Bien. A salvo. Legítimos.

El alivio de Crowther fue tal que rodeó de repente al joven con los brazos y lo sostuvo

durante un segundo. Michaels había desmontado y, cuando Crowther soltó al abogado, el tabernero le puso un brazo fornido alrededor de los hombros.

—Lo encontré en el camino a cinco kilómetros de aquí, apenas capaz de sostenerse en su montura. Vamos a meterlo dentro, señor Crowther. Creo que no ha dormido desde que salió de Hartswood.

Entre los dos lo subieron a la casa y la señora Heathcote se encontró con otro inválido entre manos justo cuando terminaba de poner cómoda a la primera. Crowther gritó por encima del hombro las mismas palabras que le había dicho Clode mientras llevaban al abogado arriba y oyó la exclamación de alivio de Harriet seguirlo por la escalera.

En cuanto lo acostaron en la cama, Clode cayó en un sueño inquieto. Crowther lo observó. Tenía la mandíbula muy magullada y presentaba más cardenales en el hombro y en la carne pálida del costado. Crowther hizo que subieran coñac y agua y ordenó que se encendiera el fuego de la habitación. Así que había habido algún tipo de episodio violento en Londres en el que se habían

aseestado y recibido golpes. Vio los restos de manchas de sangre en el pecho del joven, pero ninguna herida; notó los arañazos en las palmas de las manos y los nudillos, el corte profundo en el pulgar... una señal de que había sostenido un cuchillo en algún tipo de enfrentamiento y lo había usado, si bien no de forma experta, al menos sí con fuerza.

Michaels se sentó con él.

—Da la sensación de que está usted leyendo un libro —dijo en voz baja.

Crowther alzó los ojos y asintió con un ligero movimiento.

—Lo que hacemos deja marcas en nosotros. Sobre todo si estamos implicados en algún tipo de violencia. Cuando se despierte, estoy seguro de que el señor Clode nos hablará de algún tipo de altercado violento en el camino, en algún sitio. Creo que el otro hombre murió y que Clode encontró un refugio seguro después. Por qué decidió dejarlo tan pronto, su cuerpo no me lo dirá.

—¿Cómo iba a saberlo usted?

—Hubo mucha sangre, ninguna suya, que no ha tenido tiempo de lavarse. Sin embargo, lleva una camisa limpia.

—¿Sobrevivirá? No tengo especial deseo de ver morir a otra persona en su compañía, señor Crowther.

Gabriel sonrió.

—Aparte de las magulladuras, creo que sus síntomas son fruto de la conmoción y el agotamiento. Es joven. Debería ponerse bien. —Crowther hizo una pausa y cogió otra vez la muñeca de Clode; el pulso era irregular—. Pero algo le está impidiendo conseguir el descanso que necesita.

Se oyó una llamada suave a la puerta y Harriet entró cojeando en la habitación. Crowther le sonrió y se volvió de nuevo hacia su paciente. Cuando la puerta se cerró otra vez detrás de Harriet, Clode gimió y abrió los ojos.

—¡Crowther!

—Sí, señor Clode, ha llegado a nosotros. Y debe descansar.

El joven se incorporó sobre los codos y sacudió

la cabeza. Vio entonces a Harriet.

—Oh, la señora Westerman también. Me alegro tanto.

El abogado parecía un grabado sobre la cama, el blanco de las sábanas y la piel contrastando con la oscuridad del cabello y los huecos visibles bajo el cuello de la camisa. Su anfitriona le sonrió.

—Crowther me ha dicho que los niños están bien.

—Sí, y al cuidado del mejor de los tutores. Matamos al hombre que asesinó a su padre. O, más bien, lo mató un leopardo. —Harriet se preguntó si el joven estaba delirando y miró a Crowther con expresión preocupada—. Al menos creo que Hunter dijo que era un leopardo.

Crowther pareció confuso un segundo, pero sonrió cuando empezó a comprenderlo todo.

—El señor Hunter tiene algunas mascotas exóticas —le dijo a Harriet. Ella alzó las cejas, pero asintió. Michaels se adelantó en su silla. Clode no parecía notar nada, sus manos estaban palpando las sábanas a su alrededor.

—Tengo un papel, he cabalgado desde el

amanecer para traérselo. Lo necesitan.

Crowther se volvió hacia los pies de la cama, donde habían colocado la casaca de Clode en el respaldo de una silla, y se la pasó. El abogado estiró los brazos con impaciencia y metió la mano en los bolsillos. Sacó las dos hojas plegadas y arrugadas. Debía de haberlas rozado con las puntas de los dedos para comprobar que estaban allí cada minuto durante la cabalgada. Se las pasó a Crowther y de inmediato cayó sobre los codos.

—Estaban en el bolsillo del Hombre Amarillo. En el bolsillo del hombre que mató a Alexander, quiero decir. Los niños lo llamaban el Hombre Amarillo. Susan es muy valiente. —Se dejó caer otra vez entre las almohadas. Crowther le puso en los labios el vaso con agua y coñac—. Se escapó cuando ardió Newgate... Tuvimos que huir... Los pusimos a salvo...

Daniel suspiró, los ojos se le cerraron con un aleteo y su respiración se ralentizó. Crowther lo observó durante un segundo.

—Bien. Parece que se va a permitir dormir por fin.

Recogió los papeles, se acercó adonde estaba sentada Harriet y se los puso en la mano. Michaels y él permanecieron tras su silla mientras ella los desplegaba. Se quedaron todos en silencio unos segundos.

—¿Todavía tiene ese trozo de papel que encontramos en el cuerpo de Brook, supongo?

Harriet asintió.

—Sí. Y sé que esta es la letra de Claver Wicksteed.

—Entonces sugiero que ya es hora de que vayamos a ver al corregidor.

Harriet alzó los ojos y lo miró.

—Esta noche cenará en la mansión Thornleigh, por lo que ha oído la señora Heathcote.

Crowther le quitó los papeles de entre los dedos, los dobló y se los guardó en su casaca.

—Entonces sugiero que hagamos una visita a la mansión. ¿Quiere unirse a nosotros, señor Michaels?

El hombre encogió los hombros de oso y se puso un poco colorado.

—No estoy muy acostumbrado a entrar por la

verja principal. Pero no veo por qué no debería ir con ustedes.

—Tenemos que ver al corregidor. —Crowther habló en voz baja, pero el lacayo más antiguo de Thornleigh había empezado a parecer incómodo.

—Está sentado a la mesa y tenemos órdenes de no permitir la entrada a esta casa a nadie de Caveley, ni a usted, señor Crowther. —Sus órdenes no parecían hacerlo muy feliz. Se volvió hacia Michaels y se irguió un poco—. A usted no se la permitiríamos en ninguna circunstancia.

Michaels le sonrió y se apoyó los puños en la cintura.

—Pues entonces ha sido una tontería por vuestra parte dejarnos pasar al vestíbulo.

Por el rabillo del ojo, Harriet observó que la doncella que les había abierto la puerta y había retrocedido un poco para dejarlos entrar se ruborizaba y daba un paso atrás. Los ojos del lacayo siguieron el mismo camino.

—Eso fue un error —dijo con frialdad.

Michaels parecía totalmente cómodo con la

situación.

—Bueno, muchachos, si alguno de vosotros quiere intentar echarnos, buena suerte, no puedo decir más. —Y flexionó las inmensas manazas.

Crowther suspiró.

—Tenemos que ver al corregidor —repitió.

Los acompañaron al antiguo gran salón para que aguardaran al grupo que estaba cenando y se encontraron con que Hugh ya estaba allí, derrumbado delante de un hogar vacío con un decantador a su lado. Levantó la mirada hacia ellos, los ojos ya bastante apagados.

—¿Qué? ¿Más cadáveres?

Harriet se acercó con torpeza hasta el otro sillón y se dejó caer en él. Hugh la observó durante unos segundos y luego, al darse cuenta de que la señora no iba a hablar, optó por preguntarle a regañadientes.

—¿Qué le ha pasado?

Ella lo miró a la cara.

—Wicksteed les pagó a un par de muchachos para que nos agredieran a Crowther y a mí en Pulborough hace un rato. Me hice daño en el tobillo. —Hugh la miró, confundido. Harriet se lo explicó como lo haría con un niño un poco simple —. Ha exigido que abandone Caveley, a mi esposo y a mis hijos. Me está demostrando lo que puedo esperar si no obedezco.

Hugh cambió de postura en su sillón y murmuró algo que nadie pudo entender. Pero nadie le pidió tampoco que lo repitiera.

Crowther miró al más joven de los Thornleigh desde su altura.

—¿Sabía usted que a su padre lo están torturando, capitán?

Los ojos de Hugh se esforzaron por centrarse.

—¿Torturando? ¿Qué quiere decir?

Crowther se lo quedó mirando durante un momento, después se giró como si la visión lo asqueara.

—Le han hecho cortes. Creemos que alguien le está haciendo pagar por sus pecados. Y quizá los de usted también.

Hugh se puso muy pálido, pero antes de que pudiera responder se abrieron de golpe las magníficas puertas y el grupo de comensales entró en la habitación. Wicksteed y lady Thornleigh iban del brazo, con el corregidor meciéndose detrás. Harriet tuvo que admitir que aquellos dos hacían una pareja muy atractiva. Parecían ambos llenos de fuerza y conscientes de su poder. Sus tonos morenos se complementaban y Wicksteed parecía haber adquirido cierta elegancia y control en sus movimientos, como si ese poder animal se hubiera transmitido a través del brazo perfecto que descansaba sobre el suyo. Solo el brillo insano de sus ojos y la extraña nube oscura que arrastraban con ellos les restaba parte de su atractivo. Harriet sintió que se le ponía la carne de gallina y se preguntó si el corregidor Bridges no se estaría atragantando con los malos humores que ondeaban tras ellos como el humo.

Lady Thornleigh soltó el brazo de Wicksteed, se dirigió a la larga mesa de caballete de roble que dividía el salón en dos y apoyó la mano en la madera. Su vestido crujió contra ella. La dama les

dedicó una sonrisa perezosa. Harriet parpadeó, sus ojos verdes bebían sin querer toda esa belleza que resplandecía bajo los antiguos escudos y retratos de la familia Thornleigh. La mujer los fue mirando uno por uno antes de hablar.

—¿Y bien?

Crowther se inclinó ante ella.

—Estamos aquí para hablar con el corregidor Bridges, lady Thornleigh.

La dama arqueó una ceja y miró a su invitado. Bridges dio un paso jactancioso.

—Cualquier cosa que desee decir, puede decirla delante de estas buenas personas, señor.

Harriet no consiguió ahogar del todo la carcajada amarga que le subió a la garganta. Wicksteed la miró con furia. Crowther asintió mirando al corregidor.

—Muy bien. Le contaré la historia. Tenía usted razón, Bridges, en cuanto al asesinato de Sarah Randle. Fue desde luego lord Thornleigh el que la mató por estar embarazada y por su propio placer; y él sabría por qué, pero se quedó con su guardapelo. Unos años después, la madre de Hugh

lo encontró y fue arrojada por las escaleras por ello.

El corregidor se había quedado con la boca abierta. Hugh se encogió en su sillón como si lo hubieran pinchado. Eso le había contado Shapin. Wicksteed estaba muy pálido. Lady Thornleigh tamborileó en silencio con los dedos en la mesa, mirando al suelo y, en apariencia, bastante aburrida. Crowther continuó.

—A Hugh Thornleigh le contó todo esto en América el antiguo sirviente de esta casa, Shapin. Y sospecho que Claver Wicksteed lo oyó. ¿Qué le ocurrió al criado, por cierto, señor Thornleigh? — Hugh parecía haberse quedado mudo y Crowther notó una sonrisa tensa en la cara de Wicksteed—. Lo mató usted, ¿no es cierto? ¿Es ese el asesinato por el que está dispuesto a que lo cuelguen ahora?

El corregidor alzó los brazos.

—He de protestar, desde luego. ¿Cómo se atreve...?

Wicksteed se giró en redondo y lo miró.

—Cállese, Bridges.

El corregidor se encogió, conmocionado.

Crowther le hizo un gesto con la cabeza a Harriet y esta continuó.

—Wicksteed, usted consiguió meterse en esta casa con chantajes, sabiendo que los dos señores de la misma tenían el alma corrompida. —Un último vestigio de simpatía y comprensión se hizo visible en su rostro cuando siguió hablando sin dejar de mirar a Hugh—. Tenía a Hugh, pero cuando él vio que su amistad con lady Thornleigh se profundizaba, hizo un último intento de luchar y le pidió a Joshua Cartwright que encontrara a alguien que buscara el rastro de Alexander Thornleigh. Al hacerlo, le dio la oportunidad a usted de garantizar que su dominio sobre este lugar fuera absoluto. Usted, Wicksteed, asesinó a Brook en mi soto y robó la dirección que había conseguido para Hugh, después envió a un sicario suyo a despojar a Thornleigh del único heredero que no tenía bajo control. —Alzó la mirada hacia él—. ¿Cuándo averiguó que fue Alexander el que había enviado a la enfermera Bray para cuidar de lord Thornleigh?

Hugh se incorporó con cierto esfuerzo en su

sillón y miró a su alrededor con expresión asombrada. Wicksteed no se movió. Harriet se encogió de hombros.

—La enfermera le escribió una nota a Hugh y usted la encontró, ¿no es cierto? Igual que encontró la nota que le mandó Brook. Desde que llegó, dudo que haya cruzado estos salones algún trozo de papel al que usted no le haya echado un vistazo. Quizá la enfermera intentó hablar con Hugh y usted intervino. En cualquier caso, usted la eliminó y por si acaso hizo que Hugh le enviara arsénico al pobre Joshua, para asegurarse de que no pudiera encontrarse ninguna noticia sobre el paradero de Alexander, y también para meterle la cabeza en la soga por los crímenes que había cometido usted. —Harriet se rió un poco—. ¡Y mientras provoca toda esta matanza, hace campaña en el Colegio Heráldico para que reconozcan su apellido y su legado! Es de suponer que desea casarse con lady Thornleigh cuando esta sea viuda. Estoy segura de que si lord Thornleigh sobrevive lo suficiente para ver colgar a Hugh, no tardará en morir después. Ya ha grabado sobre su alma y su carne las marcas de

todos los muertos. No cabe duda de que la última marca será por la mente de Hugh.

Wicksteed se ruborizó un poco al oír las últimas palabras. Luego cruzó la sala hasta donde lady Thornleigh continuaba apoyada en la mesa de caballete, le cogió la mano y se la llevó a los labios con gran delicadeza. La dama lo miró a los ojos y por un momento todos los presentes en la habitación sintieron esa extraña exclusión que surge en presencia de dos personas que solo se ven la una a la otra. Harriet los observó; había algo perfecto en ellos en ese instante, y una parte de ella sintió celos.

Wicksteed volvió a erguirse, se giró de nuevo hacia los demás y habló en voz baja y firme.

—No pueden demostrar nada. Y nadie escuchará los delirios de una loca que ha abandonado a su familia, ni al hermano de un parricida. —Le dedicó una sonrisa burlona a Harriet—. Ya vio mis brazos durante la interesante charla que sostuvimos en sus bosques el otro día. ¿Dónde están las marcas que hicieron las manos de la enfermera Bray y que usted insistió en que estarían

allí? No hacen más que contar cuentos de fantasmas, solo eso.

Michaels cambió de postura y salió de las sombras por detrás del sillón de Harriet.

—Oh, hay muchas cosas que se pueden demostrar, Claver.

Wicksteed pareció un tanto divertido.

—¿Se atreve a llamarme por mi nombre de pila?

—Me atrevo a llamarte perro asesino, Claver — le contestó el hombretón.

Wicksteed se echó a reír y balanceó la mano sin dejar de sostener la de lady Thornleigh; esta le dedicó una cálida sonrisa.

—Siempre me ha gustado usted, Michaels —dijo Wicksteed—. ¿Por qué no se pone de nuestro lado? Yo podría convertirlo en un hombre rico. ¿Por qué unir su suerte a la de esos? —Señaló con la cabeza a Crowther y Harriet—. Puede que se muestren corteses con usted, pero siempre esperarán que usted permanezca de pie cuando ellos se sienten y nunca se preguntarán por qué debería ser así.

—Ya veremos, Claver —dijo Michaels con

tranquilidad—. Pero con todo lo listo que eres, y no estoy diciendo que no seas un muchacho inteligente, yo sé algo que tú no sabes.

Crowther vio la tensión que aparecía en la cara de Wicksteed, le latía bajo la mandíbula. Michaels le hizo un gesto a Crowther, que esperó hasta que pudo sentir la tensión en la sala como el ritmo de un tambor lejano.

—Lo ha calculado mal. El hijo de lady Thornleigh no es el único heredero. Alexander tenía dos hijos, un niño y una niña. Ambos legítimos y registrados bajo sus verdaderos nombres. Los dos a salvo y bajo una supervisión adecuada en Londres. Su asesino no consiguió acabar con el linaje, y él mismo está muerto.

Hugh se levantó de un salto y de inmediato cayó de rodillas delante de Harriet.

—¿Es eso cierto? ¿Tenía hijos? ¿Viven?

El joven alzó los ojos hacia ella, su rostro era la viva imagen de la alegría y la confusión. Harriet extendió la mano y le acarició la mejilla.

—Viven, se encuentran bien y tienen precedencia. La mansión será de ellos. Y podemos

demostrar que Wicksteed organizó el asesinato del padre de esos niños. Escribió una carta, y eso será lo que lo cuelgue. —Su tono era suave, reconfortante.

Crowther se volvió hacia Wicksteed. Este había dejado caer la mano de lady Thornleigh, miraba las baldosas que tenía delante y apretaba los puños a los lados. Se oyó una carcajada, Harriet se giró para mirar a lady Thornleigh, cuyo cuerpo temblaba. La dama se llevó las manos a las joyas que le adornaban el cabello y empezó a arrancarlas y arrojarlas al suelo de piedra del salón.

—¡Entonces deberían tener esto, y esto!

Wicksteed intentó sujetarle las muñecas, pero ella se zafó de él y rodeó el otro extremo de la mesa. Su actitud perezosa se había evaporado, su cuerpo parecía vibrar, iluminado por dentro por la rabia.

—¡Pobre Moore de la cara amarilla! —dijo—. ¿Quién lo mató? Dios, cuántas veces hubo, cuando me estaba vendiendo en las calles, que deseé poder clavarle un cuchillo en las tripas, ¡pero yo

solo tenía doce años y él parecía tan indestructible como un dios! —Se rió otra vez—. ¡Y ahora está muerto! ¡Ardiendo en el infierno, como siempre supe que lo haría! ¡Oh, pienso bajar hasta allí para arrancarle los pelos por jugárnosla así!

Wicksteed pareció despertarse con un sobresalto e intentó llegar junto a ella, el rostro blanco y sudoroso.

—¡Mi amor! ¡Dios bendito! No digas nada.

Lady Thornleigh se quitó de un tirón los diamantes que le rodeaban la garganta y los mandó resbalando por el suelo, donde se detuvieron junto a los pies de Crowther.

—¡Cójalos! ¡Qué chico tan listo! ¡Que se haga justicia! Aléjate de mí, Claver. Está hecho y pienso hablar.

Lady Thornleigh miró con ojos de loca a Harriet, que estaba muy pálida.

—¿Qué? ¿Se pensó que me iba a quedar aquí sentada y dejar que Claver me hiciera todo el trabajo? —El cabello suelto se le rizaba sobre los hombros desnudos—. Fue el viejo Moore, el malnacido tenía como cien años ya por aquel

entonces, el que me vendió a mi primer viejo antes incluso de que empezara a sangrar... aunque me estrenó él, y a otras después. Sabía a quién recurrir cuando Claver arrancó esa nota de la mano de Brook. ¿Y se creen que esas heridas que tiene Thornleigh son por su bonita y triste esposa y por su sirviente? —Alzó la voz—. ¿Qué me importa a mí eso? No, son por las niñas como yo, más pequeñas incluso de lo que yo era, a las que violó en Londres desde que lo conocí. Casi cada semana hacía que le llevaran a una pobre criatura, siempre morena, siempre con un sencillo vestido gris para recordarle a su primer amor... igual que yo una vez. Yo las veía después, cuando las ponían de patitas en la calle por la puerta de atrás de mi elegante casa, llorando y tropezando... y a mí me daban perlas por mi silencio. ¡Yo he llevado ese guardapelo! Lo llevamos cada una de nosotras. Quizá incluso se lo puso a su mujer. Era muy joven también cuando se hizo con ella, según he oído. ¡Y él sabía que yo estaría esperando para devolvérsela! Pero nunca sospechó que tendría la oportunidad. Le divertía tener como esposa a una

puta que lo odiaba. Jamás soñó que terminaría encogiéndose bajo mi cuchillo.

Alzó la mirada y se quedó mirando a Crowther; se había mordido el labio y estaba sangrando por la boca. Bajó un poco la voz, solo un poco.

—¿No es maravilloso, Crowther, el modo en que la carne cede y se abre bajo un filo?

Harriet la miró.

—Usted ayudó a matar a la enfermera Bray.

Lady Thornleigh se llevó una mano a la hombrera del vestido y se arrancó la manga por la costura. En el blanco suave de la parte superior del brazo había cuatro arañazos profundos que apenas estaban empezando a sanar. Crowther pensó en el papel que llevaba en el bolsillo. Incluso desde aquella distancia sabía que encajarían a la perfección.

—¡Fue ella la que vino a mí! Para decirme que creía saber dónde estaba Alexander... aunque nunca mencionó a los niños, eso he de reconocérselo. Dijo que pensaba que era mejor hablar con la mujer de la casa. ¡Bien sabe el Señor que esa siempre ha sido Hugh! —Lady Thornleigh

gimió y giró en redondo—. ¡Quemamos todos sus papeles! ¿Cómo supieron lo de los niños?

A Harriet le temblaba la voz cuando respondió.

—Hizo testamento. Le dejó un broche en forma de camafeo a la niña de Alexander.

El gemido se convirtió de nuevo en una carcajada y la dama se arrancó los brazaletes enjogados de las muñecas.

—¡Todo esto! ¡Todo esto perdido por un camafeo barato!

Wicksteed consiguió llegar junto a ella y sujetarla.

—¡Para! ¡Para! Jemima, ¿por qué te traicionas? ¡Amor mío! ¡Piensa en tu hijo! ¡En Eustache! Por favor, cariño... para.

La mujer pareció tranquilizarse de repente bajo el roce de Wicksteed. Le puso una mano en la cara y con el pulgar le secó la lágrima que le corría por la mejilla.

—Oh, Claver. He enterrado a dos hijos y entregado otro. ¿Por qué tendría que importarme el mocoso de Thornleigh a menos que pudiera hacer algo por ti?

Claver dejó caer la cabeza y la apoyó en el hombro de su amante. Lady Thornleigh se meció y lo acalló, sus dedos jugueteaban en la nuca de su amor, donde el cabello negro le rozaba el cuello del traje.

—Ya se acabó, cariño. —Claver bajó la cabeza hacia ella y la besó en la boca con avidez. Jemima le deslizó la mano en el bolsillo del chaleco mientras se abrazaban—. Pero puedo hacer una última cosa por ti. No les permitiré que te cuelguen. —Esbozó una dulce sonrisa—. «Pulgar en la hoja, chica, y clava hacia arriba». —Claver se apartó un poco de ella, confuso. Harriet vio que la otra mujer sacaba la mano del bolsillo de Wicksteed, la vio girar de golpe la muñeca, un destello maligno en el aire...

—¡Crowther! ¡Tiene el cuchillo de él!

Wicksteed se volvió hacia Harriet como si no supiera muy bien lo que estaba pasando. Antes de que Michaels o Crowther pudieran arrojarle sobre la pareja, lady Thornleigh echó el brazo hacia atrás y luego hacia delante otra vez.

—¿Jemima? —Su tono fue de sorpresa, cayó de

rodillas a los pies de la mujer, la frente descansando en la seda de sus faldas. Lady Thornleigh posó la mano libre durante un momento en la cabeza de Wicksteed, igual que una mujer acaricia a un niño o a un perrito faldero, antes de dar un paso atrás sacudiendo un poco la encantadora cabeza. Luego se volvió sin soltar el cuchillo y echó a correr hacia la puerta. Cuando pasó junto a ella, Harriet estiró los brazos desde su sillón para intentar detenerla. Al cerrar la mano alrededor de la suntuosa tela del vestido, Harriet cayó hacia delante y lady Thornleigh tropezó, se giró y vio a Harriet aferrada a ella. Durante un brevísimo momento, Harriet la miró a los ojos, eran negros, con las pupilas dilatadas. Pero la noble ya se había levantado otra vez y se zafaba como una chica de pueblo se deshace de una zarza y huía de la habitación.

Hugh volvió en sí y fue a ayudar a Harriet, que consiguió levantarse. El corredor permanecía en pie, blanco y tembloroso, incapaz de comprender lo que había ocurrido delante de él. Michaels cogió a Wicksteed bajo los brazos como si fuera

un juguete y lo colocó casi con ternura sobre la mesa de roble. Crowther se reunió con él. Cuando Harriet miró hacia donde se encontraban, junto a Wicksteed, el cuerpo de la mesa gimió y se estremeció. Crowther miró a su amiga y sacudió la cabeza, aunque se había quitado la levita y estaba intentando restañar la hemorragia con ella. Varios sirvientes llegaron corriendo del interior de la casa y se les envió en busca de paños y agua. Crowther se puso a trabajar, pero podía sentir el cuerpo muriendo bajo él. En el último momento miró por casualidad el interior de los ojos negros y profundos de Wicksteed. Este se había girado para clavarlos en los escudos de la mansión Thornleigh y les sonreía mientras su último aliento le raspaba la boca y se desvanecía.

Harriet no estaba segura de si lo que veía y oía era real. Los gritos de «¡Fuego!» se repitieron muchas veces antes de que su significado penetrara en su cabeza.

Otros sirvientes llegaron en tropel al vestíbulo. Michaels se metió en medio de todos con tranquilidad.

—¿Qué? ¿Dónde?

El lacayo que había intentado negarles la entrada bajó corriendo por la magnífica escalera.

—En los salones principales y por arriba. ¡Todo está en llamas! ¡Todo! ¡Mi señora no quiere bajar! ¡Tiene a su hijo!

Michaels empezó a subir las escaleras de dos en dos, con Crowther y Hugh pisándole los talones. Harriet se arrastró tras ellos, hizo una pausa junto al lacayo cuando este llegó al pie de las escaleras y solo pudo sisearle a causa del dolor del tobillo.

—Saque a la gente —le ordenó—. Nosotros iremos tras ella.

Crowther se giró hacia Hugh cuando llegaron al nivel de los salones.

—¡Thornleigh, su padre!

El otro asintió y se adelantó a toda prisa. Michaels y Crowther hicieron una pequeña pausa en la escalera principal. Oyeron una carcajada y un llanto. El humo ondeaba por el pasillo delante

de ellos, las llamas ya se precipitaban por las colgaduras y lamían el techo sobre sus cabezas. Una doncella apareció delante de ellos como una guardiana de las llamas.

—¡Se ha encerrado en su habitación con el pequeño señor Eustache! ¡No tengo la llave!

Michaels dio media vuelta y bajó corriendo las escaleras otra vez. Crowther se volvió hacia la chica.

—Vete, sal de aquí.

La criada se detuvo un momento y chilló cuando una de las ventanas se agrietó tras ella y empezaron a llover las chispas a su alrededor. Crowther lanzó todo su peso contra la puerta, pero esta no cedía. Harriet llegó a su lado y oyeron el gemido agudo de un niño en la habitación. Crowther miró a su compañera.

—No debería estar aquí.

Los ojos de los dos se encontraron y el anatomista no añadió nada más.

Michaels llegó tropezando junto a ellos con un manojo de llaves en la mano. Crowther se cubrió la boca y la nariz con su echarpe y Harriet sacó su

pañuelo de un bolsillo e hizo lo mismo. Michaels probó dos llaves, ninguna encajaba. Maldijo, arrojó las llaves al suelo y se abalanzó con todas sus fuerzas contra la cerradura. Harriet se tambaleó hacia atrás y de nuevo Michaels y Crowther se lanzaron contra la puerta. Oyeron madera que se astillaba. Michaels le dio una fuerte patada y la puerta cedió. La habitación eructó nubes de humo que hicieron arder los pulmones de Harriet. Apartó la cara con un violento ataque de tos.

—¡Lady Thornleigh! ¡Denos al niño! —clamó Crowther en la oscuridad.

Se agrietó otra ventana y Harriet vio una figura tirada en el suelo con un niño arrodillado junto a ella. Se acercó cojeando, el dolor de la pierna olvidado, y cogió en brazos al pequeño. Este intentó resistirse y llamó a gritos a su mamá, pero Harriet no lo soltó y empezó a arrastrar la pierna para sacarlo de la habitación y bajar por las escaleras. Alzó los ojos y por donde la escalera ascendía vio llamas nuevas que la lamían en su descenso de los pisos superiores. Los condes de

Sussex permanecían inmóviles en sus retratos escaleras abajo, observando el fuego que empezaba a saborear las esquinas de sus lienzos. Entonces el fuego atravesó la madera del balcón de arriba y las escaleras gimieron.

—¡Crowther! ¡Michaels!

Estaban detrás de ella, Michaels sujetando a lady Thornleigh en brazos como si fuera una muñeca.

Crowther miró escaleras arriba.

—¡Vayan! —gritó—. Yo debo ayudar a Hugh. —Harriet empezó a protestar, pero él se lo ordenó con voz firme—. ¡Ahora! —Y se volvió para subir corriendo por las escaleras e internarse en el infierno de los pisos de arriba.

Harriet y Michaels atravesaron tambaleándose el vestíbulo y bajaron los escalones que llevaban al camino de entrada y el aire libre. El fuego bailoteaba en las ventanas de cada habitación del ala este. Michaels dejó su carga en la gravilla y Harriet puso al niño en el suelo. El pequeño se arrojó sobre el cuerpo de su madre y comenzó a sollozar. Lady Thornleigh no se movió y Harriet no

vio señal alguna de que estuviera respirando. Había sangre en el pecho de la mujer: había encontrado otro uso para su cuchillo. El niño intentó rodearse con el brazo de su madre. Fuera lo que fuera lo que había mantenido a Harriet en pie hasta ese momento se esfumó y ella se derrumbó de rodillas entre los gritos y lamentos de todo el servicio.

Crowther encontró a Hugh en el pasillo de arriba, con lord Thornleigh inconsciente en sus brazos. Una viga había caído llameando entre ellos. Crowther la apartó de una patada y Hugh se acercó cojeando y con náuseas.

—¡Vamos!

Consiguieron bajar hasta el nivel de los salones principales, donde el fuego parecía propagarse con más furia todavía. Hugh miró a Crowther.

—¡Solo podemos atravesarlo! ¡Corra!

Se adelantaron de un salto. Crowther sintió que el aire quemaba a su alrededor, el calor en la cara

tan fiero que tuvo la sensación de que lo iba a marcar. De algún modo consiguió llegar al final de las escaleras y miró atrás; Hugh estaba en el pequeño rellano, el cuerpo de su padre en los brazos, mirando a sus parientes en llamas como un niño atrapado en una catedral.

—¡Hugh! ¡Muévase!

Oyó otro gemido de maderas sobre él y miró al techo. Thornleigh ya estaba a medio camino y bajaba más rápido. Crowther oyó que alguien lo llamaba y vio que Michaels volvía a entrar en la casa disparado e iba hacia él. Un crujido y miró de nuevo hacia arriba, al fresco de lord Thornleigh y su familia el día del Juicio Final. El tiempo pareció ralentizarse. La representación del infierno en el fresco estaba ardiendo sin llama. Un joven lord Thornleigh, pintado en toda su gloria, miraba hacia abajo y contemplaba su propio cuerpo destrozado, ensangrentado y sucio, con su expresión habitual de desdén frío y sensual. Otro gemido, otro crujido y al tiempo que Michaels lo agarraba por los hombros, Crowther observó, fascinado, que el fresco cedía por encima del

padre y el hijo y comenzaba a caer, dejando un cielo envuelto en llamas oscuras. Después todo se puso negro.

# Conclusión

*Viernes, 9 de junio de 1780*

La señora Westerman y Crowther se encontraban en la entrada de Caveley Park con Daniel Clode a su lado cuando se detuvo el carruaje. La puerta se abrió y los dos niños salieron en tropel y se arrojaron sobre Daniel. Este hizo girar a la niña en sus brazos antes de alzar al pequeño por los aires un momento después. Tras los niños, una joven dama y un caballero bajaron del carruaje con un poco más de seriedad, seguidos por una mujer algo mayor, delgada, de mejillas rosadas. Harriet y Crowther intercambiaron sonrisas y se adelantaron para darles la bienvenida.

Graves se inclinó como correspondía.

—Señora Westerman, señor Crowther, permítanme presentarles a la señorita Chase y a su dama de compañía, la señora Service.

Las damas hicieron una reverencia y Clode se adelantó para estrecharle la mano con calidez a la señora Service. Harriet sonrió.

—Me alegro tanto de darles la bienvenida a mi casa —dijo—. Me temo que la mansión no estará lista para recibir a sus nuevos señores hasta dentro de un tiempo. El ala este está destruida. Solo el núcleo del antiguo edificio permanece en pie. El gran salón quedó casi intacto.

Graves asintió.

—Gracias por alojarnos a todos. Consideramos que lord Thornleigh y su hermana debían asistir a los oficios religiosos por su abuelo.

—Estoy de acuerdo —dijo Crowther.

La señorita Chase alzó los ojos hacia Harriet con sus ojos del color del aciano.

—¿Cómo está el tío de los niños?

Harriet sonrió con tristeza.

—Puede que piense usted que es solo mi imaginación, pero creo que permanece con vida solo para ver a los hijos de Alexander.

Hugh yacía en lo que había sido hasta solo dos días antes el saloncito matinal de las damas. La ventana estaba dominada por el follaje del gran roble. Rachel lo cuidaba y decía que la visión del gran árbol parecía darle cierta paz. Desde que lo habían sacado del incendio, con el cadáver de su padre todavía en sus brazos como un hijo amado, nunca había permanecido consciente mucho tiempo y la fiebre se estaba haciendo más frecuente, pero a cada momento que despertaba, preguntaba por los niños.

Harriet habló con los dos un momento antes de que entraran en la habitación. Se alegró de ver que los niños no mostraban ninguna señal de miedo. Llamó con suavidad a la puerta y la abrió del todo para que los pequeños pasaran. Hugh volvió la cabeza hacia ellos.

—¡Alexander! —exclamó.

El niño se adelantó.

—Me llamo Jonathan. Y usted es mi tío, señor —dijo, y añadió tras una pausa—: Y yo soy conde. —Se acercó a la cama y se inclinó para besar la

cara quemada de Hugh.

—Lo soy, y lo eres —susurró Hugh. Susan se acercó y también se inclinó para besarlo como había hecho su hermano.

Hugh le sonrió. Una tos lo sacudió, cerró los ojos y recuperó el aliento.

—Tu padre me enseñó un retrato de tu madre una vez. Eres igual que ella.

Susan negó con la cabeza.

—Yo no soy tan bonita.

—Yo creo que eres más bonita. —Hugh tosió otra vez—. ¿Sabéis que tengo un hermanito pequeño?

—Sí —dijo Susan—. Eustache.

—Es otro tío, pero más pequeño que nosotros —afirmó Jonathan con cierto orgullo.

Hugh sonrió, pero los ojos ya comenzaban a vidriársele.

—Debéis ser buenos con él —dijo. Susan asintió e introdujo su mano entre las de su tío. Éste le devolvió la suave presión de sus dedos de niña.

—Por supuesto —dijo la niña—. Nosotros también perdimos a nuestro padre y nuestra madre.

Nosotros cuidaremos de él y el señor Graves cuidará de nosotros.

—Parece que es un buen hombre. ¿Os gusta?

—¡Oh, sí, mucho!

—Me alegro. Tiene nuestra confianza y autoridad. —Hugh exhaló un profundo suspiro y los ojos le aletearon—. Mi hermano dijo que encontraría una forma de venir a mí, quizá lo hizo. —Cerró los ojos—. Perdonadme, queridos. Ahora estoy cansado.

Solo unas horas más tarde, mientras los adultos estaban sentados bajo el sol del verano y observaban a los niños sumidos en sus profundas conversaciones y juegos en medio del césped, Rachel fue a buscarlos con la señora Service junto a ella. Se inclinó y rodeó con los brazos el cuello de su hermana. Todos la miraron. Rachel se irguió y se secó los ojos.

—Hace solo unos momentos. Se ha ido.

Miró a los niños que parloteaban en el césped.

Stephen ya era el esclavo declarado de Susan y el último de los hijos del antiguo conde miraba a Jonathan como si fuera un dios.

—¿Se lo decimos a los niños?

Graves miró en la misma dirección.

—Démosles un momento todavía. Hay tiempo suficiente.

Crowther se levantó y se apartó del grupo. Fue solo cuando Harriet lo encontró bajo el roble unos momentos después cuando el anatomista se dio cuenta de adónde lo habían llevado sus pasos. Alzó la vista cuando se acercó su amiga, los brazos cruzados en la cintura, los ojos verdes rozando el suelo que tenía delante.

—El suyo era un tipo de amor extraño y oscuro, ¿no es cierto, Crowther? —Este no respondió y ella se apoyó en el gran tronco del árbol, a su lado—. Esta mañana he recibido una carta del corregidor —continuó—. Una invitación para que Rachel y yo cenemos con él, junto con un derroche

de simpatía y buena voluntad. Debo ir, aunque mucho me temo que terminaré atragantándome con su comida.

Crowther se volvió hacia ella con un destello en los ojos.

—Yo he recibido una carta parecida, pero soy demasiado celoso de mi reputación de excéntrico como para aceptar la invitación. Me iré a beber con Michaels o cenaré aquí cuando sienta que necesito compañía.

—¿Y cuándo, señor, necesita usted alguna vez compañía?

El otro se inclinó.

—Me temo que los hábitos de la sociabilidad me han invadido sin yo darme cuenta. Quizá me vuelva a retirar a mi guarida cuando hayamos terminado de debatir los acontecimientos de los últimos días. Jamás me interesarán, ni tampoco lo fingiré, sus planes para mejorar los prados de arriba, ni dónde se puede adquirir una tela especialmente delicada por una fracción de su coste habitual. Cuando esos temas se conviertan en su conversación preferida, señora, no me verá

usted más.

Harriet se echó a reír, lo que hizo temblar sus rizos pelirrojos, y el anatomista sintió que su cuerpo se aligeraba con aquel sonido.

—No me cabe duda de que está impaciente por regresar con sus cuchillos.

—Mis «instrumentos del mal» es como su hermana se refirió a ellos una vez. La mañana en que miré sus bosquejos de un gato, según recuerdo.

—«... que nos cuentan verdades». Muy adecuado. Qué extraño que mi hermana citara a *Macbeth* antes de que sospecháramos siquiera...

—Alzó los ojos hacia el denso follaje que tenía encima. La luz le bailaba en la garganta—. Lady Thornleigh tenía más poder, más determinación y energía en su hermoso dedo meñique de la que creo que tengo yo en todo mi ser, a pesar de todas mis protestas y preocupaciones. Me preguntó en qué se habría convertido de nacer en otra vida.

—Habla usted como si la admirara —dijo Crowther, sonriéndole con suavidad.

Harriet lo pensó un momento sin dejar de mirar el movimiento de las hojas.

—No. Quizá. Solo me doy cuenta de que nunca la temí lo suficiente. Nunca se me ocurrió que sería capaz de hacer lo que hizo. Wicksteed chantajeaba, pero me pregunto si habría llegado a asesinar alguna vez sin ella a su lado.

—He descubierto que es un error subestimar a una mujer hermosa. —Crowther hizo una pausa—. Pueden ser bastante alarmantes.

Harriet se echó a reír otra vez y se apartó un poco del roble.

—Se ha convertido usted en todo un adulator, Crowther. —Luego, tras haberlo cogido del brazo para llevárselo de regreso junto al grupo del césped, se detuvo de repente—. Estuvimos a punto de fracasar. Al parecer, unos muros y un gran roble no son tan gran protección como podría parecer, pero creo que yo volvería a hacer exactamente lo mismo otra vez a pesar de todo. ¿Y usted, Crowther?

El anatomista la miró desde su altura superior con las cejas alzadas.

—Desde luego que no. Si hubiera tenido alguna idea de lo que iba a suceder, me habría quedado en

la cama y habría despedido a mi doncella por no mostrarse más firme con usted.

Harriet lanzó un bufido de risa.

—¿Ah, sí? Mi siguiente estrategia, si la nota fallaba, era entonar canciones marineras tan alto como pudiera hasta que lo hiciera levantarse y salir.

Crowther la miró horrorizado. La señora Westerman solo sonrió.

# Epílogo

*9 de junio de 1778*

Unos dieciocho meses después de su regreso de América, Hugh se dio cuenta, mientras cabalgaba de regreso a casa ya tarde tras cenar en Caveley Park, que era bastante feliz. La confusión que lo había invadido desde que había vuelto a Thornleigh estaba comenzando a disiparse. Al principio no había hecho mucho más que existir y abrirse camino copa a copa por la bodega de su padre, pero desde que había conocido al comodoro Westerman, a su mujer y sobre todo a la señorita Trench en Caveley poco después, algo en su interior estaba comenzando a crecer. Había empezado a ejercer un control más firme sobre la propiedad, veía dónde se estaban haciendo las cosas mal y se dio cuenta de que cuando empezaba a tomar decisiones, todo su ser parecía alzarse. La

ansiedad, los sueños, todavía estaban ahí, pero con cada encuentro con la señorita Trench, con cada noche que se iba a la cama no del todo borracho, con cada mañana que se ponía a hacer algo, sus horrores se mitigaban y la luz comenzaba a colarse por las rendijas.

Esa noche había ocurrido algo. No sabía qué, pero una mirada, una palabra de Rachel (susurró el nombre de pila de la joven como si fuera una plegaria) había hecho que aquella esperanza vaga, débil, de su corazón, cobrara nueva vida. Sonrió para sí. No todo estaba perdido. Sus pecados y los de su padre se podían expurgar con trabajo duro y un corazón sincero. Levantaría una propiedad digna de respeto, proporcionaría todas las comodidades a su madrastra y su hermanastro. El ojo que le funcionaba le brillaba en la penumbra, pero sus pensamientos estaban tan lejos de allí que hasta que no estuvo a la altura de las verjas de su propiedad no vio al hombre que se apoyaba allí, en las sombras, con gesto perezoso.

La figura se irguió y lo miró desde el suelo. El rostro estaba bronceado y sucio por el polvo del

camino, y Hugh observó que tenía una bolsa de viaje a sus pies.

—Capitán Thornleigh.

El mundo tembló y flotó en el aire un olor a pólvora que invadió la nariz de Hugh. De repente se sintió mareado.

—Wicksteed.

—Me alegro de ver que no me ha olvidado, señor.

La mano de Hugh tembló en las riendas e hizo que el caballo se desplazara de lado, no muy contento con su jinete, que consiguió aclararse la garganta lo suficiente para hablar otra vez.

—¿Así que es así como comienza?

Claver escupió en el polvo y se irguió con una sonrisa.

—Por decirlo de alguna manera, señor, supongo que sí. Sí. Así es como comienza.

# Nota histórica

Todas las situaciones y actores principales de *Los instrumentos del mal* son ficticios, pero hay dos personajes que sí existieron y merecen que se les reconozca.

John Hunter (1728 – 1793) fue un cirujano enormemente influyente en el Londres georgiano y es cierto que tuvo una especie de zoológico privado que incluyó en algún momento leopardos; su colección de muestras y preparados sigue exhibiéndose en el Hunterian Museum, en el Royal College of Surgeons, en Lincoln's Inn Fields, en Londres. Si quieren leer un relato de su vida les recomiendo *The Knife Man (El hombre del cuchillo)* de Wendy Moore.

Stephen Paxton (1734 – 1787) nació en Durham y se convirtió en un violonchelista célebre en Londres hasta su muerte. Su música estuvo olvidada durante mucho tiempo, pero la primera grabación hecha de su *Concerto* (el que Susan oye en el concierto de su padre) está disponible ahora

a través del sello Cello Classics, interpretado por Sebastian Comberti.

Los disturbios llamados de Gordon provocaron el caos en Londres entre el 2 y el 7 de junio de 1780. Al final sacaron a la calle al ejército, que disparó contra cientos de amotinados. También ejecutaron a varios, aunque el propio lord George Gordon fue hallado no culpable de traición.

Tengo una gran deuda de gratitud con varios magníficos historiadores de la época georgiana, en particular con Amanda Vickery por su libro *The Gentleman's Daughter: Women's Lives in Georgian England* (*La hija del caballero: Las vidas de las mujeres en la Inglaterra georgiana*), y con Roy Porter por *Flesh in the Age of Reason* (*La carne en la Era de la Razón*) entre otros. La excelente biografía que escribió Claire Harman sobre Fanny Burney fue también toda una fuente de inspiración.

Todas las inexactitudes, anacronismos y errores manifiestos son solo culpa mía.

## Bonus

3. *Asesinato en París* Cara Black
5. *Las memorias de Leonardo* Jack Dann
6. *Psicosis* Robert Bloch
7. *Tercera República* José Antonio Suárez
8. *Psicosis II* Robert Bloch
9. *Fría venganza* Dan Simmons
10. *Asesinato en Belleville* Cara Black
11. *Miedo* Jeff Abbott
12. *Vikingo: El hijo de Odín* Tim Severin
13. *La mansión Bates: Psicosis III* Robert Bloch
14. *Furia* Jonathan Kellerman
15. *La piedra de Moisés* James Becker
16. *Vikingo: Hermano de sangre* Tim

Severin

17. *Fría revancha* Dan Simmons

18. *Asesinato en el Sentier* Cara  
Black

19. *El fuego secreto* Martin Langfield

20. *Patriotas* James Wesley Rawles

21. *La máquina de dios* J. G. Sandom

22. *Vikingo: El hombre del rey* Tim

Severin

23. *La profecía maya* Mario Escobar

24. *Frío como el acero* Dan Simmons

25. *Asesinato en la Bastilla* Cara

Black

26. *Guía del buen ladrón: Ámsterdam*

Chris Ewan

27. *Almas grises* Juan Luis Marín

28. *El escondite del deseo* José María

Lerín

29. *Loto de Plata* Thomas Steinbeck

30. *Prodigioscopio* José Fernández

Guerra

31. *El papa ario* Mario Escobar

32. *Kraken* China Miéville

33. *Conociendo a Quarry* Max Allan Collins
34. *El secreto del mesías* James Becker
35. *Supervivientes* James Wesley Rawles
36. *Proyecto Arcadia* Greig Beck
37. *El psicólogo de los muertos* William M. Valtos
38. *Necronomicón: El libro de la Ley de los Muertos*
39. *La gran mentira* Michelle Hancock
40. *Los instrumentos del mal* Imogen Robertson

Próximamente

41. *Law of Atraction* Allison Leotta
42. *Maldita nostalgia* Juan Luis Marín

## Bestsellers

1. *La ecuación Dante* Jane Jensen
2. *Signum* José Guadalajara
3. *El resugir de la Atlántida* Thomas Greanias
4. *Testamentum* José Guadalajara
5. *Imajica: el Quinto Dominio* Clive Barker
6. *Imajica: la Reconciliación* Clive Barker
7. *El puzzle de Jesús* Earl Doherty
8. *El secreto de María Magdalena* Ki Longfellow
9. *El ángel más tonto del mundo* Christopher Moore
10. *En presencia de mis enemigos* Harry Turtledove
11. *Tiempo de matar* Lisa Gardner
12. *La habitación de Ámbar* Steve Berry

13. *El traficante de bebés* Kit Reed
14. *La buena muerte* Nick Brooks
15. *Desaparecido* Jonathan Kellerman
16. *El código de la Atlántida* Stel Pavlou
17. *Un trabajo muy sucio* Christopher Moore
18. *El Club de los Patriotas* Chistopher Reich
19. *El clan Inugami* Seishi Yokomizo
20. *Pánico* Jeff Abbott
21. *El templo* Matthew Reilly
22. *El protocolo griego* Kendall Maison
23. *Alibi Club* Francine Mathews
24. *Obsesión* Jonathan Kellerman
25. *La profecía de la Atlántida* Thomas Greanias
26. *¡Chúpate esa!* Christopher Moore
27. *Corsario* Tim Severin
28. *El último secreto* Sholes y Moore
29. *La caja del mal* Martin Langfield
30. *Los leones de Al-Rassan* Guy

Gavriel Kay

31. *El secreto de Cristo* Ronald  
Cutler

32. *Antártida: Estación polar*  
Matthew Reilly

33. *Las siete pruebas* Stel Pavlou

34. *La sanguijuela de mi niña*  
Christopher Moore

35. *Bajo la garra de piedra* Theresa  
Crater

36. *El mago y el loco* Barth Anderson

37. *El quinto día* Andrew Hartley

38. *Bucanero* Tim Severin

39. *El secreto del alquimista* Scott  
Mariani

40. *Los secretos del club Lázaro* Tony  
Pollard

41. *El apocalipsis de la Atlántida*  
Thomas Greanias

42. *Cordero* Christopher Moore

43. *La reliquia de Rasputín* William  
M. Valtos

44. *Fugitivo* Christopher Reich

45. *Lo que devora el tiempo* Andrew Hartley
46. *Hemingway, días de vino y muerte* Michael Atkinson
47. *La conspiración* Mozart Scott Mariani
48. *Área 7* Matthew Reilly
49. *Evento* David Lynn Golemon
50. *¡Muérdeme!* Christopher Moore
51. *Los primeros mil millones* Christopher Reich
52. *El fraude* Barbara Ewing
53. *La profecía del día del Juicio Final* Scott Mariani
54. *La tumba de Hércules* Andy McDermott
55. *La lista de los doce* Matthew Reilly
56. *Leyenda* David Lynn Golemon
57. *Aleta* Christopher Moore
58. *El legado de Tesla* Robert G. Barrett
59. *El rompecabezas de Estambul*

Laurence O'Bryan

60. *El tesoro del hereje* Scott Mariani

61. *La Agencia* Borja Cabrero

62. *El secreto de Excálibur* Andy

McDermott

63. *Atlantes* David Lynn Golemon

64. *El laberinto* Matthew Reilly

65. *El kimono escarlata* Christina

Courtenay

66. *El rompecabezas de Jerusalén*

Laurence O' Bryan

67. *Muerte en Madrid* Mark Oldfield

68. *La iniciativa sombra* Scott

Mariani

69. *La alianza del Génesis* Andy

McDermott

70. *Leviatán* David Lynn Golemon

71. *La fuente de la verdad* J. G.

Sandom

72. *El caso Cézanne* Thomas Swan

**Próximamente**

- El secreto de Spandau* Peter Lovesey
4. *El Necronomicón* —5ª Edición H. P. Lovecraft y otros
5. *La casa infernal* —2ª Edición Richard Matheson
8. *Cthulhu 2000* —3ª Edición H. P. Lovecraft y otros
13. *Libros de sangre vol. 1* —2ª Edición Clive Barker
14. *El alma del vampiro* Poppy Z. Brite
15. *Clase nocturna* —2ª Edición Tom Piccirilli
16. *Libros de sangre vol. 2* Clive Barker
17. *Enciclopedia de los Mitos de Cthulhu* H. P. Lovecraft y otros
18. *Los que reptan* John Shirley
19. *Hijos del Crepúsculo* —2ª Edición J. Berliner y G. Guthridge
20. *La llamada de la sangre* Poppy Z.

Brite

21. *El mar de la muerte* Nancy Holder

22. *Hellraiser* —2ª Edición Clive Barker

23. *El segundo nombre* Ramsey Campbell

24. *Un coro de niños enfermos* Tom Piccirilli

25. *Líneas muertas* Greg Bear

26. *Ciudad infernal* Edward Lee

27. *La chica de al lado* Jack Ketchum

28. *La fábrica de pesadillas* Thomas Ligotti

29. *Sombras sobre Baker Street* H. P. Lovecraft y C. Doyle

30. *Terminal* Brian Keene

31. *Libros de sangre vol. 3* Clive Barker

32. *Círculo perfecto* Sean Stewart

33. *La sangre del cordero* Thomas F. Monteleone

34. *Allanadores* David Morrell

35. *Noches fantasma* John Farris
36. *La voz de la sangre* Jemiah Jefferson
37. *Libros de sangre vol. 4* Clive Barker
38. *Alma del pasado* Brian Lumley
39. *Noche de difuntos* Stewart O'Nan
40. *El juego de las maldiciones* Clive Barker
41. *Turno de noche* Ramsey Campbell
42. *El descendiente de la oscuridad* Nancy Kilpatrick
43. *Noviembre de luto* Tom Piccirilli
44. *El espectáculo del vampiro* Richard Laymon
45. *El guardián de almas* Bruce Boston
46. *La historia secreta* Ramsey Campbell
47. *Demonio de libro* Clive Barker
48. *Una oración por los que mueren* Stewart O'Nan
49. *Zombis rubias* Brian James

50. *El rostro* Tim Lebbon
51. *Cabal: razas de noche* Clive Barker
52. *La iglesia roja* Scott Nicholson
53. *El día del juicio* Thomas F. Monteleone
54. *El arte más íntimo* Poppy Z. Britte
55. *Paciente cero* Jonathan Maberry
56. *El circo de la familia Pilo* Will Elliott
57. *Los recolectores de suicidas* David Oppegaard
58. *El reino de los zombis* Len Barnhart
59. *La puerta de Audrey* Sarah Langan
60. *El final del desastre* Len Barnhart
61. *Agente X* Walter Greatshell
62. *Influencia* Ramsey Campbell
63. *La isla* Richard Laymon
64. *Prisioneros* Walter Greatshell
65. *El gran espectáculo secreto* Clive Barker

66. *Paria Z* Bob Fingerman  
67. *Apocalipso* Walter Greatshell  
68. *Berserk* Tim Lebbon  
69. *Lucifer 113* Jonathan Maberry

Próximamente

*Everville* Clive Barker  
*Dragon Factory* Jonathan Maberry

En la colección **Eclipse** publicamos los principales libros de terror y espanto que por su calidad merecen publicarse en castellano. Tanto de autores consagrados, y verdaderos clásicos, como de aquellos que se han constituido en referencia del género en todo el mundo.

---

**notes**

# Notas a pie de página

1 N. de la t.: Cheapside fue durante mucho tiempo una de las calles más importantes de Londres.

2 N. de la t.: Los minutemen eran una fuerza de élite de la milicia de las colonias estadounidenses conocidos por su rápida capacidad de despliegue. Eran los primeros en llegar a la batalla.

3 N. de la t.: Seven Dials era un distrito habitado por elementos criminales, estaba compuesto por siete calles que convergían en St. Giles, cerca de Covent Garden.

4 N. de la t.: En la calle Fleet se encontraban las sedes de los principales periódicos de Londres.

5 N. de la t.: Carlos Eduardo Estuardo, nieto de Jaime II, en 1745 consiguió financiación para llegar a Escocia, donde reunió un ejército de unos seis mil hombres para defender la causa jacobita; con él marchó al sur, a Inglaterra. En 1746 el príncipe Carlos fue derrotado en Culloden y tuvo que huir a Francia.